

UN CAFÉ Y UN CHURRI PARA LLEVAR

Elena Martín



Un café y un churri para llevar

Elena Martin

Like My Book



Derechos de autor © 2024 Elena Martin

Todos los derechos reservados Copyright © Elena Martin.

Aviso legal: reservado todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Titulo original: Un café y un churri para llevar

Autora: Elena Martin © 2024 Elena Martin

Portada/Maquetación y Correcciones: Like My Book

Obra registrada en Safe Creative – Identificador de Registro: 12/02/2024 N° 2402126900819

Primeira Edición: Febrero de 2024

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

A mis queridos amigos, pilares de mi equilibrio mental, a esos compañeros de jornadas pasadas que se convirtieron en valiosos amigos y hoy inspiran los personajes que doy vida en mis relatos. A todos vosotros, mi profundo agradecimiento por enriquecer mi vida con vuestra presencia.

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Cómo Sobrevivir el Instituto con un Currículum... "Diferente"](#)

[Maestrías y Mocachinos: Mi vida tras la barra](#)

[Cuando el Cambio Desafía, pero la Positividad Triunfa](#)

[El marketing de la leche](#)

[Una pausa para el café](#)

[Óscar, el que no es de la Renta, pero podría serlo](#)

[Revelaciones de Manú](#)

[Un ataque de celos](#)

[Historias Cotidianas en la Cafetería](#)

[Revelaciones y luchas de gallos](#)

[Aquí hay gato encerrado: Por si no tuviéramos suficiente](#)

[El Elixir de la Sanación: Antídoto Definitivo](#)

[Confesiones Inesperadas que Cambian Todo](#)

[París sin ti](#)

[Si el arrepentimiento matara](#)

[¿Nostalgia de qué?](#)

[La distancia: no mola así tanto](#)

[Buscar al príncipe azul](#)

[Tesoros de la infancia](#)

[Una cita no a ciegas, pero muy ciega](#)

[Concienciación del personal](#)

[Decisiones que lo cambian todo](#)

[La camarera contra ataca](#)

[El cuerpo humano tiene limitaciones](#)

[Un tremendo abanicazo en la cabeza](#)

[Deseos de estrellar algo](#)

[¡Y aquí paz y después gloria!](#)

[El futuro tiene tu nombre](#)

[A buen vino, no hay mal bebedor, o al menos así reza el dicho](#)

[Devorando las cicatrices del destino](#)

[Entre viñedos y alpacas de paja](#)

[Aquellos «rival» que creamos](#)

[Peligro real o irreal](#)

[Los Hilos del Corazón](#)

[Epílogo](#)

[Libros de este autor](#)

[Libros de este autor](#)

[Libros de este autor](#)
[¡gracias por leerme!](#)

Cómo Sobrevivir el Instituto con un Currículum... "Diferente"

En los siguientes dos capítulos, lo que leerás no es esencial para la trama principal que estoy a punto de desvelar. Sin embargo, consideré importante ofrecerte un vistazo a los orígenes y antecedentes de mi situación. Esto te ayudará a comprender mejor y evitar sorpresas con los giros que están por venir. Así que presta atención, te voy a introducir en los detalles de mi glorioso pasado.

Desde pequeños, nos dicen que nuestros traumas y cagadas vienen de la infancia. Y que, cuando crecemos, le echamos la culpa a los que estuvieron ahí en nuestros «años mozos». Pero no, no voy por ahí. Aunque mis padres lo intentaron, quizás no se explicaron bien o quizás yo estaba en Babia cuando lo hacían. El mantra de mi casa era: «Labrarse un camino en los estudios es tener un futuro seguro». Pero oye, a mis seis años, ¿quién entendía eso? Resumen: yo no pillaba una.

Acabé el instituto a trompicones, más por suerte que por mérito propio. Pero vaya, no sin hacer sufrir a más de un profe. ¡Qué tiempos! Para muchos, la etapa escolar es un suplicio, y es que, algunos de mis amigos pasaron por malos trances. Yo, por suerte, fui más una especie de justiciera en capa y espada. Cada uno venimos al mundo con nuestra chispa y personalidad. Aunque no soy ninguna experta en psicología, me di cuenta de que yo también tenía la mía. A ver, que no fui un desastre en los estudios por ser corta de luces. Como dijo el psicólogo a mis padres: “No es que sea tonta, es que se pasa tres pueblos. Se distrae, sobre todo con sus amigos”. ¿Cuántas veces me lo habrán repetido?

Las citas al despacho del director se convirtieron en una constante. Eso fue lo que hubo durante mi época escolar: citas, reuniones, más reuniones, y sí, siempre yendo a remolque. Mis padres tenían que estar ahí siempre, justificando por qué faltaba y yendo a esas reuniones «extra especiales» para los que íbamos a la zaga como yo, es decir, por detrás de los demás. Y sí, ir detrás, es básicamente ir de culo. Pero al final, la cruda realidad: no fui a la Universidad, mis notas fueron justitas, encontrar curro fue una odisea y en mi currículum no destacaba nada «top». ¡Pero oye! Mi personalidad no sufrió ningún rasguño. Me convertí en la chica con la que todos querían estar. Y no, no es que sea una Megan Fox, pero tengo un morrazo que te cagas. Era la «reina del mambo» en cuanto a hablar y cotillear.

Pero, a pesar de mi desastroso historial académico, mi personalidad brillante y atrevida se abrió camino. No era la típica chica guapa de revista, pero tenía un don para la palabra, una labia envidiable y una actitud audaz. ¿Cómo logré pasar la ESO? ¡Haciendo uso de mi morro! Hablar, ya sea con conocidos o no, es lo mío. Eso, queridos lectores, me hizo la reina del instituto.

Antes de seguir adelante, permítidme compartir algunas perlas de sabiduría que he recogido a lo largo de, digamos, mi «interesante» vida.

Veamos el cóctel perfecto: tener un morro que te lo pisas —algo que ya hemos subrayado—; ir vestida de forma guay, pero sin pasarse —al menos a esa edad, después, quizás, te importe un pimiento—; tener tus ligues —vamos, que no te etiqueten como la solterona del insti—; ser más empática que la cafeína en tu café de la mañana; sonreír siempre —aunque te toquen los ovarios; no en el sentido literal, que, si es por eso, quizá no sea el mejor momento para sonreír. Pero ese chiste lo dejamos para otro día—; hacer amigos a tutiplén, sin importar si ellos quieren o no —con el tiempo, nadie querrá llevarse mal contigo, especialmente si ya estás dejando huella—; pasarte por el forro lo que te digan, tipo: «No se calla ni bajo el agua» —si hubiese hecho caso,

hoy estaría comiéndome los mocos y no tendría mi posgrado en palique—; y, cómo no, espabilarte, que viene a ser lo mismo que decir: «¡Mueve el culo!» —nada peor que intentar sobrevivir en la selva del instituto siendo un pez fuera del agua. Y si eres un combo de todo, prepárate para tu funeral social.

Todo esto, o lo llevas de serie o te lo curras. En un suspiro, ya estás en la movida y no hay freno. Eres como una lavadora sin botón de pausa. Arrancas y al lío. Sin mirar atrás, sin remolonear. Tirando millas. Así he tirado yo las mías.

Dicho esto, otro cantar sería si me hubiese esforzado en los estudios. De eso no tengo duda. Y lo saben todos los que apostaron por mi hundida trayectoria. Pero como no soy de las que se arruga y estoy chufa de ser quien soy, ahí me ves, dando guerra, encontrando mi hueco en el mundo y tirando *p'alante*. Vivo convencida de que cada día puedes reinventarte y cambiar de rumbo. Si no tienes todo lo que quieres para ser feliz, pues tira con lo que hay y búscale el lado bueno.

Quizá no sea la tía más lista del barrio, pero soy colega de mis colegas, buena gente, siempre con la mano extendida —a veces incluso cuando no la piden, pero eso es harina de otro costal. Nunca he fallado con nada y no tengo mal rollo con nadie. Me veo como alguien maja, sencilla y con buen rollo. Y si hay quien piensa que es crearme el ombligo del mundo, solo por decir las cosas claras — consecuencia de no haber sacado un sobresaliente en Lengua—, pues que le den morcilla. Aprendí rápido que no hay nada más potente que ser auténtico y llevarlo con orgullo, como si fuese una medalla.

Y todo lo demás, son tonterías —que sepas que también sé soltar palabras rimbombantes cuando me da. Con lo demás, me refiero a chorradas como la apariencia, la edad, lo que tengas o tu estatuto. Quien brilla con luz propia no necesita nada de eso para iluminar.

Veamos mi situación: ya se sabe que mi currículum académico no es más que una hoja de papel con una foto, mis datos y mi permiso de conducir —eso sí, me lo saqué a la primera y estoy orgullosa—, el dato de que terminé el instituto y algún que otro trabajo como canguro de mis primos en los veranos azules, más mi actual empleo. Y eso es lo que hay a nivel profesional.

En cuanto a mi físico y gustos personales: soy una chica que se siente chica —de momento—; heterosexual —aunque como se dice, nunca digas «de este agua no beberé». Tengo el pelo largo, negro y lo llevo casi hasta el trasero; con flequillo, que es ideal para mi frente ancha. Actualmente, me decanto por un estilo desenfadado, pero ha habido de todo. Ahora prefiero una camiseta básica, vaqueros a la moda —me encantan los negros—, zapatillas cómodas y, a ser posible, que sean molonas.

No puedo olvidar mi maquillaje. Siempre mi delineador de ojos que resalta mis verdes iris, un poco de color en los labios o simplemente un bálsamo. El colorete ilumina mi pálida piel y así ya estoy lista para cualquier plan. En cuanto al cuerpo, ni filete ni me sobra, aunque admito que esa barriguita me tiene algo mosca. Mi tez es pálida, y mis pechos... bueno, no son precisamente generosos. En confianza, si tuviera más dinero, quizás pensaría en unos implantes. No, pensándolo bien, no quiero nada extraño en mi cuerpo que no sea un pene, si me entendéis. Y sobre mi estatura, no soy ninguna gigante, más bien todo lo contrario. Gracias a mí, los taburetes tienen razón de ser.

¿Qué más puedo decir sobre mí? No tengo vicios, aunque manías tengo a patadas. Sufro de algunas peculiaridades como la *eleuteromanía*, que es ese deseo irrefrenable de libertad. O la *ergomanía*, esa obsesión por el trabajo. O quizás ya lo veo como un trastorno. Si te paras a pensar, puede que más bien sea una necesidad. Pero bueno, ahí lo dejo. La *homicidiomanía*: ese impulso irrefrenable de querer cometer un asesinato. Aunque, en mi caso, solo surge cuando veo

a mi jefe. Luego está la *hedonomanía*, el deseo incontrolable de obtener placer. Esta la empecé a desarrollar cuando me percaté de cuán egoístas pueden ser algunos hombres en la cama. Y no nos olvidemos de la *katisomanía*, esa compulsión insaciable por sentarse. Si pasases tantas horas de pie como yo, seguro que también lo entenderías. Y, para cerrar, diría que padezco de *maniomanía*, o lo que es lo mismo, la manía de tener manías. Y algunas otras manías que prefiero no admitir tan abiertamente.

Tengo veintiséis años, soy Cáncer —nacida un veintidós de julio—. Aunque soy una soñadora, tengo un gran corazón. En cuanto a posesiones, tengo un piso alquilado —y las facturas que vienen con él—, una Vespa blanca que me chifla y un gato negro, Vladímir, aunque a veces le llamo *Wasabi* cuando me pone de los nervios. Ah, y una cuenta bancaria que siempre está en números rojos.

Y en cuanto a roles familiares, soy hija —aunque mis padres se divorciaron cuando tenía trece—, hermana de Jules y buena amiga de muchos. De momento, no tengo pareja estable, pero tengo buenos amigos, algunos de los cuales son un auténtico bombón.

Hasta aquí, mi presentación. Ahora, descubrid cómo terminé trabajando en una cafetería. Aviso: mi vida, aunque un tanto peculiar, tiene su encanto. ¡Preparados porque esto promete!

Maestrías y Mocachinos: Mi vida tras la barra

Con el súper currículum que traía bajo el brazo, cualquiera podría pensar que me esperaba un trabajo con vistas panorámicas, una oficina con aromaterapia y sillas ergonómicas... ¡Ja! Más bien pensaba que me tocaría ser la asistente personal de alguna mascota influyente. Pero la realidad es que el mejor puesto que pude atrapar fue de camarera en una flamante cafetería en Madrid. Eso de “flamante” es literal, porque todavía olía a pintura fresca.

La cafetería era, para ponerlo de forma sencilla, ¡el bombazo! Nunca había trabajado como camarera. En realidad, nunca había trabajado en nada, salvo en cómo salirme con la mía en casa de mis padres, claro. Tras casi dos años residiendo en la guarida paterna, entendí que debía ajustar mis expectativas. Aceptar que quizá no asistiría a una universidad ni encontraría oportunidades superiores con mis actuales habilidades. Después de varios años de esas «negociaciones», me resigné a que lo más cerca que estaría de una universidad sería sirviendo cafés a sus estudiantes.

Para cuando llegó mi quinto aniversario en la cafetería (sí, llegué a celebrarlo), ya era la maestra *Jedi* de la leche espumosa y de los cafés que requieren nombres en italiano. Y ojo, que no fue solo cuestión de verter y servir. Estudié, sí señor. ¡Acumulé más certificados que una institución académica! Desde barista hasta coctelería, pasando por el imprescindible «cómo no envenenar a tus clientes con malas prácticas».

El local, para aquellos amantes del diseño, era digno de una portada en una revista distinguida. Tenía el estilo moderno-retro-*vintage*-contemporáneo (¿eso existe?). Estaba en un barrio tan antiguo que juraría que algunos de sus residentes fundaron Madrid. Eso sí, las abuelas del barrio se convirtieron en mis clientes más fieles, siempre listas para un té y un chisme. Ubicada al lado de un edificio con más empresas que un episodio de «*The Apprentice*», mi clientela era variada. La mayoría eran esos aguerridos trabajadores que, como relojes, pasaban cada mañana en busca de su dosis de café y al mediodía, con el estómago rugiendo, volvían por algo rápido. Y ahí estábamos nosotros, listos para salvarles el día con un bocadillo, una sopa del día (que quizás llevaba más días de los que admitiríamos) y, por supuesto, el *brunch ultraverde* y saludable que todos juran amar, porque, ya sabes, está de moda.

El punto positivo era que cerrábamos temprano. Aunque no servíamos cenas ni nos aventurábamos en la vida nocturna, pues cerrábamos puntualmente a las seis, como Cenicienta pero sin el zapato perdido; esas doce horas de trabajo no se cuidaban solas. ¡Y claro! Aunque nos turnábamos, si contáramos las veces que hice turnos dobles, parecería que me estaba preparando para una maratón... de café y bocadillos. ¿El negativo? Bueno, ese sería el desfile interminable de compañeros que iban y venían. Algunos se quedaban tan poco tiempo que ni aprendía sus nombres. Las razones eran variadas: horarios que asustarían a un búho, días libres escasos y tan deseados como un unicornio, y vacaciones que, bueno, eran más un mito urbano. Sin olvidar, claro está, la presencia de nuestro «adorado» jefe. La verdad, el dinerillo no venía mal, pero tenía sus asteriscos. En esos cinco años, vi más compañeros pasar que personas en un puesto de limonada en pleno verano. Para empezar, el salario no es que te hiciera millonario precisamente. Y luego estaban esos turnos dignos de una comedia: o te tocaba madrugar y ser casi el primer pájaro en despertarse, presentándote a las seis de la mañana (porque sí, abríamos a las seis y media, hasta las tres, con un «descansito» que más parecía una pausa para pestañear). O llegabas a las dos, te convertías en el Ceniciento del cierre y te tocaba lidiar con todo el carnaval de

limpieza para dejar la tienda más brillante que escena de musical.

Yo era la camarera más veterana. Detrás de mí solo estaba Rita, con tres años de servicio. La mayoría de los empleados no duraban mucho, especialmente por la razón que os indiqué antes: el gerente.

La dueña, Rocío, era una agradable viuda que se encargaba de la cocina, un encanto de mujer. Emigrante retornada con sueños de café y pasteles. Trabajó duro en el extranjero, ahorró hasta el último céntimo, y regresó para abrir esta joya de cafetería donde ahora, con una mezcla de orgullo y cansancio, vertía cafés y contaba anécdotas. Su hijo menor, el temible y arrogante Christopher, era quien llevaba las riendas. A pesar de su nombre extranjero y sofisticado, era una persona difícil. Era un tipo de treinta años que parecía pensar que aún vivíamos dos siglos atrás y que todos debíamos rendirle pleitesía. Lidiar con sus normas y su actitud mezquina era, sin duda, el peor aspecto del lugar y una razón clave por la que muchos no soportaban su temperamento ni su manera de expresarse. Era tonto desde que amanecía hasta que apagábamos las luces de la cafetería. Y probablemente seguía en su racha de tonterías hasta que se iba a dormir, aunque nadie podía despejar esa incógnita. Todos nos preguntábamos si realmente existía alguien que lo soportara por la noche. A él y a... ¡bueno!, a todo lo que pudiese ofrecer. Conmigo, aprendió a ser algo más moderado, pero seguía siendo insoportable. Dado que yo era todo un torbellino de audacia, no le quedó más remedio que relajarse un poco. Además, era de las pocas personas que conocía el local mejor que la palma de su mano y cada rincón de la casa, todos los clientes, proveedores, y sí, hasta los insectos y otras sorpresitas que se paseaban de vez en cuando.

Y ahí estaba yo, en medio de todo esto, con una bandeja en la mano y una sonrisa en la cara, lista para otro día entre vapores de café y risas de clientes.

Rita decía que Christopher o alias Cristofito (apodo que le dimos) se había enamorado de mí, pero tenía mis dudas. Había conseguido un arreglo con él, lo que me permitía trabajar una semana en la mañana y otra en la tarde. Tener antigüedad me daba ciertos privilegios, pero trabajar en esa cafetería seguía siendo exigente. De todas maneras, trabajar en la hostelería era como hacer deporte extremo sin salir del local. Su presencia demandaba una energía superior a la de una maratón, dejándonos exhaustos mientras recitábamos incansablemente las mismas frases, como loros con memoria efímera: "Que tenga un buen día", "¿Cómo prefiere su café?", "Bienvenido al paraíso del café", "Un placer endulzar su día". Eran perlas sacadas del manual que Cristofito nos había inculcado, obligándonos a memorizarlas como si fuéramos actores atrapados en un ensayo interminable.

Pese a todo, estaba satisfecha. Mi hermano Jules, que había ido a la universidad, trabajaba en recursos humanos, pero yo valoraba mi independencia.

Pero veámoslo desde una perspectiva positiva, siempre es la mejor opción: contaba con un empleo casi estable, podía cubrir el alquiler, vivía por mi cuenta y era autónoma. Para incrementar mis ingresos, estaba en la búsqueda de un compañero de piso. Tenía algo de espacio adicional, ideal para ayudar con los gastos. La dificultad radicaba en no encontrar a alguien adecuado dispuesto a acomodarse en los escasos dos metros cuadrados que ofrecía. Pero seguía buscando. No se podía negar mi empeño en mejorar y sacar provecho a lo que poseía. Mi vida era sencilla, pero armónica, y realmente no podía quejarme. No poseía grandes lujos, pero valoraba enormemente lo poco que tenía.

Evitaba las reuniones familiares extensas; no soportaba cuando llegaban mis primas, Hortensia y Rosa (a mi tía le encantan los nombres de flores), alardeando siempre sobre sus profesiones y tratando de menospreciar mi labor. Me recordaban a las hermanastras de la historia de Disney, con la distinción de que yo no calzaba zapatillas de cristal y ellas no eran mis

hermanas, sino mis primas. Y bien dicen que «entre primo y primo más me arrimo». ¡Pues no! A veces dudo que seamos realmente familia. Lo que no dudo es su habilidad para hacer de las cenas navideñas momentos de tensiones. Por lo tanto, algunas personas de mi familia eran comparables a una monumental caca de perro: absolutamente desagradable y difícil de ignorar.

Y así es, en resumen, la maravillosa vida que llevo. Finalizando esta extensa presentación de mi historia, debo mencionar que tiendo a ser muy parlanchina (creo que eso ya quedó claro), poseo una creatividad e imaginación desbordantes —siempre he pensado que mis maestros no supieron aprovechar mi potencial, bien podría ser una eminencia ahora—, lo que hace que esté constantemente divagando, ya sea en voz alta o en silencio.

Algunos dirían que viajo demasiado con la mente. Sobre todo a Narnia. Opino que quienes hablan o piensan así de mí, realmente lo hacen por envidia y no me conocen del todo. Al final, eso es lo que realmente importa. Ahora, continuando, avancemos al tercer capítulo y vayamos directo al tema. Hablo de un día ordinario en la vida de Alba María Torres Soler, con sus veintiséis años, su metro cincuenta de altura y su contagiosa alegría. Nacida en Soria, en la hermosa región de Castilla y León y criada en Madrid, la espléndida capital de España, ¡y vaya que sí!

Y sí, queridos lectores, sabiendo que este relato parece sacado de una de esas comedias que ves en Netflix mientras masticas palomitas y lloras de la risa, debo aclarar que esto es mi vida real, no una parodia.

Mis amigos siempre me dicen que debería escribir un libro o, al menos, un *blog* sobre mis aventuras diarias. Como si mi vida fuera una serie de eventos cómicos sin fin. Pero no sé, ¿realmente alguien leería las crónicas de una camarera que tiene a un jefe con nombre de colonizador y que discute con ratas por un trozo de queso? ¡Dímelo tú! Por cierto, olvidé mencionar las ratas, esas adorables y peludas criaturas que, como yo, están tratando de sobrevivir en la jungla de asfalto que es Madrid. En serio, una vez tuve un combate de miradas con una mientras barría el suelo. Gané, por supuesto.

Y no, no pienso que mi vida sea una tragedia ni una comedia. Es más bien una tragicomedia. Pero en serio, piénsalo: ¿acaso no es así la vida de todos? Una serie de eventos inesperados, algunos hilarantes, otros devastadores, y la mayoría simplemente mundanos. La clave está en cómo eliges mirar esos momentos y qué decides hacer con ellos.

Mi consejo para todos: aprendan a reírse de vosotros mismos y de las situaciones. Apreciad los pequeños momentos y las pequeñas victorias. Como cuando, después de meses de práctica, logré hacer la espuma del café de forma perfecta. O esa vez que Cristofito intentó reprenderme delante de todos y terminó derramando un café entero sobre sí mismo. ¡Momentos dorados!

En fin, espero que hayas disfrutado de este pequeño viaje a través de mi mundo. Si alguna vez te encuentras en Madrid y ves una cafetería con paredes blancas, tonos naranjas y rojos, ¡ven a saludar! Pide un café con mi especialidad, un toque de sarcasmo y una sonrisa, y si ves a Cristofito, dile que he escrito sobre él. ¡Eso le encantará!

Y recuerda: todos somos los protagonistas de nuestra propia comedia. Asegúrate de que la tuya sea memorable. *¡Hasta el próximo capítulo, queridos lectores!*

Cuando el Cambio Desafía, pero la Positividad Triunfa

Eran las seis de la mañana de un lunes y yo ya estaba en la sala al final de la cafetería, donde guardábamos nuestras taquillas, vestuarios e incluso teníamos una ducha «de emergencia». Ahí nos congregábamos cada mañana antes de abrir. Pero los lunes... oh, los lunes, estos venían con un extra: la inolvidable y completamente innecesaria reunión con Christopher para iniciar la semana. Desde hace un año se obsesionó con estos «*briefings*» (como le gustaba llamar a las reuniones) porque, claro, desde que hizo posgrado en *marketing* y publicidad —pese a que estudió dirección de empresas— quiso que nuestra humilde cafetería pareciera la sede central de una multinacional. Por ende, los lunes repasaba tareas y nos adelantaba los eventos de la semana. Una pérdida de tiempo monumental que nos sacaba, bueno, de quicio.

—¿Ya ha llegado Cristofito? —Rita prorrumpió como si la persiguieran, a punto de chocar contra una taquilla.

Empezó a cambiarse a una velocidad digna de récord. Todos en la cafetería debíamos lucir un uniforme: camiseta blanca, pantalón (preferiblemente) negro y un delantal castaño con el logotipo e insignia.

—Debe estar llegando. Pero apúrate o te va a pillar en pleno espectáculo —bromeé al verla luchando con su camiseta—. Con ese sujetador de encaje, ¡deberías cobrar entrada!

—Apuesto a que es el sueño dorado de Cristofito. A estas alturas, dudo que haya visto algo así desde que iba a natación y se cambiaba en el vestuario femenino. Y eso, si es que lo hizo alguna vez. Es de esos tipos que, por ver tantas películas porno, cree que el sujetador es un accesorio opcional, más decorativo que práctico.

—Si te ve así hoy, la película se nos montará a nosotras y nos regalará uno de sus discursos. Y te apuesto a que vendrá con ese humor de mierda especial de lunes. El viernes, al cierre, soltó: "El lunes discutiremos nuevas normas y cambios para este semestre" —imité su tono engolado.

—¿Qué cambios? —preguntó Rita, ensanchando sus ojos.

—¿Quién sabe? Desde que se cree Steve Jobs, espera que le sigamos el juego. Veamos qué sorpresa nos tiene hoy.

Un nuevo colega se acercó tímidamente:

—¿Alguna idea de qué tratará la reunión?

—¡NI IDEA! —gritamos, simultáneamente, Rita y yo.

Cuando Christopher finalmente apareció, Rita y yo oscilábamos las piernas desde un banco, los nuevos estaban apoyados en sus taquillas, Lourdes estaba ajustando su gorro de cocinera y Chus... en el baño.

—Buenos días —anunció nuestro siempre serio gerente—. ¿Estamos todos? —escudriñó la sala como esperando encontrar a un ejército de empleados—. Deberíamos haber empezado ya. ¿Dónde está María Jesús? —preguntó con esa voz que usaba cuando quería mostrarse autoritario.

—¡YAAAA VOOOOY! —se escuchó desde el baño.

Rita y yo luchamos por no reír.

—Veo que tuvieron un fin de semana animado —indicó Christopher con sarcasmo, ese tic en el ojo izquierdo bailando alegremente.

Era irónico escucharlo hablar del fin de semana. Él se tomaba los sábados y domingos libres mientras el resto trabajábamos como condenados. Podría titular este libro como «El día que fui

ascendida a gerente sin un duro a más». Me dejaba esa función, el de supervisar todo, sin el respectivo aumento.

—Bueno —prosiguió—, si están tan animados, ojalá que las cifras de la caja expliquen ese entusiasmo. Sería genial reírnos todos.

Mientras se desahogaba con su sermón matutino, Chus apareció limpiándose las manos en su delantal.

—Mis disculpas, pero ese café mañanero me juega malas pasadas. Siento que me descompuse...

"Yo soy el que se está descomponiendo aquí", murmuró Cristofito. En ese momento, levantó una mano en señal de "¡Ya basta!" hacia Chus. La risa contenida de Rita me era contagiosa. Con los ojos cerrados y dientes apretados, rezaba para contener la risa que amenazaba con escapar. «Mierda por mierda...», pensé.

—Pasemos a temas serios —comenzó Christopher, ignorando el comentario de Chus—. Pronto abrirá en el barrio una cafetería cuyo nombre no mencionaremos dentro de estas paredes.

—¿La *Estarluques*? —interrumpió Chus, siempre con su inoportuna intervención.

Olvidé mencionar que, mientras yo solía hablar sin pensar, ella parecía tener una conexión directa entre su garganta e instinto. Conversar con ella equivalía a hablarle a una pared.

—¿Qué parte de "la cafetería cuyo nombre no se menciona aquí" no comprendiste, María Jesús? —interrogó con las manos en las caderas, recordándome a un vendedor de pescado en la lonja. Rita, luchando por no reír, soltó un hipo ahogado. Cristofito la miró con sus profundos ojos azules, pero su cabeza permaneció inmóvil—. ¿Le parece gracioso, señorita López?

Rita estaba al borde de la risa, pero logró contenerse y negó con la cabeza. La tensión en la habitación era palpable.

—Si alguien tiene algún comentario, que hable ahora o abandone la reunión —dijo y tras unos segundos de pausa, señaló hacia la puerta. Todos bajamos la vista, como si estuviéramos en una ceremonia solemne—. Como esperaba. Prosigamos. La próxima semana, una nueva cafetería americana abrirá en el barrio. Serán nuestra principal competencia. No nos daremos por vencidos tan fácilmente. Antes de que vengan a desafiar nuestro terreno, debemos estar preparados.

No pude evitar pensar: "¿Competencia?". Nuestro terreno, como él decía, era una pequeña cafetería local, de toda la vida del señor. Además, a lo que Cristofito se refería era a un *Starlucks*, una cadena mundialmente conocida. Era la leche, nunca mejor dicho. Una cafetería con franquicias por doquier, famosa hasta decir basta. Y no solo del café, sino de todo lo que se servía allí. Y el tipo nos sale con que debemos renovarnos, ¡vaya tela! Está claro que perdió un tornillo o dos. Se creía el gran iluminado solo porque había estado fuera y sabía cosillas que los demás no. ¡Menudo sabelotodo!

Sus propuestas para renovarnos eran, a decir verdad, un tanto absurdas.

—Esta semana, modernizaremos nuestro servicio al cliente. Adaptaremos algunas de las prácticas que utiliza esa cadena. ¡Todos presten atención! —exclamó, recordándome al sacerdote en misas dominicales: «Atentos a la Palabra de Dios»—. Siempre os digo que traigáis una libreta a estas reuniones, pero claro, ¿para qué hacerme caso? ¡Cómo si estuviéramos jugando al teléfono descompuesto!

—No hables en descompuesto —musitó María José, con una ceja levantada.

Finalmente, una revelación digna de epifanía: a nadie le importaba un bledo lo que decía. ¡Venga ya! ¿Una libreta? ¡Qué ocurrencia! Yo, con esta cabecita que se supone que me dio el de arriba, podía retener pedidos de siete mesas al hilo, y añadirle tres más en la barra, sin pestañear. Pero ahora este sujeto, que bien podría ser el primo perdido de un ogro, sale con lo de los

cuadernos. Ni que hablar de que jamás reponía las simples hojas de pedidos.

—De ahora en adelante, cada vez que hagamos un pedido, escribiremos los nombres de los clientes en las tazas.

Las caras de todos podrían haber protagonizado un meme de «confusión total». Parecía que a Cristofito le iban a salir llamas de las orejas. El silencio era tan espeso que podría haberse cortado con un cuchillo. Pero, como siempre, la intrépida María Jesús se abrió paso a través del muro del silencio con una pregunta que dejó a todos boquiabiertos.

—Oiga, jefito —Y estoy bastante segura de que en ese momento, Cristofito tenía esa mirada de asesino en serie que vi en una peli el otro día; lo de “jefito” le daba urticaria. Se supone que es “Sr. Christopher”. Aunque yo tenía el privilegio de llamarlo simplemente Christopher, pero esa es harina de otro costal—. ¿Y cómo se supone que vamos a escribir en las tazas? ¿Con el bolígrafo que no escribe ni en papel, y mucho menos en cerámica?

La miró como si estuviera a punto de soltar dragones por la boca, mientras intentaba domar su desordenado cabello con las manos.

—Escuchen todos —dijo con un tono que recordaba a un profesor frustrado—. Hoy mismo conseguiré rotuladores que, espero, estén a la altura de nuestras tazas. El resto del proceso es pan comido: preguntamos al cliente su nombre, escribimos en la taza, tomamos su pedido y luego llamamos al cliente por ese nombre. Es un enfoque más personal. ¿Tan complicado puede ser?

Podías escuchar una mosca volar en esa habitación, hasta que Jorge decidió romper el silencio con su duda existencial.

—Una duda, jefe, cuando habla de escribir el nombre, ¿se refiere al nombre completo o solo al nombre de pila?

—Por comentarios como ese es que estás en la lista de *los que podrían salir por esa puerta*, querido Jorge —contuvo su furia justo a tiempo—. Y, ¿qué parte de “escribir el nombre del cliente” fue tan difícil de entender?

Sin embargo, Daniel, con esa chispa de siempre, no tardó en meter cizaña.

—Está bien, jefe, entendido. Pero si hay, digamos, tres Marías... ¿A cuál de las Marías le entregamos el café?

Christopher apretó los ojos como si intentara convertir el carbón en diamante con solo pensar en ello. Vi cómo sus dientes parecían a punto de rechinar y me imaginé que estaba maldiciendo su decisión de empezar esa reunión tan temprano. Observé mi reloj y vi que marcaba las 6:30.

—Bien, parece que el tiempo se nos acabó. Retomaremos este... fascinante encuentro en otro momento. ¡Vamos, vamos, a trabajar!

Se escuchó un murmullo generalizado de alivio mientras todos nos levantábamos para escapar de su tediosa conferencia. Pero justo cuando iba a salir por la puerta, su voz cortó el aire.

—Alba, quédate un momento, necesito hablarte —pensé: «Claro, ¿por qué no? ¡Qué bien me lo paso con Cristofito!».

Vi a Rita, que levantó una ceja en una mezcla de simpatía y «mejor tú que yo». Asentí con resignación y me quedé atrás.

—Alba, mira, tus compañeros no tienen ni idea de lo que es dirigir un negocio —pensé: «A juzgar por este *meeting*, tú tampoco»—. Pero confío en ti —agregó, mientras bajaba la mirada de una forma que hizo que mis ojos se abrieran como platos—. Eres más... preparada. Espero que guíes a tus compañeros en esta nueva estrategia.

«¿Qué nueva estrategia? ¿Garabatear los nombres en las tazas y rezar por lo mejor?», pensé. Pero, claro, él era el experto con un diploma en «Cómo hacer que tu negocio sea más complicado de lo necesario 3.0».

—¿Alguna respuesta? ¿No vas a decir nada? —dijo, ligeramente desafiante.

—Está todo claro. Avísame cuando decidas cambiar algo más. Por ahora, tengo un montón de nombres que estropear con mi letra de médico.

Lo vi tragar saliva, su expresión se endureció y sentí un atisbo de victoria. Sin decir una palabra más, salí con paso firme, dejándolo solo en su mundo de teorías de café.

El marketing de la leche

La semana transcurrió sin mayores contratiempos. Christopher, demostrando su habilidad para ser un «tacaño extremo», compró una caja de diez marcadores aquel lunes. Al parecer, con eso esperaba que conquistáramos el mundo del café. La nueva norma de escribir nombres en las tazas se puso en marcha rápidamente. Sin embargo, llevarle la contraria a la física y lograr que los nombres cupieran en las tazas de café espresso nos llevó un par de días. Era casi un arte en sí mismo. Ya finalizada la jornada, parecía que hubiésemos luchado en una guerra de rotuladores, manchados de arriba abajo.

Rita y yo nos encargábamos de la barra y la caja, mientras que los chicos se movían entre las mesas atendiendo pedidos. Chus, nuestro sol radiante, se ocupaba de la terraza, que, aunque pequeña, se llenaba al instante en un día soleado. Mientras me sumergía en el arte del café, Rita se inclinó para susurrarme:

—Ojo con el galán que acaba de entrar.

Giré la cabeza con disimulo para ver de quién hablaba. Al darme cuenta, volví a mi posición original a la velocidad de la luz, sintiendo cómo mis mejillas se encendían como dos focos.

—¡Maldición! ¡Miiiiierda! —blasfemé por lo bajini.

—Venga, ve a atenderle y yo me encargo del resto. ¡Ánimo!

En ese instante, sentía como si hubiera olvidado mi guion en una obra de teatro. Desorientada, caminé hacia la caja, intentando dar la impresión de que sabía exactamente qué estaba haciendo. Mientras, limpiaba mis manos en el delantal y trataba de domar mi rebelde melena. Pero, ¡ay!, el uniforme. Esa redecilla era la némesis de mi existencia. No había opción de lucir un cabello libre al viento; siempre debía estar prisionero en un moño, a menos que lo tuvieras tan corto que parecieras recién salido del ejército. Y ese complemento, esa especie de red que parecía sacada de las medias de mi abuela, no ayudaba. Con mi flequillo, la tarea se complicaba aún más. Debía encajarlo dentro de la gorra, lo que me dejaba con una estética parecida a un pez ramirezi atrapado en una red, y no precisamente en una forma glamorosa. Por eso, cuando el ojo vigilante de Christopher no estaba presente, intentaba liberar un poco de mi pelo de esa cruel cárcel. Apenas tuve tiempo de peinar mi flequillo rebelde y sacarle de su prisión de redecilla antes de acercarme a la caja. Intenté parecer lo más profesional posible.

—¡Buenos días, Alberto! ¿Por aquí tan temprano?

Mi comentario pudo haber sonado un poco obvio, considerando que venía cada mañana. Alberto era mi perdición: ojos azules, sonrisa arrolladora y una amabilidad que desarmaba. Estaba completamente embobada con él.

Lo admito, mi cerebro se paralizaba cada vez que veía a Alberto. Era como si un ejército de mariposas hubiera decidido hacer una fiesta en mi estómago. Con ese pelo rubio y esos ojazos que, al menos para mí, brillaban más que una bola de discoteca, no podía evitarlo. Su físico era digno de una portada de revista y, para rematar, poseía esa sonrisa que podría iluminar una habitación oscura. ¡Ay! Y esa amabilidad suya que parecía salida de otra época. Soñaba con él, me imaginaba en escapadas románticas con él y, para ser honesta, tenía algunos pensamientos traviesos sobre él. Vamos, que estaba totalmente enganchada. Pero, claro, el pobre no tenía ni idea. Y yo, que soy de las que piensan mucho y actúan poco, únicamente tenía el valor de ofrecerle una galleta extra con su café. Pero ojo, ¡sin que Cristofito se enterara! Porque una vez, me pilló regalándole una galleta de más y casi me pone de patitas en la calle. Cristofito era más

tacaño que un ratón guardando queso. Como decía mi abuela: “En el arca del avariento, el diablo yace dentro”.

—Buenos días, Alba. Como siempre, vengo en busca de mi dosis diaria de cafeína. Espero tu toque mágico.

Si tan solo supiera lo que pensaba... *El toque mágico es lo que voy a darte cuando te tenga debajo de mí.*

Sacando un rotulador, recordé la nueva norma y le dije:

—Por cierto, ahora escribimos los nombres en las tazas, entonces, ¿te pongo Alberto en la tuya? —dije intentando que no se notara mi nerviosismo.

Vamos, era un acto tan simple, pero sonaba tan absurdo en mi cabeza. ¿Qué otra cosa podría escribir? ¿"Eres un bombón"? Bueno, eso lo dejaría para mi diario secreto. Aunque, si me apuras, le pondría un "te quiero", pero no tenía el valor... ni el espacio suficiente en la taza. Ahora, si hubiera sido para Christopher, otro gallo cantaría, algo como "Sr. Tacaño" le vendría de perlas.

Él sonrió.

—Sí, ese es mi nombre.

Una vez que Alberto me confió ese sagrado tesoro que era su nombradía, decidí que necesitaba un poco más de magia. Con un tono que esperaba fuera discreto y cómplice, le susurré a Rita:

—Hazme el favor y ve a la caja, quiero preparar el pedido de Alberto con mi toque especial. Gracias.

Rita, con la complicidad que solamente las compañeras de batalla del café pueden tener, me guiñó un ojo y se movió para atender a los otros impacientes de cafeína.

Me dediqué a preparar el café de Alberto como si estuviera mezclando un brebaje hechizado de amor. Mientras, Rita me alborotó con dos pedidos más, pero yo, decidida, preparé todos al mismo tiempo. En el momento culminante, con mis pestañas parpadeando al ritmo de una mariposa desesperada, le entregué su taza a Alberto.

—Alberto —repetía mentalmente, saboreando cada sílaba—. Aquí tienes tu pócima... digo, café. ¡A disfrutar!

Él me ofreció una sonrisa que fundió mis defensas y se dirigió a una mesa. Yo, embobada, observaba su retiro estratégico. Rita, salvándome de una regañina, me alertó de la entrada de Christopher y reaccioné entregando el resto de los cafés con toda la gracia de un pato mareado.

—¡MARÍ! —anuncié, buscando la cara que correspondiera a ese nombre. Una chica asomó, saludando y tomó su taza con agradecimiento.

Aún tenía una taza más. Y ahí lo leí: «ALBERTO». Mis ojos se agrandaron. *¿Acaso había una invasión de Albertos y nadie me avisó?*

—¿ALBERTOOO? —intenté nuevamente, elevando la voz.

El Alberto que conocía surgió con una cara de confusión, seguido de otro tipo que parecía tener menos paciencia que un niño frente a un paquete de dulces.

—Esto no es lo que suelo pedir —afirmó *mi* Alberto.

—¿Vas a darme ya mi café o tengo que buscar un Starlucks? —soltó el tipo impaciente, mencionando aquel lugar cuyo nombre no se menciona.

Christopher parecía estar a punto de explotar, y yo, sintiendo que el mundo se venía abajo, noté mi error al mirar las tazas. Un intercambio, lo más común en la historia de los errores de café. *¿Por qué, de todos los días, tenía que ser hoy?*

—¿Qué acaba de ocurrir aquí? —preguntó Christopher, probablemente más confundido que un pingüino en el desierto.

Intenté responder, pero a penas me salió una serie de sonidos incoherentes que parecían más un canto de ballena que palabras humanas. *Lo siento, Alberto. Lo siento, mundo. Lo siento, taza de café.*

Y mientras el tipo impaciente seguía soltando chispas, y yo intentaba volver a la tierra, Alberto tomó partido, y no precisamente el mío. Una pequeña partecita de mi corazón crujía. Quizá no solamente me equivoqué con el café, sino con mi juicio sobre él.

—¡Eh! Yo... ¡Eh! Yo... ¿Dónde dejé mi voz cuando más la necesito? —me quejé en un hilo de voz, recordando las escasas veces que me había quedado afónica. Mi garganta se sentía como si hubiera tenido un encuentro cercano con un gato persa. —Alberto, de verdad, me equivoqué. Perdona por... lo de la taza.

Mis mejillas ardían como si hubiera estado practicando para ser un semáforo humano. Entonces el otro tipo, que parecía haberse graduado con honores en la universidad de los tocapelotas, comenzó a soltar su mierda. Parecía una bengala humana con problemas de actitud.

—Madre mía, ¿dónde encontráis a la gente que trabaja aquí? ¿En un *reality show* de baristas torpes? Es que ni siquiera pueden escribir un nombre en una taza sin confundirse.

Cada palabra que decía era como un zumbido en mi oreja, y para rematar, Alberto asintió, uniéndose al coro de críticas. Me pregunté si estaba tratando de ganar puntos en el juego imaginario «Aplasta el espíritu de Alba». Mi corazón se sintió como un globo desinflándose.

Christopher, que nunca perdía la oportunidad de demostrar que podía hacer algo bien, saltó al rescate.

—Mis disculpas, caballeros. Enseguida recibirán sus pedidos correctos. Por las molestias, vuestras bebidas corren a cuenta de la casa. Por favor, tómense un asiento, yo mismo me encargaré.

Cuando Christopher se acercó, su expresión decía «quiero lucir bien, pero también estoy molesto». Me tendió las dos tazas y murmuró en mi oído, haciendo su mejor imitación de Darth Vader:

—Lleva estos cafés ahora mismo. Y por cierto, te descontaré estos cuatro cafés de tu salario. Así que, ¡muévete! Estamos en una función en directo, no en una telenovela.

Con las tazas en mano, las agarré con la fuerza de alguien que estaba considerando seriamente la idea de lanzarlas al suelo. Y ahí estaba Rita, sutilmente dándome la mirada de "¿En serio?".

—¿Estás bien? —susurró, procurando que su voz no llegase a oídos indiscretos, especialmente a los de Christopher, nuestro jefe supremo y ocasionalmente, el Grinch en febrero.

Hice un intento patético de encogerme de hombros. Honestamente, me sentía como un unicornio que había sido invitado a una convención de burros. Y ahí estaba Alberto, el chico que todavía me hacía soñar con corazoncitos, dándole la razón a *Mr. Soy-tan-quay-con-mi-traje*.

Christopher, con su mirada de «deberías estar agradecida de tener este trabajo», me señaló que debía seguir con los pedidos. Asentí como la buena empleada que fingía ser y procedí a servirles. Mi jefe, haciéndome sentir como si estuviera en una audición para un drama otomano, me dijo con voz de misterio:

—Cuando acabes tu turno, tenemos que hablar.

Por un segundo, preví la idea de responder con algo chispeante, pero recordé el sabio dicho de mis amigos mexicanos: «¡Calladita te ves más bonita!». Así que, opté por el silencio.

Entonces, el elegante arrogante, porque sí, aunque quisiera negarlo, era guapo, se acercó a mí. Su aroma a «más caro que mi salario» invadió el aire. Miré hacia arriba y sus ojos grisáceos, que recordaban a los cielos con nubes, se encontraron con los míos.

—Solo un consejo, busca otro trabajo. El arte de servir cafés no es lo tuyo. Y sobre tu jefe... bueno, digamos que comparte tu talento. ¡Buena suerte! —dijo, con una sonrisa que mostraba dientes tan blancos que los anuncios de pasta dental estarían celosos.

¡La madre que lo parió! ¡Pedazo de oruga!

Atrás, vi a Alberto y, sorprendentemente, no sentí nada. Bueno, nada más que el deseo de tener la habilidad de lanzar rayos láser con los ojos. Estaba más desconcertada que una vegana en una carnicería. Ahí estaba Alberto, saliendo como si hubiera olvidado que olvidó apagar la plancha en casa. Ni un adiós, ni un guiño, ni un "¡oye, nos vemos en el próximo error de café!" Nada. Literalmente, si hubiera tenido un micrófono, lo habría soltado al suelo en señal de conmoción. La decepción me golpeó más fuerte que darse cuenta de que tu serie favorita tiene una temporada adicional que resulta ser un completo desastre. Mi corazón, en ese momento, se sintió como un teléfono antiguo: desconectado y en pedazos.

Rita, mi ángel guardián con delantal, me indicó con cariño que saliera y tomara aire. Así lo hice, buscando refugio en el vestuario. Ahí, con mis sentimientos luchando entre sí, solté el llanto que había estado conteniendo. Lágrimas, mocos, el espectáculo completo.

Y entonces, la puerta se abrió y la voz de Christopher resonó. ¿Podría mi día empeorar?

—¿Alba? ¿Qué sucede? —preguntó con preocupación—. ¿Estás llorando?

La verdad, no sabía por dónde comenzar.

Una pausa para el café

Me golpeó la revelación de que lo que había vivido no era más que un episodio de alguna serie barata. Tras media década siendo la «chica sin problemas» del jefe, todo lo que necesité para derrumbarme fue un par de rostros guapos, y sí, bastante idiotas. ¿Qué había hecho para merecer esto? De alguna forma, me vi transformada en una adolescente tonta y enamorada, esperando el inminente discurso sobre «responsabilidad y madurez en el trabajo». Y con mi paciencia colgando de un hilo, cualquier palabra más y lo mandaría a cantar a otro lado.

—¿Alba? —alzando mi rostro, mis ojos debían parecer dos tomates aplastados—. ¡Jolines! Me cago en todo.

¿¡El pensaba cagarse en todo!? Oh, venga ya. Si alguien merecía ese derecho, esa era yo. Un suspiro escapó de mis labios mientras él avanzaba hacia mí, y tuve un ligero escalofrío al sentirlo tan cerca.

—Solo... solo necesitaba un momento. Estaré lista en seguida —musité mientras intentaba recuperar mi aspecto, probablemente pareciendo un mapache tras una noche de juerga.

Sus ojos buscaron los míos, y pude ver en ellos una mezcla de vacío y preocupación.

—Mírame —dijo con una gravedad que heló mis huesos—. ¡Hum! Nada parece tener el mismo sentido ahora.

Estaba inexpresivo, pero su mirada revelaba mucho más de lo que sus palabras podían decir. Un nuevo escalofrío me recorrió al sostener su mirada. Por instinto, me envolví en un abrazo a mí misma, como si intentara protegerme de la intensidad de ese momento. El mundo pareció detenerse; estábamos atrapados en esa mirada profunda y penetrante. Esa conexión me resultaba inquietante, pero a la vez, irremediablemente cautivadora.

—Cámbiate de ropa y vístete. Te espero fuera, en la parte trasera, en diez minutos. Lleva tus cosas.

«¡Fantástico! No me jodas. Esto es el colmo.», mi cabeza no paraba de taladrarme. No podía asimilar la idea de que me fuera a despedir por algo tan insignificante. *¿Estaba hablando en serio?*

Con sus ojos todavía encendidos de emoción y furia, él se mantuvo firme, dejando una pausa elocuente tras sus palabras. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso, y su presencia imponía una autoridad innegable en la habitación. Se podía cortar la tensión con un cuchillo. Sin dar oportunidad a réplicas ni a que yo interviniera, se giró bruscamente y caminó hacia la puerta con pasos decididos y resonantes que retumbaban en el silencio del lugar.

Y justo cuando cruzaba el umbral, con un último gesto teatral de desdén, dejó caer la puerta con tal fuerza que el sonido del portazo resonó en los pasillos, dejándome en estado de shock por lo ocurrido. La atmósfera se llenó de un aire pesado, y en ese momento, la realidad de su autoridad y poder se hizo evidente para mí.

Con movimientos lentos y mecánicos, abrí mi garita. Me deshice del delantal y de la redecilla, dejando mi cabello libre. «¡Vaya, gracias por el preaviso!», pensé mientras revolvía mis cosas. Cambié mi atuendo y, tras guardar todo, cerré la taquilla. Pero algo me detuvo y la volví a abrir. Guardé todo en una bolsa, decidida a llevármelo. Ese uniforme había sido parte de mí durante cinco años; no pensaba dejarlo atrás. Era una parte de mi historia que no estaba dispuesta a soltar. Rápidamente, envié un mensaje a Rita explicándole la situación y mi ausencia. La tranquilicé diciéndole que hablaríamos más tarde. Luego, tal como Christopher había

instruido, salí por la puerta trasera. Como las ratas en los navíos.

Al llegar, allí estaba, apoyado en su coche que costaba probablemente más que mi alquiler de todo un año.

—¿Qué coño haces con tu uniforme en una bolsa? ¿Te lo llevas de *souvenir*?

Podía ver en sus ojos toda la amalgama de emociones que me asaltaban. Con una ligera sonrisa sarcástica y un encogimiento de hombros respondí:

—Caprichos del corazón herido.

Su mirada parecía el póster oficial de todos mis fracasos amorosos, dramas y tragedias combinados en una sola expresión. Por un momento, me sentí una verdadera mierda. Hice un gesto con los hombros, al más puro estilo "no sé qué te pasa", y él simplemente negó con la cabeza como diciendo "mujeres...". Sonó estúpido a más no poder, pero me callé.

—Sube al coche —dijo, ya abriendo la puerta del conductor, todo un caballero. Pero al notar que yo no había hecho ademán de moverme, añadió—: Oye, si no subes, ¿tengo que ponerte en el maletero o algo?

Di un suspiro dramático y caminé alrededor del coche para abrir la puerta del pasajero. Dios, era la primera vez que estaba a solas con él fuera de ese antro donde trabajábamos. Era como si me hubiera invitado a una cita, pero sin flores, chocolates o nada romántico.

—Ponte el cinturón —dijo él, ya listo para acelerar.

Yo me abroché, preparándome para lo que vendría. Estaba protegida contra accidentes de tráfico, pero de sus intenciones... eso ya era otro tema.

Antes de que el coche rugiera a la vida, preguntó:

—¿Dónde vives? Bueno, ya sé dónde, soy tu jefe después de todo. Pero nunca he estado allí, así que... ¿me guías o usas el GPS?

—¿En serio? —fue lo único que pude articular.

—¿En serio qué? —respondió.

Era como si estuviéramos jugando al ping-pong verbal.

—¿Por qué quieres llevarme a casa? Tengo piernas, ¿sabes?

—Lo sé, las veo todos los días bajo ese uniforme. Pero hoy, yo me encargo. ¿Algún inconveniente?

Mordí mi labio, intentando no rodar los ojos y le di las indicaciones. No quería discutir, al menos no hoy. Durante el trayecto, solo intercambiamos palabras relacionadas con el "gira aquí" o "sigue recto".

Cuando llegamos a mi casa, apagó el coche y, antes de que pudiera huir, se giró hacia mí, quitándose el cinturón como si estuviera en una película lenta y dramática.

—Hemos llegado —dijo, como si hubiera hecho un gran descubrimiento.

¡Vaya, genio! Gracias, Capitán Obvio. Mi hogar, dulce hogar, que por supuesto sabía que era aquí.

—Vaya, gracias por traerme. Podrías haberme abandonado en una isla desierta, pero... eh, al menos no lo hiciste —Me quité el cinturón con un suspiro exagerado—. Aunque tal vez habría sido más amable que lo que hiciste en el trabajo. ¡Oh!, espera, ¿quieres que te deje una nota de agradecimiento por la puerta del local? Porque no pienso volver, no te preocupes. Quizá piensas que soy una amenaza, que volveré y haré un escándalo, despidiéndome entre lágrimas y reproches. Es evidente que quieres que me mantenga alejada, alejada de todo lo que he conocido y amado —Las lágrimas amenazaban desbordarse de mis ojos—. Pero no te preocupes, conozco la profundidad de mi error y el lugar que me corresponde ahora. Nunca olvidaré lo que he hecho y lo que he perdido.

Esperaba ver algún rastro de emoción en su rostro, pero nada. Estaba más inexpresivo que un maniquí. Por un momento, creí que se había convertido en uno de esos retratos realistas de museo. ¿Había roto a Christopher? La esencia de mi jefe siempre fue su verborrea y su expresividad, pero ahora, el silencio profundo y su rostro inexpresivo me envolvieron en una neblina de inquietud. Un nudo se formó en mi garganta, y con un esfuerzo monumental, inhalé profundamente. Mi mano temblorosa buscó la manija de la puerta, buscando una salida. Pero incluso mientras intentaba escapar de ese espacio sofocante, no podía dejar de dirigirle palabras, como si mi vida dependiera de cada una que pronunciaba.

—Ha sido... interesante trabajar allí —empecé, sintiendo cómo mis ojos se llenaban de lágrimas—. Y si esperas un abrazo, un "adiós", olvídale. Un placer trabajar contigo.

¿Esto era todo? ¿El final de mi historia en lo que había sido mi santuario durante medio decenio? ¿Terminaría todo con este adiós sombrío y surrealista? Estaba lista para pivotar en el asiento y marcharme cuando un torrente de furia hirviente brotó en mi pecho, reemplazando el dolor con una ardiente determinación. Me volví hacia él, con los ojos centelleando de rabia y recopilando cada fragmento de mi ser.

Sus ojos, afilados y escrutadores, nunca se apartaron de los míos, como si estuvieran diseccionando cada uno de mis pensamientos y emociones. Mantuvo el silencio, pero ese silencio decía más que mil palabras. Era como si cada segundo que pasaba aumentara la presión en el coche. Sus cejas estaban ligeramente fruncidas, y su postura era la de alguien que no iba a ceder ni un ápice. La tenue iluminación del lugar solo acentuaba la gravedad de su mirada, convirtiendo cada sombra en una acusación muda. Era el tipo de mirada que un inspector experimentado de policía le daría a un criminal, una mirada que busca respuestas, una mirada que no acepta mentiras. Y mientras me sostenía bajo esa intensa vigilancia, sentí que cada secreto, cada imperfección y cada miedo que había guardado dentro de mí, estaban expuestos y a la vista de este inquisidor silencioso.

—¡Déjame decirte algo! No, no fue ningún placer. Fue un tormento. Ser empleada tuya ha sido una verdadera tortura. Fue una mierda. Trabajar para ti es una mierda. Es un puto asco, una agonía... Una experiencia que roza el mismísimo infierno... Y ya que estamos en confianzas... ¿Cristofito? —Su compostura imperturbable solo avivó más mi ira—, que tu preciado liderazgo se lo lleve el viento.

Iba a salir una vez más, pero antes de que pudiera hacer un drama aún mayor, me volví hacia él, con una mezcla de rabia y pasión contenida:

—¡Sabes qué, Christopher! Métetelo por donde te quepa. ¡Vaya líder estás hecho!

Sus dedos, fuertes y decididos, rodearon mi cuello de manera inesperada, dejando un rastro de frío a su paso. En una fracción de segundo, su rostro se acercó al mío, y antes de que pudiera procesar lo que estaba ocurriendo, sus labios estaban sellados sobre los míos. No hubo advertencia, no hubo espacio para reaccionar, para pensar o para respirar. Su sabor, una mezcla de audacia y misterio, se apoderó de mi boca. Y, ¡por todos los cielos!, cómo besaba ese diabólico hombre. Sentí cómo cada rincón de mi boca era explorado, conquistado, y reclamado por él. Cada movimiento, cada caricia de su lengua, dictaba una pasión avasalladora que dejaba en claro quién estaba al mando.

Y lo peor de todo, o quizás lo mejor, dependiendo de cómo se mire, es que me perdí en ese beso. Me dejé llevar, sumergida en sus encantos. Un fuego ardiendo dentro de mí confirmó lo que no quería admitir: me había gustado. Dios mío, me había encantado. Y no un poco, sino con una intensidad abrumadora. Mi racionalidad gritaba, cuestionando cómo podía disfrutar tanto de los labios de Christopher. Era como si hubiera firmado un pacto con el mismísimo diablo. Y en

ese momento, aunque hubiera sido el último hombre sobre la tierra, no podía negar el deseo que había nacido entre nosotros.

Se apartó de mis labios con la única intención de coger aire y antes de que pudiera decir "guerra de almohadas", me besó por sorpresa, otra vez. Y no fue cualquier beso. Fue un beso que me dejó sin palabras, sin aire, sin todo. ¡Maldición! ¡El mismísimo Lucifer no podría haber besado mejor!

Cuando finalmente pude recuperar la compostura, me encontré con una nueva versión de Christopher, una más suave, más dulce. Como un lobo vestido de cordero, volvió a besarme, pero esta vez con una ternura que no esperaba. ¿En qué momento se había vuelto tierno el jefe del infierno?

Mis pensamientos eran un torbellino. Por un lado, quería darle una bofetada y por el otro, caer en sus brazos. ¡Qué dilema!

—Chris... —No pude ni terminar su nombre.

Esta vez, cuando nuestros labios se encontraron, la vorágine del momento anterior cedió paso a un baile más delicado, uno lleno de ternura y dulzura. La calidez de su boca contra la mía contrastó con el frío exterior, provocando un escalofrío en todo mi ser. Sentí cómo sus dedos, ahora suaves y tiernos, trazaban una senda ardiente desde mi mejilla, descendiendo hacia mi cuello. Su otra mano, mientras tanto, se deslizaba por mi cabello, jugando con cada hebra antes de deslizarse hacia abajo y presionar suavemente contra mi espalda, atrayéndome hacia él en un abrazo protector.

Las voces en mi cabeza gritaban en conflicto. Una parte de mí quería escapar, saltar del vehículo para huir de la confusión. Pero había otra voz, más potente y persistente, que me susurraba el deseo de perderme en sus brazos, de dejar atrás todo recelo y entregarme a lo que mi corazón clamaba. «¿Cómo podía sentirme así?», me preguntaba. «Esto es una locura, ¿verdad?»

Al final, su abrazo se aflojó, y sus labios se retiraron con la promesa tácita de más por venir. Cuando nuestras miradas se cruzaron, una sonrisa juguetona y un poco maliciosa se dibujó en su rostro. Reconocí inmediatamente la astucia detrás de sus ojos: había calculado cada movimiento, cada palabra, sabiendo exactamente cómo me sentiría.

—Quiero que descanses durante los próximos dos días. Y el jueves te espero a tu hora habitual para tu turno. Descansa bien.

Mis ojos se abrieron, una protesta a punto de surgir, pero el deseo en su mirada, dirigido directamente a mis labios, me silenció. Un nudo se formó en mi garganta. Sin palabras, giré para abrir la puerta, pero una última declaración de él me detuvo.

— Por cierto, no me desagrada en absoluto el mote que me has puesto. Tengo que admitir que me gusta más que «hijo de puta».

Mis mejillas ardían más que un verano en el desierto. Sin atreverme a enfrentarlo nuevamente, salí apresuradamente del coche y corrí hacia la seguridad de mi hogar. Sólo al cerrar la puerta detrás de mí, apoyando mi espalda contra ella, el peso total de lo ocurrido cayó sobre mí, dejándome sin aliento. Fue cuando supe que mi vida nunca volvería a ser la misma.

Cristofito. No podía creer que además de saber que lo llamábamos así, tuviera el atrevimiento de besarme. Tras dejarme en casa y otorgarme dos días de descanso, ¿qué diablos había sucedido? Tenía la certeza de que algún detalle crucial se me había escapado. Por el momento, no podía analizarlo en su totalidad. Los minutos posteriores transcurrieron sumergida en pensamientos sobre Christopher, sobre todo lo acontecido, y cuestionándome cómo era posible que su beso hubiera despertado sensaciones en mí. Es el mismo Christopher. Mi insoportable jefe, al que ahora deberé enfrentar día tras día. Después de lo sucedido, ¿cómo? ¡Por Dios, qué

lío! Parecía que había caído en una trampa de la que no sabía cómo escapar.

El zumbido de mi móvil me devolvió a la realidad. Un mensaje de Rita apareció en la pantalla. Aprovechando su descanso, quería saber los detalles. Respondí:

“Cristofito me besó.”

No pasó ni un segundo cuando recibí su respuesta, cargada de incredulidad:

“No jodas. No puede ser. ¡¿Quéééé?!”

Realmente, no sabía cómo proseguir.

“Regreso al trabajo el jueves. Christopher me dio unos días. Hablamos el miércoles, no te preocupes. Todo está bien. No hay mucho más que contar.”

Después de un breve intercambio, quedamos en conversar más tarde. Dejando el móvil a un lado, me dejé caer en el sofá. Fue en ese momento cuando Vladímir, con sus ojos aún cargados de sueño, se asomó.

—Lo sé, te interrumpí en tu sagrada siesta —le dije, acariciando su cabeza—. Hoy es uno de esos días, pequeño *bicheza*. —Le decía así, un apodo cariñoso derivado de bicho y realeza.

Vladímir se acomodó a mi lado, ronroneando con placer. No pasó mucho tiempo antes de que ambos nos quedáramos dormidos.

Al día siguiente, mi hermano Jules me contactó, queriendo saber mi horario para vernos. Tenía noticias que compartir. Eludir la razón de mi día libre significaría no revelarle el beso, algo que prefería evitar. Aproveché la ocasión para proponer un encuentro en el Starlucks cercano a mi lugar de trabajo. Estaba ansiosa por conocer a la competencia de cerca y descubrir su dinámica. Aunque mi conciencia me recordó que solo era una empleada, y no la dueña del café donde trabajaba.

Esa tarde, esperé ansiosamente frente al Starlucks, esperando no ser vista por Christopher o algún conocido. Sería un escándalo innecesario. Y otra razón más para no tener que volver a ordenar mis cosas en la taquilla. Afortunadamente, Jules llegó puntual, evitando cualquier incomodidad prolongada.

Nos acomodamos en una mesa y comenzamos a hablar sobre nuestras vidas. Durante unos treinta minutos, conversamos sobre temas ligeros mientras degustaba un *matcha latte*. Era una variante que aún no habíamos introducido en nuestra cafetería y, debo admitir, me sorprendió gratamente su sabor. Aunque Jules hablaba animadamente, mis ojos vagaban constantemente, examinando cada rincón del local y observando su funcionamiento.

Cuando decidí levantarme para ir al baño, al adentrarme en el pasillo que llevaba a los servicios, la última persona que esperaba —y desearía— ver emergió de una puerta reservada para el personal. Era ese petulante que casi consigue que me despidieran. ¿Cómo se llamaba? Recordé el nombre que aparecía en la taza de Alberto. ¡Ah! Óscar.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó con un tono burlón. Erguí la barbilla desafiante.

—Podría hacerte la misma pregunta. ¿Acaso no tienes algo mejor que hacer que pasearte con aires de grandeza por cafeterías ajenas? —respondí.

Ya no estaba en mi ambiente laboral y no pensaba permitir que su actitud me afectase.

—Pareces tener tiempo de sobra. ¡Ah, claro! —dijo, bajando la voz de manera sarcástica—. Estás aquí para aprender algo sobre ser camarera. Me parece una excelente idea. Claramente,

tienes un largo camino por delante.

—Mira, fulanito —dije, mirándolo fijamente—. La única persona que veo necesitada de aprender algo aquí eres tú. Porque con esa actitud, dudo que alguien te contrate, incluso para limpiar los aseos.

—Por suerte, tú no eres quien decide contrataciones. Aunque todos sabemos de tus habilidades, o la falta de ellas, al escribir nombres en las tazas.

—¡Que te den! —le espeté antes de dirigirme hacia el baño, dejándolo atrás.

Sanguijuela, malnacido, pedazo de.... *Respira, Alba. Respira.*

Una vez dentro, traté de calmarme, recordando el motivo original por el que había venido a ese lugar. Tras unos minutos y refrescar mi rostro, regresé a la mesa donde mi hermano me esperaba. Jules notó mi semblante y preguntó si todo estaba bien. Escudriñé el lugar, pero Óscar ya no estaba a la vista. Me calmé, asentí y retomamos nuestra charla.

Óscar, el que no es de la Renta, pero podría serlo

—¿Qué querías decirme que era tan urgente, Jules? —le pregunté a mi hermano.

Finalmente había decidido hablarme de algo que había estado ocultando. Difícilmente habría quedado conmigo solo para hablar de nimiedades.

—No sé cómo empezar —admitió.

—Bueno, ¿qué te parece si empiezas por el principio? —sugerí con una sonrisa irónica.

—He conocido a alguien.

—Jules, siempre estás conociendo a alguien. ¿Qué tiene de especial esta vez?

Tomó aire y me miró con una mezcla de emoción y nerviosismo. Algo en su mirada me indicó que esta vez era diferente.

—Es serio esta vez. Creo que me he enamorado.

—¿Como aquella vez anterior?

—¡Dios, Alba! ¿Por qué traes a colación esos recuerdos? Sergio no fue tan significativo como crees.

—¿Que no lo fue? Te desplomaste emocionalmente por él y ahora me dices que no fue tan especial.

Recordé la intensidad de esa relación pasada, que lo había dejado devastado. Desde entonces, se había mantenido en relaciones superficiales, al igual que yo, evitando cualquier compromiso serio. Aunque en mi caso, no es que los evitara, es que nunca me había topado con uno.

—Alba, ya es agua pasada. No quiero seguir dándole vueltas a eso. Mira, te estoy diciendo que estoy con alguien y que es serio.

—¿De verdad? —me costó asimilar que Jules estuviera en una relación seria—. ¿Y quién es?

—Es un antiguo compañero de trabajo. Empezamos a salir y las cosas se han intensificado. Llevamos tres meses juntos.

—Vaya, no me habías dicho nada. Me has tomado por sorpresa. ¿Cómo se llama?

—Jordi.

—¿Es de Cataluña?

—Sí, y es precisamente de eso de lo que quería hablarte.

Lo miré fijamente, un escalofrío recorrió mi espalda.

—No me digas que estás pensando en mudarte a Cataluña.

Su mirada grave me lo confirmó todo. ¡Dios! No podía ser. Jules no solo era mi hermano, era uno de mis pilares. Con todo el caos que estaba viviendo, no podía perderlo ahora.

—Todavía no hemos hablado de nada, pero él tiene un mandato imperativo por su trabajo en... ¡martes y miércoles!

—¿Y qué? ¿El día de la semana importa? ¡Oh, Jules! No puedes simplemente hacer las maletas y dar el gran salto porque el calendario lo dicta. Y, ¡oye! ¿Qué pasa con tu trabajo? ¿Vas a dejar todo atrás por un chico con quien solo has compartido tres calendarios mensuales? ¿Quién eres y qué hiciste con mi hermano?

—No me pongas dramática, ¿vale? No abandonaré el trabajo. Tenemos oficinas allí. Puedo transferirme y aún mantener mi colección de tazas de café. El café es universal, Alba.

—Genial, ¿y si no tienen tu crema favorita? ¿Has pensado en eso?

Mis intentos de convencerlo parecían más inútiles que una batidora sin enchufe.

—Mira, Alba, entiendo que te duela, de verdad. Pero no te preocupes, podrías mudarte

conmigo. Y si eso no te convence, recuerda: hay más bares en Barcelona. ¡Podrías convertirte en la reina de los mojitos y los café *latte*!

—Esa idea... ¡Ay! Aunque el mojito sea tentador, sigo enfadada contigo.

Yo era una artista con la coctelera. Bueno, a excepción de esa vez que recordé a Christopher y acabé con hielo en el pelo.

—Quizá deberías buscar algo allí. No es que tu trabajo te haya llevado a la alfombra roja de Hollywood ni nada parecido.

Admito que esa observación me pinchó más que un tenedor en una ensalada. Claro, ser camarero no venía con luces de neón ni entrevistas en *prime-time*, pero para mí era más que simplemente servir bebidas. Era una danza, un arte. Y mientras me perdía en esos pensamientos, recordé los labios de Christopher. ¡Esa fue una pausa para café profesional, sin duda!

Nos quedamos en silencio un rato, y como en una novela de suspense, una voz por detrás me sonó conocida. Mi hermano, como si le hubieran dado un sopapo con un lomo embuchado, saltó de su silla para saludar.

—Óscar... ¡tronco! ¿Qué haces por estos lares? —espetó mi hermano, yendo a por su dosis de choque de manos y abrazo de colegas.

—Jules, ¡majo! Hacía la tira que no te veía.

Óscar, con la elegancia de un torero en San Isidro, rodeó la mesa para abrazarse con Jules.

—Eh, que esta es mi hermana —dijo Jules, señalándome con una sonrisa. Óscar me miró y, como si hubiera visto un fantasma o se hubiera tragado un chicle, se le quedó la cara a cuadros.

—Tú... —murmuró.

—Yo... —contesté, alzando una ceja.

—¿Os conocíais ya o qué? —saltó mi hermano, que empezaba a olérselo todo.

—Conocer es una palabra mayor... Aunque, tu amiguito aquí quizás crea que me tiene fichada.

Jules frunció el ceño, claramente perdido.

—No me habías dicho que tu hermana era... pues eso, tu hermana —Óscar apuntó hacia mí como si señalara un OVNI—. Vaya sorpresón.

—Es Alba, mi única hermana. Y pequeña, ojo.

—Desde luego, única en su especie. Un placer, Alba —dijo él, poniendo ojitos.

Yo solo pude sonreír, porque de verdad, vaya tela.

—Pero ¿y tú no estabas en Madrid o qué? —preguntó mi hermano.

—Sí, pero ahora me encargo de tooda esta tiendecita. Así que cuidadito conmigo —me lanzó una mirada pícara—. Soy el jefazo de la zona norte y formo a todos los baristas.

Si pudiera haberme desmayado dramáticamente, lo habría hecho. ¡Era el archienemigo de la competencia, el mismísimo jefe de Starlucks! ¡Venga ya!

—Ahora caigo... —los dos se giraron hacia mí—. Pensaba que eras otro. El otro día vino uno a mi curro, igualito a ti, pero no podías ser tú. Porque ese tío era un topo espía que solo quería arruinar todo.

Mi hermano estaba más perdido que un pulpo en un garaje, pero Óscar ya estaba que echaba chispas.

—¡Ah! ¿Trabajas en ese chiringuito de la esquina? —exclamó con un sarcasmo que dolía—. He oído que desde que abrimos nosotros, os está yendo fatal. Una lástima.

El ambiente estaba más tenso que una final de Champions. Empezó a sonar un móvil y todos nos quedamos mirando como si estuviera a punto de explotar. Finalmente, Jules sacó su móvil y se excusó para contestar.

Y ahí me quedé, con el mismísimo Óscar y un silencio tan denso que hasta un cuchillo de sushi podría rebanarlo.

—Pues ahora que estamos solos, podríamos dejar de fingir, ¿no? —dijo.

—Oye, campeón, quizá deberías cerrar esa boquita que parece tener vida propia —le espeté, recordando todas las veces que me había fastidiado en el trabajo.

—¿Siempre eres así o solo conmigo? No pareces hermana de Jules.

A veces me gustaría tener un mando a distancia para silenciar a la gente. Pero entonces, una idea brillante cruzó mi mente.

—A ver, bonito, conociendo a los colegas de mi hermano, no me extraña que seáis amigos. Te diría que te fueras a la mierda o a tomar por culo, pero seguramente te gustaría. Así que, simplemente, déjame en paz.

Se me quedó mirando, con esos ojazos que, ¡joder!, qué guapo era el tío, aunque fuera un pesado.

—No soy gay.

Menudo drama. ¡Más morbo que en «La casa de papel»!

—No es asunto mío. Del mismo modo, tampoco debería importarte lo que hago o dejo de hacer en mi trabajo. Tú no firmas mi nómina.

—¡Y menos mal! Porque si lo hiciera, ya estarías buscándote un nuevo hobby en vez de tu actual trabajo. — Retrocedí un paso al darme cuenta de que, comparado conmigo, parecía un edificio de apartamentos. Desde mi punto de vista, era como mirar a una montaña.

No es que fuera especialmente alto; es que, en comparación, todos parecen gigantes a mi lado. Pero había que admitirlo, sus músculos se marcaban a través de esa camisa que parecía hecha a medida solo para mostrarlos. «¿Estás seguro de que no juegas en el otro equipo?», pensé decirle. Con ese porte y atractivo, tenía que haber algo. Siempre pasa: cada vez que veo a un tipo irresistible, suele ser inalcanzable. Pero ¿a quién intento engañar? ¿Por qué debería importarme? ¡Ay, Dios!

—Si fueras mi jefe, ya te habría presentado mi carta de renuncia.

Su risa retumbó, haciéndome sentir como si estuviera dentro de una campana. Mis mejillas ardían, probablemente con un tono que rivalizaría con cualquier tomate maduro. Pero de repente, se detuvo y su expresión se volvió tan afilada que sentí que podía asesinarle.

—Escucha, tu jefe es un completo inútil y no te valora. Si en algún momento buscas un lugar donde tu talento no sea desperdiciado y desees ser algo más que el saco de boxeo de todos, sabes dónde encontrarme.

Mis risas estallaron como fuegos artificiales en Año Nuevo. Frunció el ceño.

—Mi jefe puede tener sus defectos, pero comparado contigo, es un santo. Al menos él me dio una oportunidad, a diferencia de ti que desde el primer momento decidiste juzgarme. Desconozco cómo llevas tu negocio, pero si tratas a la gente de la manera que me trataste a mí, preferiría vivir de migajas antes que trabajar para ti.

Óscar parpadeó, desconcertado. Sus ojos eran una mezcla cautivadora: no sólo por ese azul profundo salpicado de verdes y grises, sino por la intensidad con la que me miraban.

—La palabra "jamás" es muy definitiva. Yo intento no usarla, ni en buenos ni en malos términos. Te sugiero que hagas lo mismo. Nunca sabes dónde podrías terminar.

—Bueno, como dice el dicho, «quien mucho abarca, poco aprieta». Y ya que estamos con refranes, aquí tienes otro: «Mejor sola que mal acompañada».

—Los propósitos en la tormenta, en la calma se evaporan...

Y ahí estaba yo, en un Starbucks, en un duelo de refranes con un tipo que podría ser modelo

de trajes. Parecíamos dos niños en un parvulario discutiendo quién tiene el lápiz de colores más grande. ¿Quién diría que este sería el giro que tomaría mi día? Mi hermano regresó, encontrándonos en plena «batalla», nuestras sonrisas eran tan falsas que podrían haberse vendido en una tienda de souvenirs.

— Lo siento, tuve que contestar, ¡el trabajo no descansa! Óscar, ¿qué te parece si nos encontramos para cenar o algo? Ya sabes, tal vez un fin de semana de esos donde todo puede pasar. Te llamaré y ponemos fecha. ¿Aún sigues con ese número que ni siquiera recuerdo pero espero que no hayas cambiado? Realmente es agradable verte después de... bueno, ¿cuánto ha sido? Demasiado tiempo. Sería un crimen no retomar el contacto.

—Por supuesto, yo también estoy encantado. Y si alguna vez me pierdo, ya sabes dónde encontrarme: en el templo sagrado del café, el mejor de la ciudad. —Lanzó una mirada cómplice en mi dirección y no pude evitar hacer una cara de "Oh, ¡mírame, qué divertido!" detrás de Jules.

—Entonces, hagámoslo. Pero ¿sin presiones, verdad? —dijo mi hermano.

—Jules, me voy, tengo que... regar las plantas, alimentar al gato... ¿Qué era? Ah, ¡salir de aquí! ¿Te importa? —dije a mi hermano, en un intento desesperado de escaparme de aquel fin de tarde inesperado.

—Ya que estamos en esto, yo también me voy. ¿Te doy un aventón? ¿O prefieres caminar bajo esta encantadora lluvia imaginaria? —invitó mi hermano.

—Bueno, va.

Después de las despedidas, mi hermano abrazó a Óscar como si fuera un oso de peluche perdido hace años. Por mi parte, solo levanté la mano, en un adiós que bien podría haber sido un "hablamos luego... o no". Finalmente, salimos del lugar del «crimen» y Jules, en un gesto noble, me llevó a casa.

Revelaciones de Manú

Era un inusual miércoles en casa, y esa extrañeza me sumió en un mar de inactividad. Pero el jueves, es decir, el día siguiente, marcaría mi regreso al trabajo. La noche anterior, aún envuelta en las resonancias de nuestro encuentro espontáneo y penetrante, mantuve una larga conversación con Rita que se extendió hasta acariciar las fronteras de la medianoche. Con meticulosidad, le desgrané cada instante vivido: Christopher, Óscar, mi hermano... Parecía que, de la noche a la mañana, mi rutinaria vida había dado un vuelco hacia el lado más insólito. Estos pensamientos, como mosquitos nocturnos, revoloteaban en mi mente. Sin embargo, estaba decidida a retomar mi rutina y relegar esos eventos al pasado.

Al amanecer del siguiente día, el sonido abrupto de mi alarma a las seis en punto me hizo saltar. Por un instante, me vi atrapada en un torbellino de caos, como si estuviera en medio de una tormenta imprevista. Ciertamente, romper la rutina tiene sus consecuencias físicas. Es similar a ese ajuste que haces después de unas vacaciones para reincorporarte al trabajo, evitando sentirte en un eterno desfase horario. Y aquí estaba yo, después de solo dos días en casa, sintiendo los estragos. Para complicar mi inicio, Vladímir, mi gato, se convirtió en una trampa móvil entre mis piernas, casi causando un par de caídas aparatosas. A pesar de mis ojos somnolientos y una noche menos que reparadora, me dispuse a enfrentar el día.

Al entrar al vestuario, mis compañeros ya estaban en plena faena. Todos se detuvieron en seco al verme, como si hubiera presionado un botón de pausa en un control remoto universal. Me recordó a esa película «Click» con Adam Sandler, en la que controlaba el tiempo. En ese momento, hubiera dado lo que fuera por avanzar rápido en ese escenario. Sin embargo, la vida siguió su curso una vez que abrí mi taquilla, y cada quien retomó su rutina.

Al salir del vestuario, me encontré cara a cara con... ¿adivinas? Cristofito. Y debo admitir, llamarlo así aún me parecía raro. Llena de inseguridad y buscando las palabras adecuadas, me limité a saludarlo. Su expresión cambió al verme; cualquier rastro de confianza se desvaneció, y su rostro adoptó un matiz más pálido.

—Buenos días, Alba —me saludó Christopher con esa voz templada—. Espero que te encuentres mejor. Es un placer tenerte de vuelta.

—Gracias, Christopher. Estoy bien. Si me disculpas, voy a preparar la cafetería.

Él asintió y se apartó, permitiéndome continuar. Justo entonces, la puerta se abrió para revelar a Chus, quien ingresó rápidamente.

—Señora María Jesús —llamó Christopher con esa tonalidad autoritaria que le caracterizaba por las mañanas—. ¿Qué justifica su retraso?

—¡¡¡Ayyy, jefito!!! —levantó la nariz como si la hubiese acabado de introducir en un orinal público e hizo una mueca de asco—. Tuve problemas en el tráfico... no se imagina como está todo. Resulta que la Calle de Agustín de Foxá, tiene la carretera cortada dirección Paseo de la castellana y un caos se *h'armado*...

—¡MARÍA JESÚS! —la interrumpió Christopher, alzando la voz más de lo necesario. Ambas nos quedamos inmóviles por su repentina explosión. Me sentí como el primer día que empecé a trabajar allí, mi confianza recién adquirida desapareció en el aire. Noté que él también se percató de su exabrupto y se aclaró la garganta—. Basta de excusas, es hora de trabajar.

Chus asintió apresuradamente y se dirigió a los vestuarios. Estaba sosteniendo la puerta de la cafetería cuando nuestros ojos se encontraron.

—Será mejor que todos nos pongamos las pilas —murmuró, su tono ahora más comedido, antes de alejarse.

El ritmo de la mañana fue frenético. Clientes entrando y saliendo, el constante tintinear de las tazas, el murmullo de las conversaciones. El negocio florecía, y ni siquiera la presencia de Óscar parecía haber hecho mella. Como siempre, tenía previsto mi descanso a las dos. Eché un vistazo por la ventana y noté a una pareja en la terraza. El chico, con mirada embriagada, ofrecía un trozo de pastel a su acompañante, cuyo rostro denotaba ternura. En ese momento, sentí una especie de anhelo y nostalgia. No obstante, mientras los observaba, una sensación familiar me embargó. Al mirar hacia otro lado, encontré a Manu saludándome desde una mesa. Le sonreí y levanté una mano en reconocimiento, señalando con mis labios un mudo "en un momento salgo".

Al girar, allí estaba Christopher, apoyado con su libreta, aparentemente sumido en sus notas. Pero su mirada, fija en mí, decía otra historia. Pasé a su lado y le comenté:

—Voy a tomar mi pausa.

Luego, me quité el delantal, cogí mi café y mi merienda, y salí a sentarme junto a Manu.

Manu trabajaba en el edificio contiguo, al igual que Alberto. Dicho edificio albergaba varias empresas; uno de los pisos estaba dedicado al *coworking*, esos espacios contemporáneos donde la gente comparte oficinas. En esencia, los espacios de *coworking* son áreas compartidas donde autónomos, teletrabajadores y emprendedores se reúnen. Los administradores del sitio buscan generar conexiones y oportunidades tanto profesionales como personales para sus miembros, quienes pagan por compartir un espacio de trabajo. Manu era diseñador gráfico y programador, y trabajaba como autónomo. Alberto también estaba en ese espacio de *coworking*; sin embargo, solo me enteré de ello hace unos meses. Manu había comenzado a trabajar allí hace un año y siempre que podía, bajaba a desayunar conmigo. Inicialmente solo venía por un café, pero con el tiempo, nuestra relación se fortaleció y nos hicimos buenos amigos. A pesar de que nunca nos vimos fuera de la cafetería, era como si nos conociéramos de toda la vida. Sabía de mi atracción hacia Alberto y una vez me reveló que él trabajaba en el mismo edificio. Además, me confesó que había una compañera de trabajo que le interesaba, aunque su relación era bastante complicada.

—¡Qué día! ¿Por qué hay tanta gente almorzando ahora? Fue difícil encontrar una mesa —me comentó al verme, y lo saludé con dos besos.

—Te lo juro, esta semana está siendo insoportable —respondí.

—No tienes que decírmelo. Estos días han sido especialmente duros para mí también —dijo Manu, tomando un sorbo de su café americano, su bebida habitual—. No te vi ayer ni anteayer. Incluso le pregunté a tu encargado qué te había pasado.

—¿Has hablado con Christopher? —pregunté, sorprendida.

—Sí, le pregunté por ti. No te había visto en un par de días.

—Y ¿qué te ha contado Chris?

—Oye, ¿qué sucede? Nunca antes te había escuchado llamar a tu jefe por su nombre. ¿Pasó algo con Cristofito?

—¿Qué te comentó?

—Al principio me lanzó una mirada extrañada, probablemente preguntándose por qué diablos le preguntaba por ti. Después, simplemente me informó que estabas ausente. No añadió nada más; en realidad, no me aclaró nada que yo no supiera ya.

—No deseo divagar, pero han pasado tantas cosas esta semana que no sé si tendré tiempo de contártelas todas ahora. Pero déjame decirte que Alberto me ha decepcionado profundamente. A tal grado que siento que algunos de mis sentimientos hacia él se han evaporado.

Manu levantó las cejas en señal de sorpresa.

—Últimamente está actuando de forma extraña —admitió.

Resumí la situación, explicando la confrontación con un cliente debido a un error en el nombre de una taza y cómo Alberto había tomado partido por el cliente. Luego, mencioné mi inesperada interacción con Christopher, quien no solo me había dado unos días libres sino que también me había besado. Finalmente, compartí que el cliente que me había humillado era el gerente de la nueva cafetería Starlucks, amigo de mi hermano, quien planeaba mudarse a Cataluña con su pareja.

—¡Vaya tela!

—Nunca imaginé que él tomaría partido en una situación tan humillante en contra mía; sentí que quizás me lo merecía.

—¿Qué te mereces? Es un imbécil —Manu intervino—. Te digo, últimamente está demasiado arrogante. No sé qué le ocurre, pero esta semana ha mostrado un lado poco amable. A menudo, al discutir con Amparo, soltaba comentarios inapropiados. Estoy cansado de él. Se está entrometiendo en donde no debe, y no me gusta cómo se le insinúa. He llegado a pensar que siente algo por ella y que está jugando conmigo.

—¿Alberto siente algo por Amparo? —pregunté sorprendida. La noticia me dejó sin palabras, no lo esperaba.

—No puedo confirmarlo, pero tampoco confío en él. Te he dicho en varias ocasiones que aparenta ser alguien confiable, pero esos suelen ser los más peligrosos.

—No lo veo así. Esta semana he visto justamente lo opuesto: personas que actúan como villanos y resultan ser aún peores.

—¡Dios mío! Eso suena a una trama digna de una serie. Pero ¿tu jefe te besó?

—Eso ya te lo contaré en detalle —le respondí.

—¿Vas a dejarme con la intriga hasta mañana?

—Lo superarás. Pero necesito que me hables más sobre Alberto. Creo que lo que sentía por él acabó esta semana.

—Alba, hablas como si tuvieran algo. Ni siquiera sabe que te gusta.

—Me gustaba.

—¿Entonces estás jugando con fuego al besar al otro?

—El único fuego aquí será la hoguera que te haré para meterte dentro si sigues por ese camino. Debo regresar, hablamos mañana —dije, tratando de evadir el tema y su comentario sobre lo que sucedió en el coche de mi jefe.

Justo cuando estaba a punto de despedirme, vi a Christopher a través de la ventana, observándome con una mirada penetrante.

—Jolín, no me has contado nada de cotilleo, me dejas en ascuas...

—Creo que debería irme, si me pilla aquí parlotteando...

—Si nos ve, que se compre unas palomitas y disfrute del show. No eres su marioneta, y no tienes que rendirle cuentas a nadie —me guiñó un ojo y no pude evitar sonreír.

—Tienes toda la razón. No estoy en deuda con él.

—Ahí la llevas, chica lista.

—¿Nos vemos mañana?

—Por supuesto, salgo a la misma hora para mi ritual de almorzar.

—Entendido, hasta mañana. Y, por favor... que Alberto no se entere de nada de esto.

—¿De verdad, Alba? Pensaba hacerle un monólogo detallado, pero... mejor guardo el secreto. Me largo.

Y desapareció en un dos por tres. Yo, por mi parte, regresé a la realidad laboral. Pasé por el vestuario, me lavé los dientes como una profesional del cepillado y me coloqué el delantal, preparada para otra ronda de trabajo.

Un ataque de celos

Justo cuando me disponía a reincorporarme a la batalla laboral, ahí estaba Christopher, haciendo su gran entrada por la puerta de los vestuarios. «¡Vamos, hombre!», pensé. Aparte de irrumpir ocasionalmente para dar sus monólogos dignos de una siesta, hoy había jugado a ser mi sombra, vigilándome desde la cafetería. ¡Y eso, para él, era un récord!

—Oye, ¿desde cuándo eres el alma de la terraza coqueteando con los clientes?

—¿Perdona? —respondí, con un toque sarcástico mientras cruzaba los brazos—. ¿Desde cuándo te preocupa mi habilidad para socializar?

—Resulta que mientras tú juegas a ser la presentadora del programa "Charlas bajo el sol", el resto de nosotros estamos aquí, intentando servir a una cafetería que parece salida del metro a hora punta. Y mientras, tú, ahí fuera, como si estuvieras en una comedia romántica haciendo «ji ji ja ja».

¡Ah, el drama! Por un segundo, me pregunté si debería ponerle una corona y llamarlo «rey del drama». No paraba de darle vueltas a todo, como si tuviera un máster en complicarse la vida innecesariamente. Y ahí estaba él, volviendo a su papel estelar de «El Pesado del Año». Dio un paso al frente, como en un mal tango, y yo, siguiendo la danza, retrocedí dos. Se detuvo a una «distancia Covid», aunque no precisamente por la pandemia.

—Te concedí un par de días de spa emocional, esperando que regresaras con una actitud *zen*, pero veo que sigues siendo la mismísima irresponsable de siempre.

Durante años, me esculpí un futuro, forjé una personalidad de acero, y me transformé en esta diosa del empoderamiento que él tenía delante. *Vamos, ¿qué esperabas? ¿Qué me arrodillara ante el último Neandertal? Ni de coña.* Lo último que iba a admitir era ser controlada por un cavernícola.

—Y tú sigues en el mismo casete de siempre. Pero claro, eres como las series repetidas: predecible.

Dio un paso, y otro, y otro, como en una coreografía mal ensayada, y me encontré acorralada contra la taquilla. Puso sus manos a ambos lados, haciéndome sentir que estaba en una de esas escenas cliché de las novelas. Levanté la mirada, porque evidentemente, el chico tenía genética de gigante, y él, cual torre inclinada, se inclinó para nivelar nuestra mirada.

—Mira, mira... Si no tuviera una montaña de informes que revisar, te pediría que me dieras el té chisme de por qué crees conocerme tan bien. ¿Has estado *stalkeándome* o qué?

Habría querido darle un zasca monumental, pero, maldición, esos labios... «Vamos cerebro, ¡reactiva! ¿Por qué siento que he sido abducida por un episodio de «Mujeres y Hombres y Viceversa»? ¿Qué me está pasando? Porque me quedo inmovilizada mirándolo como si me hechizase», mi cabeza no paraba de pensar en mil formas de salir de esa situación ilesa.

—Sigue soñando, Cristofito. Si acaso, pienso en ti como en una piedra en el zapato.

—¡Ay! ¿De verdad? —dijo, rodando los ojos como si le hubieran dado cuerda—. Porque tengo la ligera sospecha de que si nos fundiéramos en un beso, tú y tu orgullo caerían rendidos en mis brazos.

—¿Podrías pasarme el formulario de renuncia? Preferiría mil veces lidiar con el papeleo que con esto.

Oh, la satisfacción de dejarlo con la boca abierta al firmar esa renuncia. El muy... ¿*Pero quién se cree?*

—Si te marchas, adiós a tus cotilleos diarios con tu *amiguito*.

Y, acto seguido, se aproximó a un milímetro de mis labios, como tratando de mostrarme un avance del próximo episodio. Francamente, yo estaba al borde de un ataque de pánico. Apenas había espacio entre nosotros. Si alguien irrumpía en ese preciso instante, sin duda nos encontraríamos en un buen lío. La forma en que sus ojos brillaban había cambiado, parecían irradiar un deseo ardiente.

—No necesito verte a ti para ver a mis amigos, Christopher. Estoy segura de que habrá otros momentos, más adecuados.

Honestamente, deseaba darle un buen zarpazo verbal, bajarle esos aires. Era exasperante.

—¿Hay algo entre tú y ese tipo? —Su tono seguía siendo arrogante y desafiante, pero había una honestidad directa en su pregunta. Realmente, ¿qué derecho tenía de meterse en mis asuntos? ¿Desde cuándo le importaba mi vida? —Es evidente que hay algo especial entre vosotros.

Estuve a punto de soltar una carcajada. ¿En qué mundo paralelo vivía? Pero noté su postura tensa y su respiración entrecortada, y supe que tenía que ponerme seria.

—¿Estás celoso de un mero cliente? ¿Va en serio?

Me llevé la mano a la frente, sintiéndome abrumada, como si estuviera en mi primer día de trabajo. Repentinamente, comprendí que Christopher estaba llevando esto más allá de lo profesional.

—Sí —respondió de forma tajante, sin adornos.

La sorpresa me embargó. ¿Celos? ¿Por mí?

—Christopher, seré franca contigo. No pretendo sugerir que nos llevemos bien; sería un desafío. Y no voy a entrar en detalles sobre mi vida personal ni con quién me relaciono, porque simplemente no te concierne. Pero sí podemos dejar de lado este episodio y retomar nuestro trabajo como de costumbre... Eso... Lo mejor será que olvidemos todo esto y volvamos a lo nuestro, a trabajar...

Sin previo aviso, sujetó mi barbilla, dejándome estática.

—¿No te das cuenta? —sus palabras eran casi un susurro, sus labios rozando los míos, enviando un hormigueo a través de mi cuerpo. Cerré los ojos momentáneamente, sintiendo un escalofrío recorrerme. Al abrirlos, me perdí en su mirada intensa, y tragué saliva involuntariamente—. Sí, soy tu jefe. Pero no puedo evitar expresar lo que siento. Me siento atrapado, y sí, como un tonto. —Alcé una ceja en respuesta a su confesión—. Efectivamente, como un tonto. ¿No entiendes? —Parpadeé, intentando reponerme—. He caído, y lo he hecho estrepitosamente. Por ti. Por ti. ¿No lo ves? Lograste todo lo que intenté evitar...

—¿De qué coño hablas? —No entendía nada de lo que decía.

Él me atrajo hacia sí, fundiendo nuestros labios en otro beso. Esta vez, reuní la fuerza para empujarlo lejos.

—Acepté hablar contigo —protesté—, pero eso no te da derecho a besarme de esa manera. ¿Por qué lo haces? No deberías actuar así impulsivamente.

—¿Impulsivamente? —replicó— Quiero besarte. Deseo... muchas cosas contigo.

—Estás actuando precipitadamente, tanto en lo personal como en lo profesional.

—Me he enamorado de ti —confesó.

Incapaz de contener mi reacción, mordí mi labio inferior. Sus ojos siguieron el movimiento, y con delicadeza usó su dedo para liberar el labio que yo había atrapado, depositando un suave beso en su lugar. Volví a morder mi labio, esta vez con una sonrisa traviesa.

—Me vuelves loco —murmuró.

Rodeó mi cintura con sus brazos, acercándose nuevamente a él. El siguiente beso fue

intenso y diferente. La pasión entre nosotros se desbordó, y con una determinación feroz me empujó contra la taquilla. Me arrinconó, el frío metal contra mi espalda contrastando con el calor de su cuerpo. Sus manos se deslizaron desde mis hombros hasta mis muñecas, entrelazando nuestros dedos. Los levantó sobre mi cabeza, y el sonido metálico resonó en la habitación. «¡Por Dios, que nadie entre ahora!» pensé. Una de sus manos se deslizó hacia mis caderas, y con un movimiento seguro, me alzó. Rodeé su cintura con mis piernas, quedando completamente atrapada por su abrazo, sostenida por él como si no pesara nada.

Su mano dejó de presionar la mía contra la taquilla, optando por sujetar mi nuca. Sin pensarlo, envolví su cuello con mi brazo buscando un poco de estabilidad.

—Humm... Me gustas —susurró, dejando un rastro de besos eléctricos en mi cuello antes de regresar a mis labios—. Esto es lo que he estado deseando. No sé cuánto más pueda resistirme...

Me dejé llevar durante los siguientes minutos, con un pensamiento recurrente: «Esto se nos está yendo de las manos». El jefe y yo. Sin darme cuenta, me encontré anhelando todo lo que él me estaba ofreciendo, deseando más de Chris.

En momentos de claridad, mi mente me gritaba que debía mantener la cordura, que esto podría traer consecuencias. En otros, todo lo que quería era perderme en él, en sus caricias, en sus besos.

—Dime que quieres más —sus palabras se mezclaban con sus besos.

Estaba perdida, confundida, consumida por un deseo abrumador.

—Chris... —intenté articular, pero las palabras no salían. Tenía que detener esto antes de que fuese demasiado lejos.

Mis ojos se cerraban lentamente, mientras él me tocaba con una posesión ardiente. Su aliento se entrecortó y nuestras miradas se encontraron.

—Quiero más —susurró.

—Eso no va a suceder. Suéltame —exigí.

Me miró, sorprendido y un tanto amenazante, pero me liberó. Intentó tocarme nuevamente, pero lo detuve con firmeza. Me quedé inmóvil, esperando su reacción, sabiendo que uno de nosotros tenía que poner orden en medio del caos.

—Si intentas algo de nuevo, Christopher, te aseguro que abandonaré este lugar y me dirigiré a la cafetería de la que nunca hablamos —amenacé.

A pesar de la tensión, una parte de mí quería seguir en sus brazos. Pero viendo la expresión en su rostro, supe que habíamos cruzado un límite peligroso. ¿Cómo podría haberme dejado llevar así con Chris? Sé que, en ese abismo, mi cabeza me decía que me lo quería follar a besos, entre otras cosas, y que, en otros momentos lúcidos, me decía que, tarde o temprano, me iba a cagar en sus muertos.

Sin decir nada más, salí apresuradamente, dejándolo atrás. No lo vi durante el resto del día. Salí del trabajo a la hora habitual. Pese a que había considerado trabajar horas extras, después de lo que había sucedido, no estaba de ánimo para ello. La relación con Chris siempre había sido complicada, pero esto solo añadía más tensión. Todo lo que Rita había dicho sobre sus sentimientos hacia mí ahora cobraban sentido. Pero lo que había sucedido entre nosotros jamás debería haber ocurrido.

Y, además, estaba el hecho de que no entendía por qué, cada vez que me besaba, me sentía tan desconcertada. Christopher era innegablemente atractivo. Si no tuviera ese carácter tan complicado, sería, sin duda, mi tipo ideal. Solo pensar en ello me provocaba una mezcla de atracción y repulsión.

Chris era alto, aunque para ser sincera, casi todos me lo parecen. Su voz profunda, por

desgracia, me sacaba de quicio con frecuencia. Escucharlo era suficiente para ponerme de mal humor. Llevaba un corte mohawk, su pelo era negro como el azabache y sus cejas parecían guadañas. Tenía una nariz romana y pómulos prominentes que resaltaban sobre una mandíbula firme. Sus fornidos hombros le daban una postura imponente. Caminaba con la seguridad de un depredador y sus ojos azules brillaban con orgullo, especialmente cuando hablaba de sus logros. Siempre vestía con elegancia y desprendía un aroma intenso que resultaba atrayente. Los hombres con hombros anchos siempre me habían gustado, y solo pensar en acurrucarme en el hueco entre su hombro y su cuello me resultaba tentador.

Pero su personalidad era el problema. Era sombrío y autoritario. Creía firmemente que una mente rígida e inflexible era la clave del éxito. Arrogante, estaba convencido de que siempre tenía razón y era reacio a cambiar. No podía soportar a las personas que se negaban a revisar sus creencias o a aceptar nuevos puntos de vista. Le molestaban las bromas y no apreciaba la diversión sencilla. Era tradicionalista y resistente al cambio. Sin estos defectos, sería el hombre perfecto. Un físico impresionante con una personalidad no tan impresionante.

Entonces comenzó la inevitable comparación con Óscar, a quien no conocía bien, pero cuyo carácter parecía similar. Óscar también era atractivo. Su cabello dorado y ondulado contrastaba con cejas densas que fruncía en momentos de frustración. Su nariz afilada complementaba unos pómulos marcados. Aunque no era un modelo, bien podría haber sido uno. Su mandíbula fuerte y hombros anchos proyectaban una imagen de fuerza. Siempre caminaba con determinación y sus ojos también azules, como los de Chris, profundos y cautivadores, podían brillar con intensidad en momentos de alegría. Su apariencia andrógina le daba un toque distintivo. Irradiaba energía, y su risa y su voz llenaban cualquier habitación. Aunque su aspecto era sofisticado, tenía un toque de rebeldía que lo hacía aún más interesante.

A pesar de todo su atractivo, ambos tenían personalidades que los hacían difíciles de soportar. Eran dos hombres impresionantes que podrían encandilar a cualquiera, pero que, al final, no eran lo que parecían. Suspiré profundamente y me dije: «¡Vaya lío en el que te estás metiendo, Alba!».

Historias Cotidianas en la Cafetería

A la mañana siguiente, tras el caótico regreso del día anterior, las perspectivas no eran precisamente halagadoras. Aún no daban las siete y ya nos movíamos frenéticamente por la cafetería, pareciendo hormigas en plena actividad. Por alguna razón, estábamos envueltos en una vorágine constante, y en jornadas así, el ruido y el ajetreo se apoderaban del ambiente y del carácter de todos. Y, cómo no, también del de Cristofito, que se volvía insoportablemente pesado.

Ah, el apasionante mundo de la elaboración de café. Tanto si trabajabas para ganarte un dinerillo extra mientras estudiabas, como si era tu empleo principal, ser barista realmente ponía a prueba tu resistencia. No hay lugar a dudas. Estar en el sector de la hostelería te enseñaba a tener una paciencia inigualable, ya que tratabas con algunas de las personalidades más desafiantes del planeta, y siempre mostrando tu sonrisa más amplia y, a menudo, más fingida. Sin duda, muchos días sentías que merecías un reconocimiento.

Con una bandeja repleta de cafés en mano, ese día me había tocado la terraza. Chus faltó, lo que desató el mal humor de Christopher. Cuando él se irritaba, todos sufríamos las consecuencias de su temperamento. Me encargó de atender a los clientes en el exterior, tarea que usualmente recaía en Chus, pero dada su ausencia, me tocó asumirla. Como si eso no fuera suficiente, también debía ayudar a Rita. Aseguró que, como yo era la siguiente al mando tras él, debía redoblar esfuerzos y ocuparme de ambas responsabilidades. En momentos así, deseaba soltarle un par de verdades. A pesar de recibir el salario de camarera, se esperaba que ejerciera funciones de gerente y estuviera en todas partes a la vez, mientras él, nuestro indolente jefe, se mantenía al margen, solo supervisando. Christopher no preparaba cafés, ni tocaba una escoba, y mucho menos se despegababa de su silla con ese ridículo traje que llevaba, totalmente fuera de lugar en una cafetería donde todos vestíamos el uniforme que él mismo nos había impuesto. Mi paciencia estaba al límite y, hablando de paciencia, atendí al Sr. Riviera, un cliente habitual.

— ¿Dónde está mi café con leche? Esto no es lo que pedí —dijo, señalando el cortado que había servido.

Oh, vaya sorpresa... Luego reclama su café con leche. Tuve que morderme la lengua para no replicar: "Tendrías tu café con leche si eso fuera lo que hubieras pedido". Pero, como siempre, el cliente tiene la última palabra, así que retiré el cortado y me dispuse a preparar lo que pedía, aunque de mala gana.

Una vez atendidos todos, un joven me hizo señas desde su mesa. La terraza estaba a reventar, en parte gracias al espléndido día soleado que invitaba a disfrutar al aire libre.

—Disculpa, ¿puedo pedirte un favor?

—Claro, ¿qué necesita?

—Me preguntaba si podría cambiar de mesa. Espero a un par de amigos y aquí no cabremos. Veo que está todo ocupado, pero si encuentras una solución, te lo agradecería.

Observé el lugar y noté a un hombre solo en una mesa para cuatro. Consideré la posibilidad de pedirle, con cortesía, que intercambiara su lugar.

—No hay problema, hablaré con el señor de esa mesa —señalé el sitio que había detectado—. Espéreme un segundo.

—Te lo agradezco mucho —respondió, aliviado.

Asentí con determinación y caminé con paso decidido hacia la mesa donde un joven se

encontraba solo, engullido en su mundo.

—Disculpe, ¿sería tan amable de cambiar de mesa con aquel caballero? —pregunté, esbozando una sonrisa mientras señalaba sutilmente la mesa en cuestión. Alzó la vista con una mezcla de sorpresa y molestia.

—Estoy bastante cómodo aquí, ¿cuál es el motivo del cambio?

—Verá, tenemos un grupo de clientes que requieren de una mesa más amplia. Y dado que se encuentra solo, pensé que quizás podría acomodarse en una más pequeña.

Miré alrededor, evidenciando las opciones. Si bien había diversas mesas disponibles, la suya era la única espaciosa que ocupaba en solitario.

—No veo por qué debería... a menos, claro, que haya un incentivo convincente.

Levanté una ceja, un poco sorprendida por su respuesta. ¿Acaso le resultaba tan complicado?

—Mire, el señor de aquella mesa espera a más personas y, sinceramente, esta mesa es la única adecuada para ellos. No van a invadir todas las mesas, podría optar por una individual sin problema.

—¿Ah, sí? ¿Y quién dice que yo no estoy esperando a alguien?

Le miré, tratando de mantener la calma. ¿Por qué tenía que ser tan toca pelotas? ¡Ay, señor!

—¿Está esperando a alguien?

—No exactamente, pero bien podría. Y, si es relevante, pagué un extra para disfrutar de esta terraza, no recuerdo ninguna cláusula sobre restricciones de asientos. Así que, en resumen, me quedaré donde estoy.

Hice una pausa, buscando paciencia.

—Debe ser encantador en las reuniones familiares.

—Y usted tiene un don para meterse en asuntos ajenos. Creo que me debe una disculpa —dijo, con un tono teatral.

Rodé los ojos.

—No cuente con ello.

—Entonces, llame a su gerente. Prefiero tratar con alguien más... competente.

Suspiré resignada.

—Como desee.

Con pasos medidos, me dirigí hacia el caballero que había solicitado el cambio inicial.

—Mis disculpas, no he podido conseguir la mesa para usted —dije, echando un vistazo nada discreto al señor difícil, frunciendo el ceño.

—No se preocupe. Nos las arreglaremos. Agradezco tu esfuerzo. —Su tono amable contrastaba con el otro cliente.

Entré de nuevo y dejé la bandeja en su lugar, pasé la orden a Rita, la barista, y le pedí que sirviera los cafés. Enseguida busqué a mi jefe, necesitaba informarle.

—Oye, jefe —dije, buscando un término medio entre la formalidad y la confianza—, hay un cliente en la terraza que desea hablar con usted.

Sus ojos se encontraron con los míos, intensos y penetrantes. Se acercó un poco más, dejándome casi sin aliento.

—¿Por qué mierda me llamas "usted" de repente? —Su voz era baja y ronca.

Retrocedí un paso y tragué saliva, pero no respondí. Su mirada inquisitiva no me dejaba escapatoria.

—Vamos, Alba —Alzó las cejas de nuevo—, no sé qué hacer contigo. De verdad, me traes por la calle de la amargura. —Pensé: «¿Yo? ¡Menudo morro!»—. ¿Qué cliente te ha puesto farruco?

Señalé discretamente al susodicho y Christopher salió a la terraza, como quien se prepara para una corrida.

Volviendo a mis quehaceres, llené la bandeja otra vez. Y al salir, cacé a Cristofito charlando con el señor protestón. Me lanzó una mirada de esas que te ponen los pelos de punta: ¡Ay madre! Más bronca no, por favor.

A medida que iba colocando cosas en las mesas por toda la terraza, un tipo me soltó:

—¿Pero qué me estás contando? Pedí un café helado con caramelo, no este mejunje.

Me di la vuelta con resignación. ¿Es que todo el mundo hoy se había levantado con ganas de tocar las narices? A su lado, una rubia que parecía salidita de una portada. Y el nota, haciéndose el chulo para impresionarla. *Por favor, ¿qué manía tienen algunos de creerse superiores metiéndose con los curritos?*

—Oiga, lo que tiene ahí es un café helado. Es lo que ha pedido.

—Le pedí un café helado con caramelo, o sea, ¿me entiende o qué? —Traté de no rodar los ojos. ¡Hala, ahora todos expertos baristas!

—¿A lo mejor se refiere a un café helado con sirope de caramelo? Porque no tenemos un café con helado de caramelo. —Realmente no sé de qué cojones me hablaba.

—¡Ay, chica, dale! Un puto café con caramelo. El que sale en los anuncios, vaya.

En eso, por detrás, surge la melena de Christopher.

—¿Va todo bien por aquí? —Preguntó, mirándome con esa ceja arqueada y al tipo con una sonrisa de esas de anuncio de dentífrico—. ¿En qué puedo ayudarles? Soy el encargado.

—Menos mal, alguien que parece que tiene dos dedos de frente. —Yo, con cara de *poker*, me quedé quieta, esperando a ver cómo se desarrollaba el sainete. Christopher, por su parte, estaba con la mandíbula apretada, lo noté en su semblante—. Le pedí a tu camarera un café helado con caramelo, ¿vale? Y mira lo que me trae. ¿Tanto cuesta entenderlo? ¡Si hasta sale en la tele, joder!

Debió de notar mi desconcierto, porque antes de que pudiera defenderme, Christopher metió baza:

—Mire, aquí no servimos lo que usted dice. Creo que se ha liado, esto no es lo que piensa.

—¿Cómo qué no? No me jodas. ¿No es el nuevo Starlucks? ¿Y esto qué es?

Visualicé a Cristóbal volviéndose del color de un tomate cherry. *Ay, madre, que estalla.*

—Esto es un sitio donde se sirve café de verdad, hecho con cariño y donde se trata a los clientes con respeto. Así que, si no es mucho pedir, le agradecería que se marchase.

—¿Perdón?

El joven se levantó, enfrentando a mi jefe con arrogancia. Mientras se aproximaba, parecía que iba a iniciar un conflicto físico, pero Christopher simplemente mantuvo una postura desafiante. ¡*Dios mío!* En esa pose, daba la impresión de ser un gigante. Sus músculos marcados y la tensión en su cuerpo evidenciaban su fuerza. Y con esa actitud protectora hacia mí, sentí una mezcla de agradecimiento y asombro. «¡Dios, qué situación!»

—Te he dicho, no eres bienvenido aquí. Te pido que te vayas —replicó Christopher, firme en su postura.

Por un momento, el ambiente estuvo cargado de tensión. Pero el joven, quizás dándose cuenta de que no ganaría en esa situación, sobre todo frente a la mujer a la que trataba de impresionar, agarró a su acompañante y comentó con desdén:

—Vámonos. Este lugar no es más que un simple café local lleno de gentuza.

Sentí que Christopher estaba a punto de confrontar de nuevo al joven, con intenciones que solo él sabría. Rápidamente, le tomé del brazo. Al sentir mi tacto, dirigió su mirada hacia mí, encontrándose con mis ojos suplicantes.

—Déjalo, ya se está yendo —le dije tratando de tranquilizarlo. Tras un suspiro, él asintió y regresó al interior del local.

La clientela, que había sido testigo de todo el altercado, seguía observando. Me concentré en mis tareas; sabiendo que los rumores en lugares como este son efímeros. Sin duda, las cafeterías y restaurantes guardan muchas historias y anécdotas dignas de relatar.

Aún no lograba procesar completamente el comportamiento de Christopher. Fue la primera vez que lo vi salir en mi defensa de esa forma, especialmente después del incidente de la semana pasada con Alberto y Óscar. Aunque el cliente fue claramente irrespetuoso, la reacción de mi jefe fue inesperada. Pero el día aún me tenía más sorpresas. Más tarde, cuando atendía la barra, un hombre mayor, de los que suelen lanzar comentarios desagradables a las camareras, hizo su entrada.

—Oye, guapa, ¿me pones una americana?

—Supongo que quiere un "americano", ¿no? —Le contesté con una sonrisa.

—No, no, yo de esos no quiero, prefiero a mujeres como tú. —Bufé por dentro, pero mantenía mi sonrisa profesional.

—Venga, ¿cómo lo quiere? ¿Corto o largo?

—¡Vaya, vaya! Que atrevida. Tranquila que la tengo bien proporcionada.

Estaba hasta las narices de estos personajes. Y, cuando menos me lo esperaba, aparece Cristofito, como salido de la nada, haciéndome a un lado y atendiendo al tipo. Pensé: «¿Pero qué demonios hace este ahora en la caja? ¡Si nunca ha atendido en su vida!».

Qué le pasa? ¡Está enfermo!

—Gracias, Alba, déjalo en mis manos —dijo con un toque de sarcasmo, mientras estaba detrás de la caja registrando el pedido, sin siquiera darme una mirada—. Así que para usted, un café largo al estilo americano, ¿verdad, señor? Tal vez debería añadirle una *galletita* de cortesía, dado lo "amable" que ha sido con mis empleadas. ¿Una o dos galletitas?

Capté de inmediato la sutil ironía en sus palabras. Lo que en realidad quería era darle una buena lección a aquel hombre. Y no era lo único con esas ganas. Era inusual que él saliera en mi defensa. A pesar de que me reconfortaba verlo hacerlo, sabía cómo enfrentar estas situaciones por mí misma y no necesitaba a un hombre para que me respaldara. Ironías de la vida, uno de los primeros a quienes tuve que enfrentar fue a él. La situación era irónica y, de algún modo, desconcertante.

Mis pensamientos sobre él se habían vuelto constantes. Incluso llegué a tomar un baño de agua fría tratando de olvidar ciertos recuerdos de noches recientes. Me parecía absurdo sentirme tan conmovida por su actitud protectora. Sin embargo, ¿a quién no le gustaría tener a alguien que lo cuidara? A mí, por supuesto.

Justo en ese momento, la melodiosa voz de Whitney Houston llenó el ambiente con *I Have Nothing* de la película «El Guardaespaldas». No podía haber una canción más oportuna. Era como si ahora tuviera mi propio guardaespaldas personal. Pero recordé el destino trágico de Whitney en la realidad. Era hora de regresar a la tierra y centrar mi mente en lo que importaba.

A pesar de eso, me quedé un momento absorta en la música, observándolo atender a los clientes, por primera vez, en la caja.

«Comparte mi vida, acéptame tal como soy. Porque nunca cambiaré ni un ápice de mí por ti. Toma mi amor, nunca pediré demasiado. Solo todo lo que soy y cada cosa que hago. No quiero mirar muy lejos. No quiero tener que ir a un lugar donde tú no estés. Me aferro a este sentimiento interno. No puedo escapar de mí misma, no hay lugar donde ocultarme...»

No me hagas cerrar una puerta más. No quiero herir de nuevo. Quédate a mi lado si te

atreves, o debo quedarme sola imaginándote allí. No te alejes de mí... No tengo nada, nada, nada... Si no te tengo a ti...».

Revelaciones y luchas de gallos

No podía ser peor. A las dos de la tarde, en pleno receso para cometer el pecado de la gula, me apoltroné en la terraza a comer. A Manu no lo había visto por ningún lado. ¡Vaya chasco! Quizá se lo llevó un OVNI o se fue a ser extra en alguna serie de televisión. El detalle es que tras casi un año de charlas interminables y confidencias a medio precio, ninguno de los dos tenía el número del otro. *¿Qué tipo de relación era esta? ¿Éramos espías o qué?* Decidí que al verlo le pediría su número y, ya de paso, su tipo de sangre y la clave del wifi.

Distraída por mis teorías sobre Manu, vi a Alberto dirigirse al interior de la cafetería. ¡Bingo! Podría sacarle info, total, trabajan juntos. *Pero espera, si le pregunto, ¿no pensará que sea una acosadora nivel stalker?* Bah, no importa, la curiosidad pudo más que mi dignidad.

Justo cuando estaba planeando mi acercamiento sigiloso, escuché el pedido de Alberto:

—Y un *macchiato* de soja descafeinado triple con sirope de avellana sin azúcar, por favor.

¿En serio? Ni que fuera un personaje sacado de una novela de cafés hipsters. Al verlo, supuse que quizá ese raro pedido era para conquistar a alguna chica misteriosa. Sentí un extraño ardor en el estómago, *¿celos o indigestión?*

Decidí ir al grano:

—Oye, Alberto, ¿te importa si te interrogo como en las películas de espías?

Se rio nerviosamente, como si hubiera cometido un crimen o robado galletas del tarro.

—Dale, pero hazlo rápido, que tengo que ir a una reunión secreta de amantes del *macchiato* —dijo con una sonrisa burlona.

Apreté los dientes y con voz temblorosa (o quizá era hambre) pregunté:

—Será rápida. ¿Has visto a Manuel? No ha venido a almorzar y... ¿sabes si se ha ido a alguna misión especial o algo? O si está enfermo.

Alberto puso cara de haber visto un fantasma, o quizá dos. *¡Ay, qué caramba!* ¿Por qué me cuesta tanto hablar con este hombre? Antes, me lo imaginaba como el príncipe azul que te rescata de dragones y te compra helados. Ahora, lo veo como el tipo que se quedaría atascado en el tutorial de un videojuego.

Al final del día, Alberto pasó de ser un héroe de novela rosa a un simple mortal con gustos raros en café. Y yo, me di cuenta de que lo que sentía por él era más un enamoramiento de telenovela que amor real. Vaya drama, pero lo bueno es que ahora estoy lista para el próximo capítulo. ¡Qué decepción!

Sentía que estaba en una especie de versión retorcida de una comedia romántica, donde el protagonista descubre que su príncipe azul es en realidad... un sapo. Quiero decir, había soñado que Alberto sería mi Jack Dawson, sosteniéndome en la proa del Titanic. Pero en vez de eso, me doy cuenta de que es más el tipo que se toma el único bote salvavidas dejándote atrás, todo por un *macchiato* de soja descafeinado.

Después de todo, quizá el amor no es como lo pintan en las películas. No siempre hay finales felices con fuegos artificiales y besos bajo la lluvia. A veces, solo es un chico en una cafetería pidiendo un café pretencioso. Pensé que, si un día me rechazaba, necesitaría una máscara de oxígeno, ¡o quizás una bolsa entera de helio para hablar con voz aguda y aliviar el drama! Así que, en lugar de correr ese riesgo, decidí pasar años enamorada... no de él, sino de la versión de

Netflix de Alberto, más tipo protagonista de una serie que el chico de la vida real. Y bueno, después de tanta introspección y *binge-watching* de comedias románticas, llegué a la conclusión de que el Alberto real... ¡Puff! Me importa tanto como la trama secundaria de una peli de *Hallmark*. Y mientras esta revelación se asentaba en mi mente, sonreí, no porque hubiera encontrado a mi verdadero amor, sino porque había encontrado la mejor compañía: ¡yo misma!

—¿De qué Manuel hablas? Conozco a unos... mil Manueles. —dijo, tratando de jugar al misterioso.

—El mismo que comparte chismes de oficina contigo y con Amparo, tu confidente del café.

El silencio entre nosotros podría haber cortado un pastel de bodas. Pero, por supuesto, en esta película no habrá boda. Su expresión se detuvo por un instante. Claramente, había dado en el blanco.

—Hoy no lo he visto en la oficina —dijo, claramente evadiendo el tema—. Tal vez deberías llamarle si estás tan inquieta por él.

Pude sentir la tensión en el aire, esa clase de electricidad que se siente cuando dos personas se dan cuenta de que están en la misma página, aunque no quieran admitirlo. Era una mezcla de reconocimiento y sorpresa, y me hizo darme cuenta de lo poco que realmente conocemos a las personas, incluso si creemos que son una constante en nuestra vida.

—Lo tendré en cuenta —respondí, intentando mantener la compostura—. Que tengas un buen día.

—Tú también —dijo, y sin demorarse más, se llevó su pedido y se marchó.

Rita, la camarera, que siempre ha sido la mejor amiga secundaria en esta comedia, me lanza una mirada de «tía, ¿qué acabas de hacer?».

—Alberto, simplemente, no es mi tipo. Resulta que prefiero a alguien que no parezca sacado de un episodio de «Mi vida con 600 cafés diferentes».

Christopher, que siempre me ha parecido el interesante interés amoroso secundario, entra en escena. Había dedicado demasiado tiempo a personas que no valían la pena. Decidí centrarme en el momento presente y me senté, en la terraza, para disfrutar de mi bocadillo de lomo con queso, acompañado de un refrescante zumo de naranja.

—¿Cómo te va el trabajo? —Preguntó Óscar, justo cuando estaba en plena batalla con mi bocadillo de lomo que, por cierto, parecía haber sido saqueado de la tumba de una momia egipcia. Intenté deslizar mis dientes por el niervo de la carne, pero esta se resistía a ser comida, como si tuviera algún asunto pendiente en este mundo—. Parece que tu almuerzo te está poniendo a prueba y dando lucha. ¡Ánimo con eso!

«Genial», pensé, «justo lo que necesitaba». Pero Óscar, siempre siendo Óscar, se acomodó justo enfrente de mí, sin perder detalle de mi lamentable intento de masticar. Mientras tanto, la señora Rosario, una querida anciana que venía cada día al café, se acercó y me aconsejó con su sabiduría acumulada en sus noventa años:

—Querida Albita, ¿has considerado masticar trozos más pequeños? Y no es solo un consejo para comer, también es una metáfora de la vida.

Levanté la vista, y seguramente tenía esa expresión de cachorro sorprendido, ojos bien abiertos, como si estuviera protegiendo el último trozo de comida en la tierra. Mis dientes luchaban valientemente contra un pedazo de carne que, francamente, parecía haber jurado resistirse hasta el final.

—Gracias, señora Rosario —dije, intentando disimular mi vergüenza mientras una pequeña multitud se congregaba para disfrutar del espectáculo.

Ella sonrió y agregó—: Y, si te sirve de consuelo, con mi dentadura postiza, cada bocado es

una aventura.

Óscar intentaba contener la risa y señalé hacia la señora Rosario—: Siempre con un consejo bajo la manga, ¿verdad?

—Oh, querida, si solo supieras las cosas que he aprendido con los años... Pero por ahora, te diré una: nunca subestimes el poder de una buena noche de pasión. He practicado tanto que creo que podría hincarle el diente a un joven apuesto como este chico de aquí.

Ambos nos quedamos paralizados por su comentario tan... directo. ¿Había dicho eso en voz alta? La risa de Óscar me confirmó que sí, lo había hecho.

—Señora Rosario, hay cosas que, bueno, no deberían salir de su boca —le dije, aunque con una sonrisa traviesa—. ¡Vamos, a su edad!

—Precisamente por eso, querida. A mi edad ya has perdido de todo: dientes, movilidad y, sobre todo, la vergüenza. Pero ¡ay!, las ganas... esas persisten. Y sí, todos necesitamos un poco de cariño. O, como tú dices, un buen polvo.

Quedé con la boca abierta, y a Óscar casi le da un ataque de risa.

—Hazme caso, bonita. Goza mientras puedas, que la juventud no espera —me guiñó un ojo.

Sólo pude mover la cabeza en signo de negación. La señora Rosario, con su gracia innata, se fue con paso decidido a otra mesa. Y yo pensando que necesitaba unas vacaciones.

—Vaya mujer, no tiene un pelo en la lengua —se río Óscar.

—¿A qué parte te refieres? —le dije, aun procesando el atrevimiento de la señora.

—A todo. Pero sobre todo a lo último. Es sorprendente cómo cambia el ánimo con un poco de... cariño.

Suspiré, rodando los ojos.

—Ya, ya, dime algo que no sepa.

—Creo que ya te lo he dicho todo. Y varias veces.

—¿Y eso qué se supone que significa? ¿Qué, piensas que ando falta de... cariño?

—Bueno, si quieres, puedo explicarlo de nuevo. Pero no creo que haga falta —me lanzó una mirada cargada de intención.

Hice una pausa, mordiéndome el labio.

—Gracias por la... erm... "clase", pero ya me queda claro lo que insinúas —le dije, alzando una ceja.

Suspiré profundamente.

—Lo dicho... una buena noche de *cariño*. Intenso.

—¿A quién se lo cuentas?

—Precisamente, te lo estoy diciendo a ti por alguna razón.

—Oye, ¿qué quieres insinuar? ¿Piensas que no tengo una vida amorosa activa o qué? —¡No podía creer que estuviésemos hablando de esto! Este tipo siempre salía con sus comentarios fuera de lugar.

—Si lo necesitas, puedo aclararlo. Y si de verdad hace falta, lo repetiré hasta que lo entiendas bien.

—Vamos, explícame. ¿Qué es lo que debería entender?

—Simple: una noche de sexo intensa, de pasión. Es lo que te falta.

Tragué saliva. Sus palabras, con ese tono, me generaron un escalofrío. No era el mejor momento para estas insinuaciones, sobre todo después de pelearme con ese bocadillo.

—Gracias por el *consejo*, pero no necesito que me lo digas —repuse con cierto filo.

—De nada. A tu ordenes —dijo mirándome con una expresión que oscilaba entre lo juguetón y el sarcasmo.

Me crucé de brazos, buscando cambiar de tema mientras sentía cómo el rubor subía por mis mejillas.

—Y tú, ¿qué haces aquí? ¿No te agrada el café de tu tienda? —dije, dando un sorbo a mi zumo, olvidando por un momento mi batalla con el bocadillo.

—Bueno, no sólo vengo por el café. Esta cafetería tiene el mejor personal. Vine a ver si reconsiderarías trabajar con nosotros.

—Siempre creyendo tener la razón, ¿verdad?

—Lo tengo claro —afirmó, sonriendo con confianza—. Si dependiera de mí, ya estarías en mi equipo.

—¿Quién con quién? —La aparición repentina de Christopher me dejó paralizada.

¿Cómo se había movido tan sigilosamente? Parecía haber surgido de la nada, dispuesto a rescatarme. Las miradas entre los dos hombres eran gélidas.

—Bueno, en mi opinión... —Óscar titubeó, luego continuó con seguridad—, Alba. Sería mejor que trabajara con nosotros. Y ya que estás aquí, ¿podrías traerme un café expreso?

Ante la expresión incrédula de Chris, Óscar continuó, sin perder un ápice de arrogancia.

—Después de todo, eres el gerente aquí, ¿no?

Estaba en shock. ¿Me escondía o presenciaba esta batalla de titanes?

—Tú... tú eras el de la otra vez —dijo Chris, tratando de encajar las piezas del puzle.

—Así es —asintió Óscar, levantándose y extendiendo la mano—. Óscar Pérez, gerente regional de Starlucks. Un placer conocer a, eh... ¿competencia? Aunque quizás no se pueda llamar exactamente así.

Christopher ni siquiera estrechó la mano ofrecida. Con una risa burlona, Óscar se sentó a mi lado sin pedir permiso, mientras yo me escondía tras mi vaso.

—Si no es mucha molestia —continuó Óscar, inmutable ante la sorpresa de Chris—, me gustaría que me trajeras el café aquí mientras hago compañía a la que será mi nueva empleada, Alba.

Estaba segura de que, o bien Óscar estaba loco, o estaba buscando problemas con Christopher. Con un gesto de desdén, Óscar se reclinó en su silla. Pude ver la tristeza en los ojos de Chris antes de que diera media vuelta y se marchara. Sentí lástima por él.

—Eso estuvo fuera de lugar —le reproché a Óscar—. Cruzaste una línea. Te estás pasando. No estuvo bien.

—Te juro que hablas igual que mi ex.

—Bueno, hay una razón por la que es tu ex, ¿verdad?

—¿En serio? ¿Te tengo que contar mi vida? Esperaba más de ti que ser chismosa aparte de errar con los cafés.

—¿Vas a seguir recordándome aquel error con una maldita taza de café?

—No fue uno, fueron dos errores —respondió tajantemente.

—Ay, Dios, dame paciencia —exclamé, rodando los ojos.

—¿No te das cuenta? En serio, te lo decía de verdad, deberías considerar trabajar conmigo.

—Y te lo dije claro: aunque me estuviera muriendo de hambre, jamás trabajaré para ti.

—¿Por qué tanto rechazo? —preguntó, incrédulo.

—Las primeras impresiones son fundamentales, y la tuya ha sido pésima.

—No te pongas así. —Intentó sonreír, pero noté que mi respuesta le afectó.

Justo entonces, Christopher apareció con el café que Óscar había pedido. Su mirada era una mezcla de desconcierto y recelo.

—Aquí tiene su expreso —dijo Christopher, con una profesionalidad que me desconcertó.

Sin embargo, esa actitud no duró. Al retirarse, con una rapidez y precisión impresionantes, empujó la silla de Óscar, haciendo que el café se derramase sobre su traje. Pareció un accidente, pero los tres sabíamos que no lo era.

Óscar se levantó enfurecido.

—¡Mira lo que has hecho! —gritó, mirando su traje y camisa blanca ahora manchados de café.

Christopher respondió con una calma inesperada:

—Lo siento, parece que no soy bueno sirviendo cafés. Por eso busco a los mejores para mi equipo y me aseguro de no perderlos. Quizás tú deberías hacer lo mismo.

Óscar quedó sin palabras ante la audacia de Christopher. Por primera vez, vi a Óscar desarmado. Aunque no quería ponerme del lado de ninguno, debía admitir que en ese enfrentamiento, Christopher llevaba la ventaja. Fue un juego de poder en el que Christopher demostró tener la sartén por el mango.

Aquí hay gato encerrado: Por si no tuviéramos suficiente

Mi hermano me contactó el viernes por la noche, anunciándome que el sábado tenía una cena en su hogar y que debía asistir para conocer a Jordi. Para añadir un poco más de tensión, Óscar también estaría presente. Así, seríamos dos parejas, de las cuales, dos individuos no se llevaban bien. A pesar de mi resistencia interna, accedí al deseo de mi hermano; él no merecía la compañía de su "amigo", pero no quería ser un obstáculo en su cena.

El sábado trabajé solo hasta la una de la tarde para darme suficiente tiempo para alistarme. La semana había sido agotadora y, para rematar, tendría que laborar el domingo. Durante la temporada alta, conseguir un día libre era casi una utopía. Christopher, como jefe estricto que era, garantizaba que permaneciéramos ocupados. Alrededor de las once, se acercó a mí en un pasillo, aparentemente nervioso.

—Alba, ¿puedo hablar contigo un segundo? —Asentí, esperando que continuara, pero se veía reacio a expresarse.

—Christopher, dime, tengo clientes esperando —le recordé, considerando su usual impaciencia.

—Verás... Me preguntaba si... ¿tienes algún plan para esta noche? Pensaba que...

¿Estaba intentando invitarme a salir? Lo interrumpí para aliviar la tensión:

—Sí, tengo compromisos. Mi hermano me invitó a cenar y asistiré. ¿Era eso?

—Eh, sí. Tu hermano... vale. Entendido, disfruta tu noche —respondió, retirándose rápidamente.

A lo largo de la mañana, noté que Christopher evitaba encontrarse con mi mirada. Cada vez que nuestros ojos se cruzaban, él rápidamente desviaba la suya, como si esquivar mi presencia se hubiese convertido en una necesidad. Aproximadamente a las doce y media, media hora antes de finalizar mi turno, una sensación de malestar me invadió: dolor de cabeza, cansancio y escalofríos recorriendo mi cuerpo. Al terminar mi jornada y mientras me cambiaba en el vestuario, el malestar aumentó. Al despedirme de mis compañeros, no vi a Christopher por ningún lado. Sin embargo, al salir, allí estaba él, apoyado en su coche, esperando.

—Hasta el lunes —dije, sorprendiéndome con su presencia un sábado, día en que usualmente no trabajaba.

—Alba —me llamó justo cuando me iba a marchar—, mañana estaré aquí. ¿Te dejas en casa? Pese al sol cegador, logré mirarlo.

—Te agradezco, pero no será necesario —respondí, aún sorprendida por su ofrecimiento.

El sol pegaba que daba gusto y me tenía medio cegada a contraluz, así que me tapé los ojos con la mano, buscando un poco de sombra.

Y ahora va y se ofrece a llevarme a casa. Pensaba que ya lo había oído todo.

Estaba a punto de hacer mutis por el foro, cuando me entró un mareo de los buenos, como si me hubiera bajado la tensión o algo así, y casi beso el suelo. Menos mal que unas manos me agarraron a tiempo. Vamos, que el chico este, Christopher, se convirtió en mi salvavidas momentáneo.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Pues no sé —respondí, aún atontada—. Supongo que me ha dado un golpe de calor.

—Pues venga, te llevo a casa. —Ya iba de camino hacia su coche.

—Que de verdad, no hace falta —intenté rechazar de nuevo, pero...

—Mira, me da igual si hace falta o no, pero te llevo a casa y punto en boca.

Ante su decisión, firme y algo chulesca, pues qué queréis que os diga, me monté en el coche y dejé que me acercara a casa.

Cuando llegamos, iba a salir escopetada, pero el chico me agarró del brazo.

—¿Seguro que estás bien? Dame un toque más tarde, que me has dejado con el corazón en un puño. Y si quieres, te acompaño al hospital, o me quedo contigo o algo...

—Que no, hombre, que no. Ha sido solo un mareillo. El lunes nos vemos. Y gracias por el taxi improvisado.

Entré corriendo a casa como quien escapa de un lío. Una vez en la cocina, pensé en comer algo, pero me apetecía menos que un moco. Me conformé con un plátano y un zumo. Y al sofá a echarme una siestecita, que falta me hacía.

Me pegué una sobada que ni os cuento y me levanté justo para arreglarme para la cena. No sé cómo me había dejado dormir tanto. Y eso que había pillado algún rato extra de sueño esta semana, pero entre unas cosas y otras, mi cuerpo no daba para más.

Opté por unos vaqueros y una camiseta maja, pero vamos, tampoco iba a ir como si me fuera a casar, solo era una cenita en casa de mi hermano. Jules vivía en un chaletazo. Vamos, que le iba la mar de bien. Comparando, mi casa a lado de la suya parecía el trastero. La suya tenía dos plantas, un sótano que flipas y un jardín que ni el Retiro. Claro, es lo que tiene estar soltero y sin churumbeles. Eso sí, yo también estaba soltera y mi piso parecía el vestuario de un muñeco. Pero en Madrid, eso ya es todo un lujo. Estaba agradecida de tener mi rincón. Pequeñito, alquilado, pero mío. Bueno, y esperando alquilarme esa habitación enana si alguien mordía el anzuelo del anuncio. Tendría que hacer fotos en condiciones porque lo de ahora, o no le hace justicia o es que es un zulo de cuidado.

Cuando llegué, Jules y mi futuro "cuñadete", Jordi, ya estaban dándolo todo. Este era el que quería llevarse a mi hermano a la otra punta de España. Pero no iba a ir de borde desde el principio, así que me planté una sonrisa y saludé. Vi a mi hermano un poco mosca, el tío estaba pillado, se le notaba. Y Jordi no estaba nada mal, tenía que decirlo. Era majete y guapetón. No me extrañaba que Jules cayera rendido. Y el tipo era un cachondo, porque en nada yo ya estaba con el vinito en mano contando batallitas de Jules de cuando era pequeño. Mi hermano echaba chispas, pero Jordi y yo nos descojonábamos.

Entonces sonó el timbre. Y oh sorpresa, Óscar hizo su entrada triunfal. ¡Madre mía, cómo iba! Acostumbrada a verle siempre de punta en blanco, este Óscar informal estaba de rechupete. Con unos vaqueros que le quedaban de lujo y una camiseta que, joder, cómo le resaltaba todo. Estaba más guapo que un sol y eso que iba sencillo. Pero pensé, «a ver cuánto dura hasta que suelte alguna perla».

Después de las presentaciones, al lío. Charla va, charla viene, todos a la mesa. Yo no hablaba mucho, cosa rara en mí, pero entre los chistes y mi afán por probar todo el vino que tenía mi hermano, iba servida. Y es que el tío es un enamorado del vino, siempre dice que quiere ser como un bodeguero cuando se jubile. Yo, en ese momento, me dedicaba a catadora profesional, copa va, copa viene.

Mientras me refrescaba, pillé a Óscar observándome. Me puse como un tomate y solté una risilla. Se ve que disfrutaba viéndome ponerme piripi. Nos miramos y hubo como una conexión, un rollito especial. Perdidos en nuestra burbuja, se sentía una conexión no de película porno, sino de esas románticas de miradas intensas. Casi me ahogo en esos ojos azules, así que pensé que lo mejor sería tomar un respiro.

—Jules, se nos va el vino. ¿Voy a la bodega a por otra botella, vale?

Mi hermano, que estaba en su salsa con su chico, la charleta y con Óscar por ahí, se animó a sugerir:

—Oye, Alba. Si te apetece, busca el Vega Sicilia Reserva Especial de 2007 o el Marqués de Vargas Reserva. O los dos, vamos, que tú mandas.

Jordi, con su gracia, soltó:

—Ahí, ahí, cariño, que te veo animado. Alba, no tardes, que con ese vino no hay prisa pero tampoco pausa.

Sabía que esos vinos eran del nivel "vaya tela", aunque yo de vinos, ni papa. Pero Jules no escatimaba si era para compartir con sus seres queridos.

—Bueno, allá voy. A ver si no confundo y traigo vinagre balsámico por error. Que la Virgen de la Almudena me asista.

Antes de que saliera pitando, Óscar se animó:

—Espera, Alba. Que te acompañe. Dos son menos que una sola bien mareada.

Por cómo me sentía, creí que tenía dos caras de la fiesta que llevaba encima. Lo peor es que al ver a Óscar, me pareció que él también tenía gemelo. ¡Vaya forma de seguirme el rastro! Pero nada, allá que fuimos, a la aventura del vino perdido. Sentía que el suelo se movía con cada paso, y al bajar las escaleras, casi me parece que estoy bajando al Metro en hora punta. Óscar, oportuno, me suelta:

—Eh, ¿por qué no me dejas ir primero? Así te aseguras de que no es una montaña rusa.

Eché un vistazo a la pared y no sabía si reírme o agarrarme a ella porque parecía que tenía vida propia.

Con más suerte que destreza, conseguimos llegar al sótano. Óscar forcejeó un poco con la puerta.

—Madre mía, ¿qué pasa con esta puerta? Parece un armario de Narnia. —Tiró del pomo y logró abrir—. ¿Te das cuenta? El pomo se mueve más que los precios en la Plaza Mayor.

Mientras Óscar batallaba con el pomo, intenté encender la luz en esa bodega que olía a vino caro y a aventuras nocturnas. Entre armarios climatizados y ese techo bajito de madera, me sentía como en una peli de suspense. Y claro, para aumentar la tensión, ¡pam! La puerta se cierra sola. Cuando la luz parpadeante se estabilizó, ahí estábamos, Óscar y yo, frente a frente, él mirando la puerta con cara de «¿en serio?».

—¿Pasa algo? —pregunté al notar lo inmóvil frente a la puerta.

Giró el pomo varias veces. Sin resultados. La puerta permanecía cerrada.

—¿Qué sucede? ¿Puedes explicarme? —pregunté impacientemente, mientras él seguía sin prestar atención.

—Desde el principio me pareció extraño el pomo. Esta puerta está dañada, no abre —dijo con una mezcla de resignación y molestia.

—¿Estás diciendo que estamos encerrados aquí? —me acerqué para intentar abrir la puerta, pero fue inútil—. No jodas que has castigado la puerta.

—¡Oye, no es mi culpa que esté rota! —contestó defensivamente.

—Entonces, ¿por qué no se abre?

—¿Acaso parezco adivino? —replicó con sarcasmo.

Fruncí el ceño. No era el momento para chistes.

—Llama a mi hermano —ordené, intentando mantener la calma.

—Hazlo tú, no tengo mi móvil —dijo con una risa sarcástica.

—¿Dejaste tu móvil atrás? —dije, sintiendo la frustración crecer al darme cuenta de que tampoco tenía el mío.

—Alba, solo vine a la bodega de tu hermano, no a una travesía épica. —bromeó, haciendo referencia a la famosa saga de Tolkien.

Intenté abrir la puerta nuevamente, pero fue en vano. Tomé aire, intentando no entrar en pánico. El silencio era incómodo y pesado. Después de unos momentos, Óscar comenzó a inspeccionar los armarios, sacando una botella de vino y buscando algo más hasta que encontró un sacacorchos.

—Bueno, si vamos a quedarnos aquí, al menos disfrutemos de un buen vino —dijo intentando aligerar el ambiente.

—¿En serio vas a ponerte a catar vinos ahora? ¿Es lo único que pasa por tu mente? —Estoy a punto de perder la cabeza, ¡esto era lo último que necesitaba!

—No tienes ni puta idea de lo que tengo en mente —respondió él.

—¿De verdad crees que no me doy cuenta? Parece que te da igual que estemos encerrados. Pareces tan relajado como siempre.

—No disfruto estar aquí atrapado, en especial porque detesto los lugares cerrados, pero aquí estamos. ¿Por qué no aprovechar el momento hasta que alguien nos saque de aquí? No creo que tarden mucho.

—Quizás lo hiciste a propósito, rompiendo la puerta.

Soltó una carcajada sonora mientras servía el vino.

—¿Te divierte todo esto, Óscar?

—Ahora mismo, la única diversión que encuentro es verte así. Toma —Me extendió una copa de vino. Acepté con recelo. Sonrió—. Brindemos por situaciones inesperadas con personas sorprendentes.

Nuestras copas chocaron y bebimos, manteniendo una conexión visual intensa.

Cinco minutos se sintieron como una eternidad mientras nos quedábamos sentados en el suelo, disfrutando del exquisito vino de mi hermano. Nadie había venido a ayudarnos. No entendía. Mi hermano sabía que estábamos aquí, ¿cómo no notó nuestra ausencia? Miré a Óscar, con los ojos cerrados, descansando contra la pared.

—Si continuas mirándome así, esto se complicará aún más, vamos a meternos en arenas movedizas y líos —amenazó.

—¿Complicarse? Ya estamos en un lío. Y las arenas movedizas son una mezcla de tierra, barro y agua salada. Estamos en un embrollo de mierda hasta el cuello, pero no en arenas movedizas.

Al mirarlo, una emoción intensa y profunda resonó dentro de mí. Era como si una premonición del destino nos envolviera. La tensión entre nosotros era palpable, creciendo en intensidad a cada instante. Jamás había sentido una atracción tan avasalladora hacia alguien: el magnetismo de sus ojos y el desenfreno de su cabello rubio descolocado alteraban mi percepción, inclinando mi mundo en una dirección inesperada.

—¿Es esto lo que se siente al enamorarse? —cuestionó de improviso.

Me sorprendió la pregunta. ¿Enamorarse? No tenía idea de lo que pasaba por aquella cabeza loca.

—No sé de qué hablas —contesté.

Con los ojos aún más abiertos, dejó su vaso en el suelo y se movió más aún hacia mí, reduciendo la distancia entre nosotros. La intensidad de su mirada me paralizó, y sentí un deseo irracional de esconderme. Estábamos confinados en ese pequeño espacio, y mi única compañía, aparte de él, era una botella de vino que deseaba usar como distracción. Su mirada aguda y penetrante parecía querer descifrar cada uno de mis secretos. Mi respiración se detuvo, y una

corriente de electricidad recorrió mi cuerpo. No sabía quién era realmente, pero algo en él me atraía de una manera inexplicable. Su mano encontró su camino a mi mejilla, y el contacto de su piel contra la mía me hizo cerrar los ojos involuntariamente. Una oleada de calidez me envolvió, y mientras imaginaba esos labios tentadores, me perdí en su magnetismo. "Tengo tantas ganas de besarte," confesó, "desde el momento en que crucé la puerta de esta casa."

Cada palabra suya despertaba en mí sensaciones intensas y desconocidas. El nerviosismo y la expectación creaban un torbellino en mi estómago, mientras un rubor se apoderaba de mis mejillas.

Con una sonrisa juguetona, sostuvo mi rostro entre sus manos, y sus labios buscaron los míos. El primer contacto fue tierno, pero pronto, la pasión tomó control. Sus manos se enredaron en mi cabello, atrayéndome más cerca, y nuestros labios danzaron en un juego de caricias y mordiscos. Era un beso intenso, cargado de deseo.

La sensación fue abrumadora y por un momento creí que me desmayaría. *¡Dios mío, estoy enamorada de sus labios!* El reconocerlo fue complicado, y su beso... no había saciado mi anhelo. Lo necesitaba. Ansiaba volver a sentirlo, quería su tacto en mi piel, en cada rincón. Con solo ese beso, me había vuelto vulnerable a sus deseos. Y pareció notarlo porque me susurró:

—Tú también me estás volviendo loco y lo sabes.

Cada segundo con él era una mezcla de éxtasis y confusión. Me dejaba sin palabras, atrapada en su encanto. Cuando finalmente se apartó, pude ver un destello juguetón en sus ojos, como si supiera el efecto que había causado en mí. Nos encontramos sumidos en ese abrazo, desesperados, cuando de repente la puerta se abrió. Nos separamos de golpe, como si una descarga eléctrica nos hubiera sacudido.

La figura de mi hermano y Jordi se recortó en el umbral. Óscar se puso en pie enseguida, mientras yo, todavía aturdida por el alcohol y el ardor del momento, me tambaleé. Ofreciéndome una mano, Óscar me ayudó a levantarme, tratando de explicarse.

—Quedamos atrapados aquí —dijo apresuradamente.

—Y no encontramos las botellas que pediste —añadí, tratando de mantener el equilibrio.

El silencio de Jules y Jordi era elocuente. La tensión era evidente.

—¿Y las botellas? —preguntó Jordi, rompiendo el hielo.

Mi hermano, recuperando su compostura, recogió una de las botellas y comentó:

—Olvidé mencionarte que la puerta no abre desde dentro. Pero parece que ya lo habéis descubierto. Subamos, Jordi y yo esperamos el vino.

Al notar la botella abierta y los vasos, sonrió maliciosamente:

—Me alegra que os hayáis mantenido hidratados.

Nos sonrojamos, avergonzados, y salimos del sótano. La noche concluyó con más vino, pero pronto, mi cabeza comenzó a dar vueltas. Me disculpé y salí en busca de un taxi. Óscar se levantó, pero no dijo nada. Nos despedimos con dos besos formales y regresé a casa, reviviendo cada instante.

Hubiera sido fácil culpar al alcohol, decir que solo fue un desliz. Había tenido aventuras fugaces y relaciones cortas, pero ninguna tan intensa y tan breve como esa. El simple recuerdo me hizo estremecer.

Al llegar a casa, el cansancio me venció. Me dejé caer en la cama y me sumí en el sueño.

El Elixir de la Sanación: Antídoto Definitivo

El domingo, al intentar levantarme, estaba hecha un despojo. Sentía como si un elefante hubiera decidido hacer de mi cuerpo su cama. Estaba segura de que era la gripe o algún primo lejano suyo. Así que decidí abrazar el sueño de nuevo. Al fin y al cabo, ¿qué más da si la gripe dura una semana o toda una eternidad? Pero, claro, la vida y el trabajo esperan, y mi alarma, fiel a su rutina, sonó a las cinco de la mañana. En respuesta, con toda la elegancia que pude reunir, mandé el despertador volando al otro lado de la habitación.

¿Os habéis fijado que las enfermedades más chungas suenan poéticas? Paludismo, diarrea, cólera... Suena a título de canción pop. Y luego está la gripe. Si lo repites, hasta parece simpático. Sea como sea, me volví a dormir.

Al despertar y con un monumental esfuerzo, me desplomé en el sofá. Con el cielo vestido de gris y una sensación gélida en el ambiente, mi plan de morirme en sus asientos cómodos parecía más que atractivo.

Desgañitando un poco mis dedos, cogí el móvil y envié un mensaje a Christopher:

“He pillado un bicho. Creo que es gripe. Me siento como si un camión me hubiese pasado por encima dos veces. No voy a trabajar. Lo siento.”

Siendo una persona que casi nunca falta al trabajo, esperaba comprensión. Pero, aun así, sentía cierta culpabilidad al pensar en el jaleo que causaría mi ausencia, especialmente un domingo.

Horas después, el timbre de mi puerta sonó. Con el glamour de un zombi, me arrastré hasta la entrada. ¡Menuda gripe del demonio!

Al abrir, ahí estaba, con una bolsa en mano: Christopher. Debió haberse colado de mi fiebre, pensé. Sin mediar palabra y convencida de mi alucinación, volví a mi sofá, cerrando la puerta a mi paso. No iba a gastar energías hablando con productos de mi imaginación febril.

Pero, oh sorpresa, el sofá se hundió a mi lado.

—¿Alba? —dijo con un tono que rozaba lo paternal.

Su mano acarició mi cabello, y un recuerdo de mi padre acudiendo a mí con chocolate caliente y churros vino a mi mente. Siempre me hacía sentir mejor. Y ahora, este gesto de Christopher me ponía la piel de gallina.

—¿Parezco un cuadro de Picasso o qué? —murmuré, aún a medio camino entre la realidad y la fiebre.

—Estás preciosa, como siempre. Aunque, reconozco que te he visto días más luminosos.

—Tengo un virus chungo. Creo que esta es mi última función en el teatro de la vida. — intenté comunicarle, pero mi voz se desvaneció, perdida entre las fibras de mi sofá y mis patéticas lágrimas.

Me zarandeó un poco, como cuando intentas despertar a un adolescente en plena resaca.

—¿Qué te pasa? ¿Has llamado a un médico? ¿Has comido algo aparte de autocompasión? — indagó con mirada de preocupación, que, por alguna razón, me hacía sentir como una cría castigada.

Pero, un momento. *¿Por qué demonios estaba Cristofito, mi jefe – ese tío bueno inalcanzable pero insoportable – en mi piso?*

—Venga, al baño con esa carita. Una ducha y un buen plato caliente y vuelves a la vida. Me dijeron que estabas sola y pensé... en fin, que venía a ver si estabas bien.

Me levanté haciendo pucheritos y arrastrando mi cojín, como si tuviera cuatro años y estuviera de pataleta monumental. Durante el trayecto al baño, un torrente de recuerdos me golpeó: antes tenía una vida, antes todo tenía sentido, y ahora estaba en modo zombi y con mi jefe en el piso.

Dentro del baño, cerré la puerta y, por algún motivo que aun no entiendo, activé el pestillo. No es que no confiara en él... bueno, quizá un poco. Después de una odisea tratando de quitarme la ropa – sudada, pegajosa y francamente asquerosa – terminé en el suelo, atrapada en mi propio pantalón, con la elegancia de una jirafa en patines.

De repente, un grito escapó de mis labios. Desde fuera se escuchó la voz de Christopher, cargada de pánico:

—¿Alba? ¿Estás bien? Si no me contestas, entro.

Por un momento me alegró haber cerrado con pestillo, pero luego me invadió el pánico. ¿Y si realmente tenía que entrar? ¡Qué vergüenza!

—Estoy... eh... aquí... —intenté articular alguna excusa decente, pero, francamente, ¿quién podía pensar con claridad en una situación así?

—¿Por qué has gritado? ¿Te has caído? ¿Te has desmayado? ¿Has visto una araña? —su voz sonaba cada vez más preocupada, con su típico deje sarcástico.

Me quedé en silencio, tratando de reunir algo de dignidad. Sentí cómo intentaba abrir la puerta, pero, obviamente, estaba cerrada. Pensaba y pensaba... pero, joder, no se me ocurría nada. La fiebre me tenía en mal estado: mis neuronas parecían apagadas, mi voz, ahogada, y mis ganas de responder bien como mi cuerpo, por los suelos. Pasaron unos segundos en silencio. Oí cómo el pomo de la puerta giraba. Otro intento fallido, claramente inútil.

—No entres... —fue lo único que logré articular—. Me levantaré yo misma. —Me regañé mentalmente, «¡Idiota! Acabo de revelar mi debilidad».

El silencio se prolongó. Un estruendo contra la puerta me sobresaltó. Mis manos se fueron automáticamente a mis oídos. ¿Qué estaba sucediendo? Al cabo de unos instantes, un golpe más fuerte resonó. ¿Estaba intentando forzar la entrada? Mi corazón latía con fuerza, y deseé gritarle que se detuviera, pero mi voz no me respondió. En su tercer intento, consiguió abrir la puerta, deshaciendo el pestillo y dañando el marco. ¡Qué fuerza!

Al verme tendida en el suelo, se apresuró hacia mí.

—Alba, ¿qué te ha pasado? —la genuina preocupación en su tono me hizo sentir avergonzada.

—Me tropecé intentando quitarme la ropa —respondí con voz temblorosa.

—Deberías haberme avisado. Hubiera venido en tu ayuda de inmediato. —Estaba a punto de sostenerme cuando me encogí y retrocedí. Su mirada penetrante se encontró con la mía, y una sonrisa juguetona apareció en su rostro—. Te ves como un animalillo asustado, lo que me hace pensar que tu resistencia no se debe a tu estado físico. Tu problema conmigo es... —avanzó un poco hacia mí— ...personal.

—No digas tonterías —contesté, alzando mi barbilla en un gesto desafiante.

Él parpadeó, y una amplia sonrisa mostró sus dientes inmaculadamente blancos. Al intentar asirme, lo golpeé levemente en el pecho, intentando mantenerlo a distancia. Fue entonces cuando recordé que solo llevaba puesto un sujetador. Instintivamente, me cubrí con un brazo. Sus ojos exploraron mi figura y sentí cómo mi cara ardía de vergüenza.

—Deja de mirarme —murmuré, notando el nerviosismo en mi voz.

—No quiero. Y ahora no estás en posición de ordenar. Permíteme ayudarte a desvestirte.

—¡NO! —exclamé con firmeza—. Puedo hacerlo sola. —Intenté levantarme, pero mis piernas no respondieron.

Con la agilidad de un depredador, me alzó y me posicionó frente a él. Sentía que era una marioneta en sus manos. Su figura se hincó delante de mí, y aunque mi mente estaba abrumada, sabía que nunca olvidaría esa imagen. Tener a alguien como él, arrodillado ante mí, era inesperadamente seductor. A pesar de mis dudas, no podía negar el atractivo que tenía la situación. Y ahora, Christopher estaba a punto de desvestirme. «Pensabas que no querías ser dominada por nadie. Pero ¿esto qué significa?», pensé.

Con destreza, deslizó mis vaqueros, dejándome solo en ropa interior. Su mirada se clavó en mi ombligo, y sentí una extraña electricidad. Incluso arrodillado, su presencia era imponente. Su respiración se aceleró y pude sentir la tensión en el aire. Nos quedamos así, en un silencio cargado, durante lo que parecieron horas.

Después, se levantó y preparó la ducha, calentando el agua. Al darse la vuelta, me preguntó:

—¿Puedes ducharte por ti misma o necesitas ayuda?

Incapaz de responder, me perdí en sus ojos. Mi corazón galopaba, y mis pensamientos estaban revueltos. A la espera de una señal de su parte, solo encontré una mirada intensa que recorrió mi figura.

—Esta mañana desperté pensando en ti —admitió—, pero jamás imaginé lo que vendría después. Debo admitir que me has dejado sin palabras.

Sus ojos, de un azul eléctrico, me dejaban hipnotizada. Cada vez que sonreía, finas arrugas de expresión aparecían en las esquinas de sus ojos, teniendo un efecto devastador en mí. Colocó una mano en mi espalda y, con delicadeza, desabrochó mi sujetador. Este cayó lentamente mientras él deslizaba los tirantes por mis hombros. En ningún momento desvió su mirada hacia mi pecho; sus ojos permanecían fijos en los míos. Se inclinó y comenzó a bajarse, manteniendo nuestra conexión visual. Había una magia en el silencio que compartíamos, una complicidad que las palabras no podrían capturar. Cuando terminó de quitarme los pantalones atascados, fue a por las bragas; me encontré completamente desnuda frente a él.

Sin desviar la mirada, empezó a quitarse su ropa. En poco tiempo, solo quedaba en boxers y su camisa arremangada. Y creo que lo hizo para mantener una distancia prudencial entre nuestros cuerpos. Me tomó de la mano y, juntos, entramos en la ducha. Aunque intentaba ayudarme, su camisa se empapó rápidamente, delineando su esculpido torso. En un movimiento rápido, me situó bajo el chorro de agua caliente. Cerré los ojos, intentando evadir la realidad de que él me observaba.

—Abre la mano —indicó. Lo hice, y depositó gel de baño en mi palma—. Estoy aquí si necesitas ayuda.

A pesar de la sensualidad del momento, me sentía vulnerable y expuesta. Evité limpiar mis partes más íntimas sabiendo que sus ojos seguían cada movimiento. Al terminar, busqué su mirada. Tenía que alzar la mirada para encontrar sus ojos. Sus ojos, ahora más oscuros, me lucían una intensidad salvaje y desenfrenada. Su presencia parecía llenar todo el espacio de la ducha, que ya de por sí era estrecha para los dos. Sin dudar, coloqué ambas manos sobre su pecho y cerré los ojos. El calor de su piel bajo mis dedos me envolvió. Al abrirlos nuevamente, busqué su mirada y noté cómo sus labios se entreabrían ligeramente. Admiré su impresionante autocontrol, definitivamente superior al mío.

—No compliquemos más las cosas —murmuré, intentando poner cierta distancia entre nosotros.

Arqueando una ceja, me respondió:

—Alba, creo que he estado enamorado de ti por años. Estás aquí, desnuda, y me cuesta no tocarte. Pero ahora, con tus manos en mi pecho, estoy luchando por no perderme en ti. Por favor, estás enferma y te lo juro por todo lo sagrado, que mi única y exclusiva razón para venir ha sido la preocupación y el deseo de cuidarte. Alba, te ruego que no me pidas que no complique más las cosas. Estoy haciendo todo lo posible por no joderlo todo. Lo estoy haciendo por ti.

Lo miré, intentando procesar sus palabras. En sus ojos vi pasión, deseo y una vulnerabilidad que nunca antes había notado. Una corriente de intenciones y deseos fluyó entre nosotros. Sin resistir más, nos fundimos en un apasionado beso. La intensidad del momento nos envolvió, y por un segundo, el mundo exterior dejó de existir.

Un escalofrío de temor me recorrió, mientras el agua se deslizaba por mi espalda. Podía percibir el pulso frenético de su corazón bajo la mano que llevé a su pecho. Su aliento se volvía errático, chocando contra el mío. El miedo teñía mi mirada al darme cuenta de lo inevitable. Christopher me atraía de formas que no había experimentado antes, causando en mí emociones contradictorias pero placenteras. Me sentía irremediablemente atraída hacia él.

«No te metas en líos, Alba», me reprendí mentalmente.

—Chris... yo... creo que... —Mi voz denotaba la misma ansiedad que sentía.

Tomó mi mano, deslizándola por mi espalda y acercándose hacia él. Sus acciones revelaban una necesidad y urgencia similares a las mías. Sus manos exploraron mi espalda, nuestras caderas se encontraron, y no tardó en besarme con pasión. Respondí a su beso profundizando la conexión, y un gemido escapó de mis labios. «Dios, sabe incluso mejor de lo que me acordaba», pensé. Al apartarnos, me encontré con su mirada juguetona.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Su sonrisa genuina hizo que mi corazón se derritiera.

—Eres increíblemente sexy, ¡dios mío, eres preciosa!

Mi mente me gritaba que esto era una locura, pero mi corazón latía con una fuerza que eclipsaba cualquier pensamiento racional. Todo lo que deseaba era que continuara besándome y abrazándome.

Confesiones Inesperadas que Cambian Todo

Me alegró sentir la firmeza de su piel y el calor de su cuerpo entre mis manos, que, como si tuvieran voluntad propia, se deleitaban con el contacto de sus brazos, su cuello y su pecho. Luego, me besó de nuevo. En ese instante, comprendí que lo deseaba tanto que me temblaba todo el cuerpo. Abrí ligeramente los ojos mientras nos besábamos. A pesar de estar bajo el agua, no entendía cómo no había notado antes lo atractivo que era. Si bien siempre había considerado a Chris un hombre apuesto e intrigante, su personalidad me hizo verlo desde otro ángulo. Jamás le otorgué más importancia de la que merecía. Reflexionando, me di cuenta de que había estado ciega. El hombre frente a mí era simplemente impresionante. Su camisa dejaba entrever un cuerpo esculpido: hombros anchos, pecho definido y abdomen plano. Sus manos eran grandes, con un toque firme y seguro. Era realmente atractivo. Y en ese momento, me estaba besando. Qué fácil sería dejarme llevar solamente por el aspecto. Qué fácil sería simplemente cerrar los ojos e inclinar la cabeza. Me está pidiendo permiso tácito para avanzar y ardo en deseos de permitirselo. Mi mente es un torbellino de dudas y nunca he estado tan confusa. Siento que las rodillas se me aflojan al pensar que él me atrae físicamente, en todos los sentidos. Pero ¿podré ver en Christopher algo más allá de eso? Mi cabeza me está jugando malas pasadas y no quiero confundir sensaciones o sentimientos. Solo quiero dejarme llevar...

—Alba, cuánto te deseo —me susurró con voz ronca.

—Lo sé —murmuré con timidez—. Lo sé.

Asintió ligeramente mientras seguía besándome. La intensidad de ese beso me dejó sin aire, llevándome a sujetarme de sus hombros, pues sentí un ligero mareo y mis rodillas flaquearon una y otra vez. Su beso no se asemejaba en nada a lo que había experimentado antes. Fue tan abrumador que eclipsó los recuerdos de besos pasados, como si nunca hubiesen existido. De repente, recordé la noche anterior, cuando Óscar me besó y me perdí en sus labios. ¡Dios! Debía ser la fiebre, pues en ese momento los confundí. Me separé de Christopher, con el recuerdo reciente de Óscar aún fresco en mi mente. Me observó.

—¿Estás bien? —Su cuerpo, casi desnudo y pegado al mío, me brindó la seguridad que necesitaba. Pero esa sensación se esfumó en cuanto se alejó. Me sentí vacía—. Voy a por una toalla y salimos. No quiero que empeores.

Cerró el grifo y salió de la ducha para tomar una toalla. Desde la mampara de cristal que servía de puerta, me envolvió en ella. Me acurruqué en su suave abrazo, como si la toalla fuese un salvavidas. Me acercó hacia él y bajó la mirada para encontrarse con la mía, dado que su altura me obligaba a inclinarme un poco para mirarlo a los ojos.

—¿Mejor?

Asentí. Su sonrisa iluminó su rostro, y no pude evitar mirarlo con ternura. Mi corazón latió con fuerza y no quería soltarlo. Me sentía tan protegida en sus brazos que deseaba que ese momento durase eternamente. Apoyé la cabeza en su pecho mojado.

—Estoy empapado —me recordó.

Sin embargo, no me moví. Se aferró a mi barbilla y me hizo mirarle. Tomó mi rostro entre sus manos y me besó con fervor, su lengua buscando la mía, intensificando el lazo eléctrico entre nosotros.

Gemí en respuesta, y aproveché para acentuar aún más el beso, explorando con su lengua el interior de mi boca. Mis uñas se hundieron en sus hombros nuevamente. El aroma varonil que

emanaba me embriagó, y sentí un calor que se propagaba por todo mi ser. Lentamente, dejó mis labios para descender por mi cuello. Sus manos permanecieron en mi espalda, sin moverse más allá.

—Mientras veía el agua deslizándose por tu cuerpo y tu pelo, no podía evitar pensar que estás hecha para mí. Trato de no hacerlo, pero es imposible no desearte aún más, no querer ir más lejos contigo. Lo quiero todo.

¡Por Dios! ¿Quién es este hombre? ¿Dónde está mi jefe gruñón y horrible? Esta versión de Christopher era algo muy sorprendente. Las sensaciones que invadían mi cuerpo y mi mente ante aquel hombre eran desconcertantes y novedosas. Sus palabras eran caricias que me confundían y me generaban anhelo al mismo tiempo. No sabía qué pensar. Todas sus confesiones acerca de lo que sentía por mí, de cómo me había visto durante todos estos años, resultaban abrumadoras. No tenía idea de cómo reaccionar ante ello, pero parecía que mi cuerpo ya había decidido por mí.

Me guió fuera de la ducha.

—Sería bueno que te secases y te vistieses. No vaya a ser que empeores —colocó una mano sobre mi frente—. Parece que la fiebre ha descendido un poco.

—Curioso, me siento más ardiente que nunca —al captar mi insinuación, deslizó una mano por mi cintura y me alzó en brazos.

—¿Tu habitación? —la pregunta era obvia, y la respuesta, sencilla.

—La segunda puerta a la derecha.

Retuvo un murmullo ante aquella invitación, pero sin perder tiempo, se dirigió a mi cuarto. Una vez allí, me dejó con delicadeza sobre la cama y, antes de recostarse sobre mí, se deshizo de su camisa mojada que aún adhería a su cuerpo. La lanzó al suelo. Ahora sí, tenía ante mí toda una maravilla. *¡Cristofito! Vaya sorpresa. Pareces un manjar.* Mis pensamientos se desvinculaban de cualquier lógica.

Con cuidado, colocó su mano detrás de mi cabeza, sujetándome por el cuello.

—Eres perfecta —susurró, recorriendo mi oreja con su lengua, causándome una serie de escalofríos. *Dios, qué sensación.*

La frescura de su boca contrastaba con el calor que desprendía mi piel. Sentía su pecho contra el mío, piel con piel. El bulto entre sus piernas rozaba la fina tela de su ropa interior, lo único que nos separaba. Empezó a acariciar mis piernas y situó una de ellas alrededor de su cintura. Sus dedos se aproximaban peligrosamente a su erección. Sin resistir la tentación, arqueé las caderas buscando más contacto.

Pareció sorprendido, pero a la vez satisfecho con mi audacia. Podía sentirlo, fuerte y palpitante. Sus labios comenzaron a explorar mi cuello, lo que me impulsó a agarrarle del cabello con fuerza, buscando más de esa sensación, confirmándole cuán encendida me encontraba.

—Chris, por favor —le rogué, sin tener del todo claro qué pedía o por qué.

Nunca había experimentado algo tan intenso; jamás había imaginado que un hombre pudiera provocarme de esa manera. No quería cuestionar mi deseo y necesidad. Lo único que tenía claro eran mi ganas de entregarme a este hombre que parecía reclamarme. Chris se detuvo un instante, fijando su mirada en la mía.

Me abrazó con fuerza, como si nunca quisiera soltarme.

—A partir de ahora, las cosas entre nosotros cambiarán. Lo sabes, ¿verdad, Alba? —me dijo con voz suave y profunda.

—Sí, lo sé. Y, ¿qué más da? —respondí, perpleja por su afirmación.

Era evidente que nada volvería a ser como antes.

—Me asusta.

—¿Te doy miedo yo?

En ese momento, su abrazo me dejó sin palabras. Luego, me besó con una dulzura que contrastaba con los apasionados besos que habíamos compartido anteriormente.

—Ya te he dicho que estoy completamente enamorado de ti. Pero sé que no es recíproco. Estás enferma y no quiero que sientas presión alguna.

—¿Qué dices? No me estás forzando a nada, Christopher. Me siento bien contigo.

—Pero no estás enamorada de mí. Y no sé si lo estás de alguien más.

Lo miré, indecisa sobre qué responder. Es cierto, me atraía, pero no estaba segura si eso era equivalente a estar enamorada.

—No estoy enamorada de nadie en este momento.

—¿Ni de tu amigo...?

—¿Óscar? No, en absoluto. No hay nada entre nosotros. Lo de ayer no significó nada. —Christopher pareció alarmarse.

¡Miiiiierda! Debí morderme la lengua.

—¿A qué te refieres con "lo de ayer"? Estaba hablando de ese amigo con el que vas a desayunar a la cafetería. ¿Hay algo con Óscar? —dijo alejándose un poco.

—Mis disculpas, pensé que te referías a alguien más. No, no hay nada con Manu, simplemente somos amigos.

Se movió un poco más lejos y se sentó, pareciendo preocupado. Me cubrí con el edredón sintiéndome expuesta. Lo observé mientras jugaba nerviosamente con su cabello.

—Entonces, ¿qué sucedió con Óscar? Sé quién es y apuesto a que tú también lo sabes.

—Nada, te lo prometo. Solo cenamos en casa de mi hermano. Es amigo de Jules.

—¿Cenaste con él ayer? —preguntó, con una mirada de sorpresa y cierto reproche—. Me dijiste que no podías salir porque tenías una cena familiar, y ahora me entero de que fue con él. ¿Acaso te gusta?

—¿Óscar? No sé a qué te refieres... —Admito que me sentí insegura al responder. Estaba claramente confundida.

—Alba, ¡ese tipo solo quiere divertirse contigo!

—¿Y tú no? —repuse impulsivamente.

Su reacción abrupta me tomó por sorpresa. Reconozco que estaba siendo irracional, intentando evitar celos innecesarios por su parte con terceros que no venían a cuento, pero no podía descartar que tal vez sus intenciones fueran las mismas que las de tantos otros: simplemente llegar al sexo y nada más. Tampoco es que lo conociera tan profundamente, ni había visto que tuviera alguna relación seria en los últimos años, así que no estaba en posición de evaluar su comportamiento. Aun así, admito que quizá estaba siendo precipitada en juzgarlo.

—Mis intenciones son genuinas —afirmó, con una mezcla de firmeza y defensa.

—Eres tan perfecto, siempre —dije con un tono irónico. Noté que se tensaba—. ¿Qué te hace pensar que Óscar tiene malas intenciones?

—Se nota a la legua. Y pretende poseer algo que es... —hizo una pausa y suspiró—, que me importa.

—Nadie me posee, Christopher. Y no voy a dejar que ningún hombre intente hacerlo.

—¡Joder, Alba! No me refería a eso. No soy ese tipo de persona. Déjalo estar.

—Hecho. Ya está olvidado —dije, levantándome para marcharme. Pero, justo cuando estaba a punto de pasar junto a él, me detuvo.

—Lo siento —dijo con sinceridad, mirándome a los ojos—. ¿Podríamos intentar empezar de nuevo? ¿De cero?

—¿Así que estás proponiendo empezar desde el menos mil? ¿Por qué no?

—Alba, no me tomes el pelo. Estoy dispuesto a cambiar por ti.

—No te estoy tomando el pelo. Eres tú quien parece tomarme por una idiota que no sabe discernir las intenciones ajenas.

—Parece que tampoco has sabido discernir las mías. Te ruego que no te vayas con él. Sólo quiere aprovecharse de ti para herirme.

—Tal vez no haya comprendido tus intenciones, pero eso no significa que no pueda con las del resto. Además, ¿qué te importa? Tú has llegado a mi casa, y míranos ahora. ¿No te parece hipócrita tu actitud? Tu problema es una batalla de egos y yo no debería estar en medio de ello. ¿Qué te importa con quién me acueste? Hasta donde sé, soy la dueña de mi cuerpo.

—Alba, no juegues así. Sabes perfectamente que no toleraré que te involucres con él, ni con nadie.

—¿Disculpa? ¿Quién te crees para decirme eso? Ni siquiera mi padre, quien por cierto jamás pronunció semejante barbaridad, tendría derecho a hacerlo.

—Eres mía —afirmó con firmeza.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo?

—Desde hace una hora.

—No entiendo de qué hablas, Christopher. Estás loco. Absolutamente loco y ridículo.

—Puede que no te quedes atrás en eso —respondió. Mi expresión de incredulidad lo hizo sonreír—. Porque acabas de negar lo que sé que sientes.

—¿Y qué es eso que supuestamente siento?

—Esto. —Sin más preámbulos, me atrajo hacia él y me besó con intensidad. Quise rechazarlo, pero la verdad es que me rendí ante la pasión del momento. De pronto, se separó—. Sé que no me amas, pero no puedes negar que hay una chispa entre nosotros.

—Sí, una chispa de odio —comenté sarcásticamente.

—No quiero pelear. Si prefieres odiarme, hazlo, pero no niegues la atracción que hay entre los dos. Quiero cuidarte. Permítemelo. No me cierres la puerta.

—No quiero estar al lado de un cavernícola.

—No soy así. Permíteme demostrártelo. No me evites.

—No estoy huyendo de ti, Chris. ¡No huyo de nadie! —repuse enfáticamente.

Él me miró un momento, luego, suavemente, me besó y dijo:

—Te quiero, Alba. Más de lo que jamás alguien podrá hacerlo. Haría cualquier cosa por ti.

Cuando me soltó, sentí un torbellino de emociones. Era injusto que el único hombre que me desconcertaba de esa manera fuera tan complicado. Me dejaba sin palabras, tanto en el buen sentido como en el malo.

Sin decir nada más, Christopher salió de la habitación. Y yo me quedé inmóvil por lo que parecieron horas.

Cuando finalmente me vestí y volví al salón, encontré una sopa caliente en la mesa y una nota:

“Por favor, tómate la sopa. Te la he preparado con cariño. Te llamaré más tarde. Lamento salir así, pero creo que es lo mejor para ambos. Mañana no quiero verte en el trabajo. P.D. Te quiero. Es lo más sincero que puedo decirte.”

Por primera vez, sentí que las lágrimas amenazaban con salir. ¡Ay, Dios mío! ¿Era posible llorar por una maldita gripe? ¿O acaso el catarro había mutado y ahora traía consigo efectos colaterales melosos? Quizá no era la gripe, quizá era el hecho de que, aún con mi nariz roja y mi

peinado de nido de pájaro, desearía que Christopher estuviera aquí, cuidándome y aguantando mis estornudos descontrolados. Admitámoslo, pese a su actitud a veces de divo y esa personalidad de estrella de rock retirada, había algo en él que me atraía. Hoy más que ayer, pero menos que mañana, seguro.

Suspiré, y con un gesto digno de una protagonista de película, me limpié las lágrimas con un dramático movimiento de muñeca. Con decisión, agarré la cuchara y me zambullí en la sopa, que, para mi sorpresa, estaba exquisita. Parecía que las lágrimas habían añadido un toque extra de sabor. Al finalizar, intenté ponerme de pie para llevar el cuenco a la cocina, pero solo logré tambalearme teatralmente hasta el sofá. Me desplomé sobre él como una princesa derrotada, y las emociones (o quizá solo la fiebre) me arrastraron al mundo de los sueños.

¡Ay, la vida y sus melodramas!

París sin ti

Al cabo de dos días, con mi dramático regreso a la oficina, ya había batido mi propio récord de ausencias. ¡Y apenas llevaba cinco años allí! Me encontré con Rita en el banco donde solemos chismorrear.

—¿Vienes a regalarme otra de tus intrigantes historias? —preguntó Rita, balanceando sus piernas al compás de las mías y metiendo sus manos en el delantal como era nuestra tradición.

—Oh, querida, morirías de risa si te contara todo —susurré, bajando la voz y acercándome a su oído—. Pero con este público, simplemente no puedo.

Rita bufó.

—¡Diosa del drama! Siempre manteniéndome en vilo.

—Paciencia, cariño. Pero shh... Mira quién viene.

—Oh, no te preocupes, eres su ojito derecho ahora. Y tal vez un poco más —dijo Rita, con una risa traviesa.

—¡Ay, por favor! ¡Ahí viene! —dije, riendo ante su ocurrencia.

Christopher hizo su entrada triunfal, dedicándome una mirada un poco más larga que al resto. ¿Qué intentaba, hipnotizarme? De algún modo, no me estaba gustando ese juego. Parecía que hoy íbamos en direcciones opuestas.

—Buenos días, equipo. Y wow, Alba, ¿qué te has puesto hoy? ¡Pareces recién salida de una revista!

¡Ese hombre y su labia! Sintiendo que me ponía roja como un tomate, tomé un trago de agua, tratando de mantener la compostura.

—Buenos días —respondí, uniéndome al coro.

Concéntrate, Alba. No mires esos... ¡Ay madre! ¡Esas piernas! De alguna forma, este hombre se había vuelto una distracción completa. Su postura dominante siempre me desconcertaba, junto a sus hombros anchos que añaden mucho a mi profana imaginación.

—Bien, vamos al grano —anunció Christopher, sacándome de mis pensamientos—. Alba, antes de eso, ¿cómo te encuentras?

Me pilló por sorpresa, pero conseguí balbucear—: Bien, gracias, mucho mejor.

Rita, como siempre, me dio un codazo al detectar mi nerviosismo.

—Me alegro —No añadió nada más y empezó a hablar de los temas de la reunión.

Después de su acostumbrado discurso mañanero, en el que siempre mezclaba motivación y reprimendas, soltó una bomba.

—Bueno, bueno, equipo, atentos porque tengo un anuncio "sorprendente" para vosotros. ¿Listos? ¡Tachán! En, ¡atención!, tres días, me marchó a París. Sí, sí, a una conferencia sobre café. ¡Porque todos sabemos que me falta aprender sobre eso! —dijo con una sonrisa irónica—. Y ahora, la parte que realmente os importa: en mi glamurosa ausencia, Alba será vuestra "jefa temporal". ¡Sí, la pobre! Así que por favor, inundadla con todas esas preguntas que soléis guardáis para mí. Y, Alba, por favor, anota todo para que podamos hacer una amena charla cuando regrese. Ah, y equipo, si queréis hacer una fiesta celebrando que me voy... solo asegúrate de que no me entere. ¡Ahora, a trabajar! ¡O a lo que sea que hagáis cuando creo que estáis trabajando!

Era evidente que la gente rebosaba ganas de gritar de alegría, todos, excepto yo. ¿Se

marchaba al extranjero durante una semana? ¿Cuánto tiempo llevaba con ese conocimiento? ¿Por qué no me había informado? Una oleada de ira comenzó a subir desde mi estómago, alojándose en mi pecho y consumiéndome en furia.

¡Vaya momento! Realmente ansiaba una dosis de cafeína. Mi sarcasmo estaba en pleno apogeo mientras Chris no apartaba sus ojos de mí. Estaba disfrutando con su anuncio sorpresa, ¿no es cierto? Ah, todos los hombres son tan predecibles, y él no era la excepción. Sin decir palabra, me voltee y caminé hacia mi taquilla. Después de que todos se fueron y sabiendo que él seguía ahí, cerré mi taquilla con un estruendo intencionado, metiendo luego la llave en el bolsillo.

Al girarme para irme, noté que Chris también se dirigía hacia la salida, dándome la espalda. Antes de que cruzara la puerta, lo interpele.

—Christopher... jefe... ¿tenemos un momento para hablar? —Se volvió hacia mí y se detuvo. Con las manos en los bolsillos, dio un paso hacia mí.

—¿Necesitas algo?

—Primero que nada, gracias —susurré con sinceridad, notando la confusión en sus ojos mientras intentaba descifrar el motivo de mi agradecimiento—. Por cuidar de mí el otro día —aclaré, sintiendo un torrente de emociones.

—Simplemente hago mi trabajo. Haría lo mismo por cualquier empleado —respondió con indiferencia.

Asentí, cansada.

—No hace falta que te comportes así conmigo, Chris. Valoro enormemente lo que has hecho. No lo esperaba —Se alejó un poco y rodé los ojos internamente. ¿Por qué le costaba tanto aceptar un cumplido? Le agarré del brazo para detenerlo.

—No me has comunicado nada sobre reemplazarte. Deberías haberme consultado.

—Sabes que en mi ausencia tú asumes las responsabilidades gerenciales.

—Precisamente sobre eso quería hablar —dije con hesitación, recordando lo sucedido recientemente, aunque no deseaba mezclar temas—. No deseo ocupar ese puesto. No es para lo que me pagas.

—No te preocupes por eso. Compensaré las horas que estés al mando —dijo, intentando marcharse de nuevo. Le detuve por el brazo. Me fulminó con la mirada y rápidamente solté su brazo, como si me hubiera quemado—. ¿Hay algo más, Alba?

—Sí, hay algo. ¿Qué te ocurre conmigo?

Sentí un nudo en la garganta. Siempre había momentos en que Chris podía ser increíblemente irritante. Si su objetivo era mantenerme a distancia, entonces debería replantearse si seguir cumpliendo con sus demandas era lo correcto para mí.

—No sé a qué te refieres, Alba. Creía que habías sido clara.

—¿Sobre qué?

—Sobre detestarme.

—Por favor, Chris. Nunca dije eso. Solo necesito tiempo.

—¿Tiempo? Te daré tiempo. Estaré fuera una semana. Será una pausa de mí.

Esas palabras me golpearon de lleno. ¿Por qué siempre tenía que ser tan extremista?

—Chris...

Lo miré y, al captar la vulnerabilidad en sus ojos, sentí que las lágrimas amenazaban con salir. Noté que él también lo percibió, porque pareció sorprenderse de su propia actitud. Me abrazó con fuerza, sintiendo cómo todo mi ser se rendía a su contacto. Cerca, me susurró algo casi inaudible al oído.

Al intentar mirar su rostro, no pude. Me soltó y pude verlo: sus cabellos alborotados, probablemente por sus constantes gestos nerviosos, y sus ojos evitando los míos, perdidos en el suelo. Lo conocía tan bien.

—París... ¿Así que te tomas un respiro esta vez? Qué oportuno —comenté con cierta picardía.

—Es por trabajo. Me habría encantado que vinieras. París no es lo mismo sin ti. Te extraño cada vez que estuve allí.

Me quedé sin palabras, ¿estaba Chris realmente enamorado de mí?

—Quizá... a tu regreso... podríamos... no sé —tartamudeé y él sonrió—, salir a tomar algo. Conocernos mejor.

Su sonrisa se ensanchó y, por un instante, lucía absolutamente deslumbrante.

—De acuerdo. Bueno, me voy un rato, así que espero que estés bien. No estaré aquí para cuidarte por ahora. Pero confío en volver a salvo y reencontrarte. Eso me da ánimo.

Me limité a sacudir la cabeza con una sonrisa. No era solo que fuese romántico, un poco torpe y meloso; también era increíblemente tierno. Y en esos momentos, se mostraba diferente. A veces, simplemente hay que aceptar a las personas como son y darse cuenta de lo especiales que pueden ser.

Ambos retomamos nuestro trabajo, dejando en el aire promesas no verbalizadas y palabras cargadas de deseo.

Más tarde, mientras atendía en la barra, alguien se puso en la fila para hacer su pedido.

—Buenos días —la voz de Óscar resonó en la cafetería, lo suficientemente fuerte como para que Christopher, quien estaba sentado en su mesa de siempre gestionando pedidos en su tablet, mirara en su dirección. Cuando vi a Óscar acercarse, supe lo que vendría después. Pretendí que era un cliente más, pero sabiendo cómo era Óscar, él haría todo lo posible por destacar.

—Necesito hablar contigo, Alba. ¿Puedes ahora? —dijo con calma. De reojo, noté que Christopher no dejaba de observarnos.

—¿Qué deseas? Prepararé tu pedido y en cuanto pueda, salgo y charlamos, ¿te parece?

—Sí, un café solo. Te esperaré en la mesa.

—Perfecto. Por favor, siéntate.

Preparé su café junto con el de otros clientes. Pedí a Jorge que entregase los siguientes pedidos. Cuando noté que Óscar había terminado su café en la terraza, decidí ir a verlo.

—Me ausento un momento —anuncié al dejar la barra.

Christopher parecía inmerso en su trabajo y no me prestó atención. ¡Genial! Óscar se puso de pie y se acercó.

—Vamos a un lugar más privado para hablar, aunque te adelanto que no dispongo de mucho tiempo.

—No te preocupes, no te retendré mucho.

Nos dirigimos hacia una callejuela lateral que daba a la parte trasera de la cafetería. Allí había una puerta que conducía a la cocina y se encontraban algunas cajas viejas y desperdicios. Era un rincón apartado.

—¿Qué querías decirme?

—Hace tres días que no sé nada de ti. Estaba inquieto. Vine y me dijeron que estabas enferma. No sabía cómo contactarte y preferiría tener tu número. No quería pedírselo a nadie más, por eso te lo pido a ti directamente.

—Está bien, te lo daré. —Intercambiamos información de contacto—. Gracias por preocuparte. Solo fue un resfriado.

—Recuerdo que esa noche parecías no sentirte del todo bien.

Esbocé una sonrisa, un poco ruborizada, al recordar la noche que compartimos.

—Tengo algo que proponerte, Alba.

—¿Una propuesta? ¿Qué, piensas ficharme para tu chiringuito? ¡Venga ya, tío! Ya sabes que eso no va a colar conmigo. —Me planté delante de él, con los brazos cruzados y una sonrisa socarrona.

—No, mujer. Quiero que me des bola y salgas conmigo. Que me concedas una cita, vaya. —Óscar soltó, con ese tono meloso que usan los de su calaña cuando quieren algo.

—¿Una cita? —dije, fingiendo sorpresa.

—¡Claro que sí, nena! ¿Cuándo fue la última vez que te lo pasaste pipa sin más?

—Uf, ¡ni me acuerdo!

—Pues dímelo ya y nos damos un garbeo. Sin presiones, sin historias.

—¿Garbeo? ¿Qué soy, tu perrillo? ¡Madre mía! —No pude evitar soltar una carcajada.

—¡Anda ya! No es eso. Será una cita de las buenas: cenita, paseito y lo que surja.

—¿Lo que surja?

—Eso, lo que surja.

—Venga, vale. Pero dame margen, que una tiene su agenda, ¿eh?

La verdad es que Óscar tenía un arte que ni el mismísimo Don Juan. Me estaba metiendo en un lío y lo sabía. Se me acercó con esa mirada pícara y yo empecé a ponerme nerviosita.

—Venga, dame un beso, Alba.

—Pero ¿tú estás grillado o qué? ¡Si esto es mi curro, hombre! —Empecé a mirar a los lados, pensando en la que se iba a liar.

Óscar, con toda la frescura del mundo, me agarró la cara y me plantó el beso. ¡Madre del amor hermoso! Fue de película. Y no precisamente de las baratas. Casi me dejé llevar por completo hasta que...

—Óscar... —Mi voz salió temblorosa, me había dejado llevar y eso me daba corte.

—¿Qué quieres ahora, Christopher? —Óscar se soltó de mí y puso ese tono chulesco que tan poco le aguantaba, mirando por encima de mi hombro.

Me giré y lo vi. Allí estaba Christopher, observándonos con una mirada que oscilaba entre la sorpresa y la desaprobación. Nos había descubierto, a mí y a Óscar en una situación comprometida, nuestros rostros demasiado cercanos, nuestras manos entrelazadas. ¡Vaya situación! Al ver su expresión, una mezcla de decepción y desconcierto, un torrente de culpa me inundó. Un rubor inesperado e intenso se apoderó de mis mejillas, quemándolas con la revelación de nuestro secreto.

—¿Qué pasa, guapa? ¿Todo bien? —Óscar me preguntó, un poco despistado.

—Alba, hace falta que vuelvas al curro. Si ya has terminado tu momentito, claro. —La voz de Chris era de lo más sarcástica y dolida. Sentí una punzada en el pecho.

—Óscar, tengo que cortar. —Le dije, tratando de poner distancia entre los dos.

—Venga, vale, guapa. Tú vete a lo tuyo y yo al mío. Entiendo. Pero recuerda nuestra cita. Te contactaré más tarde. —Se inclinó y depositó un beso en mi mejilla, lanzando una mirada desafiante a Christopher. Fue en ese instante cuando percibí que estaba jugando con fuego—. Que ganas de volver a verte.

Me retiré de Óscar y pasé junto a Chris, quien evitó mi mirada. Lo dejé atrás, mirando a Óscar con severidad. Regresé a mis labores, sumida en un mar de culpa y arrepentimiento. Y me lo merecía.

Si el arrepentimiento matara

Mientras servía los cafelitos, no paraba de darle vueltas. «Venga ya, ¿en serio?». Óscar, el tío, me besa justo delante de Christopher. Parecía algo de culebrón de los que pone mi abuela por las tardes. Me ronda la cabeza cómo, siendo tan chulo, me podía gustar tanto Óscar y, al mismo tiempo, sentir algo por Christopher.

En una pausa entre pedido y pedido, Rita, siempre metiendo cizaña, se acercó a cotillear.

—¿Pero tú estás majareta o qué? —dijo, con esa voz suya tan de barrio—. Venga, ¿qué pasa? ¿Es Óscar? ¿Es Christofito? Porque, chica, vas a acabar liándola pero bien. He visto a Christopher en la cocina y parecía el *Manneken Pis*, pero sin echar agua.

—Ay, Rita, es que no sé qué me pasa, de verdad. Me siento como si estuviera en la montaña rusa de la feria de San Isidro. Y creo, ¡vamos!, que estoy pillada por los dos.

—¡Madre mía! ¿Pero qué tienes en la cabeza? ¿Churros? A ver, aclárame, ¿te mola el Cristofito y el Óscarín o qué?

Rita estaba en su salsa, se veía a leguas. Y yo, pues para qué te voy a decir, me sentía como el gazpacho en Navidad: fuera de lugar.

—Me siento fatal, Rita. Pero de verdad.

—A ver, nena, aquí la amiga Rita siempre está *pa'* lo que haga falta. Sea chismorreando, una mano o un hombro *pa'* llorar.

—Gracias, amiga. Te voy a necesitar más que nunca. No sé cómo voy a mirar a la cara a Christopher después de lo que ha pasado.

—¿Y qué ha *pasao*? ¿Ha sido muy gordo?

—Pues que me ha pillado a morreos con Óscar detrás del local.

—¡Ay, la leche! No me lo puedo creer, ¿en serio? Bueno, bueno, bueno... pues normal que Cristofito esté de morros. ¡Menudo show te has montado, Alba!

—Fue Óscar, ¿eh? Él lo buscó.

—Pues chica, te has metido en un buen marrón. Y si no espabilas, te van a meter en el meollo del asunto.

Suspiré. Si las cagadas fueran mortales, ya estaría seis pies bajo tierra.

—Ay, Rita, no sé cómo voy a lidiar con todo esto.

—Pues mira, es fácil. ¿Te mola Christopher?

—Creo que sí, no sé, me hago un lío.

—¿Y Óscar?

—Eh, bueno, también, pero a su manera.

—Vamos a ver, Alba, no te hagas la remolona. Te gustan los dos y ya. Es normal. Estas cosas pasan.

—¿A quién le pasan estas cosas?

—A ti, por ejemplo. ¡Ale, una más *pa'* la lista!

—Me estás animando mucho, ¿sabes?

—Tienes que aclararte, tía. Y ya de paso, ve a hablar con Christopher antes de que se vaya. No puedes dejarlo así, todo colgado.

La verdad es que Rita tenía un don para dejarte sin palabras, y me dejó bien pillada con su sinceridad. No podía dejarlo todo en el aire con Christopher, no después de lo que había pasado esa tarde.



Hacia las tres, al finalizar mi turno, me dirigí al vestuario para cambiarme. Una vez lista, fui al almacén, que en realidad era más una gran despensa donde guardábamos todo para el local. Allí estaba Chris, organizando unos pedidos recién llegados.

—¿Podemos hablar? —dije con voz suave.

Aunque noté que se había percatado de mi entrada, no respondió de inmediato.

—¿Qué necesitas? Mañana vendrá mi madre y todo está organizado. Todo marchará bien en mi ausencia. Si surge algo, mándame un mensaje, como siempre.

El aire entre nosotros se había vuelto denso e incómodo. Estaba nerviosa y él parecía completamente distante.

—Chris, si tienes algo que decirme, prefiero escucharlo a que me trates con esta indiferencia.

Dejando a un lado lo que hacía, dejó una caja en el suelo y me miró intensamente. Sus ojos oscuros parecían penetrar los míos.

—Hay cosas que no querrás oír, y sinceramente, no quiero decírtelas.

—¿Por qué? —pregunté insistente.

Bufó, claramente frustrado. La expresión en su rostro revelaba su dolor y me partía el corazón verle así.

—La realidad me ha golpeado duro. Así que, te ruego, no esperes milagros de mí.

—No pido milagros, sólo que me entiendas —repliqué.

De repente, Chris pateó una caja vacía, enviándola volando y sobresaltándome.

—¿Qué quieres de mí? —exclamó casi gritando, su rostro ahora muy cerca del mío, mostrando ira y otro sentimiento que no supe descifrar.

—Necesito que me escuches, que entiendas. Lo que pasó con Óscar...

—No menciones su nombre —me interrumpió. Su voz estaba cargada de resentimiento.

—No entiendo por qué te sientes así. Nunca quise esto, Chris.

—¿Y tú crees que para mí ha sido fácil? ¿Piensas que enamorarme de ti fue una elección consciente? Estás muy equivocada. He luchado con todas mis fuerzas para evitarlo, y lo sabes bien. Cada día, cada momento, ha sido una batalla contra lo que siento por ti. Y aun así, aquí estoy, incapaz de negar lo evidente.

—Yo no esperaba nada de esto, Chris, lo siento, no sé qué hacer —terminé, mi voz temblando con una mezcla de frustración y miedo.

Hubo un silencio tenso, solo roto por el sonido irregular de nuestra respiración.

Christopher me miró con una intensidad que nunca había visto en él.

—¿Y Óscar? —preguntó de repente, su voz baja pero cargada de un veneno apenas contenido—. ¿Dónde encaja él en todo esto? ¿Acaso tus sentimientos están tan divididos que no puedes ver lo que está frente a ti?

Me quedé sin palabras. La mención de Óscar me golpeó como un rayo, desatando un torbellino de emociones que no estaba preparada para enfrentar. Sí, Óscar había estado allí, una presencia novedosa y poco confiable, pero ¿era atracción lo que sentía por él? ¿O era solo una comodidad que ahora se desmoronaba bajo el peso de mis sentimientos por Christopher?

—Yo... no lo sé —logré decir, mi voz apenas audible—. Todo esto es tan complicado, Chris. Yo no esperaba... nunca imaginé...

Me repetía más que el ajo. Christopher se pasó una mano por el cabello, claramente frustrado.

—Eso es justo el problema, Alba. Nunca esperas, nunca imaginas. Solo te dejas llevar por la corriente, sin pensar en las consecuencias, sin ver cómo afecta a los demás.

Sus palabras me dejaron helada, una mezcla de culpa y defensa surgiendo dentro de mí.

—Lo último que quiero es hacerte daño, Chris. Te lo juro.

—La gente se daña constantemente, pero eso no siempre mata el amor.

—¿La gente te ha lastimado como yo?

Christopher suspiró exasperado.

—No me he equivocado contigo. Pero ahora, estoy lidiando con todo esto solo. No es tu culpa si sientes algo por alguien más.

—No sé lo que siento. Pero no voy a negar que hay algo con Óscar.

—Mira, me voy mañana. Reflexiona sobre todo. Si cuando regrese decides que no quieres estar conmigo, está bien. Solo dímelo.

—Está bien —respondí, con un nudo en la garganta.

Tomó mi mejilla, limpiando las lágrimas que me recorrían el rostro.

—Prométeme que recordarás nuestros buenos momentos y ten cuidado con Óscar. Me preocupa no estar aquí para cuidarte.

—Chris, a veces te comportas de formas que no entiendo...

—Lo sé. Pero te amo, más de lo que puedo expresar.

—No sé cómo me siento ahora, pero no quiero que te vayas. Todavía no.

—Estoy aquí —dijo posando una mano sobre mi corazón—. Siempre estaré aquí.

Entonces, me besó con dulzura.

El mundo desapareció con ese contacto. Al separarnos, dejé escapar un suspiro. Nuestras miradas se entrelazaron, con el peso de una despedida inminente. En ese momento, supe que no podría resistir los sentimientos que emergían. Su amor era puro, incluso en medio del dolor. Y lo que sentía por él era genuino, a pesar de reconocer que era un terreno lleno de incertidumbres. Tal vez ya lo amaba y simplemente no me había dado cuenta.

—Aunque otros labios te rocen, quiero llevar tu esencia conmigo —susurró antes de volver a besarme. Luego me abrazó fuerte.

Sin previo aviso, la puerta de la despensa se abrió bruscamente. La señora Rocío nos miró, con los ojos bien abiertos al vernos en ese abrazo.

—¡Oh, Dios! Christopher... ¿Qué está pasando? ¿Alba? —dijo con un tono que mezclaba sorpresa y vergüenza.

Siempre había admirado a la señora Rocío, la madre de Christopher. El rubor me subió a las mejillas y me solté rápidamente de sus brazos, buscando la salida. Pero antes de que pudiera responder, se dio la vuelta y encaró a su madre, dejando mis pensamientos enredados y un corazón que no sabía qué quería realmente.

—Tranquila, mamá —le dijo.

—Lo siento, debo irme. Que tengas un buen viaje, Chris...topher —balbuceé, intentando una última mirada antes de huir del lugar.

Pero al dejar la despensa, también dejé atrás preguntas sin respuesta y respuestas sin voz.

¿Nostalgia de qué?

Estoy que no me lo creo, vamos, que si me pincháis ni sangro.

Con el remolino que era mi vida en ese momento, cualquier sensación era posible. «*Con el amor de los demás, puedo también*», medité mientras me arrastraba fuera de la cama. El recordatorio de mis neuronas a las cinco de la mañana de que tenía que ponerme las pilas como gerente solo aumentó mi deseo de hibernar. No era mi debut en esta función; Chris ya me había dejado al mando anteriormente y, créeme, era como si mi lista de tareas se burlara de mí con un "te retamos a completarme".

Las palabras de Christopher en su último mensaje resonaban en mi mente: «Las personas que realmente importan son aquellas de las que no puedes escapar, ni aunque quisieras. Y las que (te) hacen falta son las que no (te) permiten echarlas de menos.» O eso creía en mi versión simplificada del mundo. Pero ahora, había un nudo en mi garganta que amenazaba con estrangularme. Su ausencia no solo representaba un lío en mis actividades diarias, sino también un vacío. Y yo me preguntaba, «Si apenas se fue, ¿por qué ya siento que falta?» Esa lógica y yo no nos llevábamos. ¿Qué me hacía falta exactamente? No teníamos ningún título. Y había sido perfectamente feliz siendo una isla. Pero en ese momento, era como si un tsunami amenazara con tragarme.

Cuando me planté en el trabajo, la Sra. Rocío ya había asumido su puesto de mando. A las seis en punto. Su sonrisa contagiosa era el primer indicio de que algo estaba pasando. Amaba trabajar con ella, siempre me trataba como a una reina. Pero, esa sonrisa tenía un tinte de “te pillé” que no presagiaba nada bueno. Se refería claramente al momentazo con su hijo. Ya me imagino las conclusiones a las que llegó y, déjame decirte, probablemente estaban a años luz de la realidad.

Podría haberme dejado llevar por las emociones, pero ¿qué pasa cuando tu jefa potencialmente es tu futura suegra? *Venga, cerebro, ¿en serio? ¿Suegra? ¡Alba, necesitas un chequeo mental ya!*

Mientras intentaba poner en orden la caja registradora, un cliente se me adelantó con su pedido.

—Buenos días, un café del tiempo, por favor —demandó con un tono que sonaba más a gruñido.

—Perdona, ¿un qué? —contesté, tratando de ocultar mi confusión.

—Un café del tiempo, con sacarina y rápido que voy con el tiempo justo.

Me quedé parpadeando, intentando descifrar su jerigonza.

—Disculpa, pero ¿«del tiempo»? No tengo ni idea de lo que me estás hablando.

—*Mecaquen la mare que la parit*, ¡jolín, chica! ¿Qué no tienes hielo en Madrid o qué? —se estaba impacientando, pero su acento me distrajo—. Anda, date prisa, *cariñet* que tengo que pegarme un *viatge* de cuatro horas.

Sabía que debía pensar rápido, pero no se me venía nada a la mente. Y, como si el destino se hubiera confabulado en mi contra, entró al establecimiento ¿quién? ¿Quién más? Mi «querido amigo» Alberto, obsequiando sonrisas a su paso. Su semblante cambió al instante al verme y se situó en la fila detrás de aquel señor. ¡Vaya día para fastidiarme!

—Disculpe la insistencia, entiendo que tiene prisa y que va hacia Cataluña, pero ¿qué me pidió? —Era mi último intento de atender a ese señor.

—*T'agüela quan pixa fa clotet?* (Basta de bromas, gracias) ¿Qué Cataluña? ¡Soy Valencià, ¿lo entiendes?, valenciano! Dame un café con leche y hielo, por favor. Y rápido.

Alberto soltó una risa contenida y su gesto burlón realmente me molestó. En la escuela tenía un amigo que era catalán y nos llevábamos bien. Conocía algunas palabras en ese idioma, pero no podía aprender todos los idiomas del mundo. Hablaba inglés fluido y el francés a duras penas. Cuando estaba ebria, parecía políglota. Y ese era mi deseo: emborracharme hasta perder el sentido o hasta que regresara Christopher.

Me detuve un momento y casi derramo la leche en el café del señor. No sé si todos tienen una voz interna que les habla constantemente, pero la mía no me deja en paz. Finalicé mi tarea y le entregué su pedido.

—Aquí tiene, caballero, su café con leche y un vaso con hielo. Espero que sea de su agrado. Que tingueut un bonet viatget. —Sentí que había cometido un error, ya que el hombre me miró con una expresión más helada que sus hielos.

Lo que más me dolía era escuchar a Alberto reír desde el fondo, mostrándose más insolente que nunca. ¡Maldito! No sé cómo pude estar interesada en él durante tanto tiempo.

—Debería haber ido a Staribuques, donde el servicio es de calidad. No es como aquí. Que tenga un buen día —dijo el hombre claramente descontento. Me enfurecí en un instante.

Cuando llegó el turno de Alberto, apenas pude disimular mi irritación.

—Buenos días, Alberto. ¿Qué te pongo? —me miró sorprendido por mi tono.

Siempre había sido amable con él y sabía lo que quería, pero ya no tenía ganas de seguir así. Como decía el gran Joaquín Sabina, me cansé de ser digna sin querer.

—Hola, Alba. Lo de siempre. ¿Siempre te enfadas cuando alguien te habla en otro idioma? —Rodé los ojos. Esto era el colmo.

—Escucha, trabajo en una cafetería, por si no lo notaste. Estos contratiempos son rutinarios aquí —Le di la espalda y comencé a preparar su pedido.

Lo que más me molestaba de todo esto era darme cuenta de que Alberto era un completo imbécil. Durante dos años, le serví con una sonrisa, poniendo cariño en cada taza de café, y todo lo que obtenía era un simple "gracias". Pero cuando alguien me hacía frente, se burlaba de mí a sus anchas, me sentía humillada y decepcionada. Y cabreada a la vez.

—Aquí tienes —le dije con frialdad.

—Gracias, Alba. Que tengas un buen día, *cariñet*. —Eso fue el colmo.

Esperaba que Manu consiguiera a la chica que le gustaba. No se la merecía.

Al final del día, estaba exhausta. Entre gestionar el café, atender clientes y dirigir a los empleados, estaba al límite. Al llegar a casa, mi teléfono estaba repleto de notificaciones. No tenía ganas de revisarlas. Decidí relajarme y olvidar el caos del día. El primer mensaje era de Rita.

«¿Cómo estás? ¿Cómo te fue gestionando la cafetería? Justo tenía el día libre. Ojalá hubiera estado allí para ayudarte. ¿Has hablado con Christopher?»

Le respondí brevemente.

«Te llamo.»

—Hola, prefiero llamarte; es más fácil. Estoy exhausta, reventada.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Pero ¿cómo fue el día? ¿Mucho ajetreo?

—Ni te imaginas, no eran ni las seis y media de la mañana y ya estaba harta hasta la raíz del

pelo. Salir hoy ha sido un desperdicio total de maquillaje, créeme. —Rita empezó a reír con mis ocurrencias, como siempre.

—No me dirás que ya echas de menos a Cristofito. —Evidentemente me estaba tomando el pelo.

—Eres maliciosa. Mejor no hablemos de eso. Esta mañana, la Sra. Rocío me miró con una sonrisa cómplice. Y no, ni siquiera tuve tiempo de extrañarme a mí misma, mucho menos a alguien más.

—¡Qué poco disimulas! ¡Por favor! Llevas cinco años en ese lugar. Es evidente que te ve como a una hija. Estará pensando en ti como su futura nuera.

La observación de Rita me dejó sin aliento. «Adiós a mi tranquilidad.» El pánico me invadió al pensar en ello de esa manera.

—Rita, hoy no he tenido un segundo libre. Deja de darle vueltas al asunto, por favor. No le daré importancia. Ya sabes lo que dicen: abandonar es de cobardes, pero marcharse es de valientes. Así que, me retiro de este tema.

—Oye, no exageres. Debes prestar atención a lo que piensa la señora Rocío. No hay nada como estar alerta para que nadie te tome por sorpresa. Ella puede ser de gran ayuda.

—¿Ayuda para qué, Rita? —Ya empezaba con sus teorías. Siempre queriendo hacer de mi vida un culebrón.

—¡Pues para tu relación con Cristofito, claro!

—¡Otra vez con lo de la relación! Por enésima vez, no hay nada entre Chris y yo.

—Por ahora —comentó y yo exhalé con frustración—. Estás tan comprometida con tu trabajo que no dejas espacio para nada más. Te concentras en vivir el día a día, lo cual está bien, pero acabarás sola. En vez de disfrutar de la vida y el amor.

—¿Amor? —Me reí con ironía. Si Rita pudiera verme, sabría cuánto temo esa palabra. No conocía el amor ni cómo lidiar con mis emociones. Estaba confundida y perdida—. Hablas como si Christopher fuera el hombre de mi vida. No hace mucho lo detestabas igual que yo. ¿Qué cambió?

—Porque tiene ese encanto genuino y parece duro, lo cual es interesante.

—No bromees, Rita. —La reprendí. *¿En serio?*

—¡Te tengo! Ahora en serio, ese hombre está loco por ti. Te lo he dicho muchas veces, pero no me escuchas.

—No es que no te haya escuchado, es que realmente lo odiaba. Y tú lo sabes bien.

—Sí, querías estrangularlo. ¿Recuerdas? —soltó una carcajada—. Ha sido desagradable, cruel e insolente, pero... ahora sientes algo por él.

—Sí, sentimientos encontrados. No entiendo qué está pasando —confesé.

—Alba, es obvio que estás evitando una relación que podría ser más intensa que lo que sentías por Alberto.

—¡Ay! ¡No me lo recuerdes! No imaginas lo que pasó hoy. Mañana te lo cuento. ¡Te sorprenderás!

—Si quieres, nos encontramos temprano en la cafetería y charlamos.

—Perfecto. Voy a descansar, o mañana estaré como zombi.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana —me despedí y colgué.

Dejé mi ropa en el suelo, recogí mi cabello largo y liso en un moño improvisado. No quería moverme del sofá. Decidí quedarme allí, descansando. Cogí el móvil y abrí otro mensaje de WhatsApp. Esta vez era de Óscar.

«¿Te gustaría quedar el viernes? No quiero ilusionarme demasiado con tu respuesta, pero espero que aceptes. Tenía en mente un plan interesante. ¿Te parece si cenamos en mi casa? Avísame qué opinas. Y, aunque quizás no debería admitirlo, te echo de menos.»

¿Quién podría rechazar una invitación así? Alguien que, como yo, estuviera totalmente confundida y sin saber qué hacer. Por un lado, quería estar con él y pasarlo bien, especialmente con la propuesta de cenar en su casa; sonaba bastante directo. Sin embargo, sentía que estaba traicionando a Chris, aunque, objetivamente, esa idea no tenía sentido. No estábamos comprometidos. No teníamos nada, me recordaba a mí misma, excepto por el pasado. Pero por alguna razón, cuanto más me decía eso, más me molestaba. Respondí a Óscar con lo primero que me vino a la mente: «El viernes me viene bien. Nos vemos.»

Apenas presioné el botón de enviar, dejé caer el móvil, solté un grito y me cubrí la cara. «¡Idiota! Te lo estás buscando». Me reprendí por actuar sin pensar. Tras respirar hondo, intenté calmarme. Necesitaba poner orden en mis pensamientos y, quizás, considerar un plan B. Tenía razón al pensar que era joven y confusa. Todos cometemos errores.

Revisé el siguiente mensaje. Era de mi hermano, preguntándome cómo me encontraba desde la última cena. Le respondí, y eso fue todo. Luego vi dos llamadas perdidas de mi madre y una de mi padre. Sin embargo, me sentí un poco desanimada al darme cuenta de que Chris no se había comunicado, ni siquiera para decirme cómo le había ido. Decidí no darle mayor importancia. Si había dicho que me daría espacio, estaba cumpliendo su palabra, y eso era bueno. Era lo mejor para ambos. Eso pensé.

La distancia: no mola así tanto

Estaba en una especie de purgatorio emocional mientras engullía mi cena. Toda esta situación tenía mi paciencia por los suelos. Por lo menos cuatro o cinco veces esa noche, estuve tentada de mandarle un mensajito a Christopher, pero vamos, no quería parecer la chica desesperada del barrio. Que, entre tú y yo, un poco sí lo estaba. Lo asumí en pleno proceso culinario mientras pelaba unas patatas. Y justo en ese momento introspectivo, mi móvil decidió hacer su melodía. Lo cogí, mientras batallaba con un trozo rebelde de pollo entre mis dientes.

Por el rabillo del ojo vi a Vladímir, mi gato, pasando con su típico aire de "Soy el rey de la casa". Como ya se había servido de su dispensador de croquetas premium, básicamente me ignoró. Parecía que hasta mi felino me hacía el vacío. ¿Acaso llevaba un cartel invisible de «despreciable»?

—Alba, cariño, ¿estás sumergida en tu trabajo? —Mi madre, siempre tan... madre. Se había vuelto adicta al teléfono desde que me mudé.

—No, mamá, ¿quieres que me convierta en una workaholic nocturna o qué?

—Yo qué sé, hija mía. ¿Cómo estás?

—Aquí, tirando. ¿Y tú? ¿Qué tal Antonio?

—Bueeenoo... —Su tono era claramente el preludio de una larga charla.

Cuando mi madre decidió cortar por lo sano con mi padre, honestamente, creo que fue su mejor idea. Mientras la mayoría de mis amigos se ponían dramáticos cuando escuchaban la palabra "divorcio", mi hermano y yo hicimos una fiesta interna. Mi padre y mi madre juntos eran como mezclar cerveza con zumo de naranja. No había químico en el mundo capaz de hacerlos compatibles. No mucho después del adiós definitivo, entra Antonio en la historia. Mamá, con su rollo de asesora inmobiliaria, no solo le vendió un piso... prácticamente le vendió una vida con ella incluida. Lo sé, parece sacado de una de esas comedias románticas donde todo es demasiado oportuno, pero así fue. Tuvo su historia tipo «véndenos una casa y llévate un romance gratis». Antonio, un cliente convertido en padrastro.

—Oye, ¿tienes fecha de regreso para Antonio? ¿Alguna pista? —pregunté, sirviendo en bandeja el tema de conversación que sabía que quería abordar.

—Vuelve en un par de semanas. Pero vaya, parece que han sido años, no semanas. ¡Ay, hija mía!

—Vamos, mamá, que ya casi está de vuelta. ¡Ánimo!

—La distancia es un rollo, no mola nada.

—Mamá, solo queda un poquito y regresa. Y respecto a la distancia, ya, te entiendo. Es un rollo.

Me quedé meditando en sus palabras. Y como no, de nuevo Chris invadió mis pensamientos. *¡Venga ya, cerebro, trabaja en otra cosa!*

—¿Quieres el chisme fresco? —saltó mi madre.

—Venga, suéltalo.

—Tu padre tiene nueva novia.

«Sí, sí, dime algo que no sepa», pensé. A pesar de haber dejado a mi padre, mi madre tenía un doctorado en cotilleos sobre él.

—¿Y qué?

—Mira que las acumula, ¿eh? Apostaría a que tiene un Tinder premium o algo así. De

verdad, he perdido la cuenta de cuántas chicas trae a casa. ¡Debe tener una suscripción a un catálogo secreto de pretendientes o quizás usa una web misteriosa de esas que yo no conozco!

—¡Mamá! —repliqué, casi escupiendo el pollo.

—¡Es que lo veo! Y la última, oye, podría ser tu hermana gemela, ¿has visto su edad?

—¡Para el carro, mamá! Que papi haga su vida y tú la tuya.

—Bueno, bueno... solo te digo que tu "futura hermanita" podría estar en camino y compartirá tu herencia. Solo te voy a decir una cosa: anda con ojo, porque esa chica es la nueva conquista de tu padre y, para más inri, podría estar horneando a tu futuro hermanito... o hermanita. —Mi boca se abrió tanto que casi se me cae el móvil dentro—. Y recuerda, ese pequeño retoño compartirá la herencia contigo y con tu hermano. Si es que hay algo que heredar, claro. ¡Quizá una colección de cucharas! Con lo que se gastará con esas sanguijuelas.

Me eché a reír. ¿Herencia? Si por lo que yo sabía, lo más valioso que heredaríamos sería su colección de sellos, tal como ella decía y muy bien. Vamos, que no esperaba despertar millonaria de la noche a la mañana. La conversación siguió, pero ya sabes, típicos dramas familiares. Todo muy *culebrero*.

—Vale, me encargaré de interrogarlo cuando hable con él.

—Justo lo que esperaba oír. Luego me haces un informe detallado —Mi madre, en su faceta de espía a tiempo parcial.

La verdad es que mi madre tenía cierta «alergia» a las novias jóvenes y deslumbrantes de mi padre. No era para menos: mi padre desprendía más *sex appeal* que un anuncio de perfume francés. Y no lo digo porque sea mi padre, sino porque a sus años, parecía sacado de una revista de modelos de relojes caros. El problema era que, además de su apariencia, heredé su encanto y su... temperamento. Digamos que no era la persona más fácil de tratar.

¿Y sabes ese dicho de «hablar del rey de Roma y él que se asoma»? Pues nada más cortar con mi madre, sonó el móvil. Vi la pantalla: padre en acción. Suspiré, pensando si me quedaban suficientes neuronas para dosis doble de drama ese día.

—Hola, papá —me resigné y descolgué.

—Mi princesa, ¿cómo va todo?

—Aquí, sobreviviendo a otro día.

—¿Qué tal andas de planes? —preguntó, siguiendo su guion habitual.

—¿Y tú qué tramabas? —contesté, siguiendo el mío.

—Pues mira, pensaba si te apetecería cenar este viernes.

Bingo. Mi padre con nueva "amiga especial". Cuando iniciaba un nuevo flirteo, solía hacerme partícipe. Siempre me pidió opinión, aunque fuese para hacer lo contrario. Jules, mi hermano, era menos diplomático y siempre ponía pegas a sus novias, ya fuese por ser demasiado jóvenes, no lo suficientemente brillantes, o simplemente porque llevaban el pintalabios de un tono que a él no le gustaba.

—Papá, el viernes no puedo, ¿otro día?

—Vale, vale. Solo pensé que podrías conocer a una... compañera.

—¿Compañera? —Decidí jugar al despiste, era mi táctica preferida con él.

—Una amiga con la que quedo. Nada serio.

Dios, esos eufemismos. Cada vez que mi padre se refería a sus novias como "amigas" o "compañeras", sentía una mezcla entre risa y ganas de hacerme monja. Y el remate final "no es nada serio" es lo que me mató. Mi padre fue posiblemente la mayor inspiración en mi vida para permanecer soltera.

—Estupendo, la semana que viene entonces. Estoy ansiosa por conocer a tu... ¿colega?

—Sabía que te picaría la curiosidad. Dice que es toda una experta en cafés, como tú.

Detuve mi masticación. Mi padre, de manera insinuante, decía que yo era "experta en café". Menuda forma de subestimar mi profesión.

—Vaya, ¿y en qué trabaja? ¿Es barista o tiene una cafetería?

—Ah, no, hace esos vídeos en internet. Creo que lo llaman... Youtuber, ¿es así? Viaja por ahí, grabando y tomando cafés en diferentes lugares.

No sabía si reír o llorar. Mi padre comparando mi profesión con la de una Youtuber viajera. Era para soltar una carcajada, o dos. Pero para comparar la suya con la mía, por favor, «tened piedad de mí, me despierto todos los días con las gallinas.» Esto ya era una tomadura de pelo.

—Genial, papá. Pues ya nos vemos. Tengo que... eh... afinar mi paladar con un café ahora. Adiós.

—Claro, claro. Te llamo después. Te quiero. Un beso.

—Y yo a ti. Otro.

Colgué. Jamás soltaba un "te quiero" a la ligera. Para mí, eso era un Everest. Mis padres, en ese aspecto, eran un pelín empalagosos. Supongo que Jules heredó ese gen. A mí, por el contrario, me resultaba un parto hablar de mis emociones. El simple pensamiento de mostrarme vulnerable me daba taquicardias. Era un comportamiento absurdo, pero es lo que había. Tal vez, porque siempre había decidido camuflar mis defectillos con otras virtudes, dejando algunas heridas al aire, como en este preciso instante, con esta angustia inexplicada.

Necesitaba un respiro mental, no dejarme embargar por el canguelo. Tenía la sensación de ser y no ser la de antes. Mi coco, ese traidor, me hacía jugarretas. Era un tira y afloja entre lo que racionalmente sabía que debía hacer, mis reacciones viscerales ante el compromiso y el pánico atroz a lo desconocido. Era como mi padre al cubo. Aunque, a su favor, él sí supo reinventarse. Justo lo que yo necesitaba: una renovación completa, ser yo pero sin cadenas, y sin temer caer rendida ante Cupido. Este rollo que llevaba encima solo me traía marrones.

Después de fregar, casi ritualísticamente, y prepararme para dormir, me metí en la cama y saqué el móvil. Vladímir, mi gato, saltó a la cama y buscó su hueco junto a mí, arrancando su motorcito felino. Suspiré y, armándome de valor, escribí:

"Hola. ¿Todo bien? No me dijiste si aterrizaste bien en París, y me picaba la curiosidad. Espero que esté tan guay como lo pintan... Ah, y quería mandarte un beso de buenas noches. Aquí todo controlado, no te rayes".

Lo borré y reescribí mil veces. Al final, eso fue lo que salió. Mis manos parecían una gelatina en terremoto.

Esperé una respuesta que brilló por su ausencia. Bueno, tampoco es que todo el mundo esté pegado al móvil. Comprobé la hora en París, misma que en Madrid. Vale, eso no valía como excusa. ¿Estaría roncando ya? Podría ser. Dejé el móvil a un lado y traté de conciliar el sueño.

Una hora después, seguía revolviéndome. Y sí, había mirado el móvil unas veinte veces. ¡Qué agonía! No necesitaba estas comeduras de tarro.

A las dos de la madrugada, el insomnio venció y lo llamé. Contestó al tercer tono con voz de zombi.

—¿Alba? ¿Pasa algo? ¿Todo bien? —preguntó, pasando de dormilón a preocupado en un nanosegundo.

—¡Ey! Sí, aquí, yo... —¡Vaya genio estaba hecha! Lo llamaba sin pensarlo y ahora me comía las palabras—. Todo en orden. ¿Y tú?

Intenté sonar casual. ¡¿En serio, Alba?!

—¿Problemas en la cafetería?

Esa pregunta me dolió. Claro, ¿qué otra razón podría tener para llamar a deshoras sino por la cafetería? Me lo había dicho a mí misma mil veces.

—No... La cafetería está bien. Todo normal. Solo... —carraspeé—, te mandé un mensaje y como no contestabas... estaba un poco... ya sabes, preocupada.

Vaya rollazo que estaba soltando. Me sentía como un hámster en una rueda, dando vueltas sin sentido.

—Lo siento, no pude llamar antes. Llegué reventado del evento y me tiré en la cama. Eran la una y pensé que estarías en los brazos de Morfeo. ¿Por qué sigues despierta?

Me quedé sin palabras, atrapada en mi indecisión. ¿Qué se supone que debería decir? ¿Que no podía dormir porque su imagen se apoderaba de mis pensamientos? ¿Qué me preguntaba si ya me había olvidado, o si estaba con alguien más? *¡Vamos, Alba, parecía que te estabas volviendo loca!*

—¿Estrella del Alba? ¿Sigues ahí, fierecilla?

Cada vez que alguien me llamaba de forma cariñosa, solía sentirme como una persona que sufría una especie de alergia auditiva a estos apelativos empalagosos. Pero cuando lo escuché de sus labios, algo en mí se removió de forma placentera.

—Sí, aquí estoy.

—No has respondido a mi pregunta. Deberías estar durmiendo. Mañana trabajas.

—Tienes razón. Lo siento, no debería haber llamado tan tarde.

—Si el insomnio me trae tu voz, bienvenido sea.

Sentía cómo mi corazón galopaba a mil por hora. Cada latido resonaba en mis oídos como un eco ensordecedor. Un pequeño gemido se escapó de mis labios, ese tipo de sonido que haces cuando algo te impacta profundamente. Intenté disimular con una sonrisa tonta, pero seguía en silencio.

—¿Alba? Pareces distante. ¿Está todo bien? Apenas hablas.

—Solo estaba preocupada por ti. Lamento haber interrumpido tu descanso...

—No pasa nada. Puedes llamarme cuando quieras. Estoy aquí para ti.

Su dulzura me hizo sonreír, pero mi corazón seguía haciendo de las suyas, latiendo de forma errática.

—Chris...topher, yo...

—Prefiero cuando me llamas Chris, mucho mejor que "Cristofito".

—¡Ay, qué dramático eres! —dije, rodando los ojos. Su humor siempre lograba hacerme sonreír—. ¿Cómo fue la recepción?

—Agotadora. Me siento como si hubiera recorrido todo París de punta a punta. Y los franceses... ¡tienen una energía!

—¿Has bebido?

—No, solo lo justo. Nunca me verás borracho.

—Entonces, eso significa que... estás solo. Digo, ahora...

—Alba, te lo he dicho una vez y lo repito, ¿qué sucede? ¿Por qué estás tan callada? Siempre eres tan parlanchina.

Entre sollozos, una risa se escapó de mi boca. La emoción de escuchar su voz, la distancia, el nuevo cariño que brotaba en mi corazón, y todos esos miedos e inseguridades... todo se desbordó.

—¡Joder, Alba! ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? Estás poniéndome nervioso. Si no me hablas, cojo el primer vuelo y aparezco allí.

Su tono de preocupación solo intensificó mi llanto.

—A ninguna distancia le permitiré que me impida adorarte. Por favor, Alba, habla...

Aunque quería responder, no podía. Estaba inundada de emociones, con los ojos rojos y el corazón a punto de saltar del pecho.

—¡Maldita sea, regreso a Madrid!

—¡No, espera! —Eso fue suficiente para calmarlo un momento—. Estoy bien. Simplemente... no sé qué me ocurre. Lo siento.

—¡Dios mío, Alba! —exclamó exasperado.

—Deberíamos colgar. Ambos necesitamos descansar.

—No te atrevas a colgar sin explicarme qué sucede.

—No tengo palabras. Simplemente estoy abrumada con todo.

—¿Con qué exactamente? ¡Habla conmigo! No entiendo nada y me estás volviendo loco.

—Chris, deja de insistir. Las cosas se están complicando demasiado.

—Eso es un eufemismo. Pero estoy aquí para ti. No necesitas sentirte así. Recuerda que acordamos ir despacio. Yo también he estado en tu lugar, negando lo que sentía.

Sus palabras eran ciertas. No podía seguir huyendo de lo que sentía. Chris me atraía de una forma que no podía explicar.

—Solo dame tiempo. Eso es todo lo que te pido.

—Jamás he amado a alguien como te amo a ti. Te esperaré todo el tiempo que necesites. —Su voz sonaba emotiva, y eso me removi6 por dentro—. Alba...

—Chris...

—¿Puedo llamarte el viernes? Aunque tendré mucho trabajo, estaré libre por la noche.

Tomé un segundo para pensar. ¡Maldición, el viernes tenía planes!

—Lo siento, Chris, pero tengo un compromiso el viernes.

Hubo un silencio inc6modo entre nosotros.

—No debería preguntarlo, pero necesito saber: ¿vas a salir con 6l?

—Chris... —Me costaba admitirlo.

—¿Debo preocuparme?

—No es lo que piensas... —Intenté explicar, pero las palabras no salían. Y sabía por qué: mi conciencia.

«Piensa, Alba, piensa.» Parecía que me habían golpeado con un cubo de agua fría. ¡Mierda! Viernes ¡no! ¿Cómo había sido capaz de ser tan zorra?

—Quizás deberíamos dormir. Hablaremos después.

—Esto es más complicado de lo que imaginé. —refunfuñé.

No podía creer cómo Chris había entrado en mi vida de esta manera. Aunque, técnicamente, había estado allí durante años.

—Buenas noches, Alba. —Su voz sonaba cansada—. Descansa y, por favor, sé sincera contigo misma. Te conozco. Sé que hay algo entre tú y 6l. Es difícil no sentirlo cuando está cerca de ti.

—No quiero herirte.

—Lo que no quiero es que te lastimen. Confías en 6l, pero ten cuidado. Un día puede estar contigo y al siguiente... —Su voz se quebró—. No quiero seguir con esto. Me duele.

—Gracias por cuidar de mí. Entiendo que no es fácil para ti. Pero necesito tiempo.

—¿Puedo preguntarte algo personal? —Había una seriedad en su voz que nunca había oído antes.

—Adelante.

—¿Sientes algo por mí, algo más que resentimiento?

Me tomó un segundo reunir el valor para responder. Respiré hondo y asentí.

—Sí.

—Entiendo.

—Yo también. Quizás, en el futuro, podamos hablar de esto. Pero ahora no es el momento.

—Dulces sueños, pequeña fierecilla.

—Lo mismo para ti.

Tras colgar, volví la mirada y me encontré con los ojos de Vladímir. Su expresión era difícil de leer, pero algo en su mirada me decía que no aprobaba lo que acababa de suceder. Me reprendí a mí misma internamente. En ese momento lo supe, lo sentí en mi corazón. Realmente quería a Christopher, *mi Cristofito*. Entonces, ¿qué coño hacía con Óscar?

Buscar al príncipe azul

Llegué a la cafetería donde había quedado con Rita. Entre la multitud, la divisé al fondo, absorta en sus pensamientos, con la cabeza apoyada en una mano y en la otra, una taza de café del rival «cuyonombrenopronunciamos». Me aproximé ya preparando mi regaño.

—Buenos días. ¿Has perdido el juicio? —pregunté, escaneando el lugar nerviosamente.

Ella levantó la vista, sorprendida.

—Buenos días para ti también. ¿Qué mosca te picó? ¿No dormiste bien?

—Rita, ¿cómo se te ocurre traer una taza de... esa cafetería? Y lucirla tan tranquila en la terraza. Si alguien te ve...

—¿Te refieres a los clientes? ¿O a tu querido Cristofito? —Se reclinó en su silla, tomando un sorbo de su café con una sonrisa traviesa.

Solté un resoplido.

—¡Esto no es sobre mí! ¡Es sobre ti! Si la señora Rocío te ve haciendo publicidad para la competencia en su terraza, te despedirá al instante.

Rita se encogió de hombros.

—Ella no está hoy. Tendremos mucho trabajo en la cocina.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Me llamó al teléfono de la tienda justo antes de que llegaras. Dijo que se sentía mal y no vendría. Supongo que te avisará.

Miré mi móvil, pero no tenía ninguna llamada perdida de ella.

—Le llamaré en un rato.

—Pero primero, dime qué querías contarme. Y no te apresures. Recuerda que hoy eres tú la responsable.

Rita suspiró.

—Sí, eso me tiene nerviosa. Pero bien, te contaré. Aunque primero, deja que coja mi café. De esta cafetería, por supuesto. —Hice una pausa dramática, provocando risas entre nosotras.

Eran las seis menos cuarto. A pesar de la temprana hora, me sentía exhausta. Comencé a relatarle los recientes acontecimientos. Rita, sacudiendo el sueño, se fue mostrando cada vez más sorprendida y preocupada.

—No puedes regañarme por aceptar una cita con Óscar —protesté en un momento dado.

Rita arqueó una ceja.

—No te estoy regañando. Pero estoy segura de que un tipo como Óscar no te ha "empujado" a nada. Y un buen rato con él puede quitarte la tranquilidad mental, si me entiendes.

La miré, confundida, intentando determinar si estaba bromeando o siendo seria.

—Vamos a ver, Rita —empecé, intentando mantener el tono ligero y humorístico que nos caracterizaba—, sé que por aquí corre el rumor de que Óscar es la nueva bomba del barrio, pero ¿en serio? —Dramaticé al máximo, llevando una mano a mi pecho.

Ella soltó una carcajada.

—Está de rechupete, no me digas que no.

—Tía, ¿tú de verdad piensas que yo me dejaría llevar por el sabor del mes?

—No me malinterpretes. Cualquiera podría caer por un par de bíceps bien trabajados. Pero ¿tú? ¿El cerebro del grupo? Venga ya.

Rita se encogió de hombros.

—Quizá solo quería probar algo nuevo. No sé. A lo mejor es que nunca he conocido a un Cristofito que me haga tilín ni a un Óscarito que me ponga en altas.

—A ver, no te confundas, yo he tenido mis momentos con los Cristofitos del mundo, pero lo mío con ellos es una relación estrictamente platónica. —Rita soltó una risa irónica.

—¡Ah, claro! Platónica con el chico de la moto, el camarero del bar de la esquina y no nos olvidemos del de la tienda de discos. ¡Muy platónico todo!

—¡Ay, no me saques los trapos sucios!

Ella me miró con una sonrisa socarrona.

—No te preocupes, tus secretos están a salvo conmigo. Soy una tumba.

—Es que, cariño, en eso soy experta. Y, hablando de expertas, ¿cómo va lo tuyo con Christopher?

—Muy bien, hemos hablado y, no sé, creo que me gusta, de verdad, Rita. Ahora en serio.

—¿Me estás tomando el pelo? ¡Venga ya! ¿Así que te has cambiado de acera y ahora juegas para el equipo de Cristofito? —dije con una mezcla de incredulidad y humor.

Rita evitó mi mirada, fijando sus ojos en el paisaje urbano de Madrid que se extendía ante nosotras. Era obvio, había algo más en todo esto.

—¿De verdad? —suspiré con exasperación—. Pensaba que habíamos superado estas tonterías de adolescentes. La sororidad, querida Rita, va más allá de simples cuchicheos y chismorreos.

Ella se volvió hacia mí con una sonrisa burlona.

—¿Y tú qué sabes de hombres? Que yo recuerde, siempre has sido la más razonable de las dos. Pero ahora parece que te has unido al club del desamor y los corazones rotos.

Sentí que me subía el calor al rostro. ¡¿Cómo se atrevía?!

—¡Ay, Dios mío! ¡Esto es el colmo! —exclamé.

Rita soltó una risa cantarina.

—¡Ay, Alba, siempre tan dramática! Pero en serio, deberías dejar de intentar entender a los hombres. Es una causa perdida.

Esa mención hizo que me sonrojara, notando un calor inconfundible en mis mejillas.

—Eso es otra historia. Pero te diré algo, si te interesa un buenorro madrileño, te presento a uno.

Rita se echó a reír.

—Gracias, pero ya tengo suficiente con los míos.

Nos sumimos en un silencio cómodo, saboreando el humor y la amistad que siempre habíamos compartido. Sin embargo, el recuerdo de la señora Rocío todavía nublaba mi mente, y no pude evitar preocuparme por ella. Esos pequeños momentos de la vida que cambian todo, sin que te des cuenta. Como la llamada que no recibes o el mensaje que no contestas.

Uno nunca sabe para quién trabajará ni lo que el futuro puede traer. Nunca estás seguro de cómo decisiones, incluso las más triviales, pueden transformar el rumbo de tu vida. Por eso, nunca me habría imaginado que la señora Rocío no contestando mi llamada me generaría tanta inquietud. En fin, solo me quedaba la opción de esperar.

A las tres de la tarde, al finalizar nuestro turno, ya había dejado varios mensajes en su contestador y en WhatsApp. Sin embargo, no había respuesta y eso me empezaba a preocupar. Además, Christopher no me había informado de nada. Todo esto me parecía extraño.

La inquietud se agravó cuando ya en casa, no lograba dejar de pensar en la señora Rocío. ¿Qué habría sucedido? Decidí llamar a Chris.

—¿Alba? Dime —respondió Christopher.

—Christopher, perdona que te moleste así, pero necesitaba hablar contigo.

—Me haces quedar fatal —dijo con un ligero suspiro—, te he dicho mil veces que puedes llamarme cuando quieras, solo que si no contesto es porque estoy ocupado.

—Lo sé, es una manía que tengo contigo. —En cuanto lo dije, me arrepentí. *Pero ¿cuándo no me sucede eso?*

—Alba... me gusta esa sinceridad tuya, pero a veces me exaspera.

Su voz me resultó tan suave y atrayente que pensé: antes me parecía un poco aguda, pero ahora le encontraba un encanto especial. Era emocionante descubrir estas nuevas facetas en él.

—El sentimiento es mutuo. A veces me confundes con la manera en que te expresas.

—Mira, voy a decirte algo que quizá te confunda aún más —dijo con un tono seductor que me puso la piel de gallina—. Una vez me enamoré de una chica un tanto loca. Y desde entonces, siento que su locura es todo lo que necesito para ser feliz.

—Suenas encantador. Debe ser una historia muy romántica.

—Y lo es. La más romántica que hayas escuchado.

—¿Estás muy enamorado de ella? —le seguí el juego, sonriendo para mí misma.

—Más de lo que Romeo pudo amar a Julieta.

—Entonces, ¿crees que ese amor es una tragedia? ¿Que alguno de los dos tiene que morir como en la obra de Shakespeare?

—Creo que en este momento muero un poco cada día por no tenerla conmigo. Y lo peor es que, para estar enamorado, uno necesita encontrar un amor verdadero. Y estoy completamente seguro de que ella es la mujer de mi vida. Aunque parece que no lo cree o no siente lo mismo. Pero tengo paciencia y esperaré lo que haga falta.

Me quedé sin palabras. No solía ser muy romántica, pero ¿quién podría resistirse a una declaración así? Nunca pensé que Chris fuera tan sentimental. Mi corazón latía fuerte y deseaba oír más.

—¡Eh, Vladímir! —grité cuando sentí los dientes de mi gato en mi mano. Estaba tan distraída que no me di cuenta de que Vlad quería jugar conmigo.

—¿Con quién estás? —La voz de Chris cambió de un tono dulce a uno más posesivo, lo que me hizo sonreír.

—Con mi compañero de piso —respondí, dándole largas.

—No sabía que vivías con alguien más.

Tuve que reprimir la risa al oír la nota de celos en su voz.

—Nunca me lo preguntaste. No puedo recordar cada detalle que querrías saber.

—Pues, quizá debería saberlo —dijo con cierta vacilación.

Después de una pausa, noté su nerviosismo crecer.

—Tal vez debas o no. ¿Qué quieres saber, Chris?

—No deberías jugar así conmigo, sobre todo después de lo que acabo de decirte.

El problema de Christopher era que a menudo suponía cosas sin consultar. Además, tenía una gran inseguridad en sí mismo y le costaba gestionar conflictos. Me gustaba hacerlo pensar en lo que decía.

—Más motivos me das...

—No me digas cosas así, que justo te he dicho que te echo de menos y...

—Diré lo que quieras oír; o no diré nada. Guardaré silencio a no ser que tú me lo pidas —Vale, admito que estaba siendo un poco capulla con él. Pero solo quería ver cómo reaccionaría.

—Te prometo que solo quiero saber de ti, saber... ¡joder! Alba, de verdad —estaba

claramente agobiado y me sentí un poco mal por jugar así con él—, ¿por qué complicas todo?

—A ver, Christopher, ¿qué es exactamente lo que quieres saber? Solo pregúntame.

El silencio de nuevo por su parte. Estaba claro que le costaba. No iba a cambiar de la noche a la mañana.

—Déjalo. ¿Para qué me llamabas?

—Chris, para el carro. No puedes seguir con esa actitud siempre, ese orgullo tuyo acabará haciéndonos daño a ambos.

Y otra vez el silencio. Esta vez, duró un poco más. Esperé a que hablara. Era su turno y yo también tengo mi orgullo. Vaya pareja de tozudos.

—Alba, ya te lo he dicho, no quiero lastimarte, pero tampoco quiero hacerme daño. Lo que siento por ti es muy... —lo oí tragar saliva—, intenso.

—Vivo con mi gato, Vladímir. Si me hubieras preguntado directamente te lo hubiera dicho.

—Ah, entonces tienes una relación especial con tu gato. Ya siento celos. Me alegra que tengas otra fierecilla de compañía. Pero sí, admito que me he puesto celoso.

—Eso ya es cosa tuya, tontorrón —escuché su risa al otro lado y eso me tranquilizó—. Siempre he sido honesta contigo. Es importante que confíes en mí.

—Claro que confío. Te dejé a cargo de mi restaurante, ¿no demuestra eso confianza?

Cuando mencionó la cafetería, recordé el motivo real de mi llamada.

—Chris, había algo que quería comentarte...

—Dime.

—Tu madre no vino hoy a trabajar, ¿sabes algo?

—No. —Noté un cambio en su voz hacia preocupación—. ¿La has llamado? No me comentó nada. ¿Qué ha pasado?

—Cuando llegué por la mañana, Rita me contó que tu madre había llamado a la cafetería diciendo que estaba enferma y no vendría. Intenté contactar con ella varias veces pero no tuve respuesta. ¿Estás seguro de que no te dijo nada?

—¿Yo? No... ¿Enferma? ¿Qué tiene? —su tono de voz se volvió más ansioso y eso me preocupó.

—Quizás deberías hablar con ella, porque yo no puedo contactarla. No quiero alarmarte, pero estoy bastante inquieta.

—Déjame llamarla y te vuelvo a llamar, ¿te parece?

—Vale, avísame, por favor, estoy realmente preocupada.

—¿Alba?

—¿Sí?

—Perdona por antes. Contigo me cuesta mantener la cabeza fría, pero... quiero que sepas que jamás he querido a nadie como te quiero a ti. No importa lo que pase, que nunca dudes de eso, ¿entendido?

—Entendido.

Vaya paradoja pedirle que se comunique, cuando yo misma me cierro cuando se trata de amor.

—Te llamo enseguida.

Esperé su llamada, que no tardó más de cinco minutos en llegar.

—Estoy inquieto, Alba. Mi madre siempre está disponible, nunca se desaparece así. Quiero pedirte un favor. Voy a contactar con la señora Neus, que vive al lado, para ver si ha notado algo extraño o si sabe de ella. Pero, si no tengo noticias, ¿podrías hacerme un favor?

—Por supuesto, ¿en qué puedo ayudarte?

—Si no logro localizarla, me gustaría que fueras a su casa. No quiero pensar mal, pero quizás se haya caído o algo le haya sucedido.

Rápidamente intenté tranquilizarlo al ver la angustia reflejada en su voz.

—Chris, no te agobies. Seguramente olvidó poner el sonido a su teléfono y por eso no escucha nuestras llamadas. Dime cómo llegar y en cuanto me lo indiques, estaré allí.

—Te lo agradezco. Voy a llamar a Neus. Hablamos en un rato.

—Vale, hablamos. Intenta mantener la calma.

—Lo intento...

No me llevó más de diez minutos prepararme, esperando la llamada de Chris para dirigirme a casa de su madre. Y cuando finalmente me llamó, después de hablar con la señora Neus, quien no aportó nada nuevo, supe lo que tenía que hacer. Me encaminé rápidamente, con el corazón inquieto, a la casa de la Sra. Rocío para averiguar qué había ocurrido.

Tesoros de la infancia

Se me iluminaron los ojos al ver a la señora Rocío detrás de la puerta, luciendo débil pero viva y en buen estado.

—Sra. Rocío, ¿qué ha pasado? —pregunté aliviada pero preocupada.

—Pasa, querida, pasa. —Se hizo a un lado para dejarme entrar.

Mientras cerraba la puerta, la seguí por el pasillo, asombrada de estar finalmente en la casa de quien había sido mi jefa durante los últimos cinco años. Nunca había tenido razón para visitarla antes.

—¿Te gustaría un té, cariño?

Antes de que pudiera responder, se detuvo y comenzó a toser con fuerza. La acerqué suavemente, poniendo una mano en su espalda en un intento de confortarla. La Sra. Rocío, siempre energética y afable, lucía muy diferente en su estado actual. Siempre había pensado que Christopher no había heredado nada de ella, con su temperamento algo gruñón y obstinado, mientras que su madre era el epítome de la dulzura y el carisma.

—Gracias —murmuró, recuperando el aliento—. Esta gripe me ha golpeado duro.

—Estamos preocupados por usted, señora Rocío. Su hijo me pidió que viniera a ver cómo estaba. ¿Ha consultado con un médico?

—Mi hijo se preocupa demasiado por mí, me tiene como una rosa en una cúpula. Estoy bien, solo es una tos persistente. Consulté al doctor y me recomendó descansar. La cuestión es que confundí mis medicamentos y las pastillas que tomé ayer por la noche me dejaron somnolienta y me causaron una erección.

Casi suelto una risa al pensar en su confusión anterior.

—¿Qué pastillas tomó, Sra. Rocío? No me va a decir que son... ¿unas azules?

La idea de que hubiera tomado accidentalmente pastillas para la disfunción eréctil me dejó pasmada. No podía dejar de pensar, ¿por qué demonios tendría esas pastillas? Pero lo que realmente me inquietaba era... ¿serían de Chris? ¡Ay Dios! ¿Chris necesitaba esa ayudita para...?

—No, no, estas son las que tomé, creo que son para alergias. —Dijo, dirigiéndose al armario para mostrar los medicamentos en cuestión.

Regresó con una botella de pastillas en la mano. Sentí un alivio inmediato al ver que eran pastillas para dormir y para la ansiedad.

—Estas pastillas no son las que el médico le habría recetado, Sra. Rocío.

—Definitivamente no —dijo, mostrándome los brazos todavía marcados por una erupción—. Me causaron este picor.

No pude contener una sonrisa al darme cuenta de su error anterior. Había confundido "erupción" con "erección". La señora Rocío, con su encanto natural y sencillez, siempre encontraba la manera de sacarme una sonrisa.

—No puede tomar estas pastillas. Le diré qué vamos a hacer: la llevaré al médico y a partir de ahí tomará las medicinas adecuadas, las que le prescriba el doctor.

—Vaya faena, no quiero molestarte, estoy bien... solo tengo mucho sueño y esta cosa en la piel, por lo demás estoy mejor.

—No es una molestia. Estaré encantada de ayudarla. Vamos, vaya a vestirse para su cita. Mientras tanto, deme su SIP y podré concertar hora, a la vez que la espero.

—Vale, pero una cosa, tengo algo que pedirte si vamos a hacer esto. No me hables de usted, me siento muy mayor. Podría ser tu madre y prefiero que me hables de tú. Ya nos conocemos desde hace tiempo, Alba. Y te tengo en mucha estima, lo sabes.

Asentí con una sonrisa. Realmente era una persona encantadora. ¿Cómo iba a decirle que no?

—Muy bien, que así sea, pero ahora, ve a vestirme y yo me encargaré de todo. —Después de eso, fue a buscar su cartera y sacó su tarjeta sanitaria para dármela.

—Ah y, por cierto, llámame Rocío y olvídate de la “señora” —añadió, antes de escabullirse por el pasillo de la casa, nuevamente.

Hice lo prometido y llamé al médico para avisar que íbamos camino a urgencias. Concluida esa tarea me quedé mirando su salón. Rocío vivía sola en una vieja casa familiar en una de las muchas zonas urbanas de Madrid, donde incluso los edificios más nuevos parecen viejos y sucios, dando a la mayoría de ellos la apariencia de estar al borde de la ruina. Son edificios planos con habitaciones diminutas, oscuros y cerrados, incluso cuando les daba el sol. En ese piso, que si no recuerdo mal, me contó que fue herencia de sus padres, vivía Rocío, y tiempo atrás, también Christopher.

Ahora él llevaba unos años viviendo solo, pero antes de eso, vivió con su madre. Apenas ellos dos. Sabía que Rocío había quedado viuda y regresado a España tras la muerte de su marido. Christopher tenía otros hermanos, pero vivían en el extranjero y no querían saber nada de los negocios de su madre. Entonces, digamos que él la cuidaba desde cuando tuvieron que volver a Madrid.

Seguí inspeccionando la casa, porque, aunque era un poco intrusivo, tenía mucha curiosidad por ver las paredes que alguna vez albergaron a Christopher. Por lo que se veía, aquel piso debía ser enorme. Desde el vestíbulo se pasaba a un salón donde se podía patinar tranquilamente; un salón con luz tenue, pero acogedor.

Me detuve frente a un aparador, hurgando entre los marcos que había encima. En uno de ellos pude reconocer a Christopher. Era pequeño, de unos siete u ocho años, pero tenía el mismo aspecto. Y muy guapo. Parecía un niño adorable, de esos que dan ganas de comer a besos. Me preguntaba cómo sería tener hijos con él. ¿Serían tan guapos? ¿Tendrían esos ojos azules intensos que no dejaban a nadie indiferente? Sacudí la cabeza cuando oí pasos en el pasillo. Rápidamente me encontré divagando sobre cosas absurdas. ¿Qué me importaba el aspecto de los hijos de Christopher, si no iba a ser yo su madre? ¿O sí? *¡Vaya tela! ¡Estoy más majara cada día!*

Cuando Rocío salió preparada, nos dirigimos al centro médico. Cuando llegamos, ella entró para hacer la revisión. Mientras esperaba, me pareció prudente enviar un mensaje de texto a Christopher y tranquilizarlo sobre su madre.

«Chris, estoy con tu madre en el médico, pero no te preocupes, parece que es solo una gripe. Cuando salga de aquí la llevaré a casa y me aseguraré de que esté bien. Tú cuídate, también. Un beso.»

Probablemente, ese “beso” había sido la muestra de cariño más directa que había tenido con él hasta el momento. No tardó ni unos segundos en contestarme.

«¿Estás segura de que es solo eso? ¿Pero está bien? Alba, por favor, dime algo, mantenme al tanto. Estoy como jurado en el concurso, pero si pasa algo salgo inmediatamente y voy para allí. Por cierto, gracias por todo.»

Lo tranquilicé:

«De nada, Christopher. Lo hago con mucho gusto. Hablamos más tarde. Quédate tranquilo, te aviso si necesito.»

Al cabo de un tiempo, Rocío tuvo el alta para ir a su casa. El médico confirmó la gripe y le ordenó descansar y tomar los medicamentos correspondientes a su estado de salud. Volvimos a su casa, después de pasar por la farmacia y abastecernos de lo esencial. La ayudé a recolocarse cómodamente en el sofá.

—Cuéntame cosas, ¿cómo va todo por la cafetería?

—Bien, sobre la marcha, sin más. Te echamos de menos, eso sí.

—Y sobre ti, cuéntame algo.

—A ver, ¿qué te cuento? Mi vida es bastante rutinaria, ya lo sabes. De casa al trabajo y del trabajo a casa, poco más.

—No soy tonta, Alba. Sé que Christopher y tú tenéis algo. Solo que no logro saber el qué.

¡Tonta soy yo! Me quedé de piedra al oír una declaración tan directa, pero era obvio que ella estaba al tanto, después de pillarnos besándonos en el almacén.

—Eh... bueno... —No encontré las palabras.

—Sé que, en ocasiones, mi hijo puede resultar demasiado intenso —dijo al ver que no reaccionaba.

Llamar a Christopher "intenso" era quedarse corta. Era el drama en persona y ni Shakespeare podía competir con él en intensidad.

—Pero Christopher no fue siempre así. De pequeño era un chico dulce, cariñoso y entregado.

—¿Y qué le ocurrió? —pregunté, verdaderamente intrigada.

—La gente cambia, madura, deja atrás la niñez.

—Rocío, no termino de entender por qué Christopher es tan... mundano. —No era exactamente el término, pero era el mejor que podía usar con su madre.

—Alba, mi marido murió cuando Chris tenía 13 años, una edad complicada —me vino a la mente el divorcio de mis padres a esa misma edad—. Para entonces, Chris ya había vivido demasiado y se había transformado. Sus hermanos son mayores y tomaron rumbos distintos.

La historia de Chris era más dura de lo que jamás habría imaginado. No solía hablar de su vida personal y Rocío tampoco se explayaba sobre el pasado. Pero ahora me picaba la curiosidad por conocer más de aquel hombre que me tenía tan desconcertada.

—Pensé que, para entenderle mejor, sería bueno saber... ¿cómo era la relación de Chris con su padre?

—¿Con Laurent? Era un hombre excepcional. Chris lo adoraba. Más que eso, lo tenía en un pedestal. Y creo que eso fue lo más duro.

—¿Por qué?

—Siempre supe que llegaría el día en que Chris vería a su padre tal y como era realmente.

—¿Y cómo era en realidad?

—Laurent era... simplemente un hombre.

Vi que Rocío se mostraba evasiva y pensativa. Algo no cuadraba.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ay, Alba. El pasado es un lastre para algunos. El padre de Christopher, y de mis otros hijos, era un hombre frágil. Se dejó llevar por mujeres y juegos de azar. Por su culpa perdimos todo. Nos dejó llenos de deudas y expuso a Chris a lugares y situaciones poco adecuadas para un chaval. Eso lo llevó a rebelarse contra todo. Contra el mundo en el que vivía su padre y el hecho

de que fuera un marido despreciable que me engañaba con cualquier cosa que se moviese.

Me dejó muda y con un vacío en el pecho.

—Chris ya había sufrido lo suyo con la pérdida de su padre. Pero él asumió el rol de hombre de la casa y, gracias a él, salimos adelante. Se esforzó mucho para hacerme feliz, y lo logró. Es un chico encantador y cariñoso, pero las adversidades lo hicieron amargado y muy exigente, especialmente consigo mismo.

—Si tiene tanto respeto por las mujeres y por ti, ¿por qué a veces me trata tan mal?

—Eres la única que le ha plantado cara. Creo que espera que algún día cambies de opinión.

—¿Cambiar de opinión? Dices... ¿sobre él?

—Sobre sus sentimientos con relación a ti.

Levanté una ceja, reconociendo que era evidente que todos estaban al tanto de los sentimientos de Chris hacia mí. ¿Y qué ocurre cuando una joven que siempre se encuentra en aprietos, y que considera que enamorarse de su superior es una locura, se siente atraída precisamente por él? Supongo que nada bueno.

—¿Y si no lo hago? ¿Y si decido que lo nuestro no tiene futuro? ¿Te sentaría mal?

—Para nada. Confío plenamente en ti. Si decides que no es el momento, lo comprenderé. Aunque no me corresponde a mí entenderlo. Me encantaría que tuvierais una oportunidad, sabes que te aprecio y creo que serías una buena pareja para Chris.

—Estoy hecha un lío. Cuanto más me cuentas de Chris, menos siento que lo conozco. —Recordé a mi padre, al que quería muchísimo, pero que tenía sus defectos.

Rocío extendió su mano y acarició la mía. Me reconfortó su gesto.

—Alba, no soy quién para decirte qué hacer, sobre todo cuando yo misma no supe escoger bien. Elegí un mal marido, no un mal padre. Y, al final, es lo mismo. No quiero que repitas mis errores. Ni que Chris los repita. Me gustaría que le dieras una oportunidad. Tiene muchas cualidades, pero también sus demonios. Si decides intentarlo, no será sencillo. Superar el pasado lleva tiempo y, a veces, no sale como uno espera. Pero de las chispas surge la pasión y del roce, el amor. Y el amor es lo más bello del mundo.

Asentí, emocionada y con el corazón a mil.

—Lo entiendo. No es eso lo que me asusta. Todos tenemos nuestras manías —reí—, es que tengo miedo de enamorarme. Siempre he sido esquivia con los compromisos.

Aún recuerdo aquella noche en la que Pablo, un compañero del instituto, y yo nos liamos en medio de la pista de una discoteca con todos mis colegas de clase presentes. Todo el mundo se enteró de que estábamos juntos. Y pasé meses evitándolo solo para no comprometerme más. Siempre he tenido muchos amigos y no me considero una santa, lo admito, pero creo que, de alguna manera, siempre he tenido miedo a enamorarme. Y ahora, con todo lo que está sucediendo, siento que es demasiado para mí.

—Cariño, el amor es algo muy raro —comenzó Rocío—. Te comprendo a la perfección. Cuando el amor llega, lo hace de imprevisto. No te despiertas sintiéndote diferente. No ves destellos donde no deberías, ni un brillo especial en los ojos. No te nace decirle a todo el mundo cuánto los quieres, como si tu corazón no pudiera contener tanto sentimiento. No, si eres como yo, por ejemplo, tiendes a negarlo, a tratarlo como una enfermedad que te invade, algo que sientes que no puedes manejar. El amor es algo indescriptible, poderoso y avasallador. Pero cuando lo sientes y eres capaz de reconocerlo, lo ves al instante, como a los ojos vagos, o el porno.

No pude contener la risa. La carcajada fue tan profunda que Rocío se unió a mí. De repente, ambas nos reíamos a carcajadas ante esa observación tan surrealista, pero a la vez tan sincera y

humana.

Pasé un buen rato más con ella antes de volver a casa, sintiéndome más ligera y reflexionando sobre todo. Pero aún quedaba la cuestión de Óscar. Me agobiaba pensar en ello. No quería ser cruel, pero no entendía cómo podía sentir algo, sin saber qué, por dos hombres diferentes. A veces pensaba que quizás la única relación estable que tendría sería con un psicólogo.

Christopher y yo intercambiamos algunos mensajes esa noche, preocupándonos por su madre. No podía llamarme ya que estaba en un concurso de baristas, pero al menos pude tranquilizarle sobre Rocío y me sentí en paz.

Una cita no a ciegas, pero muy ciega

Jugueteé con mi reloj, convenciéndome de que había tomado la decisión correcta. Acepté la cita con Óscar para demostrarme que tenía el control sobre mis decisiones y sentimientos, para alejarme del enredo que mi corazón parecía crear. Pero ahora, mientras subía en el ascensor hacia su ático, no lo tenía tan claro. Mis piernas temblaban y me asaltaban pensamientos de arrepentimiento. Estuve a punto de marcharme. Siempre he sido impulsiva y, en realidad, quería conocerlo más. Pero también era cierto que lo que estaba haciendo, tal como dijo Rita, era jugar con los sentimientos de dos personas. Y yo no era así, no era ese tipo de persona. Me enfadaba conmigo misma por siempre actuar de manera impulsiva, por mi deseo constante de ejercer mi libertad y elegir lo que quisiera, con quien quisiera, cuando quisiera. Aunque en ese momento, no me parecía una actitud madura, sino más bien la de una joven tonta que se sentía perdida.

Me paré frente a la puerta y llamé tres veces consecutivas. Justo cuando estaba por llamar una cuarta, movida por la ansiedad, Óscar abrió. Su mano aún sujetaba el pomo con firmeza, pero su expresión cambió al reconocermelo.

—Alba, eres tú —dijo con alivio y una sonrisa se formó en su rostro—. Me alegra que hayas venido. Pasa.

Su mirada fue una clara invitación. Suspiré y pensé: «La guerra, como el tiempo, no perdona a nadie». Estaba cruzando no solo el umbral de su casa, sino también una línea invisible que delimitaba mis sentimientos enfrentados.

Una vez dentro, me mostró su hogar. Mi mirada analítica recorrió cada rincón. Las casas reflejan a quienes las habitan. Un hogar no es solo muebles y decoración. Es vida, memorias, objetos que cuentan historias. Aunque un espacio pueda funcionar perfectamente sin esos objetos personales, carecería de alma. Y una casa sin alma no es un hogar.

El interior parecía el de un hotel de lujo. Predominaban tonos negros y blancos con un estilo minimalista. Aunque apreciaba la estética, me pareció algo frío. De fondo, una melodía ambiental envolvía el espacio. Óscar se acercó, poniendo su mano en mi cintura, lo que me hizo sobresaltar. Sonreí, algo apenada.

—No soy un entendido en vinos como tu hermano —comenzó—, pero sé apreciarlos. He elegido uno excelente para esta noche. ¿Te apetece una copa?

Asentí en respuesta.

Me acerqué a los imponentes ventanales que revelaban unas vistas impresionantes. Semejante lujo debía tener un precio exorbitante, lo que me recordaba que Óscar y yo proveníamos de mundos distintos. Uno de los elementos más destacados de este lujoso ático era su terraza circular con una piscina infinita. ¡Vaya! ¡Era increíble! Qué maravilla de apartamento. La voz de Óscar resonó suavemente en mi oído, causándome un escalofrío.

—Es cálida... —Me voltee mirándolo, desconcertada. Sonrió al ver mi reacción y extendió la copa de vino hacia mí—. Me refiero al agua de la piscina. Si te animas, podríamos probarla esta noche...

No sonaba mal, aunque quizás iba demasiado rápido. Sería mejor ir con calma.

—Tu casa es espectacular, estoy alucinando. ¿Es tuya? —Decidí cambiar a terrenos más sólidos.

—Ojalá. No, es alquilada. No suelo quedarme mucho tiempo en un lugar, así que decidí alquilarla por un tiempo.

—Aja... —reflexioné. "Por un tiempo". ¿Se referiría a nuestra relación de la misma forma?

Quizá debería alegrarme. Yo también era así, una chica de paso. ¿No era eso lo que me inquietaba? Aquí estaba mi respuesta: alguien simple y desenfadado. Sin ataduras. Me mordí el labio inferior y él recorrió suavemente el lugar con su dedo. Nuestros ojos se encontraron y hubo un momento de tensión entre nosotros.

—A veces quisiera dejar de lado tanto trabajo y disfrutar de una vida más relajada, más centrada en la familia —confesó.

—Es como me siento por lo general. Hasta que tengo que volver a la vida.

—Eso es..

Nos sentamos en el amplio sofá de su sala. Sentí que intentaba mostrarme sus intenciones.

—Tú y yo nos desgastaremos trabajando sin parar, moriremos con las botas puestas —añado con diversión.

—No sé yo... ¿No anhelas tener tu propia familia?

—Realmente, no lo he considerado. Todavía no siento el deseo de cambiar mi vida de esa manera.

—Eso crees ahora, Alba, pero algún día...

—Mi sentir no cambiará en el futuro cercano. Así que, dejémoslo ahí —intenté cambiar de rumbo la conversación una vez más.

—¿Eres fan de la comida italiana? He preparado una cena especial. Espero que sea de tu agrado.

—Me encanta —dije, aliviada por el cambio de tema. Hablar de comida siempre era reconfortante.

—Pues ven, señorita. Esta noche, quiero que todo sea perfecto.

Durante la cena, charlamos de diversos temas y vi una faceta de Óscar mucho más relajada y auténtica de lo que inicialmente había percibido. Qué curioso cómo las primeras impresiones pueden ser tan engañosas. Disfruté de una comida deliciosa y el vino fluyó libremente. Tal vez, demasiado. En algún momento, Óscar comenzó a preguntar sobre la cafetería, mostrando un interés particular en el negocio de un competidor, lo que me pareció curioso.

—¿En serio tu jefe te hace trabajar todas esas horas? Deberían multarlo si lo inspeccionan.

Empezaba a sentirme agobiada por hablar tanto del trabajo, y más considerando que estaba cenando con alguien a quien Christopher detestaba.

—Óscar, ¿podemos hablar de otra cosa? Estoy un poco harta del trabajo, disculpa.

—Por supuesto, lo siento. Ven, relajémonos un poco.

Nos guio hacia la impresionante terraza que albergaba la piscina climatizada.

—Espera aquí un segundo —me pidió.

—Vale.

Me senté en una de las tumbonas que había por allí. Él regresó con una botella de champán y dos copas. En su otra mano sostenía dos toallas blancas, grandes y esponjosas.

—¿Estás pensando lo que creo que estás pensando? —pregunté, alzando una ceja.

Colocó todo sobre una mesa junto a las tumbonas y se acercó a mí, agachándose y tomando mis rodillas y quedando su rostro a escasos centímetros del mío.

—Quiero bañarme contigo en esa piscina.

Era exactamente lo que había imaginado.

—Eso suena a una cita perfecta, excepto que no traje bikini.

Mientras me balanceaba en la tumbona, Óscar acarició su mandíbula, mirándome con una sonrisa juguetona antes de servir el champán en las copas. Me extendió una y dejó la suya en el

borde de la piscina.

—La oferta está sobre la mesa. Ojalá decidas aceptarla.

Sin esperar mi respuesta, y dejándome en shock, comenzó a quitarse la ropa. Su atrevimiento me dejó sin palabras, y no pude evitar mirar mientras se despojaba de todo, literalmente. Una vez desnudo, se sumergió en la piscina con gracia. ¡Vaya audacia!

¡La madre que lo parió!

Parpadeé, intentando borrar la visión de su cuerpo desnudo. Me había dejado atónita, y había ciertos detalles que no podía sacar de mi mente. «¡Por Dios! ¿Qué está pasando aquí?». Y a pesar de la sorpresa, oí su voz tentadora:

—El agua está perfecta. Vamos, no te hagas la difícil.

—Óscar, que a ti no te cohíba quedarte en pelotas delante de mí, no significa que a mí no me de palo.

—Está bien, quédate en ropa interior, ¿la llevas, verdad?

—No esperaba tener que mostrarla, pero contigo parece que no hay límites —dije, riendo por su osadía.

Sus ojos brillaban con deseo.

—Me disculpo por tener que demostrar mi sinceridad de esta forma —respondió con ironía.

—Muy gracioso. Pero si quieres que entre, mira hacia otro lado.

—Está bien, como quieras. —Se giró, mostrándome su espalda mientras flotaba en el agua.

Tomé una profunda respiración y comencé a quitarme la ropa, dejándome solo en ropa interior.

—Ya voy a entrar, no te des vuelta.

—Prometo que no lo haré.

El agua me envolvió suavemente mientras me sumergía, y al poco tiempo me encontré disfrutando de su cálida temperatura. Era una pasada, estaba genial.

—Puedes mirar ahora —le anuncié, ansiosa.

Giró lentamente hacia mí, sus ojos encontrándose con los míos a escasa distancia. Sonrió con esa expresión traviesa que tanto me desconcertaba y se acercó aún más.

—Por favor, Óscar, compórtate.

Pero su sonrisa solo se volvió más insinuante, robándome el aliento. A medida que se acercaba, mis defensas parecían evaporarse. Rodeó mi cintura con sus brazos, acortando la distancia entre nosotros.

—¿Sientes lo mismo que yo? —Y sin esperar respuesta, sus labios encontraron los míos.

Cada célula de mi cuerpo parecía despertar. Pero en el fondo, sabía que esto no debía suceder. Era un torbellino emocional, especialmente cuando te encuentras junto a alguien tan seguro de sí mismo.

—¿Qué estás haciendo?

—Eres irresistible —murmuró antes de besarme de nuevo.

Perdí la noción del tiempo, y por un momento me olvidé de todo lo que nos rodeaba. Pero entonces sentí su mano en mi cuello, inclinando mi cabeza hacia atrás. La pasión con la que me besaba era innegable, pero también lo era el temor que comenzaba a anidar en mí.

En un repentino destello de lucidez, supe que teníamos que detenernos.

—Espera, para —le pedí, luchando por recuperar mi aliento.

—¿Te pasa algo?

—Sabía que esto no era una buena idea —murmuré, alejándome un poco de él.

—No, espera, escúchame un momento —me rogó él.

Me acerqué al borde de la piscina y di un sorbo a la copa de champán. Tras hacerlo, decidí que lo mejor sería beber de un trago y me lo bebí de golpe, sin dejar una gota. Óscar se situó detrás de mí y me rodeó con sus brazos.

—Cierra los ojos —me pidió—. Y no los abras.

Con cierta reticencia, le obedecí. El timbre de su voz me erizó la piel cuando me susurró al oído.

—Confía en lo que sientes —me susurró mientras me llenaba de besos en el cuello con pasión.

Noté su excitación contra mí. No pude evitar dejar escapar algunos gemidos, igual que él.

—Esto es una locura, Óscar...

—Quédate conmigo.

—No soy la mujer que buscas. Debería marcharme.

—No sabes lo que dices. Eres justo la mujer que busco.

«Tranquila. No. ¡Venga ya! ¿A quién intento engañar? Me gusta, y mucho. Y estoy borracha. Demasiado.»

—Óscar, apenas nos conocemos. Me gustaría tomármelo con calma, por favor.

—No sé qué piensas tú, pero a mí me gustas. Eres diferente, auténtica. Si decides irte, es tu decisión, pero me encantaría que te quedaras un rato más. No haremos nada que no quieras. Prometo comportarme, aunque, siendo sincero, me resulta difícil contigo tan cerca.

—¿Podemos simplemente estar juntos, relajados y disfrutar el momento?

Se alejó y fue a por más champán. Llenó las copas y brindó por mí.

—Te dije que nuestra cita incluiría una cena, un paseo, etc. La cena ya está, y en vez de pasear, ¿qué te parece si nos damos un baño en la piscina? Y el etcétera, bueno, es tu compañía. ¿Te parece bien? Brindemos por nuestra primera cita. Espero que sea la primera de muchas.

Asentí y agradecí interiormente que él dirigiera la situación hacia una dirección menos intensa de lo que podría haber sido. Siendo sincera conmigo misma, sí, me habría gustado estar más íntimamente con él. Era un hombre encantador, guapo y atractivo. Me sentía bien a su lado, pero hoy no era el día. Mi mente estaba abrumada por demasiados pensamientos.

Pasamos una noche maravillosa. Conversamos, escuchamos música, bailamos, nos bañamos y, durante horas, conseguí desconectar y disfrutar. Óscar fue un caballero, porque cuando ya no pude más, me llevó al dormitorio y me acostó en la cama, envuelta en una gran toalla, y se tumbó a mi lado sin intentar nada. Ambos estábamos demasiado agotados. Y bebidos.

—Conmigo estás segura. Duerme y descansa —me dijo, intentando calmarme.

—Lo siento, es que últimamente estoy muy agobiada. Ha sido una noche increíble.

—Shhh, tranquila, preciosa. No te preocupes. Yo estoy genial contigo.

—No me gusta sentirme así, estoy confundida. —La bebida me hacía hablar de más.

—Lo sé, cielo. Mañana todo te parecerá más claro. Me aseguraré de ello.

No comprendí del todo a qué se refería, pero asentí. Me dio un tierno beso en la frente.

—Descansa —me susurró.

—Tú también.

Al poco tiempo, él ya dormía, y yo aproveché para observarle y también la habitación en la que nos encontrábamos. Tenía una estética pulcra y neutral. Impersonal, como una habitación de hotel. Mis ojos empezaron a pesarme. En pocas horas tendría que levantarme para trabajar. Aunque no quería quedarme dormida, el agotamiento y la resaca me vencieron. Y así, finalmente, caí en un profundo sueño.

Concienciación del personal

«¡No puedo creerlo!» Aceleré al máximo, pero no importó cuánto corrí, estaba tremendamente atrasada. Hoy era mi turno de abrir la cafetería, y eran casi las diez y aún estaba cerrada. Tenía incontables mensajes de los empleados que llegaban por la mañana y, lo que era peor, numerosas llamadas sin contestar de Christopher. *¡Oh, Dios mío!* Me había metido en un buen lío.

Al llegar a la puerta, sentía mi cara ardiendo de vergüenza. Había compañeros apoyados en la pared y clientes en la terraza esperando ser atendidos. El lugar era un caos. Sin decir una palabra, abrí la puerta.

Adrián, que trabajaba solo los sábados para reforzar los turnos, me lanzó una mirada despectiva al pasar junto a mí. Con cierto resentimiento, comentó:

—Esto es lo que ocurre cuando se designa a cualquiera como jefe de tienda.

Sus palabras me impactaron profundamente. Tras todo lo que había sucedido esa semana, esto era, sin duda, el peor momento. Pero estaba lejos de imaginar que lo peor aún estaba por llegar.

Al mediodía, me tomé un breve descanso. No había tenido un momento para mí desde que llegué. Cuando finalmente abrí la cafetería, todo se acumuló. Los compañeros no dejaban de mirarme y recordarían este episodio por un buen tiempo. Estaba molesta porque Christopher me hubiera dejado en esa situación. A pesar de cuánto me importara, tenía que admitirlo: detestaba su actitud laboral.

Revisé mi móvil y las llamadas de Christopher se habían multiplicado. Además, tenía un mensaje de Óscar:

«Despertar sin ti es difícil. Sé que suena cursi, pero me costó ganarte. No dejes que esta noche sea la última.»

Lo que Óscar llamaba "ganarme", yo lo veía como un grave error, uno que estaba pagando caro ahora. Me sentía mal y todo era un borrón. Me cubrí el rostro con la mano, queriendo esconderme de mí misma. Tuve que luchar contra el impulso de vomitar. «Oh, Alba», murmuré, «¿Cómo pudiste complicarlo todo?»

Llamé a Christopher.

—Dígame. —Cogió al primer timbre y el tono de su voz era todo menos agradable. «¿Dígame?», pero sí sabía perfectamente que era yo.

—Antes de que digas nada, déjame hablar —supliqué, tratando de mantener la compostura.

—Tienes un minuto.

—Chris, lo siento mucho. Esto nunca me ha pasado, y tú lo sabes. Siempre soy puntual.

—Tu minuto ha terminado —me cortó fríamente.

—Pero...

—¡Basta! No me vengas con excusas. ¿Era tan difícil hacer tu trabajo? ¿Comprendes a cuántos afectaste con tu imprudencia?

Mis emociones me abrumaron y las lágrimas empezaron a caer.

—Chris, déjame explicar...

—¡Silencio!

—Pero...

—¡Que te calles, coño! —Su tono me dejó en shock—. Si no puedes separar tu vida personal de tu trabajo, entonces no eres apta para este empleo, y menos para esta cafetería.

A pesar de la intensidad de sus palabras, intenté mantener la calma. No podía dirigirse a mí de esa manera. No tenía el derecho de tratarme así; nunca lo tuvo, y yo ya estaba harta. Me había encontrado en uno de mis peores días. Quizás tuviera algo de razón, pero era un insensible y no sabía cómo comunicarse con las personas. Una vez más, esa mezcla de amor y odio recorrió mis venas.

—¿Así que esto es lo mejor que merezco? Nunca pedí ser gerente ni asumir responsabilidades que son tuyas. Si crees que esto es lo que quiero hacer, te equivocas. Si lo es, mátame ahora mismo.

—Para mí no tienes ninguna justificación. Está claro que no tienes material de líder.

A pesar del concierto de gritos al que me estaba sometiendo, luchaba por mantener a raya el dolor de cabeza que parecía hacerse un festín en las fronteras de mi cerebro. Estaba a punto de soltarle una descarga verbal de esas que hacen historia, porque sinceramente, ¿cómo podía una sola boca producir semejante torrente de tonterías? Y por si fuera poco, la resaca que me azotaba decidía, justo en ese momento, hacer su gran despedida.

—¿Y tú? Un líder no trata así a sus empleados. No te has preocupado por lo que me haya pasado.

—Hubiera preferido que tuvieras una justificación real, que te golpearas la cabeza y estuvieras en el hospital, al menos estaba justificado. Sabemos que tu mente estaba en otro lugar. Eso y quién sabe qué más. Así que no te está yendo bien.

No podía creer sus palabras. ¡*Miserable!* No puedo admitir que haya tenido el descaro de decirme lo que acaba de decir. "Que preferiría que estuviera en el hospital." Fue tan retorcido.

—¿Sabes qué, Christopher? Deja de mezclar tus celos con el trabajo. Métete tu opinión por donde te quepa y hablemos de cosas serias.

—No son celos. Si no hubieras estado con ese tipo, habrías llegado a tiempo. Te lo advertí, Alba. Eres impulsiva.

¡*Se acabó!* Era la gota que colmó el vaso. Se había acabado la educación, mi paciencia y todo. Le iba a cantar las cuarenta.

—Oye, que no llevamos ni dos telediarios intentando esto y ya te estás poniendo en plan gilipollas, justo lo que he intentado esquivar toda mi vida. Las cosas con Óscar no son lo que tu piensas. Estás muy equivocado.

—Equivocada estás tú. Y oye, no me vengas con historias del tío ese con el que te liabas o te enrollabas o follabas, me da lo mismo. ¿Y sabes qué es lo que más me toca las narices? Que pienses que por echarle el ojo, voy a ser menos profesional. Crees que soy muy gilipollas y que el hecho de que me gustes cambia mi forma de trabajar, pero te equivocas. Vas lista. Nunca mezclo el curro con mi vida privada. Pensaba que, como mínimo, tú me verías diferente, pero vaya chasco. A ti, tres pimientos te importa todo; eres una cría sin dos dedos de frente.

—Tócate los huevos... ¿Así vas a ponerte cada vez que nos venga un bajón? Ni yo misma sé cómo me he colgado de ti. No sé qué cojones me viste. Eres un desgraciado. Te juro que te odio. No sé cómo pude enamorarme de ti. Ni siquiera sé por qué te gusto, idiota. Te odio.

—¿Cómo dices? —noté que su tono bajaba. Y caí en la cuenta de que, sin comerlo ni beberlo, le solté lo que sentía. Me quedé a cuadros. Y él insistió—. ¿Alba? ¿Lo que he oído es verdad?

—Pues sí, campeón, es verdad. Y ahora, a tomar por culo —y le colgué de mala manera.

Luego me intentó llamar otra vez. Pasé de su llamada. Y volvió a insistir. Me mandó un WhatsApp. Pasé de mirarlo. Estaba que trinaba, llorando de coraje y despecho. Apagué el móvil y lo lancé a la taquilla, dándole cerrojazo. Justo estaba ahí, dándome ánimos, cuando escuché una voz detrás.

—Alba... —Me giré y allí estaba Chus, con cara de póker.

—Ahora no, Chus, dame un respiro —dije, secándome las lágrimas con la manga.

—No es por eso, el inspector está aquí y quiere hablar con quien esté al mando.

—¿El inspector?

Me pilló en bragas, pero respiré hondo y salí al tajo con Chus. «Esto es el colmo», refunfuñé para mis adentros.

—Buenos días, soy Andrés Ribera, inspector de sanidad. ¿El encargado está por aquí?

«¿El encargado?!», pensé. «¿El mismísimo que me dejó este marrón?». Lo miré; no parecía que viniera a hacer amigos. Todos sabemos que las inspecciones están para pillarnos en algún renuncio, o sea, para multar a los jetas que se saltan las normas básicas de higiene. Pero a veces, por estar hasta arriba o porque alguien la ha pifiado, te la pueden liar parda. Y la solución es fácil: no dejar a una pringada como yo al mando. Estaba cantado que esto iba a traer cola.

—Alba Torres. —Le extendí la mano y él la estrechó con firmeza—. Por ahora, soy la gerente. ¿En qué puedo ayudarle? —Traté de transmitir seguridad en mis palabras.

—Muy bien, Alba. He venido a inspeccionar las instalaciones. ¿Puedo echar un vistazo al local? —Intenté tragar el nudo que se formaba en mi garganta.

—Por supuesto. Siéntase como en su casa. —Sonreí intentando ocultar mi nerviosismo.

—Perfecto. ¿Los baños? Comencemos por ahí.

—Sí, claro. Sígame.

Tenemos una concepción errónea de que los inspectores sanitarios que visitan bares y restaurantes se dirigen directamente a la cocina como si imitaran al chef Chicote. Grave error. Un inspector sanitario tiene el derecho de examinar todo, desde los baños, pasando por los ventanales, los accesos, el almacén, el office, el comedor, hasta el callejón donde se deposita la basura. Nada se le escaparía a este inspector. «¿Qué debo hacer para evitar problemas con un inspector que parece buscar cualquier fallo?». Ni idea. Pero no era la primera vez que nos visitaban. Desde que comencé a trabajar allí, he enfrentado unas tres inspecciones. Por lo general, acuden debido a una queja de algún cliente. Las veces anteriores, Christopher había manejado la situación. En ese momento, a pesar de mis sentimientos negativos hacia él, deseé que estuviera a mi lado. Seguí al inspector durante su revisión y contesté todas sus preguntas. Hasta el momento, todo iba bien.

Sin embargo, al llegar a la cocina, la situación cambió. No había tenido tiempo de revisarla desde mi llegada y, en ausencia de la señora Rocío, descubrí que estaba un caos. El equipo de la mañana había dejado todo desordenado. Era mi deber asegurarme de que todo funcionara correctamente, pero me resultaba imposible estar en todas partes.

—Alba, ¿quién está a cargo de la cocina?

—La señora Rocío, la dueña, está enferma y ha tenido que ausentarse. Hemos intentado manejarlos lo mejor posible durante su ausencia.

El inspector, un hombre de mediana edad, pero con una presencia dominante, examinó detenidamente cada rincón de la cocina. Tras casi quince minutos, en los cuales sentí que el tiempo se detenía, dio su dictamen.

—La limpieza y desinfección de suelos, encimeras, mesas de trabajo, hornos, planchas y

fogones debe ser diaria y exhaustiva. Además, los estantes de los frigoríficos, el interior de los congeladores y las estanterías del almacén deben estar impecables. Esto es un desorden.

Cuidar una reputación es tan importante como construirla. Me dolía saber que estaba desluciendo el duro trabajo de la señora Rocío.

—Lamento la situación, señor inspector. Hemos hecho nuestro mejor esfuerzo esta semana.

—No hay excusas. Si continúan así, una multa será inevitable.

—Le aseguro que normalmente todo está en perfecto estado. Ha sido una circunstancia excepcional.

Me miró con severidad, pero tras unos segundos asintió.

—Entiendo. Sin embargo, tomen esto como una advertencia. —Dijo con una sonrisa leve.

Estaba a punto de responder cuando Chus irrumpió en la cocina, visiblemente agitada.

—Chus... —murmuré, desconcertada por su reacción.

—Alba... Tienes que venir. La señora de la terraza... No sé qué ocurrió... Ven, rápido.

—Chus, cálmate. No entiendo nada.

Mientras ella hablaba de forma precipitada, yo intentaba comprender la situación y el inspector parecía presenciar una escena de horror.

—¡Vamos! —Insistió.

Salimos corriendo hacia la terraza y lo que vi me dejó sin palabras.

Allí, en el suelo, yacía una clienta que, al parecer, había sufrido una caída. Sin embargo, la simple caída no era lo impactante: su aspecto golpeado, demacrado y con un rostro pálido contrastaba con una herida sangrante en su frente.

—No me lo puedo creer —murmuró el inspector Ribera.

Miré a su lado a la mujer tendida en el suelo, alucinada. Si él estaba en shock, ¡imagínad mi sorpresa!

Rápidamente, el inspector se arrodilló al lado de la señora y, con intención de ayudar, estiró la mano hacia ella.

—¡No me toquen, bárbaros! Casi acaban conmigo —La verdad es que estaba tan impactada que parecía una estatua.

—Ay, Dios mío —dramatizó Chus, haciendo honor a su estilo teatral.

—Señora, soy el inspector Andrés Ribera. Permítame ayudarla. Alba, llama una ambulancia —dijo él con firmeza.

Mencionó "ambulancia", pero a mí me parecía estar en una película de acción de bajo presupuesto. Justo en ese momento, mi salvador, Manu, apareció en escena. Porque yo estaba literalmente en shock. Y no me inmuté.

—Alba, ¿qué ha pasado? ¿Estás herida? —preguntó con genuina preocupación.

La señora interrumpió con su queja:

—La única víctima aquí soy yo, ¡ay!

Entre el caos, Manu, siendo la voz de la razón, preguntó:

—¿Alguien puede explicar qué demonios ocurrió?

—Yo... es que —titubeó Chus— tropecé con algo y... bueno, el resto es historia.

La señora, aún con un aire de indignación, añadió:

—Cuando ese tubo cayó sobre mí, pensé que era mi final.

El panorama era dantesco: un tubo descolgado, una señora herida, tazas rotas, y yo, en el medio, deseando ser invisible. Agradecí internamente cuando Manu me dijo que me retirara y que él se encargaría. Así que, con la dignidad que me quedaba, volví al interior de la cafetería.

Desde mi silla, observé el caos a través de las ventanas. Mi reflejo en el cristal me mostró

una chica con ojos rojos e hinchados por el llanto, con su uniforme habitual: camiseta blanca metida dentro de unos pantalones negros y zapatos a juego. Mi pelo, recogido en una cola de caballo, era lo único que parecía en orden.

Poco después, la ambulancia llegó. La señora fue llevada, y yo, sintiéndome culpable y avergonzada, intentaba digerir lo ocurrido. El inspector Ribera regresó y, con un tono grave, anunció:

—Lamento decirlo, pero tras lo sucedido, no me queda otra opción que cerrar este establecimiento. Desde ahora, este lugar queda inhabilitado para trabajar. Alba, necesito que me acompañes; hay unos documentos que debes firmar. Mandaré un equipo para evaluar detalladamente lo que ha pasado aquí.

El inspector Ribera continuó hablando brevemente con los demás. En poco tiempo, la cafetería se fue vaciando, y me encontré inmóvil, aun intentando procesar la realidad que se cernía sobre mí.

Cuando todos se fueron, yo permanecía atónita, sentada en una de las sillas. Manú entró en la cafetería y se colocó justo delante de mí.

—Hoy realmente no es tu día, ¿verdad? —dijo con una leve sonrisa.

—Eso parece —suspiré—. Pero gracias por ayudar. No sé qué habría hecho sin ti aquí.

—Nada que agradecer. A veces, el destino tiene formas curiosas de actuar.

Y tenía razón. De todas las situaciones inesperadas y estresantes que había vivido ese día, quizás el destino me había regalado a ese amigo justo en el momento que más lo necesitaba. O tal vez, simplemente, había aprendido que no podía controlar todo, y que a veces sólo hay que respirar y enfrentar lo que venga con valentía y determinación.

Lo que más deseaba era un café y tal vez cinco minutos de tranquilidad antes de que surgiera la siguiente crisis.

—Oye, Alba, ¿quieres que cierre el local hoy? —dijo Chus, claramente agotada.

Sosteniendo su mirada, asentí con gravedad.

—Por supuesto, Chus, gracias. Pero primero, Manú, ¿podrías hacerme un café? Parece que hoy te toca a ti —comenté con un tono teatralmente desesperado, pero tratando de esbozar la sonrisa que él merecía.

Él, sin perder el humor, me respondió con una sonrisa cómplice y se dispuso a preparar ese café que se había convertido en mi salvación momentánea.

Lo tengo claro: estoy en un buen lío. Y ahora, además, sin trabajo.

Decisiones que lo cambian todo

Hacía una hora que había llegado a casa, pero no había logrado más que encender la televisión y despejarme. Vladímir, mi gato, anidó en mi regazo mientras bebía una taza de té, tratando de olvidar los horrores del día. Pero la imagen del inspector, y la señora herida, me atormentaban a cada segundo.

Mi teléfono empezó a vibrar sobre la mesa. Era Christopher, otra vez. Su nombre brilló en la pantalla más veces de las que quería admitir. Sus llamadas no contestadas se acumulaban, como un recordatorio constante del desastre. Con un suspiro, apagué la pantalla. No estaba lista para enfrentar esa tormenta. No había devuelto ni una sola de sus llamadas. Evidentemente, ya sabía lo que estaba pasando. ¿De qué otra cosa podríamos hablar? No tenía ganas de escuchar sus gritos, no tenía ganas de nada.

Exhausta, caí en un sueño intranquilo en el sofá, despertando horas después con el brillo del teléfono iluminando mi rostro. «Christopher», decía la pantalla. Respiré hondo, considerando si responder. En lugar de eso, decidí escribir un mensaje. Las palabras salieron atropelladas, el peso en mi pecho era inmenso.

“Christopher, siento mucho utilizar este medio para comunicarte mi decisión, pero me parece la forma más rápida y menos dolorosa. Nunca quise hacerte daño y desearía que nada de esto hubiera ocurrido. A partir de ahora, ya no trabajo para ti. Lo siento mucho. Lo siento muchísimo en el alma.”

La respuesta no llegó de inmediato. Pero al amanecer, su mensaje, breve pero contundente, me atravesó:

“NO TENGO PALABRAS.”

Pasé el día sumergida en tareas domésticas, tratando de distraer mi mente. Pero la realidad seguía ahí, imposible de ignorar. No era rica y necesitaba encontrar un nuevo trabajo pronto.

Por la noche, cuando encendí el móvil, varios mensajes esperaban respuesta. Pero uno en particular capturó mi atención. El de Óscar. Un plan comenzó a formarse en mi mente, y decidí llamarle.

—Vamos, admítelo, me has echado de menos —dijo Óscar con ese tono juguetón que tanto le caracterizaba, lo que me arrancó una sonrisa involuntaria.

—Hola, Óscar. Necesito hablar contigo. ¿Tienes un momento?

—Pareces seria. ¿Todo bien?

—Estoy bien, gracias. Solo que... ¿Recuerdas cuando me ofreciste trabajar en tu tienda? ¿Lo decías en serio o solo estabas de coña? —Sentí cómo se me aceleraba el pulso al hablar.

Óscar soltó una pequeña risa.

—Nunca mezcló el trabajo con lo personal. Claro que lo decía en serio. ¿Has reconsiderado?

Hice una pausa, recogiendo el valor para responder.

—Creo que necesito un cambio, y si tu oferta sigue en pie, me gustaría aceptar.

El entusiasmo en su voz fue palpable.

—Estoy emocionado, Alba. Vamos a ser un equipo increíble. Te prometo que no te

arrepentirás.

Arrepentimiento. Esa palabra resonaba en mi cabeza con cada latido de mi corazón. Pero no había vuelta atrás.

—¿Qué te parece si nos reunimos y aclaramos los detalles? —propuso.

—Me parece perfecto.

Así, en ese breve intercambio, decidí cerrar un capítulo de mi vida y aventurarme en uno nuevo. Una etapa que nunca anticipé, pero a la que ahora me enfrentaba de lleno.



Hacía ya dos meses desde que le di un giro radical a mi vida. A veces, mirando atrás, todavía me asaltaban los fantasmas del pasado. El café de la señora Rocío, ese pequeño santuario de chismes y risas, reabrió tras un mes. La chivata de Rita me lo contó, claro. Estaba encantada, porque todos habían disfrutado de unas vacaciones pagadas gracias a la inspección sorpresa. El local se llenó de obreros y cascos por las reformas y solo entonces pudo abrir sus puertas de nuevo. La señora Rocío me llamó, no pude evitar coger el teléfono, pero fue tan sutil que no me sacó nada sobre mi dramática salida. Solo de lo bien que estaba y de sus achaques. Le dije que en cuanto pudiera, le haría una visita. Tenía un cariño especial hacia ella.

Una semana de asueto y me vi a las órdenes de Óscar en Starlucks, nada más y nada menos. Todo un mundo nuevo: más cafés de los que podía contar y unos protocolos que ni la NASA. Eso sí, lo mío con Óscar cambió. Ya no quedábamos. Él era el jefe y yo la empleada. Punto.

Y si te preguntas por Christopher, pues se evaporó, como agua al sol. Después de un par de mensajes, silencio. Levantamos un muro entre los dos. Era como si nunca hubiéramos cruzado palabra.

Estaba saliendo de una reunión interminable cuando Óscar me llamó a capítulo.

—Alba, ¿te quedas un momentito? Tengo un par de cosillas.

—Venga, dispara —dije sentándome.

Óscar arrugó la frente, ese gesto suyo tan... suyo.

—¿Qué tal lo llevas? No hemos hablado mucho, he estado a tope.

—Bien, bien. Aprendiendo a marchas forzadas, pero aquí estamos.

—¡Eso está genial! Solo un apunte: intenta ser más rápida. No estamos en el café de barrio.

Esa puntilla me pinchó, pero me mantuve firme.

—Estoy en ello, Óscar. Es que hay mil cosas nuevas.

—Lo sé, lo sé. No te lo tomes a mal. Es mi papel. Pero aquí el ritmo es otro, querida. —¡Ah! Ese "querida" casi me provoca una úlcera.

—Haré lo que pueda —respondí con un tono entre picajoso y amable.

—Perfecto. Y solo una cosilla más: los descansos, mejor en la sala de descanso. No con los clientes.

Mis cejas subieron tanto que casi se perdieron en el cuero cabelludo.

—¿Esto va por Manu, no? Traigo un cliente y ¿así me lo agradeces?

—Aquí mando yo y es así. ¿Te parece?

Aquello fue un puñetazo en pleno estómago. Pero decidí enfrentarme.

—Óscar, ¿qué te pasa? ¿Es por lo nuestro?

—Que no, que no. Ya te dije, no mezclo. Pero debes ser profesional, querida. Aprende a encajar las críticas.

Me causaba una mezcla de humor y acidez en el estómago escuchar a personas como Óscar o

Chris decir que no mezclaban la vida personal con la profesional. Esa frase trillada ya me sonaba a un mal cliché. Pero cuando se trataba de propasarse, ahí las mezclas aparentemente no importaban. ¡Qué descaro!

—Acepto muchas cosas en nombre de la profesionalidad, pero hay algo que quiero que quede claro: no tolero la falta de respeto. Eso también debes saberlo. No obstante, como ya te comenté, intentaré adaptarme a las normas. Ahora, si me disculpas, tengo trabajo pendiente.

Salí de la sala con paso decidido, dejándolo desconcertado. Aunque físicamente no era imponente, mi determinación era inquebrantable. Después de ese breve encuentro, apenas intercambiamos palabras. Pasaron algunas semanas y mientras atendía las mesas en el restaurante, me topé con una cara familiar.

Christopher estaba sentado relajadamente con una joven radiante a su lado. Al acercarme a atender su mesa y saludar, intentando ocultar mi incomodidad, él me ignoró por completo. Fue su acompañante quien, amablemente, respondió a mi saludo. Aunque ella no prestaba atención a mis palabras sobre el menú, Chris me sostenía la mirada, estudiándome como si quisiera descifrar un enigma.

A lo largo de su comida, sentía su mirada clavada en mí en todo momento. No pude evitar lanzar miradas fugaces en su dirección, tratando de entender la dinámica entre él y la joven. La incomodidad que sentía era tal, que me parecía tener ratas en el estómago luchando entre sí.

Cuando terminaron de comer y cuando estaba por retirar los platos, Óscar apareció de la nada, poniendo su brazo alrededor de mis hombros.

—Christopher, es un placer tenerte aquí —comenzó, y aunque actuaba como si conociera a Chris de toda la vida, estaba casi segura de que ni sabía su nombre completo—. Espero que disfrutes de nuestra hospitalidad, sobre todo con una de nuestras nuevas camareras atendiéndote —dijo con una sonrisa burlona—. Aún está en proceso de adaptación, pero estoy seguro de que pronto destacará en su labor.

En ese momento, hubiera querido desaparecer. Nunca me había sentido tan menospreciada. Christopher, con su inmaculada elegancia, simplemente esbozó una leve sonrisa y desestimó por completo su comentario con un gesto de su silla. La única palabra que pronunció fue cuando se dirigió a su acompañante y le preguntó: "¿Estamos listos para irnos?" Sin embargo, lo peor estaba por venir. Tras terminar de pagar la cuenta, Chris se puso de pie y lanzó una última pulla.

—El lugar tiene cierto encanto, Óscar. Aunque tu intento de superar a la competencia nos ha beneficiado bastante. Ahora contamos con el equipo que realmente queríamos. Y no necesitamos añadir a nadie más. Que tengas un buen día —dijo dirigiéndose a la salida con su acompañante, tocando sutilmente su espalda.

Y como si la bofetada con guante blanco no hubiera sido suficiente, lo vi detenerse de repente, como si hubiera recordado algo importante, y soltó un "ah, por cierto" antes de regresar a la mesa sin cruzar jamás una mirada conmigo. Sacó su cartera, la abrió y extrajo un billete de 5 euros que arrojó despectivamente sobre el platito que contenía el ticket de la cuenta, a modo de propina. Y luego se marchó, enfatizo: sin mirarme. Ese fue, simplemente, el punto más bajo de mi vida.

Después de ese intercambio tan denigrante, todos volvieron a sus asuntos. Yo, por mi parte, me sentí completamente humillada. Tras la jornada más larga y triste desde que tengo memoria, decidí que no podía quedarme ahí. En la ducha, mientras el agua caliente golpeaba mi espalda, recordé el calor de la señora Rocío, el cariño con el que nos trataba y la amistad de Rita. Por un momento, sentí nostalgia por la cafetería de la señora Rocío, un lugar que había sido mi hogar durante tanto tiempo. ¿Por qué me había ido? ¿Por Óscar? ¿Por Chris? ¿O por mí misma?

Tirada en la cama, abrumada por el cansancio, recibí un mensaje. Mi corazón dio un vuelco al ver el nombre del remitente: Manu.

"¡Hola Albita! Hoy estuve en Starlucks y no te vi. Supongo que fue uno de esos días. Pero si necesitas hablar, o solo reír un poco, aquí estoy. Un abrazo."

No podía evitarlo, sonreí. A pesar de todo, había alguien que se preocupaba genuinamente por mí. Recordé las veces que Manu me había hecho reír, cómo compartíamos chistes tontos y cómo parecía realmente interesado en mi amistad, sin dobles intenciones o comentarios sarcásticos.

Le respondí rápidamente:

"¿Qué tal si nos vemos mañana? Podríamos tomar algo."

Apenas había terminado de escribir cuando él respondió con un simple:

"¡Perfecto!".

Esa noche, por primera vez en semanas, me sentí un poco mejor. Me di cuenta de que no necesitaba a personas como Óscar o Chris en mi vida. Me merecía algo mejor.

Después de despedirme de Manu, tomé una decisión. No iba a dejar que Óscar o Chris, o cualquier otra persona, definieran mi valor. Era hora de tomar las riendas de mi vida y buscar lo que realmente me hacía feliz. Al final, lo que importaba no era el nombre de la cafetería, sino la gente que la hacía especial. Y eso es lo que había encontrado en el café de la señora Rocío: mi verdadero hogar.

Aquella noche, las lágrimas no cesaron en mi rostro.

La camarera contra ataca

La historia entre Óscar y yo no culminó con ese vergonzoso *tête à tête*. De hecho, tras ese episodio, Óscar se empeñó en amargarme la existencia. Empecé a preguntarme si en realidad había habido un cambio en él o si simplemente se estaba mostrando tal cual era: un auténtico imbécil.

No perdía ocasión para enfrentarse a mí, sabiendo perfectamente que mi temperamento, rebelde y de lengua afilada, respondería al instante. Nuestra relación laboral se tornó insostenible. Maldije en más de una ocasión el haber aceptado trabajar con él. Lo que en un principio parecía una solución ideal, pronto se convirtió en «La pesadilla de la cafetería, acto II».

Por fin, era miércoles. Afortunadamente, ese día era mi único día libre de la semana. Después de la extenuante rutina de trabajar de lunes a domingo, con solo un día libre por semana y otro libre cada tres fines de semana, este descanso era un oasis. En otras palabras, jamás tenía dos días seguidos de descanso. Aunque ya me había adaptado a ese horario inhumano, seguía siendo más intenso que el que tenía en mi antigua cafetería.

Me acomodé en el sofá estirando las piernas, bueno, Vladímir y yo, pues mi gato también se acomodó a mi lado. Decidí llamar a Rita para ponerme al día; hacía casi una semana desde que le conté sobre mi desagradable encuentro con Christopher.

—¡Oooh! ¡Majestad! ¡Qué sorpresa escucharla! —bromeó Rita al contestar, haciendo alusión a mi demora en llamarla.

—¡Venga ya! Bien que podrías haberme llamado tú —repliqué en tono juguetón.

—No soy yo la que tiene un horario de mierda y no puede estar disponible en horas normales.

—Justo, criticando mi situación de esclavitud moderna. Deberías compadecerte de mí, ya sabes, horarios del averno. No es que no quiera charlar contigo.

—Pura palabrería —su tono era tan jovial y ameno como siempre. Conversar con ella siempre elevaba mi ánimo—. Anda, cuéntame todo y no omitas detalles.

Respiré hondo, tratando de ordenar mis pensamientos.

—Óscar me está sacando de quicio. No te haces una idea de cuánto lo detesto.

—¿Tan mal andan las cosas? Pensaba que la situación mejoraba. Decías que ya no te molestaba.

—¡Eso era antes! Desde que Chris puso un pie en la cafetería, Óscar se ha convertido en un verdadero torturador: cuestionando todo lo que hago, dándome órdenes a diestra y siniestra. ¡Estoy harta de él!

—Quizás solo está siendo exigente porque quiere que mejores...

—¿Me insulta y espera que lo ayude y mejore? ¿En serio? —interrumpí, la indignación evidente en mi voz.

—No ha dicho eso, Alba.

—No lo has pronunciado, pero lo has insinuado. ¡Es el colmo! Ya te digo, si no necesitara tanto este trabajo, le diría un par de verdades bien claritas...

—Alba, tú no naciste para que te manden, tú naciste para mandar.

—Eso siempre decía mi madre, y parece que tenía razón.

Nos reímos de las tonterías que siempre acabábamos diciendo juntas. Estaba convencida de que sería una jefa excepcional. No por echarme flores, pero siempre he sentido que tenía más

esencia de líder que de subordinada. Además, para mí, ser líder no significa pasar por encima de los demás. *Si no cuidas de tu equipo, tu negocio se va al garete. Pero ¡bah! ¿Qué voy a saber yo? Si al final no soy más que una currante sin una carrera o grandes estudios.*

—Y, cambiando de tema, ¿todo bien? —preguntó Rita, dando un giro a la conversación.

—Sí, todo en orden. Oye, ¿has visto a Christopher? —pregunté, intentando sonar desinteresada.

—¿Al pijo ese? Lo veo a menudo. ¿Qué quieres saber? —preguntó con un deje irónico. «¡Ay Rita, Rita!».

—Oye, eres mi aliada, no te pases. Simplemente, me sorprendió verlo en la cafetería y ahora no sé nada de él. ¿Está saliendo con alguien?

—¿Todavía te afecta, eh?

—No sé de qué hablas —aunque en realidad sí lo sabía.

Tenía mucho en qué pensar sobre ese tema. Lo que pasó hace meses todavía revoloteaba en mi cabeza. No podía quitármelo de la mente. A veces me decía que parecía una Rapunzel moderna, solo que en lugar de esperar a un príncipe, estaba tratando de desenredar mis emociones. Nunca imaginé caer así por alguien, tan repentina e intensamente. Me dejé llevar por la corriente de mis pensamientos, recordando cómo habían cambiado las cosas desde esa noche con Christopher y cómo hubieran sido si las cosas hubieran tomado otro rumbo. Pero no fue así, esa es la verdad.

—Estás pillada por él, no lo niegues.

—No es para tanto, pero hay algo, no es alguien que pueda ignorar fácilmente.

—No sé si está con alguien, pero últimamente anda con una chica joven que va con él a la cafetería. Parece más su hija que su pareja. Pero hablan en otro idioma cuando ella está. Creo que es de donde él es.

—Ah, ésa. La vi cuando vino a la cafetería. Seguro que quiere mostrarme que ya me superó. Y tiene razón, debería hacer lo mismo. —Confesarlo me pesó más de lo que quisiera admitir.

Sabía cómo lo había tratado y todo lo que pasó. No me miraba porque sabía que había cometido errores. Y estaba pagando por ello.

—Oye, no te rayes. Si solo quería un rollo y ya encontró a otra, ¡que le den! No te merece. Al final, sigue siendo el mismo Cristofito.

—Quizás tienes razón. —Aunque por dentro, las cosas no eran tan simples.

Cambiando a temas menos intensos, seguimos hablando un rato y luego colgamos. Me recosté en el sofá; Vladímir se acomodó sobre mí y empecé a acariciarle. Casi me quedo dormida cuando el timbre sonó. Nos sobresaltamos con el ruido.

Tomé mi tiempo para llegar a la puerta. Sonó nuevamente, ahora con más insistencia. "¡YA VOY!", grité. La abrí con cierta irritación. La cadena de seguridad evitaba que se abriera completamente, por precaución.

Mi corazón casi se sale del pecho al ver a Christopher, igual que la última vez.

—Christopher... ¿Qué quieres? —me salió sin pensar.

—¿Puedo entrar? —preguntó, su voz tenía esa suavidad profunda que me dejaba sin aire.

Abrí la puerta completamente y retrocedí para que entrara. Tras cerrar la puerta, me quedé mirándolo, pensando que tal vez mi subconsciente quería retenerlo ahí conmigo.

Nos quedamos en silencio, sintiendo la intensidad del momento.

—Alba...

—Chris... —Nuestras palabras coincidían casi al unísono.

—No quiero llevarte mucho tiempo, solo necesitaba decirte algo.

—Está bien, siéntate. —Señalé el sofá, pero parecía una estatua, rígido.

—Como te decía, no me demoraré. Iré al grano.

—Adelante —dije, intentando mostrar seguridad.

—Tengo contactos, muchos. Y desde el día de la inspección en la cafetería, algo no me cuadraba. Las inspecciones no son así, tan aleatorias. Me olía a chamusquina.

—Yo también lo pensé, pero ¿qué importa ahora? Lo hecho, hecho está.

—No es tan simple, Alba.

—¿A dónde quieres llegar con todo esto? ¿No podemos dejar ya lo que ha pasado?

Me miró de forma desafiante: de arriba abajo, en un gesto osado y arrogante.

—Sin duda, hay cosas que es mejor dejar en el pasado. Pero no he venido por eso. Solo quería decirte que ya he encontrado al culpable de todo esto.

—Chris, reconozco que hemos fallado en muchas cosas y ya te pedí disculpas por ello. No sé qué más esperas de mí. Asumo mi responsabilidad...

—Para. Sigues siendo la misma. Pensé que, ahora que trabajas para los reyes del café, habrías aprendido a medir tus palabras.

Esa acotación me enfureció.

—¿Vienes solo a criticarme? Parece que tú tampoco has cambiado. Pero la verdad es que no me interesa. Por favor, sal de mi casa. Ya te he pedido disculpas, ya te he dicho que lo siento. ¿Qué más quieres?

—Quizás la respuesta a eso es lo único que no querrás escuchar y yo no quiero responder.

Si de verdad nos soportábamos tan poco, lo lógico habría sido ignorarnos, pero la intensidad de nuestra confrontación demostraba que no podíamos quitarnos de la mente. Y aunque no lo diría en voz alta, me moría por saber qué pensaba.

—Esperaba que dejaras nuestros conflictos atrás, pero veo que no pierdes la oportunidad de herirme, Christopher.

—¡A tomar por culo con todo esto! —Exclamó con frustración, despertando su ira. Se acercó a mí, bajando su cabeza para mirarme a los ojos—. No me hables de heridas, Alba. Joder... tú... tú no tienes idea de lo que dices. Eres tan ingenua.

—Basta de venir a mi casa a darme sermones. No me importa tu opinión en lo más mínimo. —Nuestras voces resonaban con fuerza, intensificando la tensión entre nosotros.

—Solo vine a advertirte sobre algo que creí que deberías saber. Pero todo lo que haces es confirmar lo que ya pensaba: que eres una niña mimada e insensible, mocosa malcriada, desagradecida y tonta. —Abrí los ojos de par en par con tanto insulto. Ni parecía él—. No me voy a callar esta vez, siempre me contengo contigo, y tú siempre dejas salir toda la mierda que quieres de esa maravillosa boca tuya. Ya he dicho lo que tenía que decir.

«Maravillosa boca tuya», qué forma tan peculiar de expresarlo. ¡Idiota!

—Entonces, habla de una vez y luego vete. —Dije con tanta rabia que parecía que las paredes temblaban.

Respiré hondo tratando de calmar el temblor de mis piernas y mi acelerado corazón. Él sacudió la cabeza con desaprobación y caminó hacia la puerta. Justo antes de salir, se volvió y lanzó una última acusación.

—Fue tu querido Óscar quien llamó a la inspección para joderme. Te lo dije desde el principio, sabía lo que estaba haciendo. Espero que te sientas muy feliz con él. Merecen estar juntos.

A punto de marcharse, lo detuve con un grito:

—¡Espera! No tan rápido —Se giró para mirarme, con una expresión dura— ¿Y si solo me

dices esto para ponerme en contra de Óscar? Podrías haber sido tú quien llamó a la inspección. No sería algo fuera de lo común viniendo de ti.

La ira se apoderó de él, cerrando la puerta con fuerza. Se aproximó a mí de forma amenazante, y retrocedí por el miedo reflejado en sus ojos.

—¿Te atreves a repetir eso? —me retó.

—¿Qué propósito tendría? ¿Para qué después vengas con alguna de tus excusas y cambies el relato a tu favor? —A pesar del temor, no podía callarme.

—Tengo que admitir que estoy sorprendido. —Me espetó con una voz cargada de desdén—. Unas cuantas noches con otro y te conviertes en una víbora hija de puta.

En un acto reflejo, le di una bofetada. El sonido del golpe y la marca roja en su mejilla me llenaron de remordimiento. Las lágrimas brotaron de mis ojos. Me tapé la boca con la mano, sorprendida por mi propia actitud impulsiva.

—Ves, me golpeas y tú eres la que llora —comentó con sarcasmo, aunque pude ver el dolor en sus ojos, no solo físico sino también emocional.

El llanto me dominó, y en un giro inesperado, él me abrazó. Aquel gesto, en medio del caos, fue un bálsamo. Sus manos me reconfortaban, y aunque parecía absurdo después de todo lo que habíamos dicho, era él quien me sostenía.

Se apartó un poco y me miró. Chris, siempre tan controlado, parecía triste y preocupado.

—Me preocupo por ti, Alba. ¿Estás bien? ¿Eres feliz?

¡Mierda! En lugar de mejorar, solo empeoraba todo. Las lágrimas volvieron a inundar mis ojos.

—Shhh... lo siento. Olvida todo. Solo... cálmate. No me gusta verte así —Me susurró al oído, envolviéndome nuevamente en sus brazos—. Alba...

—No digas nada más, Chris. Por favor... —Le pedí entre sollozos.

Pasamos unos cinco minutos abrazados en silencio, en medio del salón. Cuando finalmente se alejó, parecía listo para marcharse.

—Alba, creo que es mejor que me vaya. Hemos dicho todo lo que teníamos que decir y...

—No estoy con Óscar.

Levantó una ceja y, después de pasar una mano por su frente, fijó sus intensos ojos azules en mí. Noté que su respiración se volvía errática.

—No entiendo... ¿Por qué me dices esto?

—Porque no me gusta que pienses que he reemplazado nuestra historia con otra. Tienes razón, Óscar y yo nos hemos acercado, pero no estoy con él. No de la manera que estuve contigo.

Chris parecía desconcertado y se pasó una mano por el cabello, despeinándolo aún más de lo que ya estaba.

—Entonces, ¿por qué me atacaste de esa manera? Pensé que estabas defendiéndolo.

—Estaba defendiendo mi dignidad, Chris. No a Óscar. Tienes razón en algo, no debería dejar que las palabras de los demás me afecten, pero las tuyas sí lo hacen. Porque a pesar de todo, te importo. Y tú a mí.

Hubo un silencio, uno de esos donde las palabras no son necesarias porque las miradas dicen todo. Ambos estábamos heridos y en busca de respuestas. Ambos tratando de encontrar una manera de superar nuestro pasado y avanzar hacia el futuro, sin saber realmente cómo hacerlo.

—Alba, no sé qué decir. Tengo que admitir que me duele pensar que te has mudado rápidamente. Pero, si no estás con Óscar... ¿Por qué me contó eso sobre la inspección? ¿Por qué se interpondría entre nosotros?

—No lo sé, tal vez tenga sus razones o quizás fue una decisión impulsiva. Pero eso no

debería importarnos ahora. Lo que es relevante es lo que tú y yo decidamos hacer a partir de este momento.

Tomó dos pasos decididos hacia mí, quedando a escasos centímetros de mi rostro. Alcé la mirada para encontrarme con la suya.

—No sé si somos buenos el uno para el otro. Pero tampoco puedo imaginarme mi vida sin ti en ella. Ha sido un infierno estos últimos meses.

—Lo sé, yo también lo he sentido —respondí, tocando su mano con la mía.

—¿Podemos intentarlo de nuevo? No como antes, porque ambos hemos cambiado. Pero tal vez podamos encontrar una nueva forma, un nuevo comienzo.

Miré profundo a sus ojos, buscando sinceridad y encontrando dolor, esperanza y amor. Apreté los dientes, sin saber cómo afrontar aquella afirmación que nos dejó a ambos sin palabras. Incluso yo estaba sorprendida por lo que acababa de decir. Pero ya estaba hecho y no había vuelta atrás.

—Alba... —pronunció mi nombre con ese tono que me era tan familiar.

—No es Óscar a quien quiero...

—¿No? Entonces, ¿a quién quieres?

—¿Acaso no es obvio? —me atreví a decir, aunque las palabras se atascaron en mi garganta. Chris suspiró y se aproximó, poniendo sus manos a ambos lados de mi rostro.

—Voy a preguntarte una vez más y espero que esta vez seas clara. ¿Qué es lo que quieres?

—A ti, coño —exclamé sin pensarlo. Era la verdad.

—¿A mi qué? —dijo, dejando entrever un tono juguetón.

—¡Joder, Chris! ¿Por qué complicarlo todo?

No pude terminar mi queja porque sus labios se encontraron con los míos en un beso que, aunque largamente deseado, no vi venir. Pero me trajo felicidad.

El cuerpo humano tiene limitaciones

Seguía jurando y perjurando que mis piernas se habían convertido en gelatina en el momento en que Christopher volvió a tomar mis labios. Un beso que pareció eterno y que, si dependiera de mí, habría durado hasta el infinito y más allá.

¡¡Cómo besa el cabrito!!

En un instante, mi cuerpo estaba medio recostado sobre el sofá, y casi caíamos ambos al suelo. Christopher, consciente de la situación, entrelazó su mano con la mía y me atrajo hacia él. Era tan imponente a mi lado que me sentía protegida y, al mismo tiempo, intimidada.

Las cosas tomaron un giro diferente cuando sentí que desabrochaba el botón de mis vaqueros. En ese momento, coloqué mi mano sobre la suya para detenerlo. «Alguien tenía que mantener la cordura», pensé. «¿A dónde nos lleva todo esto?»

—Christopher, para, esto no es una buena idea —dije mientras volvía a abrochar el botón que él había desabrochado.

—Ya sabes que esto ya no es solo una idea, es real —pude interpretar en su voz un tono suplicante y ansioso, y ver el deseo latente en sus ojos.

Me quedé quieta, sin saber qué hacer ni qué decir. El cuerpo humano tiene sus limitaciones, y el mío estaba a punto de superar todas ellas. Christopher tomó suavemente una parte de mi rostro con su mano, acariciándola ligeramente, lo que me hizo cerrar los ojos instintivamente.

—Déjate llevar —me pidió él—. Permítete sentir.

Dudosa, nerviosa y ansiosa, era como me sentía en ese momento. Quería entregarme a él. En otras ocasiones, me había dejado llevar por personas desconocidas, incluso con mucho menos que esto, después de unas copas de más en una discoteca o en la azotea de un ático espectacular. Pero esta vez era diferente. Estaba enamorada de él, y eso cambiaba las cosas. No sabía qué significaba eso para nosotros. Al abrir los ojos, Christopher negó con la cabeza al ver mi reticencia, el miedo en mis pupilas, y sonrió. Mientras me perdía en su sonrisa, la mano que guiaba la mía nos llevó a mi habitación y me ayudó a tumbarme en la cama con cuidado.

—En algún momento de tu vida, tendrás que confiar en lo que sientes. Y me encantaría que estuvieras conmigo cuando eso suceda, como ahora.

Sus manos recorrían suavemente mi cuerpo.

—Te deseo, no voy a negarlo —dije con valentía—. No estoy segura de si eso es lo que esperas de mí.

—Pero el deseo, o como quieras llamarlo, es muy similar a lo que a veces siento por ti, y eso... bueno, es muy intenso—. Subió sus manos a mi cabello y sujetó mi rostro entre ellas con fuerza—. Lo que siento por ti va más allá del deseo, Alba. Es indescriptible. Quiero besarte tan intensamente que tus labios conserven las marcas de los míos, que tu cuerpo conserve cada toque de mis dedos. Quiero que seas mía, sentir tu cuerpo junto al mío, quiero...

Su mirada se oscureció, y un escalofrío me recorrió mientras sus ojos azul cobalto me miraban fijamente.

—Chris...

—Te quiero tanto. Pero también quiero sostenerte contra mi pecho y arrullarte como la chica frágil que a veces veo que eres, hasta que te duermas. Quiero protegerte y cuidarte. Tengo esa necesidad contigo. Quiero ser más que el deseo, Alba, simplemente quiero ser más para ti.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, y su rostro se volvió borroso. Mis brazos rodearon su

espalda, y el calor de su cuerpo me envolvió como una suave brisa de monzón.

El miedo se evaporó de mi garganta cuando noté que sus ojos también estaban empañados de lágrimas. Aun así, con sus dedos me acarició la mejilla, secando esas lágrimas persistentes, y lo que me invadió fue el calor de su ternura, recorriendo mi cuerpo en una oleada eléctrica. Tras esa conmoción, supe que había llegado el momento de revelar lo que había ocultado en mi interior por demasiado tiempo.

—Creo que me he enamorado de ti sin darme cuenta.

Mi corazón, antes oprimido por un dolor constante, se sumergió en un mar de ternura al ver su suave sonrisa.

—Quizá el enamorarte fue sin querer, pero te aseguro que haré lo imposible para que desees quedarte conmigo. Te deseo tanto y me encantaría intentarlo.

—A mí también me apetece darle una oportunidad a esto, creo.

—¿Hay algo en lo que no creas? —se mofó de mi manera de expresarme.

—En este momento, creo que sería mejor mantener la boca cerrada. O al menos, siempre que no se esté haciendo algo mejor.

—¡Vaya descaró, señorita Alba! Eso quiero verlo.

—¿Hace falta una invitación? —reí entre lágrimas todavía presentes.

—No. —Sus ojos centelleaban de deseo—. Solo te necesito a ti.

Con o sin razón, en ese instante, lo único de lo que estaba segura era de mi deseo de estar con él. Y así sucedió. Nuestros besos se intensificaron, los abrazos se transformaron en brazos entrelazados alrededor de nuestros cuerpos, fusionándose en uno solo.

Pese a creer saber lo que iba a ocurrir, no tenía certeza alguna. Claro, el espectro humano es vasto y variado; hay quienes hablan de sus emociones con facilidad y toman la vida con ligereza. Yo no era una de esas personas. Esto, en realidad, era mi yo más vulnerable, aquella parte de mí ser que antes no lograba sacar buenas notas ni concentrarse en nada. Quizá porque nunca quise enfocarme demasiado en escucharme a mí misma, en atender a lo que dictaba mi corazón. Creí que podía ser feliz así, pero me equivoqué. Ahora, con ese hombre amándome, recorriendo mi ser, acariciándome y dejando su marca en mi piel, no podía pensar en otra cosa más que en todo lo que había reprimido en mi vida: la posibilidad de amar y ser amada. Y era increíble. Se sentía como una brisa fresca de verano en un día de calor.

Por otro lado, mirando a Christopher, no podía evitar pensar lo mismo: alguien que piensa en exceso, también ama en exceso. Y lo sentí. No había más que decir. Era así: estaba completamente enamorada de un hombre tan intenso como arrogante y tirano, pero, a su manera, era todo lo que necesitaba: dedicado, apasionado, cariñoso y excepcional en lo que hacía. *Con eso basta.*

Nos encontrábamos abrazados, exhaustos y desfallecidos sobre las sábanas de mi cama. En mi silencio, aprendía a saborear el calor de sus brazos en torno a mí, tras habernos entregado al amor.

—¿En qué piensas, Alba María? —murmuró besando mi frente pálida y amplia.

Seguro que mi flequillo despeinado protagonizaba su propia película de terror. Mordí mi labio inferior, un gesto que él no dejó pasar inadvertido. Con delicadeza, liberó mi labio de los dientes y, rozando su lengua contra ellos, me provocó un cosquilleo al decir:

—No imaginas lo exquisitos que son tus labios, ni lo profundamente enamorado que estoy de ellos. Jamás permitiré que te hagas daño, porque cada parte de ti es sagrada para mí y deseo cuidarla siempre.

El beso que siguió podría haber encabezado los carteles de las películas más románticas o las páginas de la literatura erótica más ardiente. Sin embargo, para mí, era sencillamente el mejor beso del mundo. Reflexionar sobre su beso, en realidad, me resultaba inútil; todos los que me dio esa noche traspasaron lo indecible. Despertaron en mí emociones desconocidas y placeres inolvidables. El sabor de su boca era una dulzura adictiva; me dejaba sin aliento.

—Te quiero —confesé, intentando calmar las rápidas palpitaciones de mi corazón.

—¿En serio? —preguntó sin mostrar emoción, dejándome temblorosa.

¿Era esa toda su respuesta? Había tardado veintisiete años en pronunciar esas palabras y ¿así era cómo las recibía?

—¡Eh! Pues sí... —me revolví entre dos aguas.

—¿Podrías repetirlo? No te he escuchado bien.

¡Increíble! Encima se burlaba de mí. Me puse a pensar en cómo, independientemente de su origen, ya sea urbano o rural, muchas mujeres suelen responder con firmeza a las aproximaciones de los hombres, a veces escondiendo lo que realmente sienten. Yo misma, sin necesidad de venir de un ambiente rudo o de ser especialmente dura, me encontraba actuando de esa manera. Christopher, sin querer, solo me hacía más difícil mostrar mis verdaderos sentimientos. Únicamente cuando lo vi alzar la cabeza sobre la almohada y mirarme con una expresión de pícaro satisfacción, entendí que me estaba tomando el pelo, el muy cabroncete.

—No recuerdo lo que dije ni lo que respondí.

Se encogió de hombros torpemente y negó con la cabeza, como incrédulo de sus propias palabras.

—Aún no me conoces bien, pero soy experto en torturar a la gente... y no, nada parecido a lo que llamas 'torturas de Cristofito' —comentó con una sonrisa traviesa.

Mis ojos se abrieron de par en par, incrédulos. Nos sostuvimos la mirada seriamente durante unos segundos, hasta que no pude contener una carcajada genuina.

—¿Ah, te ríes? —amenazó juguetón—. Ya verás lo que te espera, mi amor.

Intenté parecer seria ante su amenaza juguetona, pero algo en mí deseaba huir jugando de la cama.

—No te atrevas, Chris... tofito —reí nuevamente.

—Ya verás quién es Cristofito...

Lo que siguió parecía sacado de una película de acción: él saltó de la cama intentando atraparme, y yo, corriendo desnuda por la casa, me reía a carcajadas mientras él me perseguía. Parecíamos dos locos, corriendo sin pudor, sin vergüenza, simplemente entregados al momento. Atrapada finalmente entre la encimera y la mesa de la cocina, lo miré, medio riendo, medio asustada. Su presencia imponente, desnuda y vibrante, era al mismo tiempo intimidante y tremendamente atractiva.

Avanzó un paso. Notó mi mirada sorprendida y negó con la cabeza, como si aún le quedara algo de frustración, pero luego me regaló una sonrisa.

—Alba, te lo advertí. No tentaras a la suerte. Ahora, algo tienes que hacer para compensarlo.

—¿Deberías ser tú quien se disculpara por hacerme correr por toda la casa!

—Ah, pidiéndome cosas cuando estás así, desprotegida y sin defensas... Esto se pone interesante.

—Ni se te ocurra, Christopher... deja de mirarme así.

—Vaya, eso sí que es una advertencia seria, aunque debo admitir que me intriga. Pero no, no puedo anteponer mis intereses aquí. En fin, tu postura junto a esa encimera me inspira una idea diferente de castigo que podría... darte.

Pronunció esa última palabra con una voz profunda y resonante, impregnada de un tono seductor. ¡Vaya! Eso me hizo sentir un cosquilleo delicioso por todo el cuerpo.

—Qué ingenioso. Pero dime, ¿qué sugieres? Estoy abierta a negociar...

—Excelente, te propongo un trato. En vez de seguir este juego, simplemente repite lo que me dijiste antes en el dormitorio. Claro y fuerte.

Maldito, no iba a ceder tan fácilmente. Rápidamente busqué una ruta de escape, pero parecía que sus ojos seguían cada uno de mis movimientos, casi anticipando mis pensamientos. A pesar de todo, tenía que intentarlo. Con un movimiento ágil, me lancé hacia la puerta, pero en mi afán por huir, perdí el equilibrio y terminé directamente en sus brazos. Me había subestimado a Christopher, un hombre que no se daba por vencido fácilmente.

—Aquí te tengo, mi valiente damisela.

Respiré hondo para calmarme. Al momento, me levantó en brazos y me llevó de vuelta al dormitorio.

—¿Ahora qué, cavernícola? ¿Intentarás enseñarme a ser sumisa? Eso sería perder el tiempo, nunca me daré por vencida.

Desvié la mirada de su sonrisa, tan irritantemente encantadora. ¡Era imposible jugar con él! Siempre sabía cómo llevar la delantera. Y lo que siguió fue algo inesperado. Aprovechando que me tenía en sus brazos, me dejó suavemente en la cama. Con una rapidez sorprendente, tomó una sábana, creando algo parecido a una cuerda suave, y juguetonamente me ató a la cama, que encima siendo de hierro le venía como anillo al dedo; eso sí, siempre cuidando no hacerme daño. Inmovilizada pero sonriendo a medias, me quedé allí, expectante por su siguiente movimiento.

—Oye, Chris, acuérdate que tu nombre es Christopher, no Christian Grey. Esto definitivamente no es «Cincuenta sombras»... ¿vale?! Así que nada de dominación, te lo advierto.

A pesar de que mi tono era en parte juguetón, había una seriedad subyacente. Me preguntaba qué travesura tenía en mente ahora. Él se arrodilló frente a mí con una sonrisa traviesa, sus ojos centelleando con picardía.

—Mira, es sencillo. O me dices lo que tienes en mente, o empiezo a explorar de una manera que seguramente te dejará sin aliento. Y créeme, tengo bastante imaginación.

No pude evitar una risa nerviosa y un poco histérica, intentando deshacer los nudos de la sábana, pero este tipo era más astuto de lo que pensaba.

—Voy a contar hasta diez. Si no hablas antes, verás lo que es bueno —reforzó.

Tragué saliva con alguna dificultad.

—Chris, ¡para ya! Esto me pone de los nervios. No soporto que me inmovilicen, me entra ansiedad, ¡de verdad, suéltame!

—Suelta primero tú. Tienes atrapados mis sentimientos, y es justo que sepa lo que guardas. Así que, ahora te toca a ti abrirte.

—Chris, lo único tuyo que estará dentro de mí será tu... bueno, ya sabes, y aunque la idea me tienta, ahora mismo, no es lo que quiero. Por favor, no me hagas esto.

Miré con ojos de cordero degollado, intentando apelar a su compasión. Él me observó, serio pero con un brillo juguetón.

—En unos minutos, te aseguro que gritarás, pero por algo mucho más intenso de lo que imaginas. Así que, hablemos claro.

Le miré dudosa, molesta por su forma de presionar, pero no podía negar que tenía su encanto.

—¿Puedo cerrar los ojos?

—Claro, aunque en poco tiempo, no tendrás más remedio.

—Eres un perverso —dijo con una mirada que pretendía ser severa.

—Si sigues mirándome así, te demostraré lo perverso que puedo ser —contestó con una sonrisa maliciosa.

Tomé aire, cerré un ojo y, por un momento, vi su sonrisa ladeada. No perdí tiempo en cerrar los dos.

—De acuerdo, hablaré.

Tomé una profunda bocanada de aire, intentando reunir algo de coraje.

—¡Eh!... dame un segundo, ¿vale? Necesito un momento.

—No he dicho nada —respondió él con un tono ligero y juguetón. *¡Vaya, cómo me desconcertaba su voz!*

Tras una breve pausa, reuní el valor para hablar.

—Ok, aquí va: quizás, solo quizás, me cuesta un montón hablar de lo que siento. Sí, lo admito. Y, bueno, es posible... bastante posible, de hecho, que me haya enamorado locamente de ti. —Hice una pausa, esperando alguna interrupción, pero no dijo nada. Continué con los ojos cerrados—. Pero esto no es un cuento de hadas, Chris. No tengo ni idea de cómo podríamos funcionar juntos. ¿Has pensado en el choque de trenes que serían nuestros temperamentos? Además, nunca me he enamorado antes, así que soy novata total en estos asuntos del corazón.

Al abrir los ojos, lo encontré mirándome fijamente, con una intensidad que parecía abrazar todos mis miedos y ansiedades. Me dio el espacio que necesitaba para abrirme, aunque cada palabra pronunciada me costaba horrores. Era una actitud estúpida, la mía, por dónde se mire.

—Ehmmm... —murmulló.

—Sí, te quiero —Exhalé un largo y profundo suspiro—. Y hasta decirlo me quema por dentro. No es que el amor sea una mierda, pero me cuesta, me cuesta tanto... No encajo en los moldes habituales, Chris. No soy una chica de esas que leen las novelas románticas y sueñan. Soy un desastre andante, un enigma... ¿qué piensas hacer con eso?

—No conozco a nadie tan especial como tú, Alba. Eso que llamas "mierda" es lo que me vuelve loco por ti. Siempre has sido auténtica, sin miedo a decir lo que piensas o a ser quién eres. Eres caótica, desafiante, y con una sola mirada tuya, podrías desarmar a cualquiera.

«Dios mío, me ama. Realmente me ama», pensé. Su declaración me impactó profundamente, como un rayo.

Mientras hablaba, liberó mis brazos de la sábana, pero esta vez, no me fui. Escucharle admitir sus sentimientos me dejó sin palabras. Y aunque una parte de mí se preguntaba qué pasaría si realmente me odiara, no podía ignorar la emoción de saber que él sentía lo mismo que yo.

—A pesar de tus temores y tus dudas, creo firmemente que estamos hechos el uno para el otro. No te dejaré ir. He estado atrapado en este sentimiento durante cinco años, agonizando por dentro. Hacer el amor contigo no solo ha sido lo mejor de mi vida, ha sido revelador, una liberación. No permitiré que te escapes de mi vida, aunque tenga que enredarte en todas las sábanas del mundo.

—Chris...

Se acercó, sus labios rozaron los míos, sus ojos perforaron los míos, buscando algo más profundo que palabras.

—Dame solo una oportunidad... una sola.

Con un gesto lento, asentí.

—También yo busco esa oportunidad. Pero necesito que me guíes en esto. He estado cargando con demasiados pesares en el alma.

—En eso somos iguales, ambos enterrados bajo nuestros propios escombros. Pero juntos, tal vez, podemos reconstruir algo real, algo verdadero. He mostrado mi peor cara todo este tiempo, pero ahora... ahora solo quiero estar contigo.

—Y yo contigo. Te quiero, Chris.

—Eso ya lo has dicho dos veces. A la tercera, me convierto oficialmente en tu novio.

—¿En serio, Christopher? Puedes ser tremendamente cursi... —resoplé, aunque una risa se me escapó ante su genuina alegría.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Puedo ser tu novio?

Miré sus ojos, tratando de mantener mi seriedad, pero la calidez de su mirada me hizo sonreír, delatándome.

—Te quiero, Chris.

—Ahí está, la tercera vez. ¡Es oficial ahora! —exclamó con una sonrisa triunfal.

De repente, me atrajo hacia él, sus manos exploraron mi cuerpo con una familiaridad que hizo que mi corazón saltara. Y cuando su boca encontró su destino, un estremecimiento me recorrió, sacando un grito ahogado de mis labios.

—Chris...

Pero cualquier protesta se desvaneció en cuanto su boca empezó a obrar maravillas, silenciando mi mundo, cerrando mis ojos. Me aferré a las sábanas, a él, a ese momento, queriendo que ese instante de pura magia y conexión durase una eternidad.

Un tremendo abanicazo en la cabeza

Christopher me había envuelto en un torbellino de sensaciones a las que yo consideré un tratamiento mayestático. Aquella noche había sido un cosmos de sentimientos a flor de piel y placeres desbordantes. «Incluso mi primera vez palidece ante esto», admití en silencio. Él poseía un don singular, y llamarlo don es quedarse corto. Conducía el arte amatorio con un equilibrio magistral, precioso y raro. No me refería al balance físico, aunque en eso, Chris era como un potro salvaje: joven, vigoroso, vibrante. Hablo de la sutileza con la que se entregaba, con la que navegaba entre las olas de la pasión sin ensalzarse ni minimizarnos.

Desperté enredada entre mis sábanas, todavía marcadas por la furia amorosa de la noche, respirando el dulce perfume de un hombre que nunca imaginé encontrar en mi camino. La decisión de entregarme a él, cuerpo y alma, había sido acertada. Chris no solo tocó mi piel; sanó mis miedos, atravesó las murallas que había erigido contra mis inseguridades. Por primera vez, sentí que alguien realmente veía a través de mí.

Me sentía como una «Alicia en el País de las Maravillas» contemporánea, y hacía ya más sus palabras: «Esta mañana sabía quién era, pero creo que he cambiado muchas veces desde entonces». ¿Acaso había una descripción más perfecta para lo que estaba viviendo?

Era hora de soltar a aquellos que nunca lucharon por permanecer, aquellos amores efímeros que consumieron mi tiempo e ilusiones, como Óscar. Dejar ir a alguien no es un acto de derrota, sino de coraje, un inicio y no un final. Avanzar era necesario, imparable, aunque eso implicara deshacerse de las cadenas del pasado.

Pensaba en Óscar de nuevo cuando Chris, con su voz dulce y una sonrisa cómplice, rompió mi ensimismamiento.

—¿En qué piensas? —me preguntó él, besándome la punta de la nariz.

—En ti.

—No hace ni veinticuatro horas que soy tu novio y ya me estás mintiendo.

—Eso crees tú... Si tanto me conoces, ¿cómo sabes que no te he mentado toda la noche?

—¿Lo has hecho? —fue directo, sin rodeos.

Me gustaba esa franqueza.

—No. Pero que ahora seas mi novio no significa que tengas derecho a invadir cada rincón de mis pensamientos.

—Jamás lo haría. Por eso pregunto.

Aún atrapada por sus encantos, me era imposible negarle nada.

—No quiero joder este momento.

—Eso es imposible. Dime, ¿qué te preocupa?

—Chris, esta no es la mejor ocasión para soltar mierda, mi cabeza está hecha un lío con tonterías.

Me calló con un beso. *¿Cuál sería la probabilidad de que a tu novio, con solo veinticuatro horas de antigüedad, le sentara mal que menciones a otro tío mientras aún estás desnuda y abrazada a él?*

—Vamos, suéltalo, Alba. Ya te conozco...

—Es Óscar. —Me miró serio, pero con una expresión más calmada de lo que esperaba—. Creo que me equivoqué con él.

—No malgastes tu tiempo en alguien que no merece la pena, que no luchó por ti. Dale puerta,

déjalo ir. Óscar es un cabrón, no hay otra forma de decirlo. Me hierve la sangre solo de pensar que te ha usado para sus mierdas.

—Chris, por favor, no empieces. Te lo suplico.

—¡Basta ya!

Estaba cabreado, y con razón. Intentó levantarse de la cama, pero reaccioné más rápido y lo retuve.

—Déjame explicarte, por favor. Hay cosas que no hemos aclarado y no quiero empezar con mal pie.

—¿Y qué coño vas a explicarme, Alba? ¿Que un gilipollas que apenas conoces te ha sacado de un trabajo de cinco años? ¿Que he sido un tonto esperando, mientras él llega y te lleva sin más?

—No fue tan sencillo. No seas injusto, Chris. —Me nerviosismo era evidente, me lamí los labios y agité la cabeza. Casi me arrepiento de haber sacado el tema—. Fue solo un beso, nada más.

—Puede que para ti solo fuera un beso, pero para él fue el inicio de su juego sucio para joderme. Eres ridícula si piensas que se interesaba por ti de verdad.

Abrí la boca, incrédula, y sentí cómo las lágrimas inundaban mis ojos. Era el mismo bruto de siempre. ¡Joder, qué rabia le tenía! Pero me dolía oírlo.

—Lo que te jode es que tipos como Óscar consigan en un instante lo que tú no has logrado en años. Eso te paraliza, te bloquea.

—¡La bloqueada aquí eres tú con ese tío! Puede que tengas razón, no estoy en mi mejor momento para esta charla. Todavía duele.

—Pero si te acabo de decir que tienes razón, Óscar solo se metió conmigo para sacar información de la cafetería y llevarme a trabajar con él. Nada más.

—Te lo has buscado...

—¡Joder, Chris! ¿Por qué vuelves a sacar todo esto? ¿Cuántas veces más vas a crucificarme por lo que pasó? —levanté la vista, intentando contener las lágrimas que ya recorrían mis mejillas.

Se cubrió los ojos con la mano, presionando fuerte. Estaba claro que le afectaba esta guerra entre las sábanas. Me sentí una mierda.

—No es mi intención machacarte con nada. Yo... me la he jugado por ti —dijo.

—Cuando todo va bien, te pones palos en las ruedas tú mismo. Además, me has tratado como una opción, no como una prioridad. Eso es lo que siento.

La conversación se desviaba peligrosamente para ambos.

—Mira, Alba, si seguimos así, nos vamos a perder. Y eso me aterra.

—¿Como cuando llevaste a esa amiga a Starluck's solo para restregarme que pasabas de mí?

Su rostro cambió de color. Le había pillado. Pero él suspiró ruidosamente.

—Vamos a hablar claro ahora mismo. Eso es lo que siempre haces. No te enteras de lo que dices ni de las tonterías que sacas por ese piquito de oro que tienes. ¿Y sabes qué? Estás teniendo un ataque de celos estúpido.

—¿YO? —Su rostro se deformó por la agitación de la discusión. Estaba furiosa porque sabía que él tenía razón—. Si eres tú quien no para de hablar de Óscar. Te montaste un numerito cuando me viste con él. Sin embargo, yo mantuve la compostura cuando te llevaste a tomar café con esa chica que parecía bastante más joven que tú, haciéndome sentir horrible. Realmente, te odié por eso.

—Tenemos serios problemas de confianza, tú y yo.

—Qué fácil es hablar de confianza. Tranquilo, eso ya pasó y quedó en agua de borrachas. Verla lanzarse sobre ti, aquel día... no, no me hizo gracia. ¿Qué esperabas?

—¿De ti? Ya no sé qué esperar.

—Me hubiera sentido mejor si me hubieras dicho que querías seguir adelante con alguien más.

—¿Ah sí? Eso fue justo lo que hiciste, ¿no? Cuando te lanzaste a los brazos de él.

—Eres un gilipollas.

—¿No se nota? Obviamente soy un gilipollas —elevó la voz—. Mírame aquí, comparándome absurdamente contigo, mientras intentas justificar tus vínculos con otro... ¡ahhhh! —gritó al cielo.

—Yo solo intentaba mantener mis opciones abiertas e intentar solucionar todo esto.

—Vaya manera de mantener tus opciones abiertas. ¿Qué más has dejado sin cerrar?

—No voy a permitir que vuelvas a faltarme al respeto, Chris. —Él bajó la cabeza.

Los dos respiramos agitados, al unísono. Mi aliento retozó sobre el suyo y había uno de los dos que estaba señalando el ritmo, como un marcapasos. No sé si era él o yo, pero la sincronización era asombrosa.

—Lo siento, he dicho mierda... perdón.

—Si te sirve de algo, yo tampoco he estado muy acertada.

Nos estábamos cuestionando mutuamente, y eso era devastador para ambos.

—La he pifiado y lo siento. Jamás imaginé que verme con mi sobrina te haría sentir así.

Nadie antes había estado tan dispuesto a demostrarme cuánto me quería. Y ahora me echaba un jarro de agua fría con esa confesión. Qué ridícula me había hecho sentir.

—Me siento como una idiota... —Me interrumpí para tomar aire y contuve las lágrimas. Estaba harta de llorar por tanta tontería.

Con un suspiro, Christopher dejó escapar una bocanada de aire, como si estuviera liberando la tensión acumulada.

—Sylvie es mi sobrina mayor, la hija de mi hermano que vive en Francia. La quiero como si fuera mi hija. Parece más mayor de lo que es, pero en realidad es solo una adolescente encantadora. Y es una de las pocas personas en la familia con las que quiero mantener contacto constante.

—¡Joder! No sé qué decir... —*¡Qué situación más bochornosa!*

—El día que me enviaste ese mensaje —comenzó a hablar despacio, en voz baja, ocultando su rostro con la mano—, diciéndome que te ibas... Te juro, Alba, que fue uno de los peores días de mi vida. —Sentí una punzada de pena en el corazón y temblé por dentro—. Sentí que te había perdido para siempre, que te había fallado en todos los sentidos, me sentí fatal por estar lejos, por dejarte....

Se detuvo para tomar aire profundamente; el sonido fue desgarrador. Luego levantó la cabeza hacia el cielo, exhalando todo el aire de sus pulmones nuevamente. Después me miró. Y jamás olvidaré esa mirada; llena de dolor, sufrimiento, angustia, pérdida... todo por mi culpa. Me lancé a su cuello y lo abracé con fuerza. Al principio se resistió, pero luego sentí cómo sus brazos me envolvían en un abrazo protector y reconciliador.

—Te quiero, Chris. De verdad. Nunca quise hacerte sufrir.

—Solo dime una cosa: ¿sientes algo por él?

—No, Chris. Jamás sentí nada por él, no como lo que siento por ti. Nunca. —Le tomé la cara entre mis manos—. Mírame. No más mentiras ni engaños. He estado con él unas cuantas veces... —Intentó apartar la mirada, pero no lo dejó—. Amor, déjame hablar. —Y ahí estaba yo,

lanzándome al vacío—. Sí, los dos nos liamos, pero eso fue todo, nunca pasó de ahí, te lo prometo. Confía en mí.

—Aunque me duela, no me preocupa que hayas estado con él o incluso follado con él. Eras libre. No soy estúpido. Sé que ambos hemos tenido nuestras cosas a lo largo de los años. No es eso lo que me molesta, aunque prefiero saber que no pasó nada más. Lo que no soportaré es compartirte. Porque en mí mundo solo cabe tú.

—Te prometo que eso no pasará, jamás te engañaría, ni quiero estar con nadie más. De hecho, quiero dejar ese trabajo. Voy a renunciar esta semana.

—No quiero que pierdas oportunidades por mi culpa. Si crees que estar ahí es mejor para ti, te apoyo, aunque no lo vea como una oportunidad seria.

—Chris, es un trabajo de mierda. —Él se echó a reír al ver mi expresión, y los dos terminamos riendo—. La cafetería es bonita, pero Óscar es un jefe terrible. Pensé que era un buen tipo, pero me equivoqué, es un hijo de puta de cuidado.

—Pues yo no lo lamento en absoluto. Desde el principio se notaba que era un mal tipo. No tienes por qué sentirte mal. No merece la pena luchar contracorriente; cada puerta que se cierra es una nueva oportunidad que se abre.

Mi carácter fuerte y obstinado, lo que mi padre siempre decía que era tanto mi mayor don como su mayor dolor de cabeza, ahora me salvaba de cometer un error. Y ese pensamiento me llenó de fuerzas.

De repente, sentí otra vez unas ganas tremendas de llorar, no de tristeza, sino porque cada vez que miraba a Christopher, escuchaba sus palabras y sentía su carácter, me enamoraba aún más de él. Era embriagador descubrir que esa persona tan difícil también era la más inteligente, dulce y fascinante que había conocido.

—Yo que tú no me preocuparía ni lloraría, porque Cristofito aún no se ha ido a ninguna parte —me eché a reír. *¡La madre que va!*—. Y... te amo. Mucho. Estoy seguro de que juntos superaremos cualquier cosa, ahora... una cosa que has dicho es correcta.

—¿Solo una? ¡Joder! ¡Qué puntería!

—Boba —acaricié mi rostro y limpié mis lágrimas, algo que empezaba a convertirse en un hábito—. No quiero más mentiras ni engaños entre nosotros.

—Te lo prometo.

—Eso espero, porque ahora mismo eres demasiado importante para mí. Y no quiero que nada interfiera en mi relación contigo. Nada.

—Abrázame y bésame —le pedí, deseando sellar nuestro futuro.

—Voy a hacer mucho más que eso, y lo sabes —me guiñó un ojo, brillante de emoción.

Mi corazón se calmó y se dejó llevar por la emoción. Volvimos a hacer el amor y nos sumergimos en una complicidad reciente, pero ya muy prometedora. El futuro aún tenía muchos giros por dar, pero por ahora, yo estaba consciente y decidida a cambiar el rumbo de mi vida, a encontrar mi lugar en el mundo. Necesitaba pensar, pero en ese momento, solo quería disfrutar de los brazos de mi Cristofito.

Deseos de estrellar algo

El lunes llegó como un cubo de agua fría, y con él, la misión suicida de pedir mi dimisión sin que me diera un patatús. Allí estaba yo, enfundándome en mi ropa de trabajo, cuando el móvil vibró con un nuevo audio de Manu. Desde que intercambiamos números, él se había convertido casi en mi oráculo personal, sin la túnica y el incienso. Hablaba sin parar de la chica que le gustaba, aunque el pobre no tenía demasiada puntería en el amor. Yo, por mi parte, le mandaba vibras positivas, convencida de que él era un partidazo: un sol de chico, aunque con una chispa de locura que le daba sabor a la vida.

Reflexioné sobre mi propio merecimiento de felicidad, mientras pegaba el móvil a la oreja, cuidando de que mis compañeros de vestuario no escucharan. El audio de Manu tenía que ser confidencial, especialmente este.

Mi audio:

“Ya te lo he dicho mil veces. Olvídate de esa pava. No merece que le des ni la hora, después de todo lo que te ha hecho. ¡Hoy la mandas a freír espárragos!”

Y no tardó en contestarme:

El audio de Manú:

“Oye, ya hemos dado mil vueltas a esto en estos días. No te amargues por ese tío, no merece ni una lágrima tuya después de cómo te ha tratado. Hoy le das puerta y punto.”

Tan directo como siempre, pero tenía toda la razón. Además, nuestra sintonía era evidente. Los consejos que intercambiamos parecían diseñados a medida para nosotros mismos, como si fuéramos gemelos en plena conversación. Debía dejar de ser la señorita Simpatía y enfocarme en lo que venía. Mi dilema moral era que yo había sido la que había suplicado por el trabajo, aceptando la oportunidad que me brindaron. Y ahora Christopher me decía que todo había sido un plan para sacarme de mi tranquila vida en la cafetería. Pero eso ya no importaba. Tenía una misión.

Me encerré en el baño y acerqué el móvil a mi boca para responder. *Vaya imagen, ¿no?* Aquí estoy, susurrándole secretos de estado a mi móvil en el baño.

“La verdad, me siento como una espía de baja categoría escondiéndome en el baño para mandar un audio. Pero en fin, sobre lo otro, tienes toda la razón: hay que armarse de valor y actuar.”

Al final, terminó por llamarme:

—Oye, que así mejor —me susurra, como si fuera él que estuviera en un cubículo ridículo, sentado en la taza del váter.

—Pues sí, aquí me ves, parezco gilipollas metiéndome en el baño para mandar un audio. Pero ¿qué le vamos a hacer? Sobre lo otro, claro que sí, tienes razón: hay que hacer lo que toca, y ya me estoy poniendo las pilas. Luego te cuento todo el salseo.

—¡Eh, pedazo de capulla! —ya me entraban ganas de descojonarme con su forma de hablar tan suya y ese humor que se gasta— ¿Te has parado a pensar en la de movidas tochas que se han

resuelto en los audios desde el trono? Desde rolletes secretos hasta maquinaciones chunguísimas, que si te oye el WhatsApp...

—Oye, que me piro ya, que si sigo aquí voy a acabar con la oreja picoteada como la del Van Gogh, y no como esos *trailers* de pelis que te montas en la cabeza.

—Venga, un consejo de bro: que no te tiemblen las canillas al decirlo y acuérdate que luego nos pillamos unos quintos fresquitos para celebrarlo.

—¿Celebrar el qué? ¿Mi paseíllo al paro? ¡Venga ya, Manu, qué crack eres!

—Y lo que te pierdes por no darte cuenta de la suerte que tienes con un colega como yo. ¡Venga, ve y pónselo crudo a ese listillo!

—Ya te digo que lo sé. Y te quiero un huevo. Luego hablamos; de verdad que tengo que salir de aquí antes de que piensen que me ha dado un apretón. Llevo más de diez minutos sentada en el váter sin hacer nada.

—Pues nada, empezando el día enfrentándote a la mierda, ¡eso es actitud!

Corté el audio ahí, porque si seguía, nos íbamos a liar con la parrafada. La charla fue una locura, pero nos subió el ánimo. Es un lujo tener a alguien que te entienda y te respalde, hasta en las gilipolleces más grandes de tu vida. Esta amistad con Manu era como un chute de energía, igual que la que tenía con Christopher. Pensando en él, recordé cómo esa mañana, antes de dejar sus brazos, me había insuflado un aire de autoconfianza, haciéndome ver que si me lo propongo, puedo comerme el mundo con patatas.

Salí pitando del baño y me encaminé al despachazo de Óscar. Estaba en la zona VIP de la tienda, esa a la que no nos dejaban pasar a los currantes. Pues nada, que me planté allí viendo el cochazo de Óscar aparcado en plan *divo* delante de la puerta. «¡Ole tus narices, Óscar, el que puede, puede y el que no, a apañárselas!». Al entrar, me lo encontré ahí, embobado con sus papeles, como si estuviera descifrando el misterio del Santo Grial. Toqué a la puerta y él alzó la vista como quien ve a un fantasma.

—Buenos días, Alba. ¿Necesitas algo? —me soltó con un tono más seco que la mojama.

—Buenos días, Óscar. Oye, ¿te venía bien si te contaba una movida ahora?

El hombre soltó un suspiro que casi movió los papeles de la mesa, se encogió de hombros y me dijo que pasara. «¡Ay, qué alegría y qué alboroto!», pensé.

Entré, cerré la puerta tras de mí y me planté en la silla del frente como si fuera la dueña del cotarro, sin pedir permiso. Crucé las manos, adopté una pose interesante y le largué todo el rollo.

—Antes de soltar lo que me trae por aquí, quiero darte las gracias por la oportunidad de currar en este tugurio. Ha sido una experiencia... interesante —dije, aunque sabía que no era la palabra que mejor lo pintaba, pero era lo único que me apetecía soltar.

—Eso ya me lo has cantado antes y te agradezco el detalle, eso sí que vale. Me mola la gente que reconoce a los que les echaron un cable.

—Como tú has dicho, el valor de cada uno es fundamental, y más aun lo que cada uno aprecia en los demás. Así que sí, te agradezco tu ayuda. Pero yo también valoro ciertas cosas, como que no me restrieguen los favores en la cara a cada rato.

Vi cómo le cambiaba la cara, pasando del cabreo a la furia en un segundo. Me hice la chula, decidida a no dejar que me pisara. Y pensar que casi me lío con él... Qué grima me entraría ahora.

—Alba, no tengo ni idea de a dónde quieres ir a parar con este sermón, pero como ves —hizo un gesto hacia los papeles en su escritorio—, estoy hasta arriba de curro y no tengo tiempo para chorradas de empleados.

—Pues resulta que ahora es tu horario laboral y el mío, y que yo sepa, tu curro es escuchar a

los trabajadores, sean quejas o lo que sea. Te pagan por eso.

«Vaya puntazo te has marcado, Alba», pensé. Él levantó las cejas, frunció el ceño y se echó hacia atrás, cruzando los brazos con aires de grandeza.

—¿Y esta chorrada? —soltó con sorna.

—Vengo a decirte que me largo, que dejo el curro hoy mismo. Renuncio ya, que estoy de prueba y no te debo ni un día. Piérdeme la pista en cuanto salga por esa puerta. —Le solté, copiando su tonito.

«Estas son las que lío cuando me paso con el vinito», me recriminé, echándome la vista atrás.

De repente, se puso a descojonarse. Me quedé a cuadros con su reacción. Se rio en mi cara, el muy... Luego cortó en seco. «¡Me cago en la mar!», pensé. El tipo parecía salido de una peli de terror.

—Se te ve a la legua que no tienes ni idea. Dejando a un lado tu ingratitud, me parece que cometiste un error de bulto. Pensaba que tenías un cierto potencial, alguien que, aunque careciera de estudios avanzados o conocimientos de empresa, podría ir escalando posiciones y hacerse un hueco en el mundo laboral más profesional. Sin embargo, veo que no has sido más que una simple pueblerina.

Me dolió más que si me hubiera soltado un guantazo. ¿Qué narices tenía que ver lo que he dicho con mis estudios? Me recordó a los viejos tiempos, cuando todo se resumía en si estudiabas o no. La diferencia es que ya no iba al cole y era camarera, no ingeniera aeroespacial. El tío ni siquiera me dejó abrir la boca, porque volvió a la carga.

—Aparte de tu falta de agradecimiento, estás metiendo la pata hasta el fondo. Pero ya veo que no eres más que una paleta.

Sentí cómo se me aceleraba el pulso y algo hirviendo dentro de mí. La paleta que llevaba dentro, que él no conocía, estaba a punto de estallar.

—Lo que se te ve a ti es lo listillo que eres, Óscar —repliqué cuando se levantó en la silla, y yo hice lo mismo—. Si te digo lo que pensé de ti cuando nos conocimos... —chasqué la lengua—. Y eso que para darme cuenta de lo que eres no me hizo falta ir a la universidad. Con mis clases de supervivencia ya tuve suficiente.

—Eso dices tú —me cortó, pero yo no me quedé callada.

—En tu colegio de pijos os enseñarían que cuando habla un burro, el otro escucha. Es una falta de respeto enorme cortar a la gente, y tú lo haces siempre. Interrumpiendo a todo el mundo. Empezando por interrumpir la trayectoria de los demás.

Se echó a reír nuevamente, de esta vez con sarcasmo y yo le devolví la sonrisa con desprecio.

—¿Qué trayectoria ni qué leches? Lo único que vi fue una chiquilla charlatana atendiendo en una cafetería que iba directa al garete. De arriba a abajo.

Me hervía la sangre. ¿Quién se creía que era para predecir el futuro de los demás o hablar de sus vidas? Un creído, eso era. «Con mi Cristofito me quedo antes que contigo mil veces».

—Insisto, si alguien se siente defraudada por todo esto, soy yo, Óscar, creía que eras una persona diferente, estoy realmente sorprendida por tu forma de ser.

—¿Tan despechada te has sentido? Escucha, Alba, no quiero bronca contigo, sé de qué va esto. Entiendo que tenías unas expectativas sobre nosotros que quizás no han tirado pa'lante, pero...

Lo miré de reojo, mientras se levantaba de su silla por completo y empezaba a rodear la mesa, hasta plantarse con la boca a nada de la mía. Me dio un repelús su cercanía.

—Mira, que no hay que mezclar churros con merinos —soltó.

—Se dice churras con merinas, no eso que acabas de soltar.

Sí, lo diré otra vez: no tengo un título en nada más que en la escuela de la vida, y esta escuela me ha enseñado algo más que a servir churros con chocolate para tontos de calendario.

—Ay, Alba... Alba —pasó la mano por mi pelo y eso me dio un asco tremendo—, me flipa esa tu personalidad de tigresa... descarada y sexy.

El pique de miradas que tuvimos duró unos diez segundos, antes de que se lanzara a mi cuello, dejando la zona toda baboseada con su ataque de sopetón. Sentada, lo empujé en el hombro para echarlo para atrás, pero sus manos ya estaban liadas en agarrarme y pegarme a él. Consiguí ponerme «entre la espada y la pared» y de un tirón me subió al escritorio, colocándose entre mis piernas. Siguió con su rollo en mi cuello y yo me esforcé a tope para quitármelo de encima, pero ni de coña.

—¡Para! ¡Quítate de encima, ahora! —le gritaba.

Tenía que oírse en toda la tienda y, para no ser el centro de todos los cotilleos, me tapó la boca con la mano. La rabia y el miedo me subieron a la garganta a la vez, tragándome un grito del susto que me dio.

—Sé de sobra que te molo, Alba, no te pongas chula conmigo. Lo noté aquella noche en la piscina de mi casa, una pena que estuviera tan piripi; a ver si seguimos lo que dejamos a medias... Tranquila... sí que muerdo, pero mu' suavecito.

¡Joder! Vaya cliché de libro cutre. *¡Me cago en todo! ¡El que se ha pasado el semáforo en rojo eres tú, gilipollas!*

—Ni duchándome se me ha quitado todo lo guarro que quiero hacerte.

Su boca seguía dándome lametazos, de forma brusca. Intenté zafarme, pero sus manos parecían un pulpo, atrapándome por todos lados sin sentido, como él. Cuando conseguí soltar una de sus manos, en medio de esa pelea, no lo pensé dos veces y le metí un puñetazo en los huevos con todas mis ganas. Alcancé a ver cómo gruñía como un animal.

—¡Joder! ¡Putas desgraciadas, qué has hecho!

Se agachó a ver si le seguía funcionando el aparato. Ojalá se le hinchara como un melón.

—¡Vete a la mierda, gilipollas! Ni se te ocurra volver a tocarme con esas zarpas guarras.

Salí de su despacho dando un portazo, corriendo al vestuario. Abrí la taquilla a toda leche y cogí mi bolso y mi ropa. Me temblaban las manos sin control. Ni se me ocurrió cambiarme allí y salí tal cual, con el uniforme del curro, la ropa en la mano y el bolso al hombro. Cuando me vi en la calle, estaba con la respiración a tope. Todavía intentaba pillar si estaba o no en shock por lo que acababa de pasar. Y tal vez fue ese despiste el que me llevó a cagarla justo después.

—Chris... —Sin pensarlo dos veces saqué el móvil del bolso y marqué su número, caminando sin rumbo por la calle; apenas podía hablar con la respiración cortada—, Chris... ¿me oyes?

—¿Alba? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —debía sonar agitada y perdida, porque su voz se puso en tono alerta al segundo.

—Sí, es decir no... yo... —Mis labios temblaban del nerviosismo. Me sentí avergonzada y junté mis fuerzas para controlarme—. He tomado una mala decisión. Muy mala.

—Joder, Alba, dime qué ha pasado. —Subió la voz.

—Perdona, no debería haberte llamado... no sé qué ha pasado, de repente estaba allí y luego se me echó encima... —Ya no hablaba con sentido.

—¿¿¿QUÉ??? ¿Cómo dices? ¿Qué coño ha pasado? —me llevé la mano a la cabeza, mientras la otra sujetaba unos vaqueros, una camiseta y un móvil intentando no soltarlo.

Christopher estaba alterado y era culpa mía. Ahora no tenía más remedio que contarle la verdad. «¿Quién te ha dicho que lo llamaras, idiota?»

—Chris, lo siento, se me ha ido de las manos, Óscar... —ni me dejó terminar.

—¿Pero qué coño ha pasado? ¿Qué ha hecho ahora ese gilipollas? Habla, joder, que me estás haciendo el funeral de la angustia.

—Porfa, cálmate, que ya estoy yo bastante nerviosa. No ha sido nada, o mejor dicho, sí... —me llené de aire y cogí valor—, entré en su despacho pa' decirle que me quería ir, como te conté, y la cosa se torció y lo siguiente que sé es que empezó a agarrarme, yo quería soltarme...

—¿Dónde estás? —su voz cambió a una tranquilidad pasmosa. Me quedé un poco a cuadros, pero más calmada.

—En la calle. Salí de allí corriendo, sin pensarlo, cogí mis cosas y me largué... No pensé en nada más...

—No te muevas de ahí, mándame dónde estás y voy a por ti ahora mismo. No te vayas o te busco hasta en el mismísimo infierno si hace falta.

Me quedé de piedra al oírlo. Esa calma me pareció rarísima, más aun viniendo de un tío con la mecha muy corta, como Chris. Siempre ha sido un tipo de sangre caliente e impulsivo en muchas cosas. En otros tiempos, tanto las peleas de gladiadores —*munera*— como las de hombres contra fieras salvajes, tipo leones y osos —*venationes*—, eran una sangría. Pero lo que se venía, eso no tenía nombre. «Al pueblo, pan y circo», como decía mi abuela.

—Chris... lo siento no debía haberte llamado. No te preocupes, ya lo soluciono yo...

—Envíame tu ubicación. AHORA. —Fue tan imponente e incisivo con esa interrupción que tragué saliva al oírle.

Y hasta asentí, aunque no podía verme. Ni oírme, porque colgó el teléfono. Abrí obedientemente el chat y le envié mi ubicación actual. Todo por culpa del sinvergüenza de Óscar. Un puto cobarde de tomo y lomo, ¿cómo se le ocurrió hacerme tal salvajada? El panorama pintaba mal, yo estaba en shock; finalmente conseguí admitir lo que me pasaba: me temblaban las piernas y fue entonces cuando me di cuenta de lo que estuvo a punto de ocurrir en aquel despacho.

Estaba claro que de la cafetería de Chris a la de Óscar había una manzana de distancia, y se podía cruzar de una a otra en menos de cinco minutos a pie. Christopher se llevó dos. Y llegó a mi frente con las manos a ambos lados y los puños apretados. Su figura me produjo un escalofrío. Cuando empezó a hablarme, su voz se notaba a punto de explotar en combustión.

—¿Está en la tienda? ¿Dónde queda su despacho?

—Chris, por favor —No me saludó, no nada. Me miraba y miraba la tienda a pocos metros de distancia. Me había certificado de apartarme lo máximo que pudiera—, estate tranquilo. No quiero que hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

—No estoy tranquilo, la cuestión es que ya estoy arrepentido. De no haberle desfigurado la cara cuando tuve la oportunidad. Pero hoy no es el día de echarme atrás, no después de lo que te hizo. Voy a romperlo en pedazos, Alba.

—Déjame hablar, Chris, por favor, no hagas esto. No debería haberte llamado, fue un impulso. Ahora estoy bien y no fue nada. Óscar es un estúpido y pensó que podría sacar algo de mí, pero no lo hizo.

Christopher miró el cielo y pasó la lengua por su labio superior. Cuando me miró a los ojos, solo pude ver la ira que destilaban. Tragué en seco. Me tomó por la barbilla y, tras depositar un suave beso en mis labios, que me supo a poco, me hizo sentir las lágrimas rebotar por mis cilios. Habló suavemente apoyándose en mi frente.

—Tienes toda la razón, mi amor. Todos cometemos errores. Y voy a asegurarme de que ese cabrón no vuelva a cometer el mismo error, ni con mi novia ni con ninguna mujer que se cruce

en su camino. Te quiero. —Lo dijo antes de rebasarme y encaminarse hacia el Starlucks.

Lo dicho: las luchas —el más sanguinario de todos los eventos— se llevaban a cabo en los anfiteatros, cuyo mayor y más célebre ejemplo es, precisamente, el Coliseo romano, que actualmente sigue en pie y abierto al público como atracción turística en la capital italiana. Los espectáculos que tenían lugar en los anfiteatros eran los más sangrientos y con los que se despertaban las pasiones más bajas de los asistentes que, con frecuencia, pedían la cabeza de algún pobre infortunado —que podía ser un prisionero de guerra, un criminal o un gladiador—, cosa que en ocasiones les era concedido. Durante las peleas entre gladiadores —donde el combate era cuerpo a cuerpo—, si alguno de los contendientes era herido, su destino lo decidía el público.

Cuando se luchaba contra animales, éstos se mantenían encerrados y sin alimento unos días antes del evento, para aumentar su fiereza y el peligro al que se exponía el combatiente. Suponiendo que actualmente existieran —y estuvieran permitidos— ese tipo de eventos tal como eran entonces, ¿crees que tendrían éxito y el mismo efecto sobre el público? ¿Serían igual, más o menos sanguinarios? ¿Tú asistirías?

Porque yo estaba a punto de asistir a una lucha de gallos, hombres, bestias o lo que coño fuera lo que se escenificarían para pelearse y, tampoco tenía respuesta para ninguna de esas preguntas. Pero ya me parecía una tremenda salvajada.

¡Y aquí paz y después gloria!

Todo tiene un final, y creedme, el de esta historia no pinta nada bien. Al menos, si no intervenía rápido y en ese preciso instante. Christopher acababa de entrar en la cafetería y yo no podía quedarme de brazos cruzados, esperando a que la sangre se derramara en mi nombre. La manera en que lo vi llegar, con esa mirada y actitud, no dejaba margen para la esperanza: parecía que iba a gastar sus últimas energías defendiendo su causa, sin dejar nada para más. Movida por un impulso que no sabía siquiera que tenía, corrí hacia el despacho de Óscar. Esperaba llegar y encontrarme con un caos de cosas volando, pero nada de eso. Antes de asomar por la puerta, oí a Chris hablar y decidí quedarme fuera, invisible, evitando empeorar las cosas. Desde mi escondite, podía escuchar su discusión sin ser vista.

—No me muevo de aquí hasta que me digas lo que quiero oír —la voz de Christopher sonaba fuerte, increíblemente contenida en su cordura.

—Si has venido a defender a tu camarera, puedes dar media vuelta. Ella decidió irse, no fui yo quien la echó. Arregladlo entre vosotros, yo no tengo nada que ver —respondió Óscar, con esa voz que destilaba falsedad.

Óscar siempre fue un mentiroso y un manipulador, especialmente cuando se trataba de salvaguardar su propia imagen.

—Escucha, Óscar —Christopher habló con una amenaza cargada de urgencia, urgencia en el tiempo que se le agotaba a Óscar si seguía con sus tonterías—. ¿Cómo te lo tengo que decir? Pues de la única manera que sé: no te atrevas a tocar a Alba ni a ninguna otra mujer que no quiera tu asquerosa mano encima. ¿Quedó claro?

Óscar soltó una risa llena de desdén, casi pidiendo a gritos que la situación se descontrolara.

—¿Estás intentando amenazarme? Yo fui claro: no pasó nada. Ella empezó a insinuar cosas sobre mí. Yo no hice nada que ella no quisiera —respondió Óscar.

Christopher estaba a punto de explotar, lo podía percibir por su voz.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —Se le notaba ardiendo de rabia—. Y antes de que sigas vomitando mierda por esa boca, ¿necesitas que te refresque la memoria sobre tus cagadas de estos últimos meses?

Óscar no se quedó atrás.

—No me vengas con tus paranoias. Me has acusado de varias mierdas, apareces otra vez aquí amenazándome ¿y ahora sacas de nuevo ese rollo?

¿Había dicho otra vez? Eso significaba que Christopher ya había estado allí antes, o que lo había amenazado. Y a mí, ni mu. Me quedé rumiando eso por un momento. ¿Qué coño, si no la inspección en la cafetería podría justificar ese comentario?

—Estás apurando mi paciencia, Óscar. Habla de una puta vez como un hombre, solo esta vez. ¡Estoy por cerrarte la boca a puñetazos!

—¿Vas fumado o qué, tío? Corta el rollo, Christopher. Ya sabes que esa basura de cafetería que manejas iba a cerrar tarde o temprano. Yo solo voy a darle un empujoncito.

—Eres una mierda de persona... —¡Joder! Esto se estaba poniendo de mala hostia. No sabía qué coño hacer: si entrar o quedarme ahí plantada.

—Ni tú vales un carajo, imbécil. Ahí vienes, con tus aires de héroe, pensando que salvarás a la princesa. Quizás tu camarera no quiera a un pringado como tú haciéndose el macho. Igual prefiere a tipos como yo, triunfadores, que saben lo que quieren las mujeres.

—Más te vale empezar a cerrar el pico...

—¡A ver si tienes huevos, valiente!

¿Óscar era tan subnormal para seguir vacilándolo? Un frío de la hostia me recorrió el cuerpo. Escuché a Chris hablar, su voz sonaba demasiado tranquila para la tormenta que se le venía encima, y eso me aterraba. Conozco a Chris. Es de mecha corta. Y aunque a veces parezca un macho alfa, por alguna razón se contenía más de lo que debería. Me cagaba en lo que pudiera pasar a continuación. Ver al tío al que amaba perder los papeles me despertaba un terror del copón. Ese tipo de miradas asesinas no se las desearía a nadie, ni siquiera a mí misma.

—Tú no me la cuelas, eres un pedazo de mierda y no pienso mancharme las manos contigo, pero no me provoques...

—Ya sé que te faltan pelotas, no me das miedo.

—No juego en tu liga, pedazo de gilipollas —respondió a la «bipolaridad» de Óscar—. Este es el lugar de trabajo de muchas personas, y hay clientes y tiempo invertido aquí. Tú, como ese líder de mierda, deberías estar callado. Yo, que al menos sé llevar un negocio, nunca vendría aquí a armar escándalos. No me confundas contigo, escoria. Si quieres terminar la conversación, conozco un lugar privado donde podemos hablar a solas.

Incluso yo me quedé con la boca abierta ante la bofetada de guante blanco que le dio.

—Vamos a calmarnos. Deberías aprender a controlar tus emociones. Todo esto por una chica... que sí, está buena y todo lo que quieras, pero, hombre, no hace falta llegar a tanto.

—Si vuelves a hablar así de ella, te juro que... —hubo un momento de silencio y me estremecí; estaba a punto de entrar—. No tienes ni idea de lo que me cuesta no romperte la cara ahora mismo. Tengo ganas de partirte el cuello y romperte todos los huesos, Óscar, así que mejor cállate la puta boca. Estás advertido y tómame en serio, porque la próxima vez no me lo pensaré dos veces, recurriré a la violencia y acabaré entre rejas, pero tú no irás a un lugar mejor...

—No harás nada —dijo él con tono altivo, pero noté el miedo en cada nota de su voz—. Y ya sabes... te jodes, Alba no quiere saber nada de ti. Te desprecia. Acabará volviendo conmigo.

La rabia y la frustración se habían apoderado de mí y estaba decidida a entrar, pero en ese instante, Christopher habló antes de salir de su despacho dando un portazo y tropezando conmigo.

—Me temo que es un poco tarde para eso. Alba es una mujer valiente y sabrá elegir lo que es mejor para ella. Y sean cuales sean sus decisiones, más vale que la respetes, de lo contrario te enseñaré a respetar a una mujer de la misma forma en que intentas conquistarlas y hacerte mi puta. Te advierto por segunda vez, no habrá una tercera.

Quedé boquiabierta ante la vulgaridad del discurso que empleó. ¡Qué fuerte! Christopher salió del despacho de Óscar con una serenidad que rozaba lo surrealista. Al cruzarse conmigo en el pasillo, sus ojos se abrieron de par en par, reflejando una mezcla de sorpresa y, tal vez, un atisbo de algo más profundo y difícil de descifrar.

—¿¡Qué haces aquí!? —al verlo, mi corazón se detuvo.

Delante de mí había un enorme hombre con los ojos más azules que había visto en mi vida, tan intensos y brillantes que parecía imposible que pertenecieran a este mundo. «Mierda», pensé, e instintivamente abrí la boca para hablar, pero él no me dejó.

—No deberías estar aquí. ¿Tu madre nunca te dijo que es muy feo escuchar detrás de las puertas? —me dijo con un tono brusco y frío, pero luego esbozó una media sonrisa. ¡Me quería matar! —Vámonos de aquí.

Quería irme y él me pasó un brazo por encima del hombro, guiándome fuera. No hablamos en todo el camino. Llegamos a su coche, me subí, y, sin saber a dónde íbamos, me dejé llevar.

Al llegar a su casa, una elegante vivienda en las afueras del centro de Madrid, me di cuenta de que había subestimado su estilo de vida. La casa era sencilla pero hermosa, de dos pisos, a juzgar desde el exterior. Aparcó en un garaje cerrado, y una vez dentro, con solo una luz de garaje iluminándonos escasamente, se quitó el cinturón de seguridad. Yo me quedé inmóvil en mi asiento.

A pesar de que la emoción, los celos y el odio lo habían cegado, seguía siendo el responsable de que todo se hubiese resuelto, en cierta medida. Estaba confundida y me sentía culpable por haberme dejado influenciar por Óscar. No encontraba palabras para expresar lo mal que me sentía. En medio de la oscuridad, tras el torbellino emocional del día, no pude hacer otra cosa que romper a llorar desconsoladamente. Él tampoco se movió.

Después de dejarme llorar un par de minutos, salió apresuradamente del vehículo, rodeó el coche y abrió mi puerta. Me desabrochó el cinturón mientras lo miraba confundida y llena de lágrimas. Luego, sujetó mi rostro con una mano.

—Después de todo lo que ha pasado, no quiero dejarte sola. ¿Te importaría pasar la noche conmigo en mi casa?

Asentí con la cabeza, sin poder hablar. Él también asintió, me levantó en brazos, cerró la puerta del coche con el pie y abrió con destreza una puerta que conducía al interior de la casa, siempre cargándome. Apoyé la cabeza en su fuerte pecho y me dejé llevar de nuevo. Llegamos a un salón oscuro, con las cortinas cerradas, lo que le daba un aire de casa deshabitada. Aunque era de día, la habitación se sentía cálida y silenciosa, y eso me gustó. Me dejó en el sofá y luego se sentó a mi lado, tomando mis manos entre las suyas. Sentí la necesidad de apoyar mi cabeza en su hombro y él puso una mano alrededor de mi espalda, abrazándome, mientras con la otra seguía sosteniendo mi mano. Me acomodé contra él, recostándome en el sofá con las piernas dobladas hacia atrás.

Reinó el silencio en la casa, interrumpido solo por nuestra respiración.

—Chris... —susurré.

—Dime, mi estrella —respondió, apoyando su barbilla en mi cabeza.

—¿Lo que le dijiste a Óscar era cierto? —pregunté.

—¿Cuál de todas las cosas que le dije?

Tragué saliva, me costaba hablar.

—Lo de que él sea tu puta...

Un nuevo silencio se instaló entre nosotros. Mi corazón se comprimía, anticipando su respuesta, pero lo que vino a continuación superó mis expectativas. Él estalló en una sonora carcajada, tan contagiosa que no pude evitar mirarlo, esbozando una sonrisa mientras observaba cómo incluso las lágrimas asomaban a sus ojos. Al darme cuenta del absurdo de mi pregunta, me uní a su risa, permitiéndome relajarme tras el torbellino emocional del día.

Fue entonces cuando su mirada, teñida de una sonrisa, se posó en mí. Nuestros ojos estaban increíblemente cerca. Se inclinó hacia mí, sujetando suavemente mi nuca con una mano, mientras la otra aún acariciaba mi cabello. Nos sumergimos en una mirada mutua, en un silencio cargado de alegría compartida y diversión inocente. Sus labios encontraron los míos en un beso que destilaba comprensión, ternura y amor. Sentí como si se disipara una neblina ante mis ojos, revelando un ser de belleza tempestuosa y complejidad fascinante. A pesar de las turbulencias emocionales que me asaltaban, no experimentaba culpa ni remordimiento.

Me lamenté por no poseer aún el arte de amar como él merecía, pero tras todo lo acontecido, comprendí que ese hombre había encendido en mí el anhelo de transformarme, de ser alguien que aprende a expresar diariamente cuánto significa para mí. Ansiaba convertirme en alguien que

se respetase como mujer y que hallase en él un hombre que se respetase a sí mismo, alguien que finalmente nos viese como iguales.

El futuro tiene tu nombre

Desnuda frente al gran espejo del cuarto de baño, me observé mientras Christopher, con disimulo, me echaba miradas furtivas llenando la bañera. La habitación, amplia y bien decorada, reflejaba un gusto exquisito —si era obra suya. Una duda cruzó mi mente: ¿habría tenido él a otra mujer aquí, o quizás alguien especial cuya existencia ignorábamos entre los rumores de la cafetería? Un suspiro escapó de mis labios, acompañado por un repentino ardor de celos. ¡Qué absurda me sentía!

—¿Te he dicho lo increíble que eres? ¿Y lo feliz que me haces? —dijo él, rodeándome por detrás. En su espejo, parecía un pequeño ratón en los brazos protectores de un felino imponente.

—Es porque me miras con buenos ojos —respondí, sintiéndome avergonzada.

Una sonrisa sexy adornó su rostro antes de depositar un beso en mi cuello, apartando mi pelo.

—Ven, vamos a relajarnos —propuso, extendiendo su mano hacia mí.

Me ayudó a sumergirme en la bañera repleta de espuma y aroma a sales. Entró después, acomodándose entre sus piernas, con mi espalda contra su pecho. Giré mi cabeza para mirarlo.

—No me canso de ti... estrella —susurró.

—Mi nombre es Alba. ¿Ya me cambias el nombre por el de otra?

—Mi estrella de Alba. Sabes que solo con tu nombre me vuelvo loco.

—¿En serio? —interrogué, mordisqueando mi labio inferior— ¿Acostumbras a decir eso a todas las personas que traes a tu casa?

Él fijó sus ojos en mí, desatando una tensión palpable.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

Intenté disimular mi nerviosismo.

—Nada —me salió demasiado rápido—. ¿Por qué preguntas?

—Solo curiosidad —respondió, mientras sus caricias por mis brazos y pecho dismantelaban cualquier defensa que me quedase.

—Ehmmm... ¿Te cuento un secreto? —se atrevió a decir, sintiendo cómo mi atención se agudizaba.

—Dime solo lo que desees; tus secretos más oscuros estarán a salvo conmigo —dije con un tono grave, juguetón.

—Eres la primera mujer que traigo a mi casa —confesó, como si adivinara mis pensamientos, dejándome atónita y emocionada, aunque no sabía bien cómo reaccionar.

—Yo también tengo un secreto —me arriesgué—. También eres el primer hombre que traigo a tu casa.

—¡Gilipollas! —exclamó él, y ambos estallamos en risas.

La escena evolucionó hacia un juego acuático lleno de risas hasta que su pregunta me sorprendió:

—Para, me vas a matar... —mi súplica, lejos de sonar grave, pareció incitarlo más.

—Y entonces, ¿cómo prefieres el final? ¿En mis brazos o entre mis labios? —sus palabras, en tono de broma y llenas de promesas, fueron silenciadas por un beso apasionado.

Christopher tenía esa habilidad para desviar cualquier conversación hacia un terreno más íntimo, más nuestro. Cada palabra, cada toque, era una invitación a perderme en él. Y vaya si lo hacía. Cada vez que nuestras bocas se separaban, luchaba por recuperar el aliento, maravillada por la intensidad del momento. Intenté buscar de nuevo sus labios, pero él se apartó con una

sonrisa traviesa.

—¡Oh! —exclamé, sorprendida y algo frustrada.

Su mirada era un desafío, un juego seductor que me atrapaba sin remedio.

—Antes de seguir, necesito saber algo —dijo con un tono entre serio y provocador, mordiendo su labio de una manera que hacía temblar todo mi ser—. ¿Estás dispuesta a tomar esto en serio?

Mis pensamientos se detuvieron. ¿Serio? Tragué saliva, buscando en su mirada alguna pista de sus intenciones.

—Yo... sí... ¿por qué? ¿No lo tomas en serio? —mis palabras salieron con una mezcla de nerviosismo y sorpresa.

No podía ocultar la ansiedad que me provocaba la idea de que él no compartiera mis sentimientos. Christopher me miró fijamente, sus ojos buscando algo en los míos. Por un momento, el aire se cargó de tensión, un silencio que parecía eterno hasta que finalmente habló.

—Claro que lo tomo en serio —dijo suavemente, acercando su rostro al mío. Su aliento cálido rozó mi piel, enviando escalofríos a través de mi cuerpo—. Pero necesitaba escucharlo de ti, saber que no soy el único que siente que esto... que lo nuestro, podría ser algo más, algo real y duradero.

Sus palabras me envolvieron en una ola de alivio y emoción. La idea de que Christopher también pensara en un futuro juntos, que no fuera solo una aventura pasajera, encendió una chispa de felicidad en mi interior.

—Entonces estamos en la misma página —logré decir, una sonrisa tímida apareciendo en mis labios.

Christopher sonrió a cambio, esa sonrisa que tanto me gustaba, y en ese momento, sentí que todo estaba en su lugar. Todo el miedo y la incertidumbre dieron paso a una sensación cálida y confortable, la esperanza de que lo nuestro era algo que realmente podía florecer y crecer.

—Alba, te quiero tanto... No recuerdo sentir algo así por nadie. He tenido mis relaciones, pero ninguna como lo que deseo contigo. A veces me siento solo en esta casa tan grande... —su voz se llenó de una vulnerabilidad que no había percibido antes.

—¿Por qué una casa tan grande, entonces?

—Ni idea. Tal vez pensaba en un futuro con alguien más... o una familia —sus palabras resonaron en mi cabeza, sembrando un miedo inexplicable.

—Bueno, nunca se sabe lo que deparará el futuro —respondí evasivamente.

—Alba, me encanta tu nerviosismo. Quiero que seas parte de mi futuro... tal vez como mi esposa, llenándote de hijos y felicidad —continuó, poniendo una mano sobre mi vientre.

¿Qué coño estaba diciendo, estaba loco?

Su propuesta me dejó sin palabras, una mezcla de sorpresa y emoción me inundó. ¿Estaba hablando en serio? ¿Qué estaba pasando realmente entre nosotros?

—Y si quieres podemos empezar a practicar ahora... —añadió.

No podía respirar, no podía hablar, tenía la boca abierta hasta el desagüe de la bañera. Y gracias a Dios, ese loco se puso a reír a carcajadas y me sacó de dudas.

—Hijo de puta... de verdad, Christopher, ¡joder! Me quieres matar de susto. La madre que te parí... —me interrumpió con un beso y cuando soltó mis labios me miró serio y dijo.

—No era broma. Quiero que vengas a vivir conmigo. Lo de los bebés puede esperar. Pero yo no quiero esperar más tiempo a estar contigo. Te quiero.

—¿No era broma? —¿Acaso creía que iba a coger mis macetas y mi colección de calcetines feos para mudarme así como así?

—No. Pero no tienes que contestarme ahora. Piénsatelo, con calma. Y hablamos. Hay otras cosas que quiero hablar contigo, pero no creo que sea el momento indicado para tal. Ahora, tengo otras cosas pendientes.

—¿Tienes cosas...? —mi cerebro se puso en modo «batidora» tratando de mezclar el deseo y el shock.

La idea de compartir cepillo de dientes y rutinas matutinas con este Adonis improvisado era más desconcertante que un episodio de las «Pequeñas Mentirosas». En vez de contestarme, me metió la lengua por la boca y empezó a acariciarme en zonas íntimas con los dedos, bajo el agua. Gemí en sus labios y sentí la respiración acelerar tanto que jadeé fuertemente.

—Imagina esto cada noche... y cada día...

—Sí... —contesté entre jadeos mientras sentía cosquilleos por todo el cuerpo y mi instinto animal subirse a la superficie de mi piel.

—¿Estás segura de que eso es un sí? ¿Lo doy por válido? —Me vacilaba y me mareaba con sus trucos y palabras.

Era muy listo. Arqueé la espalda cuando me besó el cuello con la lengua. Dejé escapar otro gemido.

—Sí... te quiero...

Y así, entre burbujas y con más dudas que una encuesta de salida, sellé un futuro incierto, lleno de promesas de placer y de encontrar, esperemos, el mejor sitio para colocar mis horribles calcetines y mis queridas plantas.

Rita estaba cómodamente sentada en el sofá de mi casa, mientras Vladímir se rozaba en ella, deseando que ella lo acariciara. Miré a mi felino y pensé en los gatos y por qué me gustaban tanto. Eran cariñosos, con un gran carácter, pero lo que realmente valoraba era su independencia. Pensé que, al elegir una mascota, realmente elegimos un compañero de vida, casi como elegir un novio o novia. Seleccionamos en base a la personalidad del animal, pero más aún, según la nuestra. Me consideraba bastante gatuna en ese sentido: toleraba sus defectos y ellos los míos, convirtiéndolos en simples rasgos de carácter.

Los gatos, criaturas que llegaron antes que muchos animales domésticos pero que se domesticaron mucho después, tenían esa peculiaridad: nunca los domesticas del todo. Más bien, son ellos los que te domestican, y cuando te das cuenta, ya estás completamente rendido a sus encantos. Hasta entonces, siempre me había considerado indomable, pero recientes propuestas empezaban a hacerme dudar.

—¿Cómo te sientes? Con todo lo que ha sucedido, aún no hemos tenido la oportunidad de hablar las cosas. Sabes que siempre estoy de cachondeo, pero me preocupo por ti.

—Lo sé. Yo igual. No sé qué decirte. Las cosas con Chris están bien, creo. Ya llevamos un mes y medio juntos, hemos tenido la oportunidad de conocernos mejor. Eso nos permitió formar esa conexión tan fuerte en tan poco tiempo.

—Estoy flipando, chavala. Nunca imaginé que acabarían en algo tan intenso.

—Ni yo. No ha sido fácil. Si esto era rendirse —Hice un gesto con los dedos para indicar lo cerca que estaba de algo—, yo estaba en la cúspide. Pero estamos aprendiendo a ser buenos amigos.

—¡No jodas, Alba! Buenos amigos... Christopher es mucho más que eso y lo sabes.

—A ver, sí, claro. No lo digo por eso, pero todavía estamos construyendo una relación, ni yo ni él somos expertos en la materia y tenemos muchas cosas diferentes y no es fácil, pero sí, está

funcionando, poco a poco.

—¿Has pensado en lo que te ha propuesto de irte a vivir con él?

—¿Te traigo más vino? —Esa era yo, evitando el tema.

—Sí —Me levanté y me dirigí a la cocina mientras Rita seguía hablándome desde el salón—. Me quieres emborrachar, el vino es delicioso. ¿Tu hermano también te dio esta botella?

—¡Yep! —contesté desde la cocina, usando el sacacorchos eléctrico para abrir la botella—. Conseguí confiscarle un par de botellas.

—Me vas a poner como una cuba y son cuatro de la tarde. Pero es espectacular. Nunca he bebido un vino así.

Volví al salón con nuevas copas, para no mezclar sabores. Mi conocimiento sobre vinos había crecido exponencialmente desde que Chris y mi hermano se juntaban, pareciendo dos expertos en un mundo aparte, mientras yo solo observaba, intentando captar algo.

—Es obvio que nunca has bebido un vino como este, cada botella nos costaría el sueldo de una semana, así que disfruta y olvídate.

—Te refieres a mi salario de la semana, porque tú todavía estás sin trabajo. ¿Cuándo piensas volver a trabajar?

—Pronto. No puedo vivir de mis ahorros para siempre, pero todavía no lo sé.

—Veo que tienes muchas dudas sobre muchas cosas, vivir con Chris, un nuevo trabajo, ¿qué te pasa, amiga?

Bajé la cabeza y al levantarla tomé un largo sorbo de vino, que deslizaba suavemente por mi garganta, a diferencia de las situaciones que intentaba digerir.

—Nada en concreto, Rita. Solo no quiero sentirme presionada a hacer nada precipitado. Necesito tiempo para pensar en mi vida. Han pasado muchas cosas recientemente...

—¿De qué tienes miedo? Te conozco.

—Pareces Christopher hablando. Al parecer, todo el mundo me conoce menos yo.

—Madre mía, cómo está el patio. Estás fatal, chica.

—No es eso, Rita. Solo quiero evitar que nos contaminemos las ideas.

—¡Uy! Explícame eso, que no lo pillo.

Vladímir se levantó del regazo de Rita y vino a probar otro lugar donde acurrucarse: encima de mis piernas cruzadas como un buda.

—Necesito resetearme, es eso. Pensar por mi cabeza, sacar mis propias conclusiones. No quiero dejarme influir por nadie.

—Desde luego tú estás más para influenciar que para dejarte influenciar.

—Sí, no te preocupes que estoy pensando en ganarme la vida como *instagramer*. De hecho, ya sé cómo llamarlo: «Crónicas de mi vida en las cafeterías». Compito con la “amiga” de mi padre.

—¿Sabes qué? Hubieras estudiado... —Rita siempre decía eso. Y sí, tenía razón, si hubiera estudiado nada de esto me estaría pasando.

—Perdóname, «Le dijo la sartén al cazo: ¡aparta que me tiznas!»

—Hablando de sartén, tú la tienes por el mango.

—¿A qué te refieres con eso?

—Vete a vivir con Chris y no tendrás que trabajar más; con todos estos años, debe ser rico, el tacaño.

—Solo estoy un poco bloqueada y confusa, eso no me convierte en una cazafortunas.

—No disimules. No te hacía pillándote de cazafortunas, pero unimos lo útil con lo agradable. —Suspiró y se recostó más en el sofá.

—Sé por dónde vas y no tiene nada que ver, Rita, para con eso.

—Tú eres la que no sabe por dónde va, pero eso se arregla. Oye, Alba, pensándolo bien, no sería mala idea.

—Y ¿acaso tú tienes buenas ideas?

—Cállate y sírreme más vino, anda ya.

Esta era la tónica constante entre nosotras, solo hablábamos de estupideces. Soltábamos el lastre y todo lo demás que nos pasaba por la cabeza, pero nunca acabábamos solucionando nada. Lo cierto era que mi lema podía estar muy manido, lo tenía claro, pero era complicado encontrar soluciones extremas que cambiaran tu vida de forma permanente. Mi cómplice y yo seguimos bebiendo el vino maravilloso ofertado por mi hermano, toda la tarde. Era un reflejo de nuestra vida, sin pensar y sin hacer nada para cambiar nada. Solo ahogamos nuestras penas, risas y estupideces en buen vino. Que ya era mucho mejor que con un vino malo. Al final, no tienes que caer tan bajo en la vida. Pobres, pero con estilo.

A buen vino, no hay mal bebedor, o al menos así reza el dicho

Esa tarde, cuando ya empezaba a anochecer, recibí una llamada de Christopher. Rita se había marchado hacía un rato, aparentemente por su cuenta, aunque no estaba muy segura de cómo lo había logrado.

—Buenas noches, estrella de Alba. ¿Cómo te encuentras?

—Hola, Chris. Bien, ¿y tú? —dije dejándome caer de nuevo en el sofá.

Desde que Rita se había ido intentaba encontrar mi equilibrio.

—Estaré mejor cuando esté contigo.

—Ay, Chris, ¿no te agotas de ser tan cursi? ¡Ay! —exclamé con una voz tan aguda que me resonó en los oídos, casi rompiéndome los tímpanos.

—¿Ya te estás cansando de mí? Pues te aguantas, porque así soy yo y tiendo a empeorar. Oye, ¿pero qué te ha pasado? Has gritado.

—Gritado... no, aullado... sí, como gata en celo.

—Me gusta hacia dónde va esta conversación.

—Oh, deja las tonterías, no seas perverso.

—¿Perverso? Tú aún no has visto nada. Dime, ¿te parece si traigo vino y nos relajamos en tu sofá?

—¡No! —grité, segura de haberme destrozado esta vez sí ambos tímpanos—. Perdona, pero mejor no traigas vino, por favor.

—Pero si te encanta el vino.

—Ya, pero ya sabes, hay que mantener la mente despejada para no meter la pata.

—Precisamente, no quiero que tengas la mente despejada, sino todo lo contrario...

¡Dios mío! Necesitaba anotar en mi cuaderno mental los motivos por los que hoy lo odiaba más que ayer y probablemente menos que mañana. Y también recordar por qué cada día lo quería más. A menudo pensaba que prefería la soledad, hasta que alguien me recordaba que no estaría sola eternamente.

—Corta el rollo y ven ya, pero deja el vino, que ya he bebido bastante esta tarde.

—Me enciende que estemos en la misma onda. Me pone cuando tenemos ego grupal.

—Corta el rollo con tus palabrerías de marketing, que no entiendo ni papa de lo que hablas.

¿Qué significa eso ahora?

—Quiere decir que ya estoy en camino a tu casa, y traigo aspirinas.

—Perfecto —respondí con una sonrisa—, te espero, casi sin nada puesto.

—¡Uf, Alba... en serio... voy volando!

Colgó.

Treinta minutos después, como diría «Bob Esponja», Christopher apareció en mi puerta. Le abrí, desmintiendo mi promesa de estar medio desnuda. En su lugar, me presenté con un moño alborotado, un enorme jersey de andar por casa y los ojos cargados de sueño, traicionada por un sofá demasiado cómodo justo después de colgar.

—Shh, me quedé frita. Y no digas nada...

Él se recostó en el marco de la puerta, regalándome una de esas sonrisas que desarmarían a cualquier. Ahí estaba, con las manos hundidas en los bolsillos del vaquero y esa camisa negra que le sentaba... vamos, para caerse de espaldas. Casi dejo un charco de babas en el suelo.

—He venido con otras intenciones, y no precisamente a hablar —dijo él, cruzando el umbral

y cerrando la puerta tras de sí.

Se adueñó de mi cintura, elevándome hasta que mis piernas rodearon las suyas. Su beso de saludo fue tierno pero insuficiente.

—Mmm, te diría que eres aromática, dulce, con un cuerpo... —sus manos apretaron mi trasero, y yo pegué un bote— ligero y afrutado —comentó, sosteniéndome entre sus brazos y clavándome una mirada intensa. Me besó de nuevo, pero esta vez, al separarse, recorrió sus labios con la lengua, meditabundo—. Sin duda, intensa, con una densidad que atrapa y un sabor que mejora con el tiempo, antes de... decaer.

Mis ojos se abrieron como platos.

—¿Decaer?

—Yo diría que sí —respondió él, sorprendiéndome con un beso en la punta de la nariz.

—Tienes razón, talvez esa sea la palabra adecuada... decadencia.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—No sé, pero estoy un poco piripi y me suben demasiados calores como para saber de qué estoy hablando, así que no tires mucho de mí.

—Tirar no sé... pero...

Las pupilas de Cristopher destilaban lujuria, una especie de promesa silenciosa que encendía un fuego en mis entrañas. El calor en mi cuerpo se intensificó, subiendo por cada centímetro de mi piel. Inconscientemente, apreté mis piernas alrededor de él, buscando sostén, y ese simple movimiento nos unió aún más. Era inevitable; cada encuentro entre nosotros desataba esta reacción. Él era como una chispa en un rastro de pólvora, siempre listo para incendiarme.

Cristopher, por su parte, era un enigma envuelto en un aura de seriedad y formalidad, pero debajo de esa fachada, había algo salvajemente atractivo y sensual. Poseía la labia de un fuego lento, uno que sabía cómo cocinar a fuego bajo, y yo me sentía como una olla a presión, zumbando y burbujeando bajo la tensión acumulada.

—No me calientes, Alba —alargó la sonrisa.

—Lo siento si te induje en error al venir. Pensaba que estaría en mejores condiciones —hice una mueca de vergüenza.

—Alba, tú no me obligaste a nada. Si no quisiera, no estaría aquí. Y además, me encanta tu curiosidad en los vinos... me viene muy bien tener una catadora más.

Yo estaba con una cara como un culo bien calentado. Y él, para animar un poco, se estaba mofando de mí a lo grande. Qué gracioso me salió Cristofito.

—No soy ninguna experta en vinos, ya lo sabes...

—Pero beberlos, eso sí que se te da bien —su tono mezcló reproche y sorna.

—Oye, solo fue un ratito de buen ambiente que se nos fue de las manos...

—¿De las manos? A mí me pareció que fue un poco más «de boca», si me preguntas. Llegué con intenciones vagas y descabelladas, pero ahora veo que lo que necesitas es una aspirina más que mi presencia.

Él me arrastró al sofá, tumbándonos con delicadeza, quedándose sobre mí mientras mis piernas seguían enlazadas en su cintura. Me acarició la cara suavemente, y cerré los ojos.—¿Y puedo saber con quién has compartido ese exquisito vino? —inquirió.

Abrí los ojos.

—¿Celoso?

—¿Celos del vino? A juzgar por tus palabras, parecía una cosecha excelente.

—Y lo era... en pasado. La compañía también, por si quieres saber.

—Ah, ¿sí? ¿Mejor que la mía?

—Eso es muy difícil, ya sabes.

—No. No lo sé. Tú dirás.

—Pues, que me gusta tu compañía.

—¿Y te gusta lo suficiente como para compartir una botella de vino un día por la tarde, o crees que podríamos compartir algo más... estable? —preguntó, capturando mi rostro entre sus manos, examinándolo con una mezcla de curiosidad y audacia.

—¿Más estable? Puede ser...

La borrachera hacía que mis palabras sonaran más atrevidas de lo que sentía.

—Explícame eso.

Él añadió a la respuesta una serie de besos, cada uno más suave que el anterior, trazando un camino desde mi frente hasta mis labios.

—Estoy empezando a acostumbrarme a la idea de algo más... estable —las palabras se enredaron en mi lengua, mi cerebro aún nublado por el alcohol.

—Espera, espera —se apartó súbitamente, una expresión de sorpresa y burla bailando en sus ojos. Me acomodé a su lado, luchando contra el dolor pulsante en mi cabeza—. ¿Hablamos de noviazgo serio? ¡Vaya ascenso! Ilústrame, ¿cómo llegamos a esto?

—Ay, déjate de juegos y sarcasmos —intenté sonar firme, pero mi voz se quebró ligeramente.

—Pero si la idea vino de ti... No te hagas la desentendida ahora.

—¿De mí? Yo no he dicho nada específico, solo que sí, que... que... —Mis palabras se evaporaron, y un velo de confusión cubrió mi recuerdo—. Que me parece bien, seguir con esto... y que me gusta, la situación que tenemos, la estabilidad, la... eso... eh...

—Entonces, ¿crees que estás lista para comprometerte más en esto?

—Verás, más... yo ya lo estoy dando todo. —Las palabras salieron con una mezcla de defensa y vulnerabilidad.

—Pero yo sé que puedes dar más, y yo quiero más de ti. —Su voz tenía un tono de certeza, un deseo implícito que resonaba entre nosotros.

—Como dice el refrán, "Da lo que tienes y a pedir te quedas" —respondí, tratando de mantener la ligereza en el aire.

—¿Temes quedarte sin nada a cambio de lo que das? Sabes que no va a pasar.

—Solo digo que me agrada lo que tenemos, algo que siento estable, al menos más que mi cabeza en este momento y eso... bueno, eso.

—¿Y eso qué es?

—Eso, por ahora, es lo que tengo.

—¿Y qué es lo que tienes, Alba?

Su tono juguetón suavizaba la seriedad del momento. Aunque no estaba preparada para esa conversación, mucho menos en mi estado de embriaguez, había algo en el simple hecho de mencionarlo que me aliviaba, aunque no comprendiera completamente por qué lo había hecho.

—Tengo a mí misma, y eso te debería bastar. Como tú bastas para mí. Por ahora.

—Sabes perfectamente que me bastas con solo respirar. Durante los últimos cinco años, me conformé con mirarte, a sabiendas que tú no sentías lo mismo. Pero ahora que las cosas han cambiado, no puedo ignorar mis deseos. Aunque los tuyos sean distintos. Aunque algo me dice que no, que sientes lo mismo. Así que, dime tú.

—Y lo hago, es decir, creo que sí, pero no estoy segura de si eso es lo que esperas oír. Puede que esté liando las cosas.

—Nos hemos estado liando desde hace tiempo.

—Joder, Cristopher, cómo tergiversas mis palabras...

—Verás que todo tiene su lógica... —dijo con una sonrisa pícaro, sus ojos brillando con humor, antes de formar una mueca maquiavélica con sus labios.

—Estoy considerando seriamente dejarte plantado aquí mismo.

—¿Qué, mi amor? ¿Planeas sustituirme por ese enigmático compañero de vinos y dejarme con el corazón roto?

Puso una cara de niño triste que, a pesar de mi deseo de ignorarlo por sus tonterías, me resultó completamente adorable.

—¿Otra vez? —Lo pinché con una sonrisa burlona—. ¿Acaso no habíamos dejado eso atrás?

—No sé de qué me hablas —replicó, encogiéndose de hombros con fingida inocencia.

—Es fascinante descubrir cosas de ti, como ese puntito celoso que, aunque intentas ocultar, termina saltando a la vista. Cómo lo manejas, eso ya es otra historia.

—¿Quieres saber lo que realmente no logro manejar? —se puso serio de repente.

Vaya, creí que seguía el juego, pero ahora iba en serio. Asentí nerviosa.

—Te he dado tiempo y espacio. ¿Qué más puedo decirte? Que creo en nosotros, que te amo, que sueño con vivir juntos, que me muero de celos solo de pensar en perderte... ¡Joder, Alba! Estoy harto de esperar.

—¿Qué intentas decir con eso? —Su tono, tan lleno de pasión y frustración, me pilló por sorpresa.

Se levantó del sofá, y sentí como si me estrujaran el corazón. ¿Sería el vino o simplemente el miedo de perderlo, tal vez perder esto que teníamos?

—Quiero saber qué esperas de nosotros, Alba. ¿Hacia dónde vamos? No soy un adolescente.

Me quedé sin palabras, mientras él parecía esperar algo más que una noche de pasión y visitas médicas a domicilio; buscaba respuestas, definiciones. Pero yo, atrapada en mi propia incertidumbre, no sabía qué responder.

—Yo tampoco soy una niña tonta.

—No entiendo qué más quieres de mí, Alba. Te he abierto mi corazón, mi casa, ¿y así me dejas, sin respuesta? No puedes hacerme esto.

—¿Y qué crees que te he hecho? ¿Emborracharme con vino junto a Rita? ¿Hacerte creer, aunque nunca fue mi intención, que estaba con otro? ¡Vamos, Chris, aclárame esto! —Mi voz se elevó a medida que el vino hacía efecto, liberando mi verdadera esencia—. ¿De qué me acusas exactamente? ¿De amarte hasta perder la razón? ¿De querer estar a tu lado? ¿De aguantar todas tus excentricidades y dramas? ¡Dime qué!

Él no respondió de inmediato, solo me miró fijamente, su respiración agitada revelando su turbación interna.

—Mejor no discutamos ahora. Toma la aspirina, descansa, y hablamos cuando estés más clara.

Se dio la vuelta para irse, pero reaccioné rápido, interponiéndome en la puerta con mi cuerpo.

—No tan rápido, Cristofito —dije, alzando la barbilla con un aire desafiante.

A pesar de mi menor estatura frente a él, noté cómo luchaba por contener una sonrisa.

—¿Qué quieres, Alba?

—Quiero estar contigo, ¡Joder! Estoy aquí. ¿No es obvio? ¿Acaso no me ves?

—Te veo, claro que sí. Quizás demasiado... ese podría ser el problema.

—¡Ah, me desesperas! —exclamé—. Tú y tu forma de ver y forzar las cosas, sin dejar espacio...

—¿Espacio? —se burló con una risa irónica—. ¿Qué te parecen cinco años de espacio? ¿No

es suficiente?

—Te entiendo, pero no puedes esperar que cambie todo en cinco días. La vida no es blanco o negro.

—Solo te pedí que te mudaras conmigo. Ni quiero pensar qué dirás cuando sepas de mi oferta de trabajo.

—¿Qué?

Definitivamente, necesitaba dejar de beber tanto. El alcohol estaba afectando mi comprensión.

—Hablamos en otro momento.

—Bueno, ahora que has abierto el melón, lo comes.

—Vale, pero primero te voy a comer a ti —abrí la boca horrorizada con su perversidad—. Ver cómo te plantas ahí, toda guerrera y desafiante, me está volviendo completamente loco.

—Perdo...? —no terminé la frase, él ya estaba sellando mis labios con los suyos.

Después de años escuchando que ni sumergida bajo el agua lograría guardar silencio, descubrí que, efectivamente, había una forma de acallarme: con besos. Y ahora, no bajo el agua, sino bajo el peso abrumador de Christopher, que me había arrastrado de vuelta al sofá en un torbellino de ansias, descubrí que no era el líquido de los mares lo que me envolvía, sino una marea de pasión desbordante.



Mientras descansaba sobre su pecho, sintiendo cómo pasaba suavemente sus dedos por mi cabello, me dejé llevar por las reflexiones sobre todo lo que nos estaba pasando.

—Lo siento, me he sentido un poco agobiada con todo esto. —Confesé, buscando su mirada.

—Ya lo sé. —Sus ojos se encontraron con los míos, transmitiendo una calidez reconfortante—. Disculpa yo que soy un ansias.

—Pero ¿cómo es que siempre entiendes el embrollo de cosas que digo y la mierda que hago?

—Porque te quiero, Alba. Creí que eso ya estaba más que claro. —Sus labios dejaron un tierno beso en mi frente.

—¿Estás seguro de que todo esto no es solo un antojo pasajero tuyo?

—¿Por qué te empeñas en ser tan insegura? Hay tantas cosas de ti que aún me sorprenden. — Su tono era una mezcla de curiosidad y ternura.

—Es que, al fin y al cabo, empezamos a conocernos de verdad. Nunca he tenido que pararme a pensar en quién soy o quiero ser. Siempre he vivido al momento, sabes...

—*Carpe Diem*.

—¡Eso es! El dichoso *Carpe Diem* y, por qué no, el *Carpe Noctem* también.

—Y, ¿qué tal si lo que yo quiero es justamente eso: vivir los días y las noches a tu lado, descubriéndolos juntos?

—Entonces, la duda es si esto será el principio de algo increíble para los dos o si me estoy metiendo en un lío monumental que acabará llevándome al desastre.

—Jamás haría algo que pudiese hacerte daño, Alba. Te lo prometo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? No lo sabes, de verdad que no. Mira, mis padres pensaban que eran el uno para el otro y al final nada, fracaso total.

—¿Y qué? Todos tenemos un rollo con nuestros padres. Pero tú, madre mía, te dejas coger por el miedo y no avanzas.

Entonces me acordé de todo lo que había hablado con su madre, del pasado tan chungo que

había tenido que pasar y en el tío tan increíble en el que se había convertido. Y me di cuenta de que tenía razón, de que mis miedos eran una tontería, al menos para nosotros.

—Venga, vamos a probarlo.

Él se levantó del sofá, me cogió y se sentó conmigo encima, mirándome fijamente.

—¿En serio? —Puso una cara como si le hubieran dicho que los Reyes Magos no existen.

—Pues... sí, ¿por qué no intentar vivir juntos o algo así?

—Hostia, eso sí que es un giro...

—Oye, Chris, solo quiero que sepas algo. Si esto no funciona, si vemos que simplemente no encajamos, no me quedará dando vueltas. Me vendré directo a casa, sin mirar atrás...

—Alba, joder, cállate ya. No paras y no te enteras...

—¿Que no me entero de qué?

—De que me acabas de hacer el tío más feliz del mundo.

«Madre del amor hermoso, esto sí que es un lío», pensé. Yo, la reina del desastre y él, un tío super sentimental. Quién lo diría.

—Venga, tampoco es como si te hubiera propuesto matrimonio de repente —le solté, con una sonrisa burlona.

—No me tientes.

—Para ya, ¿vale? Que no estoy para tus novelas románticas.

Me atrapé entre sus brazos y me plantó un besazo de esos que salen en los libros. Si hubiera sabido, habría prestado más atención en literatura. Chris, desde luego, sí que había hecho los deberes. Era el mejor profesor que había tenido jamás. Con él, seguro que iba a aprender más que en todos mis años de cole.

Cuando se separó de mí, me sentí como si estuviera borracha, pero no de vino, sino de algo mucho más guay. Y pensar que acababa de decirle que me quería mudar con él. Decantarlo y degustarlo era algo que no podía dejar de hacer. Acabaría en «Cristofitos Anónimos». Me iba a dar unas reuniones que ni te cuento.

—Oye, hay una cosa de la que te quiero hablar hace rato. Mejor ahora que estás contenta.

—¡Eh! —Le di un cachete en el hombro, y él me respondió con otro en el culo.

—No te pongas bruta. Yo no soy de violencia, pero igual tengo que enseñarte a usar las manos de otra forma. —Agarró mi mano y la colocó donde menos me lo esperaba. Claro que estaba listo para otra ronda.

—¿Y eso que querías decirme?

—Oye, no vale usar lo que yo digo como excusa para escaquearte de echar un polvo, ¿eh?

—Y tú no puedes usar lo que digo yo para soltar cualquier burrada.

—¿Te he dicho ya que te amo?

—Vale, en serio, ¿qué es tan importante que tienes que decirme? ¿Cuál es ese secreto?

Lo vi cerrar los ojos y morderse el labio. Me recorrió un escalofrío. Algo me decía que lo que venía no iba a ser moco de pavo.

—Llevo tiempo dándole vueltas y creo que mi gran fallo ha sido siempre poner todo antes que a mí mismo. —Asentí, mostrándole una sonrisa comprensiva. Estaba de acuerdo—. Y, mira, después de mucho pensar, he decidido que quiero lanzarme a hacer algo que de verdad me haga feliz.

—¿Te refieres en relación al trabajo o a nosotros? —pregunté, buscando claridad.

—Acabas de llenarme de felicidad al aceptar vivir conmigo. No, no es sobre nosotros. Es sobre mi trabajo, efectivamente —respondió, con un tono que mezclaba alivio y seriedad.

—Eso suena genial. En serio, cuentas con todo mi apoyo.

—La verdad es que no me veo toda la vida siendo el jefe de una cafetería. Como bien has dicho tú, ni cafetería ni leches.

Dijo eso con un tono grave, sin rastro de sonrisa. Me cayó como un jarro de agua fría.

—Chris, no quería decirlo así... No era mi intención que te sintieras mal, lo siento.

—No, no te disculpes. Has dicho la verdad.

—Bueno, tengo que admitir que algo de razón no me falta. Es cierto que a veces no eres precisamente el jefe del año, y creo que es justo mencionarlo.

¡Maldita sea, por qué no aprenderé a callarme! Levantó las cejas y se echó a reír.

—Pero tú sí.

—¿Perdona? ¿Yo sí qué?

—Tú sí que vales como gerente. Por eso quiero que vuelvas a la cafetería, pero esta vez de jefa. Esa es mi propuesta.

Me quedé de piedra. Cerré la boca a cal y canto, sintiendo que el corazón me latía en la garganta, y cuando por fin conseguí articular algo, solo pude soltar:

—Ni de coña.

Devorando las cicatrices del destino

—A ver, que no te pillo, Alba. Primero quieres más que ser camarera, y ahora que tienes la oportunidad, te echas para atrás. Eso es coherencia, sí señora. De pronto, todo son inconvenientes. Y ahora, ¿qué esperas? ¿Qué me preocupe? ¿Qué te monte una fiesta? —Jules alzó las manos, esbozando una sonrisa sarcástica.

—Estás de cachondeo. Dirigir la cafetería no es tontería. No es solo preparar cafés y listo.

—Vale, vale, Alba. Pero ¿y si resulta que te chifla? ¿Lo has pensado? —Jules se pasó una mano por el pelo en un gesto dramático—. Imagínate, mandando, organizando, con tu propio imperio cafetero. Serías como la baronesa del grano.

—¿Baronesa del grano? ¿De dónde sacas esas chorradas, Jules? —no pude evitar soltar una carcajada.

—Pues me imagino a ti, con tu corona de cápsulas de café, gobernando tu reino cafetero.

—Aunque me vaciles, algo de razón tienes. Quizás estoy exagerando, dejándome llevar por el miedo al cambio, a las responsabilidades. A tener que ponerme seria si alguien se pasa de listo.

—¡Esa es mi Alba! Y si alguien se pasa, le tiras una cápsula. —Jules hizo un gesto de lanzamiento—. Y si no, aquí me tienes para lo que necesites. ¿No soy tu asesor de vida y experto en café?

—Sí, el mismo que hace nada solo pensaba en comer. —Le di un toquecito en el hombro, sonriendo a pesar de todo.

—Una cosa no quita la otra, hermanita. Mira, ya te veo sonreír. ¿Qué tal si pedimos algo y planeamos cómo dominar el mundo del café? Pero antes, decidamos, ¿pizza o sushi?

—Vale, nos vamos por la pizza. Gracias, Jules. A veces eres un plasta, pero te quiero un montón.

—Y yo a ti, aunque te montes tus dramas. —Jules me revolvió el pelo, como cuando éramos niños, y su gesto me reconfortó.

A pesar de las dudas y miedos, sentí que todo saldría bien. Las decisiones se toman una a una, al igual que la vida.

—No, mira Jules, esto no va por ahí.

—No, tú mira, lo que yo veo es que todo esto son excusas para no avanzar.

—¿Qué dices? Si justo he aceptado irme a vivir con Christopher, así, sin más.

—Sin más no fue, querida hermana. Tardaste casi dos meses en darle una respuesta.

—Ah, claro, que ahora tú y él sois los mejores amigos. Tenéis un proyecto juntos y ya no os separáis.

—Sí, y tú te has convertido en una gilipollas rencorosa y envidiosa.

—¿Ya no te acuerdas de que tienes una hermana? ¿O es que ahora prefieres a tu nuevo «hermanito»?

—Vaya, Alba, no sabía que te casabas. ¿Puedo ser el padrino?

—Vete a tomar por culo, Jules.

—Eso no lo digas, sabes que me excita.

No sé por qué creí que hablar con mi hermano era una buena idea. Ahora todo se estaba volviendo en contra mía. A lo mejor me excedí, pero necesitaba que alguien me ayudara a tomar decisiones importantes, y Jules solo estaba interesado en el proyecto de la bodega que él y Christopher habían decidido emprender juntos. Quizás debería unirme a ellos, organizar una

hoguera y sentarnos todos juntos a cantar el «*Kumbayá*».

—Jules, no me ignores —apoyé mi cabeza en su hombro—, necesito tu consejo.

—Creo que deberías darte la oportunidad de probar algo diferente en tu vida. No lo digo solo porque sea tu hermano o el futuro socio de tu novio, sino porque quiero verte realizada y encontrando tu sitio en el mundo, algo que no conseguirás sin arriesgarte.

—Ya he sido gerente antes, no olvides, así que no es una novedad para mí.

—Ahí te equivocas —*Justo lo que temo es equivocarme*—. No es igual tener el poder de decidir a tu manera, que vivir a la sombra de alguien más.

—¿Quieres decir que he sido su sombra?

—Pues si fuiste su sombra, muy mala no habrás sido y no lo hiciste nada mal; al final se enamoró de ti. —Le puse una mueca y saqué la lengua, como cuando éramos niños—. Vamos, ¿qué es lo que tanto te preocupa ahora, con ese espíritu inquieto que tienes?

—Ja, muy gracioso. Puede que esté exagerando, es cierto, pero me inquieta la idea de volver a la cafetería después de todo lo ocurrido, enfrentarme a mis antiguos compañeros, ahora como su jefa. Me resulta incómodo, ¿qué quieres que te diga?

—Me rugen las tripas, chiqui, ¿pedimos algo ya?

—¡¡JULES!!! —le regañé—. Aquí estoy, hablándote de lo difícil que será aceptar este trabajo y solo piensas en comer. ¿En qué clase de hermano te has convertido?

—En uno que se muere de hambre, no me juzgues, llevo todo el día sin comer.

—Está bien, pediré las pizzas. —Cogí el teléfono para hacer el pedido.

—¿Quieres que te hable de cómo vamos a trabajar Christopher y yo?

—Adelante, adelante...

Era lo de siempre con mi hermano. Lo quería mucho, pero cada vez que me reunía con él para contarle mis cosas, terminaba escuchando sus problemas o hablando de sus logros. Me alegraba por él y por Chris, de verdad. Era genial que finalmente se animaran con algo que les apasionaba y que seguramente sería un éxito. En cuanto a mí, seguía sin saber a dónde ir para encontrar esa luz que disipara la oscuridad en la que me encontraba.



Dos días después, decidí reunirme con mi padre para comer. Estaba agotada de empaquetar cajas para mi supuesta mudanza a la casa de Chris. Me invadió la tristeza al pensar que aún no había logrado encontrar nuevo inquilino para el diminuto apartamento; dejar mi «piso de cerillas» era desalentador. Los caseros habían sido muy comprensivos conmigo y me ofrecieron más tiempo por si decidía regresar al apartamento, dado que aún no aparecía nadie interesado en ocuparlo. Sin embargo, la sola idea de que mi nueva aventura con Christopher no resultara como esperaba y tener que volver a ese apartamento me daba escalofríos. Decidí, por una vez, mantener una actitud positiva. Aun así, a mis caseros no les dije que no, por si acaso.

Mi padre y yo habíamos reservado en ese restaurante al que solía llevarme durante mi adolescencia. Nos ubicamos en la terraza; el día estaba espléndido.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó.

Al escucharlo, casi escupo el vermut por la nariz.

—El trabajo... Pues, verás, hay algo sobre eso... quizás puedas aconsejarme. Resulta que he recibido una propuesta y no sé qué hacer.

Le relaté la oferta de Chris en un resumen de diez minutos, esperando que, dado su éxito profesional, mi padre pudiera darme algún consejo útil. Esta vez estaba dispuesta a escuchar,

algo que solo comprendes que debiste hacer de niña, cuando ya eres adulta.

—¿Qué te hace dudar tanto, cariño? —indagó luego de escucharme atentamente.

—No lo sé. Por un lado, quiero estar en el aquí y el ahora. Por otro, dudo si soy la persona adecuada y no quiero estropearlo, especialmente con Chris. Ya he cometido demasiados errores con él. Además, está la señora Rocío; sabes cuánto la respeto. Es el negocio de su vida, por el que ha luchado tanto, y yo... yo no soy parte de su familia. Me siento una intrusa.

—Lo extraño es lo que siempre haces —dijo.

—¿A qué te refieres, papá? —pregunté, elevando las cejas.

—A autosabotearte.

—¡PAPÁ! —exclamé.

¿Por qué todos insistían en señalar mis errores en lugar de ayudarme?

—Alba, sabes que es verdad. Siempre has tendido a boicotear tus oportunidades, sin reconocer tus propias cualidades. Tu madre y yo te lo hemos dicho infinidad de veces.

—Vaya, ahora resulta que ambos coinciden en algo más allá de vuestro divorcio.

—Estás siendo infantil. Tanto tu madre como yo siempre hemos buscado lo mejor para ti y para tu hermano. Hemos tratado de protegerlos de lo que pasaba entre nosotros.

—Pero no lo lograsteis del todo.

—Cierto. Y ahora debes madurar y aprender a convivir con las consecuencias de ello. Pero esto no es sobre tu madre o sobre mí. Es sobre ti. —*Tenía razón*—. Si quieres mi opinión, creo que ya eres suficientemente adulta para tomar tus propias decisiones.

—No entiendes lo que todo esto significa para mí. La libertad siempre ha sido fundamental en mi vida, y cederla me cuesta.

—Por lo que me has dicho de Chris, que por cierto, espero conocerlo antes de tu mudanza —interrumpió con un toque paternal típico, deseando aprobar a mi pretendiente como en los viejos tiempos—, no parece el tipo de persona que te limitaría.

—No, no lo es. Y recuerda, en esta conversación, sigues siendo mi padre; deberías estar de mi lado.

—Y siempre lo he estado, Alba. —Me recliné en la silla, sintiéndome vencida, con los brazos cayendo a los lados—. Hay muchos proyectos en los que podrías involucrarte, pero desde mi humilde punto de vista, y sin querer influir en tu decisión, creo que deberías darle una oportunidad a lo que tienes ahora.

—¿Así de sencillo? —pregunté, ya sin ánimo para contradecirlo.

—A veces, cariño, los negocios no son tan complicados como parecen.

—Últimamente, todo me parece complicado.

—¿Qué te preocupa, Alba?

—Es toda esta situación... la mudanza, el empezar una relación seria... ser jefa de mis compañeros, asumir responsabilidades... ¡uff!

—¡Ey! —Se inclinó sobre la mesa, sujetó mi barbilla y me obligó a mirarlo directamente, con ternura. Sentí cómo se me humedecían los ojos; hablar de mis sentimientos aún me costaba—. Sé que no he sido un buen modelo para seguir en cuanto a expresar o valorar las relaciones estables. Lo lamento.

—Papá, no te preocupes, no digas eso.

—Escúchame bien. Dale tiempo al tiempo. No siempre podrás estar con las personas que amas, pero date la oportunidad de estar contigo misma. Escucha tus propios sentimientos.

—Con todo lo que está pasando, no estoy segura de si consigo escucharme. Hay demasiado ruido en mi cabeza.

—Ya me contarás qué decides. Sea lo que sea, contarás con mi apoyo.

—Gracias, papá.

Tenía la cabeza hecha un lío. No podía parar de darle vueltas a todo, analizando las cosas una y otra vez: una noria de lo que había dicho o hecho, y también a todos los posibles problemas que podían surgir. Mi mente estaba todo el rato preguntándose: «¿Y si pasa esto?, ¿y si pasa lo otro?». Inseguridades, preocupaciones... era un "runrún" constante que me absorbía toda la energía. Durante mi adolescencia, viví atrapada en un bucle de preocupaciones constantes, un *comecocos* que no cesaba. A menudo, los pensamientos que me robaban el sueño eran también los más agobiantes. Últimamente, me encontraba exhausta y desgastada debido a las noches en vela.

El ser humano es especialista en montarse películas, todos lo hacemos. Más o menos elaboradas. Somos seres analíticos, y nos preocupamos por el futuro, lo cual en sí mismo está bien. El problema es cuando nos quedábamos "enganchados" en las preocupaciones y en el análisis de lo que podría pasar, o de lo que ya había pasado, y lo sosteníamos y elaborábamos *ad infinitum*.

Pero claro, cuando ese "run-run" estaba todo el día en mi cabeza, estas preocupaciones y películas dejaban de cumplir su función. Ya no eran útiles, no ayudaban... al contrario: embotaban y bloqueaban.

Estaba desesperada por encontrar una solución, porque no tenía excusa para mi estupidez mental; por tanto, pedía consejo a todo aquel que tenía lo que yo creía que era necesario para sacarme de esta confusión en la que se había convertido mi vida.

Esa misma tarde estuve yendo y viniendo entre mi casa y la de Chris. No estaba precisamente cerca, así que tuve que desplazarme en coche. Además, mi coche era pequeño y apenas cabía todo. Rezaba para que la policía no me mandara parar al verme con cajas apiladas hasta el techo del coche.

Y así, en medio de mi caótica odisea de mudanza, llegué a la casa de Christopher. Un chalet en las afueras de Madrid que, para ser honesta, parecía sacado de una de esas revistas de decoración que nunca compré porque... bueno, ¿para qué? Mi piso era tan pequeñito que, si movías una silla, ya tenías una nueva distribución del espacio.

El chalet de Chris era todo lo contrario a mi modesto piso. Clásico, con dos pisos que gritaban "espacio" y un estilo rústico que parecía susurrar historias de tiempos más sencillos. Entrar allí era como cambiar de ciudad sin moverte de Madrid. Y yo, con mis cajas apiladas en el coche, me sentía como la protagonista de esas comedias románticas donde la chica de ciudad da un giro de 180 grados a su vida. Solo que en lugar de tacones, llevaba zapatillas deportivas, y en vez de un elegante bolso, un montón de cajas que amenazaban con aplastarme.

Caminar por esa casa era un recordatorio constante de lo diferente que era de mi pequeño refugio. Cada habitación era un nuevo mundo, y yo, con mis cosas, parecía una invasora en territorio desconocido. No me malinterpreten, la casa era preciosa, pero me costaba imaginar que mis posters de bandas de rock encajaran en esas paredes de piedra y madera.

La decisión de mudarme con Chris no fue fácil. Dejar mi pisito, mi santuario de independencia, para compartir la vida con alguien más, era un gran paso. Pero ¿saben qué? A veces, la vida te empuja hacia lo desconocido, hacia algo más grande que tus miedos y dudas. Y allí estaba yo, en medio su pedazo chalet, pensando que, a pesar de todo, quizás este era el comienzo de algo increíble. O al menos de algo digno de una buena comedia romántica.

Así que, con una mezcla de emoción y un ligero pánico escénico, comencé a desempacar mis cosas. "Bienvenida a tu nueva vida, Alba", me dije a mí misma, "esto es solo el principio". Y en

algún lugar de mi mente, una pequeña voz añadió: «Y si todo sale mal, siempre puedes escribir un libro sobre esto». Porque, al fin y al cabo, ¿no es eso lo que hacen los personajes de las novelas románticas? Se lanzan a la aventura y, pase lo que pase, siempre tienen una buena historia que contar.

Ojalá la mía tuviera un final feliz, porque me niego a ser la protagonista si es para lo contrario. Prefiero ser la villana, o incluso la que quina en el primer capítulo.

Chris no estuvo todo el día. Insistió en ayudarme con la mudanza, pero preferí hacerlo sola. Necesitaba organizarme yo misma, tener ese momento para dejar atrás la vida que había llevado durante tanto tiempo y comenzar de nuevo en un nuevo hogar.

Al entrar en su dormitorio, que ahora también sería el mío, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Había pasado allí muchas noches con él durante nuestro corto pero intenso noviazgo. Y era real, mirar esa cama enorme me hacía sentir que todo estaba sucediendo de verdad. Me había mudado, y esa noche dormiríamos juntos. Y así sería cada día, hasta que, quizás, uno de nosotros se cansara del otro.

Me preguntaba cómo sería vivir con Chris. ¿Tendría manías? Yo tenía un montón. De hecho, ahora se me ocurrían algunas más para añadir a la lista que ya tenía. Ahora, en lugar de tener ganas de asesinarlo en momentos de frustración, tenía que sustituir eso por el deseo de amarlo todos los días. ¿Cómo se llamaba eso? ¿Trastorno del apego? La sola idea me ponía los pelos de punta. ¿Cómo sería nuestra relación ahora que compartiríamos incluso el mismo váter? ¡Qué pensamiento más desagradable!

Sacudí la cabeza para despejar la avalancha de pensamientos que me asaltaban y seguí organizando mis cosas, tarea que me llevaría unas buenas semanas. Agradecía no estar trabajando aún. Eso era otra cosa para la que tenía que prepararme. Solté un largo suspiro.

"Venga, Alba, tú puedes con esto", me animé a mí misma.

Entre viñedos y alpacas de paja

Desde la ventana del coche, contemplaba el magnífico paisaje de La Rioja. Esa región española, maravillosa no solo por sus viñedos, sino también por sus pintorescas casas y un paisaje impresionante. Con la ventana abierta, aspiraba el aire fresco y puro del campo. Acostumbrada como estaba a vivir en un centro urbano, con toda su contaminación y tráfico, el poder llenar los pulmones con un poco de oxígeno puro era un lujo.

Después de conducir varios kilómetros, llegué al nuevo terreno destinado a producir los vinos que Christopher y Jules planificaban vender en un bar bistró con degustación en Madrid; una idea que fusionaba la cocina innovadora con el vino. Para cubrir los gastos, habían decidido plantar sus propios viñedos y así comercializar su propio vino.

Pero la inversión era enorme y quedaba mucho trabajo por delante, así que pasaban sus días libres combinando el trabajo en su negocio actual con el desarrollo de este nuevo proyecto. Parte de la razón por la que Chris aún no podía dedicarse al 100% era que todavía no había encontrado un gerente que le reemplazara en la cafetería. Y por eso, decidí subir el fin de semana para visitarlos. Iban a pasar dos días organizando cosas en la finca.

Aparqué el coche y empecé a caminar hacia la casa principal, pero mi hermano me encontró en el camino y me informó de que Chris estaba en un almacén recogiendo cosas. Al entrar, lo vi ocupado transportando cajas de un lado a otro, sudoroso y manchado de trabajo.

Vestía unos vaqueros polvorientos y con las mangas de la camisa enrolladas, dejando ver sus musculosos antebrazos. Era tremendamente atractivo. Bajo esos elegantes trajes que siempre llevaba, se escondía un hombre muy interesante, que cada día me fascinaba más. No sabía cómo había podido ser tan inconsciente de su atractivo durante todos estos años. Descendí unos escalones de madera para llegar al almacén donde continuaba trabajando.

—Hola —saludé.

—Hola. ¡Qué agradable sorpresa —dijo él, levantando la vista de sus quehaceres y regalándome una seductora sonrisa.

Me acerqué un poco más.

—Jules ha hecho un gran trabajo con este lugar, ¿verdad? —comentó, dejando una caja de vinos en el suelo.

Me quedé mirándolo, parada frente a él, sin decir nada.

—¿Qué ocurre?

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Se limpió las manos en los pantalones de trabajo y asintió con la cabeza. Lo observé dejar algunas herramientas que tenía en la mano en el suelo, al lado de la caja que acababa de depositar también. Se acercó a mí, pero se detuvo antes de besarme o tocarme.

—¿Puedo besarte? Estoy sucio del trabajo y no quiero manchar tu precioso vestido.

—¿Este? No importa, solo es un vestido, puede ensuciarse.

—No me digas eso, menos cuando estás tan... —me agarró por la cintura y me elevó hasta que mi boca se encontró con la suya—, guapa y atractiva.

A continuación, él me inundó con una tormenta de besos en la garganta, despertando una ansia voraz en mí. Sus labios trazaron un mapa ardiente sobre mi piel, culminando en un beso profundo, un anhelo finalmente saciado. Su mano, atrevida, se deslizó bajo mi vestido, explorando con descaro.

—Para, Chris, tenemos que hablar —dije, intentando recuperar el aliento y un poco de cordura.

Él se apartó a regañadientes, su respiración agitada y un brillo de frustración en sus ojos.

—Está bien, pero un día de estos voy a cumplir mi fantasía de hacerte el amor en un montón de paja, como todo un vaquero —murmuró con una sonrisa pícara.

—Pues sigue soñando. Las únicas pajas serán las que hagas tú si sigues con esa mente tan calenturienta —repliqué, bromeando.

—¿Qué puedo hacer? Si solo pensar en ti ya me enciende —contestó él, con una sonrisa llena de significado.

—Genial, ¿y ahora también piensas en convertir este lugar en una cuadra? Porque, entre la bodega y eso, ya tienes al primer caballo: tú —le dije, incapaz de resistirme a pincharle un poco más.

—Cuidado, que si no salimos de aquí en este instante, podría retarte a una carrera para que compruebes la "calidad" de este semental —amenazó, con un guiño cómplice.

Me di la vuelta y comencé a caminar rápidamente, intentando escapar de sus insinuaciones. Aun así, su risa traviesa resonaba tras de mí. Era curioso observar cómo Christopher se transformaba día tras día. Había pasado de ser un tipo serio y muy eficiente, con un humor seco y agudo, siempre vestido para el trabajo con la formalidad del mundo, manteniendo así una distancia entre jefes y empleados, a este Chris que llevaba vaqueros y calzado deportivo y desprendía un aire más relajado y jovial. Su sonrisa era serena y su mirada, penetrante. Y lo que más me gustaba era su sentido del humor y su picardía, especialmente entre nosotros. Pasábamos la vida bromeando y lanzándonos indirectas, pero esa dinámica se estaba convirtiendo en algo tan nuestro y tan divertido que, incluso cuando no me sacaba de mis casillas, ya empezaba a echar de menos esa faceta suya. Era ridículo, pero así éramos. Y, sorprendentemente, eso me encantaba.

Cuando salimos afuera, la extensión de viñedos que se perdía en el horizonte junto a las antiguas villas medievales marcaba el paisaje perfecto para su proyecto. La Rioja, con su renombrada tradición vinícola, prometía ser un gran acierto para ellos. Aunque el trabajo que les esperaba era enorme. La finca que habían adquirido, descuidada por años, apenas conservaba viñas en buen estado. Pero ambos estaban decididos, y nunca había visto a mi hermano tan ilusionado, ni siquiera cuando Jordi dejó su empeño en Barcelona para unirse a este sueño.

Nos sentamos bajo la sombra de un árbol, contemplando el paisaje, con Chris abrazándome por los hombros.

—He tomado una decisión —dije, mirando el viñedo y sintiendo su intensa mirada sobre mí.

—No necesitas decidir nada ahora —respondió él, con voz suave.

—Lo sé, pero es algo que necesito hacer. Antes, sin embargo, hay una cosa que me gustaría plantearte.

—Claro, dime.

—He escuchado algo y necesito saber si es cierto —le dije, enfrentando su mirada seria.

—¿A qué te refieres?

—Me han contado que antes de que estuviéramos juntos, pensabas ascenderme a gerente. ¿Es eso cierto?

—Sí, desde hace mucho tiempo —admitió—. ¿Quién te lo dijo?

—Eso no es relevante.

—Bueno, aparte de mi madre, no sé quién más podría saberlo, porque nunca lo comenté con nadie más. Pero ella sí lo sabía.

—Entonces, ¿por qué nunca lo mencionaste? Siempre parecías menospreciar mi trabajo.

—No esperaba verte hoy, pero me alegra que estés aquí. Quiero darte las respuestas que buscas —dijo, desviando la vista hacia el horizonte—. Me tomó tiempo aceptar lo que sentía por ti, no porque creyera que eres incompetente, sino todo lo contrario. Quería cambiar, pero las presiones me cegaron.

Tomé su mano, y una sonrisa genuina iluminó su rostro. Acercó mi mano a sus labios, depositando en ella un beso lleno de cariño. Después, con la suavidad de una brisa, me besó en los labios. Nos recostamos en el prado, mirándonos fijamente, como si intentáramos leer los secretos más profundos del otro.

—Odio hablar mal de los que ya no están con nosotros; no pueden defenderse —comenzó con un tono sombrío—. Durante muchos años, luché con la idea de que quizá, solo quizá, me convertiría en una versión de mi padre. Y en ese escenario, pensaba que no eras digna de un hombre como ese.

Mi corazón se apretó al escucharle.

—Chris, no deberías decir eso. Eres más que digno, no solo para mí, sino para cualquiera que tenga el privilegio de conocerte.

Sus ojos se oscurecieron con una mezcla de tristeza y pasión.

—No deseo a nadie más, solo a ti. Y si de algún modo te reconforta, lamento cómo te traté. Quería que brillaras, pensaba que al ser estricto contigo te empujaría a ser la mejor versión de ti misma.

Sus palabras me tocaron profundamente, pero había heridas que no podían sanar tan rápido.

—No creo que lo hicieras con mala intención, pero aun así, lastimó.

Hizo una pausa y asintió lentamente.

—Lo sé, y lo admito. A veces soy más frío de lo que me gustaría.

Sonreí irónicamente, la metáfora perfecta cruzó por mi mente:

—No eres solo frío, eres un auténtico iceberg. A veces pensaba que tenías el corazón de escarcha.

Ambos compartimos una risa sincera, liberando parte de la tensión acumulada. Con el paso de los días, esa barrera invisible entre nosotros empezó a disiparse, permitiéndonos hablar con más sinceridad. Aunque, eso sí, no dejábamos de discutir... y de reconciliarnos poco después.

—Eres la única que sabe cómo lidiar conmigo. Si puedes hacerlo, puedes manejar cualquier cosa. Confío en ti más que en nadie para dirigir mi negocio —concluyó.

Su declaración me dejó sin palabras.

—Para ti debe ser fácil decirlo. A pesar de lo que he opinado sobre ti, has llevado a cabo un trabajo excepcional durante estos años. Sé que hubo momentos en los que te detestamos, pero la realidad es que la cafetería ha llegado a ser lo que es gracias a que tú supiste dirigirla por tu cuenta. Y, sinceramente, todo lo que sé lo he aprendido de ti.

Vi un brillo especial en sus ojos.

—Gracias, Alba. Gracias por escogerme, por aceptar ser parte de todo lo que para mí es importante. Te quiero. Eres mi familia ahora. Lo que es mío es tuyo, y me llena de felicidad que te des esta oportunidad —dijo, sus ojos brillando de emoción.

—Yo también te quiero. Pero te juro que si te pones demasiado sentimental y me haces llorar, cambiaré de opinión rápido.

—¿Eso significa que ya has tomado una decisión? ¿Era eso lo que me querías decir? —preguntó, con un tono que revelaba tanto curiosidad como inquietud.

Bajé la mirada y apreté los labios, sintiendo un nudo en el estómago. Luego, con un esfuerzo,

esbocé una sonrisa y asentí, a pesar de que mis manos temblaban levemente por la ansiedad.

—Te seré honesto, hasta yo tengo ganas de llorar de felicidad ahora mismo.

—No, por favor, no más ataques de cursilería, ¡no! —Intenté incorporarme, pero él me sujetó del brazo y me atrajo hacia sí, girándome sobre el heno y besándome hasta dejarme sin respiración.

—Ahora que hemos resuelto nuestras diferencias y tomado nuestras decisiones, ¿puedo continuar con mi papel de semental? Tu olor a vaqueriza realmente me pone mucho...

—¡¡¡Eres increíble!!!

Le di un golpe juguetón en el brazo. Él soltó una carcajada.

—Eh, recuerda que mi madre te adora.

—Eso es lo único que te salva.

Y en aquel momento, respiré por primera vez el aire de libertad antes de consagrar las benditas tierras del buen vino con nuestros cuerpos. Me sentía independiente y plena. Estaba dispuesta a embarcarme en una nueva fase de mi vida, y de nuestras vidas; porque al final, todos estábamos a punto de sumergirnos en nuevas aventuras y desafíos, cada uno con sus propios retos, pero llenos de sueños.

Pero hacerlo en compañía de alguien que te valora, te admira y te motiva, es un regalo abrumadoramente hermoso. No necesitaba a Christopher para ser más yo misma, ni a nadie, en realidad. Aún nos quedaba mucho por aprender sobre el amor, pero de lo poco que sabía, una cosa estaba clara: para compartir tu vida con alguien que valga la pena, tiene que ser con alguien que te eleve sin menospreciarte. Alguien que te impulse sin empujarte al abismo, que te aterrice cuando vuelas demasiado alto, y sobre todo, alguien que respete tus decisiones y no convierta tu vida en una esclavitud, ni al contrario. Eso es el amor. Todo lo demás, simples palabras. Lo demás es cosa de novela.

Aquellos «rivales» que creamos

—No puedo concentrarme así —la voz sorprendida de Christopher me tomó desprevenida.

Él estaba sentado en el sofá, colocando su tableta a un lado y mirándome con una mezcla de frustración y diversión.

—¿Necesitas ayuda con algo? —pregunté, genuinamente interesada en colaborar.

Christopher se había sumergido en el estudio de coctelería a distancia, una labor que equilibraba con su trabajo en la bodega. No era tarea fácil, considerando la complejidad de las combinaciones, protocolos y fórmulas que el mundo de las bebidas demanda. Sin embargo, el verdadero problema residía en que, la mayoría de los días estaba tan absorbido en sus estudios que prácticamente me convertía en una sombra en casa, ignorándome como si no existiera. En contraste, en mi trabajo yo brillaba; allí me sentía valorada y admirada. Pero al volver a casa, me enfrentaba a lo que parecía mi peor enemigo.

—Sí —suspiró con exasperación—. Intento concentrarme, y lo único que veo es tu trasero en esos pantalones ajustados... ¡Vamos! ¿Estás intentando distraerme para que no termine mi módulo?

Abrí la boca para responder, pero me detuve, cerrándola sin emitir sonido. Me encontraba en la sala, un espacio que ahora compartíamos en su casa, convertida en nuestro hogar desde que me invitó a vivir con él. Realizaba ejercicios de pilates, una práctica heredada de mi madre, pensada para contrarrestar las largas horas de pie como encargada de la cafetería, una idea brillante de mi querido novio.

Llevábamos casi cuatro meses viviendo juntos, y la convivencia era un desafío constante. No habíamos cambiado mucho: las discusiones eran frecuentes, nuestras formas de vivir y entender los espacios chocaban, y nuestras opiniones y perspectivas a menudo divergían. Pero ¿por qué seguíamos juntos? La respuesta era simple: a pesar de todo, había algo entre nosotros que alimentaba un deseo más fuerte que nuestras diferencias, y el sexo era una escapada salvaje a otro universo. Sin embargo, nadie dijo que convivir sería fácil. Definitivamente, no lo era.

—No —respondí finalmente, levantándome y empezando a recoger mi esterilla—. Solo estaba haciendo mis ejercicios.

—Oye, no he dicho que te vayas —replicó Christopher con una sonrisa burlona—. Solo sugiero que coordinemos nuestros horarios para no estorbarnos.

Le lancé una mirada incrédula.

—¿Coordinar? ¿Ahora hablas como si fueras mi jefe otra vez?

—Joder. ¡Eres increíble, Alba! —soltó una risa sarcástica—. No hablo de eso, solo de organizarnos.

—Claro, siempre organizando todo, hasta mi vida —repliqué guardando mi esterilla bajo el brazo.

—¿Ves? Siempre sacando conclusiones apresuradas —dijo él, mirándome con una mezcla de frustración y admiración.

—¿Y tú qué? Siempre controlando, siempre teniendo la última palabra —respondí con firmeza, deteniéndome frente a él—. Empiezo a estar un poquito harta de tus observaciones.

Él se recostó en el sofá, sus ojos brillando con desafío.

—¿Y qué te hace quedarte entonces?

—Y tú, si no es mi increíble trasero?

—¿Tu trasero? —se rio con sarcasmo—. Por favor, Alba, hay más en esta relación que tu terquedad y tu físico.

—Lo mismo digo yo, debe haber algo más que tu ego y tu atractivo.

—Bueno, es que no puedo evitar ser irresistible —dijo con una sonrisa arrogante.

—Sí, irresistible como un dolor de cabeza —repliqué, levantando la barbilla con desafío.

—Exactamente —concluyó él— un dolor de cabeza encantador.

Lo miré, un poco irritada.

—¿Así que lo que quieres es que haga las cosas a tu manera? —pregunté con un tono de incredulidad.

Christopher se tomó un momento antes de responder, eligiendo sus palabras con cuidado.

—No exactamente a mi manera, pero sí, podríamos aprender a dar espacio a nuestras actividades individuales. ¿Acaso es necesario hacer todo juntos? ¿No podemos separarnos las cosas?

—¿Separarnos? Tú fuiste quien propuso vivir juntos, ¿y ahora hablas de separar nuestras vidas?

—¡Dios, Alba, qué manera de tergiversar mis palabras! —exclamó Christopher con un bufido exagerado—. Nunca dije “separarnos”.

—Eso es lo que entendí —repliqué.

—Eso es lo que tú quisiste entender —dijo él, con un tono de exasperación.

Suspiré, cansada de la misma rutina.

—Siempre lo mismo. Mejor me voy.

—¿Podrías dejar de actuar como una niña por una vez y escucharme? —insistió él—. Solo estoy sugiriendo que nos organicemos mejor.

Abracé mi esterilla, mi botella de agua y mi toalla, y me detuve frente al sofá, mirándolo con una mezcla de frustración y deseo de hacerlo desaparecer.

—Lo que tú no pareces entender, o no quieres entender, es que siempre estás tratando de organizar algo en mi vida. Mis horarios, mis cosas, mi forma de hablar, mi manera de pensar... ¡Eres insoportable a veces!

Él me miró fijamente, su expresión mezclando disgusto y una ira apenas contenida.

—Me lo dices todos los días. A veces realmente me pregunto qué te mantiene aquí.

—¿Qué me mantiene aquí? Por tu carita guapa no es. ¿Qué te mantiene a ti, entonces?

—Definitivamente no es por tu trasero.

—Eso aún está por ver.

Christopher soltó una carcajada irónica.

Después de soltar todo eso, tenía que admitir que estaba siendo un poco idiota. Pero es que Christopher tenía el don de sacarme de mis casillas, de llevarme al límite con sus sarcasmos y su arrogancia. Y eso, sin falta, despertaba mi lado más oscuro.

—Querida, si solo me interesara eso, no estarías aquí.

—Eso también me lo dices a menudo. Pero recuerda, fui yo quien decidió venir —le recordé.

—No me conquistaste, Alba. Fui yo quien te buscó. Tienes una memoria selectiva —dijo él, con un deje de arrogancia.

—¿Es eso tu orgullo hablando, o ya terminaste de autoelogiarte? —pregunté con sarcasmo.

—Bueno, no te preocupes demasiado por eso —contestó él, con una sonrisa burlona.

—Tranquilo, no lo haré. De hecho, me voy a ir ahora, para no interrumpir tus estudios —dije, enfatizando la palabra “estudios” con un tono aún más sarcástico.

Christopher entrecerró los ojos, un gesto desafiante.

—Mejor así.

—¿Sabes qué? Eres complicado, Christopher. Por más que tengas esos ojos atractivos y ese aspecto, no hay nada de angelical en ti. Eres un verdadero grano en el culo —dije entre risas irónicas, levantando la barbilla con actitud desafiante.

—Supongo que sí —admitió él con una sonrisa torcida—. Pero qué puedo hacer, si tú estás igual de loca.

«¡Ahhhh!», grité internamente. Nunca imaginé que Christopher llegaría a ser tan... ¿cómo se dice? ¡Controlador, eso es! Me dirigí al piso de arriba y agarré el teléfono para llamar a Manu.

—¿Qué pasa, chavala? ¿Me llamas para montar esa cenita que tanto prometes? ¡Venga ya, *Sexylady*! Llevo dos semanas esperando tu “sí” y no me vengas con otro de tus «latigazos de indiferencia».

—Un latigazo es lo que me merezco yo por ser una tonta del bote.

—¡Ostras! ¿Qué mosca te ha picado esta vez? —Manu bajó un poco el tono, dejando a un lado su alegría habitual.

—No me entra en la cabeza por qué me vine a vivir con este hombre. Me saca de quicio, día sí y día también. Vamos de mal en peor.

—Ya me suena ese rollo. Venga, suéltalo, ¿qué ha pasado ahora, pequeña?

Me tumbé en la cama, con el teléfono pegado a la oreja, intentando estirar las piernas hacia el techo.

—Chris es un controlador nato. Según él, todo lo que hago está mal.

—¿Controlador? —preguntó Manu, con tono de incredulidad.

—Tal cual.

—Perdona que te lo diga, pero... ¿quién habla?

—¡Eh, que yo no soy controladora para nada!

—Venga, Alba, que sí lo eres, cariño. Te quiero un montón, pero las cosas como son. Tú disfrazas tus nervios con esa energía y tus sonrisas. Y Christopher, el pobre, los esconde detrás de un montón de responsabilidades.

—¿Cómo dices? ¿Que yo no tengo responsabilidades? Si estoy al mando de una cafetería, ¡eso es un marrón de los gordos! Y tú lo sabes bien. Has estado ahí en el ajo, viéndolo. Si todavía no he salido pitando, os lo debo a vosotros. Pero lo de él...

—A lo que voy es que Chris guarda sus cosas, no las suelta como tú.

—¡Anda ya! Si no se calla ni debajo del agua. Cuando trabajábamos juntos ya me tenía frita, pero ahora viviendo juntos, es para echarse a temblar. No sé cómo pensé que era mi príncipe azul.

—Ya te digo, y sabes cómo les va a las chicas con los príncipes azules, ¿no? Sobre todo cuando el príncipe es, y cito: “¡Oh Manu, no tienes ni idea de lo que me hace sentir ese hombre. Es un puto dios del sexo!”. Hasta a mí Christopher me intimida, y eso que no lo trato mucho.

Menos mal que estaba al teléfono y Manu no podía verme ruborizada hasta las orejas.

—Pues mira, ¿sabes qué? Voy a pasar tan desapercibida que ni se dará cuenta de que estoy en casa. Empezando por mi ropa. ¡Ahí lo tienes! Si cree que mis leggins lo marcan todo, como él dice, pues le voy a enseñar mi verdadero yo.

—Oye, mi niña, haz caso a quien es hombre y amigo: ya te he visto en estas. No te acobardes. A los hombres les encanta darse cuenta de que no pueden vivir sin ti. Pero tú demuéstrole que tú sí puedes vivir sin él.

—¡No sé si eso será la solución! Pero lo que sí sé es que tengo que plantar cara.

—Haz lo que tengas que hacer para que tu “Dios del sexo” de novio sepa que tú también

mandas en esa casa. ¡Y lo que yo quiero saber es cuándo nos vamos a cenar!

—Hoy —solté de golpe—. Sí, hoy empieza el capítulo «Alba protagoniza su propia vida».

—¿Hoy? ¡Pero si me pillas desprevenido, mujer!

—Vamos, que eres tú quien me dijo que decidiera. Así que hoy, y punto. Paso a las seis para tomar algo antes.

—Vale, vale, me apunto. ¡Cuenta conmigo para lo que sea, compi! —exclamó Manu, como si estuviera en una película de acción.

Salté de la cama y abrí el armario. ¡Qué dilema! Empecé a rebuscar y me acordé de un vestido fabuloso que tenía guardado en una caja en el garaje. Bajé a por ello. Lo encontré, y cuando pasé de nuevo por la sala, Christopher me lanzó una mirada rápida y volvió a lo suyo. Él y Vladimir, mi gato, que desafortunadamente, desde que llegó a esta casa, tomó el bando de Christopher y ahora no salía de sus piernas. Eran mejores amigos. Casi le pregunto si sonreírle cuesta un esfuerzo, pero me contuve; no quería darle motivo para decirme otra vez que soy la conflictiva.

El vestido rojo se adaptaba perfectamente a mi figura, resaltando curvas que ni sabía que tenía. Era sensual y elegante, sin ser demasiado corto o pronunciado en el escote. Me sentía audaz y distinguida. Opté por una coleta alta que daba a mis ojos un toque felino, y una sombra negra esfumada en los párpados. Sin duda, lucía un estilo muy femenino y sofisticado; justo lo que buscaba.

Lista para la noche, quería salir de casa buscando un respiro de la rutina laboral, los desafíos de adaptarme a un nuevo hogar, a una vida en pareja. Necesitaba escapar de todo por un momento. Calculé unos cuarenta minutos para llegar a casa de Manu. Un taxi sería lo más rápido.

Al bajar las escaleras, Christopher me lanzó esa mirada suya, tan irritante y familiar. Pero al examinarme más de cerca, sus ojos se agrandaron, sorprendidos. Dejó caer su tableta, como si de repente le quemara, y se puso de pie de un salto.

Me detuve al pie de las escaleras, enfrentándolo con determinación.

—Voy a salir —anuncié.

Noté cómo tragaba saliva, claramente incómodo.

—No mencionaste ningún plan para salir —objetó.

—Probablemente ni lo habrías escuchado si te lo hubiera dicho. Voy con Manu —respondí.

Su rostro se endureció, la furia se dibujó en sus rasgos.

—¿No pensaste que podría necesitar concentrarme en mis estudios? ¿Siempre tienes que ser tan egoísta? Tengo mi método para enfocarme y tú decides interrumpirlo. ¿Es tan difícil respetar mis peticiones?

Lo miré, incrédula.

—No tengo intención de discutir. Saldré y volveré cuando me de en la gana.

—¿Así, sin más? ¿Solo tú y Manu? ¿Por qué no me has invitado?

—¿Invitarte? Siempre estás “demasiado ocupado” o “necesitas estudiar”. No, Chris, no quiero salir contigo esta vez. Quiero disfrutar con mis amigos.

—Pero no es con tus amigos, es con Manu —dijo, mirando mi vestimenta con desaprobación—. Parece más una cita que una salida casual. ¿Estás segura de que es solo con él?

Quise girarle la espalda por su insinuación, pero me contuve. Nuestra relación era una mezcla tóxica de celos y control, más propia de dos niños que de adultos que se aman.

—Si necesitas algo, estoy aquí. Si no, me voy.

Intenté pasar, pero él se interpuso.

—Espera —dijo, bloqueándome el camino.

—¿Qué quieres ahora?

—No me gusta que salgas sola, vestida así...

—Si puedo ir sola al trabajo y quedarme sola en casa, puedo salir sola. Siempre he sido independiente, no te necesito. Y mi vestimenta no es asunto tuyo —dije, mi tono de voz deliberadamente grosero.

—Tu independencia me impresionó al principio. Pero ahora, este desprecio por las opiniones ajenas es peligroso.

—Ignora tus sermones. Siéntete afortunado si decido volver.

Lo empujé suavemente para pasar y él habló de nuevo, aunque no me detuve a escuchar.

—Cada vez que algo no te gusta, amenazas con irte. Si tan mal estás aquí, celebra tú si te permito volver.

Me giré, furiosa.

—Si te atreves a dejarme en la calle, Christopher, juro que será la última vez que hablamos. Y tal vez, la última vez que nos veamos.

Nos quedamos mirándonos fijamente, con rabia y resentimiento. Siempre el mismo patrón en nuestras peleas: dos personas intensas, de mecha corta y sin filtros. Era la dinámica de nuestra relación, la tónica de nuestra toxicidad. Sentí las lágrimas asomar en mis ojos.

—Es tu elección, irte o no. Pero las consecuencias son imprevisibles.

—Felicidades —aplaudí con ironía—. Amo tu forma directa de hablar. Y si esta es la última vez, gracias por acogerme en tu casa. Aprendí mucho sobre ti, sobre mí... lamento haberte decepcionado tanto. Al final, nada de esto importa, ¿verdad?

Su rostro permanecía inescrutable. Aún no comprendía cómo podía ocultar tan bien sus emociones. A veces era romántico, otras, un monstruo de piedra.

—Solo quiero que me expliques qué es lo que te pasa últimamente. ¿Por qué esta actitud? No te reconozco.

Christopher parecía genuinamente confundido, y eso solo incrementó mi frustración.

—¿Mi actitud? ¿De verdad quieres hablar de actitudes ahora? Cuando te pasas el día encerrado en tu mundo, ignorándome la mayor parte del tiempo y luego esperas que te dé cuenta de cada movimiento que hago. ¿Eso es lo que quieres?

Su mirada se endureció y pude ver la ira formándose en sus ojos.

—Eso no es justo, Alba. Sabes perfectamente que mis estudios son importantes y que necesito concentrarme. Pero eso no significa que no me importes.

—Pues tienes una forma muy peculiar de demostrar que te importo, Chris. —Mi voz se quebró, llena de emociones contenidas.

Por un momento, su expresión cambió a una de preocupación, pero rápidamente volvió a su postura defensiva.

—¿Así que vas a salir con Manu vestida de esa manera? —Sus palabras estaban cargadas de celos.

—No tengo que darte explicaciones sobre cómo me visto o con quién salgo. ¡Ya basta, Chris! Estoy cansada de sentirme como si estuviera en una prisión, donde tengo que rendirte cuentas de todo. Y de tu actitud un poquito retrógrada, Cristofito.

Él dio un paso atrás, como si mis palabras lo hubieran golpeado físicamente.

—No quería que te sintieras así. Pero tampoco puedes esperar que me quede tranquilo cuando sales vestida para matar, diciendo que vas a salir solo con Manu.

—¿Qué esperabas? ¿Qué me quedara en casa, agobiada y miserable, mientras tú te encierras

en tu estudio? No, Chris. También necesito vivir mi vida.

Hubo un silencio tenso entre nosotros. Podía ver que estaba luchando por decir algo, pero las palabras no salían.

Finalmente, suspiró y se apartó de mi camino.

—Ve. Diviértete. —Pude notar el sarcasmo—Quizá deba atenerme a mi propio consejo y aceptar las consecuencias —fue lo único que dijo.

—Quizá deberías encerrarte en tu propia torre —señalé su casa—. Buenas noches, Christopher.

Sin decir nada más, pasé por su lado.

—Alba...

Cuatro letras, mientras salía por la puerta. Cada paso que daba me alejaba físicamente de Christopher, pero lo que realmente necesitábamos era una distancia emocional para entender qué estaba pasando entre nosotros. Mientras caminaba hacia el taxi, me prometí a mí misma que esta noche sería solo para mí, para desconectar y recargar energías. Ya habría tiempo para las discusiones y las decisiones difíciles, pero no esta noche. Esta noche era para Alba.

Peligro real o irreal

Durante toda la noche, mis pensamientos vagaron por el enmarañado laberinto de mi reciente vida. Estaba en busca de mi propio camino, de un lugar en el mundo donde encajar. Pero en vez de eso, me encontré con un hombre deslumbrantemente perfecto en apariencia, pero tan imperfecto en esencia que me llevaba al borde de la locura. A pesar de todo, no podía negar que lo amaba; era consciente de que construir una relación significativa no era sencillo.

Aquella noche, apenas si logré prestar atención a Manu. Lo único que realmente capturó mi interés fueron los innumerables chupitos que desaparecían uno tras otro. Esa borrachera no era más que el reflejo de una verdad dolorosa: la chispa con Christopher se estaba apagando, mucho más rápido de lo que había imaginado. Mis emociones fluctuaban como una montaña rusa respecto a nuestra convivencia; estaba completamente perdida sobre qué hacer.

Por un lado, luchar por nuestra relación me hacía sentir como en los días del instituto, intentando encajar en lo que otros esperaban de mí. Me encontraba constantemente entre lo mejor y lo peor de mí misma, más enredada en confusiones que centrada en quién realmente quería ser. Pero la realidad era que Chris significaba mucho para mí. Estaba profundamente enamorada de él, un sentimiento completamente nuevo en mi vida. A mis veintisiete años, recién cumplidos, todavía estaba en el proceso de aprender a tomar decisiones acertadas. Y en ese momento, ni siquiera estaba segura de querer volver a casa con él.

—¿Nos vamos a casa, chica? Estoy borracho.

Manu, hundido en el sofá y más ebrio que una cuba, interrumpió mis cavilaciones. Asentí mientras me acababa el último chupito. No tenía ni idea de dónde estaba mi hogar en ese momento, pero sabía que no era noche para tomar decisiones precipitadas, y menos con la cabeza dada la vuelta por el alcohol.

—Vamos a pedir un taxi. Te dejo en tu casa y luego me voy a la mía —acordamos.

Menudo espectáculo dimos, intentando levantarnos del sofá y mantener el equilibrio. Finalmente, me encontré de vuelta en la casa de Chris. El aire fresco que entraba por la ventana del taxi me despejó un poco.

Al intentar entrar en casa sin hacer ruido, me tropecé con mis propios pies y ese traspié me desequilibró, causando un estruendo considerable. *¿Por qué no me quité los tacones?* Subiendo las escaleras, vi a Christopher, parado unos escalones más arriba, observándome fijamente. Me sorprendió tanto su presencia que ni siquiera lo saludé. Cuando me vio dar otro traspié, bajó, me cogió en brazos y empezó a subir las escaleras conmigo.

—Oye, príncipe azul, ¿a qué viene esto de llevarme en brazos como a una princesa? —balbuceé—. Vaya recibimiento tan romántico. ¿No me ibas a echar de casa? ¿Qué pretendes ahora? No pienso dejar que me controles. Eres un imbécil, ¿lo sabías? Te odio. Siempre te he odiado. Se acabaron las excusas, porque no te las mereces. Debería largarme y dejarte de una vez y para siempre. Sabía que esto no iba a funcionar, eres un troglodita... ¡Sí, eso es! Un troglodita. El barco ya zarpó... ¡y tú no estás en él! No quiero que sigas en mi puerto.

Al llegar a nuestra habitación, me dejó en el suelo y, sin decir nada. Me rodeó con sus brazos y comenzó a deslizar la cremallera de mi vestido hacia abajo. Cuando llegó a la mitad de mi espalda, tiró del vestido con un movimiento fuerte y firme hacia ambos lados. De repente, el sonido de la tela rasgándose llenó mis oídos. Me arrancó el vestido de un plumazo y lo arrojó a algún lado del suelo, lejos, dejándome semi desnuda y boquiabierta.

—¡Mi vestido, su animal! ¿Por qué hiciste eso? ¡Idiota! —le grité, golpeándole el pecho, aunque mis puñetazos eran más bien simbólicos.

El me atrapó por la cintura, colocó mis piernas alrededor de las suyas y se tumbó sobre mí en la cama. Sus besos en mi cuello y el efecto del alcohol empezaron a hacer mella en mí.

—Para ya, que así no arreglamos nada. —No le podía mirar a los ojos, me emocionaba y me temblaba la voz, así que bajé la mirada, con voz débil y pausada—. Siempre lo mismo. Esta vez no me vas a convencer con un polvete.

Se detuvo y me miró fijamente.

—¿Quién ha dicho que quiero arreglar algo con un polvo? Lo que quiero es follarme a mi chica, que es lo que me apetecía desde que te vi con ese vestidazo. Y como nadie me ha hecho el favor, no voy a dejar pasar la oportunidad. Has vuelto a mí, y eso tiene sus consecuencias.

—Pero ¿quién te dice que me apetece acostarme contigo ahora? —lo reté con la mirada.

—Vale, no querrás que me ancle en tu puerto, pero yo sigo queriendo estar amarrado a ti. —Se apretó contra mí y noté cómo le bullía la sangre. Y claro, la mía se disparó al momento—. ¿Entonces?

—Que no, tío.

—Respuesta equivocada.

—Chris...

Me besó con una mezcla de rabia y ganas, y me dejé llevar, que no tenía ni fuerzas ni ganas de resistirme, y menos a algo que, en el fondo, deseaba. Y en ese momento, solo quería estar con él.

—Mira, Alba, tú me conoces. Soy un tío pasional y un poco cabrón. —Me soltó y casi me quejo por dejar mis labios huérfanos—. Sabes a tequila. Eso me recuerda algo.

—Chris...

No me dejó articular palabra, cada vez que intentaba decir algo, me callaba con un beso, su lengua cortando mis intentos.

—No quiero más rollos, has dicho lo que te ha dado la gana desde el salón hasta aquí, ahora me toca a mí. Te quiero, estoy como un loco por ti y lo sabes. Sé que soy un gilipollas y me jode que me cortes. Me jode que me cambies los cajones a tu manera. Me jode que nunca te comas las ensaladas que te hago, aunque digas que las vas a zampar. Me jode que no pares de hablar cuando estamos viendo una peli. Me jode que me echas en cara cómo soy, y me jode hacerte lo mismo, porque me sacas de mis casillas... y aun así, por mucho que odie todas esas cosas en ti, te quiero más cada día. Lo siento, no tenía que haber dicho lo de esta tarde. Fui un capullo, cansado de estudiar y muerto de celos. Y fui un gilipollas contigo.

Me puse a llorar, que el alcohol no ayuda a controlarse. Delante de mí no estaba el Chris controlador, sino el que me tenía loca.

—No quiero cargarme lo nuestro.

—¿Y qué es "lo nuestro", Chris? Si no paramos de discutir, está claro que no somos pareja ideal.

—Pues no, no lo somos.

Las lágrimas seguían cayendo sobre el colchón, testigo de nuestras noches locas y ahora de una ruptura dolorosa.

—Bueno, al menos coincidimos en algo.

—No quiero ser tu novio. Hoy me he dado cuenta.

—Claro, no esperaba otra cosa después de todo.

No me dejó acabar. Me besó, me terminó de desnudar y una conversación importante quedó

en el aire, superada por una pasión que hizo temblar las paredes del cuarto. Me entregué con tantas ganas, con tanto deseo y pasión, que pensé que nos íbamos a fundir en uno. De hecho, quería fundirme en él, quería que fuéramos uno. Después, abrazados y exhaustos, todo parecía un sueño. Hicimos el amor con una intensidad que nos dejó la piel ardiendo.

—Lo nuestro es... único —me dijo, con su voz temblando por la carga física y emocional.

Se estiró, abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó algo. Volvió hacia mí con la mano cerrada. Apoyé mi cabeza en su hombro y, mientras me rodeaba con su brazo, cogió mi mano, la abrió y puso algo en mi dedo. Un anillo con un pedrusco brillante enorme. La que también se quedó de piedra fui yo.

—Chris... ¿qué significa esto?

—Significa que te amo, Alba. Que no puedo esperar más a que seas mi mujer. ¿Te casarías conmigo?

Christopher siempre había jugado con dos cartas: la del amor y la del futuro inesperado. Y así había sido mi experiencia con el amor, siempre mirando hacia adelante y viviendo sorprendida.

—Toda una vida para aprender de vinos y de amor, pero solo si es a tu lado. ¿Qué me dices?

—¿Estás proponiéndome arruinar tu vida?

Él esbozó una sonrisa gigante.

—No esperaba otra cosa de ti. Entonces, ¿es un sí o un no? —Podía ver lo nervioso que estaba, y yo no me quedaba atrás.

—¡La madre que te parió, Christopher!

—Oye, no te metas con mi madre. Es su anillo el que te estoy dando. Ella te adora, y yo aún más.

—Con ella me casaría.

—¿Y qué hay de mí?

La tensión llegó a su punto máximo. ¿Sabes esos momentos en las películas que todo pasa a cámara lenta? Así fue mi pedida de mano. Todo en cámara lenta. Y tardé en responder, aunque sabía que solo eran dos letras. Dos letras que podrían derribar o reforzar el muro entre nosotros: Sí o No.

—¿Ni?

—Eso no me vale.

—Bueno, pues... sí.

—¿Es esa tu respuesta final?

Respiré hondo.

—Es sincera.

Su sonrisa iluminó mi mundo, y vi lágrimas en sus ojos. A veces, Christopher no podía ocultar sus emociones. A veces era un romántico y un tontorrón. A veces, simplemente era el hombre de mi vida. Y yo, a veces, solo quería ser suya para siempre.

Así que sí. Definitivamente, esa era mi respuesta. Quería apostar por nosotros. No era momento de bajar la guardia; era el momento de saltar de lleno, con ambos pies, las manos y un anillo en el dedo. Era el momento de dejarse llevar.

Me atrajo hacia él, tomando suavemente mi cuello, y me acercó a sus labios. Primero me besó con una lentitud exquisita, y luego jugó con su lengua, invitándome a un baile apasionado. Nos perdimos en ese beso, que se prolongó durante minutos eternos, mientras un torbellino de deseo por él se desataba en mi interior.

Sus brazos se cerraron en torno a mí, haciendo que mi cuerpo, pequeño y delicado, se

ajustara firmemente contra el suyo. Su aliento rozaba mis labios. Mi piel, pálida y contrastando con mi cabello negro, era un marcado contraste con su tez dorada por el sol, resaltando aún más el azul de sus ojos que ahora destilaban calidez, una mirada que antes siempre me pareció gélida.

Me di cuenta de que incluso él, ese pilar de seguridad, fuerza física y masculinidad anhelaba estos instantes de ternura, amor y cariño. Era en esos momentos cuando su rostro se relajaba y su expresión se suavizaba. Sentía que mi presencia le hacía bien, le aportaba felicidad. Y eso me llenaba mucho. Descubrí que lo que realmente me hacía feliz no era simplemente estar con alguien o que me quisieran o cuidaran, sino saber que él era feliz a mi lado. Me gustaba ser ese refugio para alguien. Ese puerto al que antes, en mi ebriedad, había aludido con otra intención. No, yo quería ser su faro, como él era el mío. Él era la persona que me guiaba cuando todo lo demás se volvía inmenso e incierto.

Me abrumaba con su posesividad infundada o su sobreprotección. Mi irritaba cuando parecía mi padre más que mi novio. O mi hermano, más que mi amante. Pero, a la vez, me llenaba de posibilidades, me daba libre arbitrio de ser una traslocada.

Y estaba feliz de haberle dicho que sí.

Los Hilos del Corazón

El siguiente fin de semana, después de aceptar la propuesta de matrimonio de Christopher, mi hermano nos invitó a un churrasco en su casa con piscina, aprovechando el buen tiempo. Dejé la cafetería en manos de la madre de Christopher y convoqué a Manu y Rita al evento, emocionada por la idea de anunciar mi compromiso en presencia de todos mis amigos. Aunque Chris prefería una revelación más íntima, yo encontraba reconfortante la idea de compartir la noticia con todos a la vez, evitando las reacciones individuales que tanto me agobiaban.

Una vez que me puse el bikini, me fui para el *solarium* donde estaban los jacuzzis. La casa de mi hermano era verdaderamente impresionante. El cabronazo estaba bien montado en la vida. Y ahora con el nuevo proyecto iba en creciendo.

Iba con mi pareo bien sujetado mientras pasaba por la zona de los jacuzzis, que estaba llena de vapor. Busqué a Manu entre la gente. Y ahí estaba él, echado en el Jacuzzi con un puro cubano colgando de la boca.

Y también estaba Christopher y mi hermano charlando. Chris no fumaba puro, y cuando me vio, no tenía esa cara de bienvenida que ya se le estaba dibujando a Manu.

—Hola, chicos —dije con voz ronca—. ¿Hay sitio para una más?

Manu alargó la sonrisa.

—Siempre te hacemos hueco, guapa.

Chris no dijo ni mu. Rápido solté mi pareo y lo dejé caer en la tarima. Con los ojos de los dos en mí, bajé al jacuzzi. Y solté un grito.

—¡Pero qué coño! ¿A cuánto está esto?

Manu se encogió de hombros.

—Lo subí yo.

Salté de un pie a otro, sintiéndome como en esas pelis de terror donde la madrastra mala obliga a la heroína a bañarse en agua hirviendo como castigo por tener la regla. Ahora que estaba más cerca de Christopher, noté el sudor en su frente. Eso explicaba su mal humor.

Manu daba caladas a su charuto, dejando caer cenizas en el agua.

—Siéntate, guapa. No hay nada como una mujer atractiva en un jacuzzi.

Christopher gruñó. Le lancé una mirada fulminante, esperando que no pensara que aquello era una conversación seria entre Manu y yo. Aún no había captado que nosotros siempre estábamos de broma el uno con el otro. Pero yo no era su problema. Estaba allí por una razón. El problema es que Christopher seguía siendo muy frío con Manu y continuamente daba la impresión de que no le gustaba mi amistad con él. Problema suyo, pensé.

Apoyé mis brazos sobre el borde del Jacuzzi, dejando que mis pechos se elevaran sobre las burbujas.

—Esto está genial. Gracias por la invitación, Jules —agradecí a mi hermano.

—No, gracias a ti por venir.

Miré a Christopher.

—¿Y tú lo estás pasando bien también? —mi pregunta iba direccionada al «señor gruñón» que tenía un careto de pocos amigos.

—No podría estar mejor —apretó los labios, nada más decirlo, en una casi sonrisa cínica.

Rápidamente volví mi atención a Manu.

—Ese cigarro que fumas es impresionante. Nunca había visto uno tan grande.

Manu sonrió.

—Y yo nunca había visto un bikini como el tuyo. Es como retro, ¿verdad? Me gusta.

—Tengo otro aún más retro.

Me acerqué más a él.

—¿Has traído repuesto o mañana tenemos plan de piscina?

—Me parece bien que vayamos a la piscina. Hace mucho calor para estar en casa.

—Suenan a plan.

Oí a Christopher hacer otro ruido extraño, pero esta vez no lo miré.

—Manu —dije, rozando su hombro con mis dedos—. ¿Estás seguro de que puedes fumar aquí?

—Me lo dio tu hermano, que por cierto es majísimo —me susurró al oído.

—Mi hermano es la repera. ¿Has visto el pedazo de casa que tiene?

—Una pasada. Oye, ¿qué le pasa a tu novio? Lleva una cara que flipas.

—Nada, Chris es así, ya lo conoces, siempre con su cara de portero de discoteca.

Hablamos bajito y en confidencia para que no se escuchara lo que decíamos, y aunque Chris estuviera pendiente de la conversación de mi hermano, desde el otro lado del jacuzzi, sabía que no perdería detalle de lo que dijéramos.

—Oye, ¿vas a mojar ese bikini o qué? —dijo Manu, ya hablando en un tono que todos pudieran escuchar.

Él estiró sus largas piernas, desapareciendo bajo el agua. Cuando volvió a la superficie volvió a coger el puro que había dejado de lado por un instante.

—Venga —incitó Manu con el pelo y la cara mojada—. O ¿te vas a quedar ahí de fina?

En ese momento Christopher me lanzó una mirada fulminante que no logré entender.

—Las reglas son para los demás. ¿Verdad, Christopher?

Christopher me estrechó los ojos, visiblemente molesto.

—No te olvides de cerrar los ojos —me dijo Manu.

Me reí de forma seductora, inclinándome hacia él, dándole una vista directa de mi escote.

—¿Te importa si le doy una calada?

—Por supuesto. —Manu estrechó sus ojos mientras me ofrecía su puro.

Tomé el charuto entre dos dedos, me lamí los labios y di una calada lenta. Sentí el humo inundar mi boca y la sensación no era muy agradable, pero el sabor era interesante.

—Picante —dije al soltar el humo retenido.

Manu se lamió los labios.

—Te gusta, ¿eh?

Asentí. Los dos éramos perfectos cachondos mentales, siempre de tontería y nada de lo que decíamos o hacíamos iba a misa más que por cachondeo. En todos estos meses de confidencias y amistad, habíamos pillado una complicidad y confianza enorme. Rita y yo éramos como uña y carne, y Manu, colega, nunca me soltó ni una mala mirada, ni una palabra mal puesta, ni una mala onda. Casi todo lo que nos tirábamos el uno al otro era pura risa y cháchara de chavales.

—No hay nada como un buen puro —indiqué con cierta ironía.

Manu se inclinó hacia mí.

—Y ese, mi amiga, es de los buenos.

No me molaban nada los pitillos, ni el rollo del humo en general. Pero los puros me parecían algo sensual. La forma en que la genta los fumaba, con tranquilidad, saboreando cada calada, eso me ponía hasta cachonda, aunque odiaba a los chicos que se metían cigarros y quedaban con ese aliento horrible en la boca. Parecían ceniceros ambulantes.

Christopher carraspeó.

Jules se estiró desde el jacuzzi hasta una caja que tenía en una mesita al lado del jacuzzi con copas de vino.

—Tengo de sobra para compartir. ¿Quieres uno, Alba? —preguntó mi hermano.

—Pensaba que no fumabas —me soltó Chris, ríspido.

—Y no lo hago, pero es un puro y estamos de celebración. Gracias, Jules, pero no.

—Epá —chilló Manu entusiasmado—. Compartiré contigo —dijo con voz esperanzadamente sensual y con afán de hacerse el gracioso.

—No quiero fumar más, gracias, Manu.

—¿Vas a negarme un chapuzón en la piscina también, Albita? Porque no sé cómo me sentiría con eso.

Manu se recostó, observándome.

—De eso nada, de aquí vamos directo, que está un calor impresionante y esto está que arde. —Si sigues compartiendo todo, sí que arde —insinuó Chris con malas pulgas.

—Claro, hay cosas que no me importa compartir —le contesté con ironía.

Me reí de forma insinuante. Christopher se levantó del agua.

—Alba, ¿puedo hablar contigo?

—Adelante.

—¿En privado?

Manu inclinó la cabeza hacia mí.

—¿He dicho algo malo? ¿Necesito un castigo?

—Ojalá —susurré, sonriendo.

—¿Ahora, Alba? —volvió a inquirir Chris.

—¡Vale!

Me levanté y me acerqué al borde, notando la brisa calentita en contraste con el jacuzzi a treinta y dos grados. Salí del jacuzzi y me enredé el pareo alrededor de la cintura. Fui detrás de él, sin saber muy bien por qué, simplemente lo seguí. Empecé a cuestionar su actitud a pocos metros de apartarnos.

—No entiendo qué es tan importante que no puedas decirlo aquí. Hace un rato ni siquiera podías decir hola y ahora...

Christopher me agarró del brazo con suavidad y me condujo lejos del jacuzzi, hacia una de las sombras de unos árboles cerca de las barandillas detrás de la casa.

—¿Qué haces? —se preguntó.

—¿Cómo qué hago? No sé de qué me hablas —Claro que lo sabía, pero le echaba morro.

—¿Te parece bien la movida con la que hablas con Manu?

—Estaba siendo sociable —le dije a Christopher con inocencia, frunciendo el ceño con confusión—. ¿Qué tiene de malo eso?

Él negó con la cabeza.

—Eso era más que ser sociable. Además, nunca te he visto hablar con Manu de esa forma insinuada. ¿Por qué empezar ahora?

Mi boca se abrió de sorpresa.

—¡Hago amigos todo el tiempo! Siempre estoy de broma y de cachondeo y lo sabes. ¿Por qué iba a pensar que tergiversarías todo lo que digo o hago?

—¿Sabes siquiera lo que significa esa palabra? Porque eres tú la que está llevando las cosas a otro sentido.

—Lo que sea.

—Alba —dijo aun negando con la cabeza—. Nunca das el brazo a torcer que, a veces, te olvidas de que soy tu novio y que no te importa una mierda como me siento. O mejor, tu novio no, tu prometido.

—Habla conmigo, dime lo que piensas o como te sientes, pero no de esta forma.

—No, yo hablo contigo. Pero tú no me escuchas. Quieres ser exactamente todo lo que eras antes de estar juntos y eso no es así.

—¿Cuál es la diferencia?

—Una gran diferencia. La diferencia es que yo hago todo el esfuerzo. No voy por ahí dando largas a todas las que se me presentan. Si así fuera, mal estarías.

Rodé los ojos.

—Qué creído eres.

Él ignoró por completo mi comentario.

—Entonces, ¿por qué el cambio repentino? ¿Por qué cuelgas de cada palabra de Manu? Ni siquiera lo conoces así tan bien.

Temblé bajo su intensa mirada, sintiéndome desnuda en mi traje de baño.

—Lo conozco lo suficiente como para decir las tonterías que digo, porque sé que no se las toma en serio. Ni yo las tuyas. Somos buenos amigos. Y eso parece molestarte y me da exactamente igual, Chris. No voy a cambiar de amigos ni de forma de ser por ti.

Christopher apretó mi brazo, acercándose más.

—Más importante, sabes que él está entre tú y una sociedad. Y tampoco me parece bien que te estés insinuando a un tío en mi cara, delante de tu propio hermano. Cualquiera podría decir que os queréis subir a las habitaciones.

Traté de parecer sorprendida. Mi cabeza parecía una maldita jaula de grillos. Ya no sabía si estaba celoso nuevamente o si me sentía incómoda por sus observaciones poco realistas.

—¿Qué insinúas?

—Que le hablas como si estuvieras interesada en él o viceversa, ya no lo sé —respondió Christopher—. ¿Es lo suficientemente claro? —En su rostro se pintó una expresión irritada.

Me estremecí con un escalofrío y me aparté.

—Estás equivocado, Christopher. Debería haber sabido que saltarías a la peor conclusión. Siempre intentas erosionar las aristas de tus cábalas mentales.

—¿Entonces cuál es la conclusión correcta? Solo hay otra razón para tu comportamiento. Te atrae.

—Ah, sí. Es todo un encanto. No te lo pensaba decir en este año, sabía cómo te ibas a poner —ironicé.

La mano de Christopher se quitó de mi brazo.

—¿Va en serio? ¿Con Manu? —Se apartó de mí, la mano que me tocaba temblando. De repente, me sentí mal por tirar de ese rollo. Tragué saliva a duras penas—. Ostia, Alba. ¿Te mola?

—Joder, era solo un cachondeo, Chris. No es que me mole, ni que esté buscando ligue, ¿me captas? Solo estoy siendo yo misma, pero tú no me dejas tranquila. Vale, a veces me paso de impulsiva y hago cosas a lo loco. Estoy intentando ponerme seria, dejar de ser tan chisposa. Pero eso no significa que vaya a renunciar a pasar buenos ratos con mis colegas solo porque tú estés celoso.

Claramente, estaba provocando a Christopher a propósito. Desde que llegó a la casa y me vio charlando en secreto con Manu, su mirada celosa era evidente. Sentía celos de mi amistad con Manu y no estaba listo para admitirlo. Por mi parte, deseaba que Christopher dejara de hacer

escenas y me hablara sinceramente sobre sus sentimientos. De lo contrario, seguiríamos discutiendo constantemente.

—No estoy celoso, solo no me gusta tu actitud. ¿No me has dicho que te lo dijera?

—Sí, pero eso no invalida que sacas conclusiones precipitadas de las cosas. No puedes creer en todo lo que te imaginas.

—Lo creeré cuando lo vea —dijo él, pero sus hombros se relajaron y finalmente dejó de mirarme fijamente.

Me abracé a mí misma.

—No mola nada que me señales como si fuera una traicionera.

Le vi volver esa sonrisa característica en su cara curtida.

—No te he llamado así, ¿vale?

—Eso es lo que insinúas. —Puse las manos en las caderas y me puse chula—. Si hubiera querido tirar de mis armas de mujer para engañarte, ya lo habría hecho.

Él sonrió y echó un vistazo a mi cuerpo.

—No dudo que lo harías.

Sentí mis pezones endurecerse bajo su cuidadosa inspección y me di cuenta de que mi bikini no era lo único que estaba mojado.

—Pero es que no me apetece, jolín. Si hubiera querido estar con Manu, habría tirado por ese camino en lugar de escogerte a ti. ¿Y sabes qué? A lo mejor ese es el quid de la cuestión, que no entiendes por qué te escogí. No eres el típico tío que me suele molar, siempre en modo jodador y de cachondeo. Tú eres más serio, responsable y sí, a veces un poco gruñón. Pero no captas que hay algo en ti que me cuadra a la perfección.

—¿De verdad?

No sabía si partirme de risa o ponerme a llorar. Christopher nadaba en un mar de inseguridades masculinas, sin darse cuenta de lo atractivo que era, lo mucho hombre que tenía. Y eso me hacía pensar en mí misma. Al final de cuentas, no éramos tan diferentes. Quizás por eso siempre acabábamos en peleas. Estábamos en pleno proceso de conocernos, y eso sería así siempre.

—Sí, te quiero a ti, y lo sabes. Aunque seas un cabezota a veces.

—¿Solo a veces? —se le colorearon las mejillas y lo noté.

Christopher respiraba con fuerza, su pecho subiendo y bajando a cada respiro.

—No me tires de la lengua, Cristofito.

—Una mujer como tú no debería llevar traje de baño. —Noté el tono de burla en su voz—. Tu cuerpo es demasiado...

Me abrazó y presionó mi pecho contra el suyo y deslizó las manos por mi espalda hasta el trasero y luego las subió de nuevo; no puse reparos, me limité a constatarlo y preguntarme cómo serían los vaivenes de sus inseguridades cuando nos casáramos. Seguí las curvas de los músculos en su pecho con ojos hambrientos.

—Vale, gracias. ¿Eso qué quiere decir? ¿Que no puedo ponerme o vestir lo que me dé la gana? Ni se te ocurra pensar que voy a permitir que me impongas un rollo de ese tipo en mi vida. O puedes mandar la boda a hacer puñetas.

—Te quiero un huevo, Alba. Eres lo más importante en mi vida, chica. Nunca te diría cómo debes vestir o actuar, sabes que te conozco mejor que eso. Pero no puedo evitar sentirme inseguro cuando otros tíos se te acercan. He estado años callado viendo cómo todos te rondaban y se llevaban la mejor parte. Y ahora que te tengo, no estoy dispuesto a compartirla. Así que ya lo sabes.

—¿De verdad piensas que soy de compartir? Estás flipando, Chris. Si estoy contigo es porque quiero estar contigo y nadie más.

Deslizó una mano por mi espalda y con el otro brazo me rodeó la cintura.

—Ahora que sé lo que piensas de Manu, tengo aún más curiosidad por cómo te sientes conmigo.

Era una buena pregunta. Encontré su oscura mirada e intenté formular una respuesta que no estuviera demasiado cerca de la verdad, porque estaba a punto de desnudarnos a los dos y hacerle el amor allí mismo en el césped.

—Creo que...

—¡Eh, señores!

Mi cuerpo entero se sacudió al oír la voz de Manu, las palabras que había planeado decir a Christopher se esfumaron como insignificantes volutas de humo.

—¿Hola? —Manu llamó de nuevo, gritando en el jacuzzi, su voz llevándose por el húmedo aire acuático—. ¿Tengo que enviar un equipo de búsqueda?

—Olvídalo, Alba. Sé lo que vas a decir —dijo Christopher, mirando en dirección general de Manu.

Se alejó de mí.

—Creo que he estado bastante tiempo en remojo por hoy —dijo con la mirada baja.

Tomé un respiro profundo.

—Hace demasiado calor en el jacuzzi —añadí.

Él se rio.

—Eso parece.

—De hecho, me apetece un buen helado de leche merengada.

—Eso suena bastante bien. —Miró por encima de mi hombro—. ¿Quieres que vayamos y lo pillamos?

—Sí, porfi.

—¿Y qué hay de Manu?

—Lo invitaremos.

—¿Y si no quiere venir?

Me encogí de hombros.

—Ahora mismo tengo muchas ganas de un helado, y cuando quiero helado...

—Entendido.

Christopher se adelantó, cogiendo una toalla en el camino. Se la envolvió alrededor de la cintura, pareciendo que eso era todo lo que llevaba puesto.

Manu estaba en el jacuzzi, todavía fumando su cigarro.

—Queridos paisanos, prestadme atención —empezó Chris hablando.

Esperé, atándome el pareo como un vestido sin tirantes.

—¿Ibas a decir algo? —preguntó Jules tras unos momentos de silencio.

Manu negó con la cabeza.

—Vamos a por helados —dijo Christopher, y luego me miró.

—¿Quieres venir? —pregunté a Manu, cruzando mentalmente los dedos para obtener la respuesta correcta, aunque no estaba segura de cuál era.

Manu puso dos dedos en su boca y miró al cielo.

—Creo que paso.

—¿Seguro? —Esperaba no ser insistente, pero no quería que Christopher pensara que me rendía fácilmente.

Manu nos sonrió ampliamente.

—Es una tarde encantadora. El sol ilumina mis pensamientos perdidos y ahí está tu amiga Rita que me vendrá a hacer compañía.

—Hola, ¿qué tal? Joder, ya de bañitos. Me cambio y entro.

—¿Qué tal Rita? —la saludamos todos y me puse muy contenta de saber que ya estábamos allí todos.

—Bien. ¿Os vais ya? Hombre, pero si acabo de llegar.

—No, qué va, vamos a por helados para el postre. ¿Te quieres venir? —pregunté.

—No, no, no. Quiero entrar en ese jacuzzi de la muerte.

—Ya tardas —le dijo Manu guiñándole un ojo.

—Genial. Me alegro por vosotros. Pasadlo bien, chicos —dije.

Christopher se puso rápidamente una camiseta.

—Hasta ahora, chicos —Chris saludó un adiós.

Me puse mis sandalias. Manu asintió e introdujo de nuevo el cigarro en su boca. Al otro extremo del jacuzzi, pude ver sus grandes dedos de los pies asomando del agua.

Nos alejamos y me prohibí a mí misma pensar que estaba metiendo la pata. Total, vería a Chris todos los días, así que tenía tiempo de sobra para seguir con mi plan. Solo podía lidiar con una ración diaria de él y de sus tonterías. Y haría lo que fuera para que no se sintiera poco apreciado o querido, porque a ese hombre lo quería como jamás pensé que podría querer a alguien. Había tirado abajo todas las murallas de mis sentimientos y ahora no había vuelta atrás.

Por otro lado, lo que Christopher no sabía es que Manu había estado triste estas semanas porque Amparo se cambió de trabajo y con ello se fueron sus oportunidades de tener algo con ella. Pero, curiosamente, quien estaba ganando terreno era mi amiga Rita, que de repente parecía muy interesada en Manu, en lo que hacía y dónde estaba. Y él también por ella. Pero eso no se lo contaría a Chris, para no alimentar su manía de ser un celoso empedernido.

—¡Que os divirtáis, chicos! —de repente dijo Manu detrás de nosotros, sus palabras fuertes, aunque algo distorsionadas por el cigarro en una esquina de su boca—. ¡No olvidéis usar condón!

Me reí por lo bajini y miré a Chris de soslayo que también reprimía una sonrisa.

El coche de Chris estaba aparcado justo dentro del garaje individual de mi hermano, y cuando nos metimos en el coche, Chris no encendió el motor. Se puso el cinturón, yo el mío. Pero no hizo nada más, se quedó mirando al frente. Preocupada, le pregunté:

—Chris, ¿estás bien? ¿Pasa algo?

Pensé que quizás quería seguir discutiendo o que el tema todavía no estaba cerrado. Pero en respuesta, se quitó el cinturón y me miró con una intensidad en los ojos.

—Estoy un poco cansado de ser siempre el bueno y serio de la historia.

No supe qué quería decir con esas palabras. Se veía consternado. Luego, me desabrochó el cinturón a mí.

Tiró de la palanca debajo de su asiento y reclinó el respaldo completamente. Luego se giró hacia mí, me agarró por la cintura y, con una fuerza sorprendente, me colocó encima de él, sentada a horcajadas como pude.

—¿Qué haces? —pregunté entre risas e incredulidad.

—Lo que te he dicho, estoy cansado de ser el inocente.

Entonces, agarró mi nuca y me plantó un beso apasionado que me dejó sin aliento.

Y me besó otra vez y me volvió a besar, esta vez con sus manos recorriendo todo mi cuerpo. Ni siquiera me dio tiempo a cerrar los ojos o a sentir el beso. Mi mirada se quedó embobada al

ver la pasión con la que me estaba sujetando y se entregando. Dejé que mis manos se acomodaran en su pelo, que no solamente desafiaba la gravedad, como todo mi mundo.

—Necesito estar dentro de ti —me susurró.

Sus palabras se colaron de inmediato en mi piel y me incendiaron por dentro.

—¡Espera! —Me acomodé las rodillas al lado de sus piernas, que de todas formas estaban temblando, y extendí las manos.

Dijo algo que, de nuevo, no entendí del todo. Y empezó a desvestirme la parte de arriba y a besarme con intensidad por toda la piel.

¡Maldita sea! Incluso yo misma lo había dicho alguna vez, él no se parecía el tipo de hombre que se folla a una chica dentro de un coche; pero de repente, se pareció mucho al tipo de chico con lo que quería casar.

—Chris... —murmuré, entre gemidos.

—¿Has dicho que soy el hombre que quieres?

—Sí —respondí con dificultad.

¡Dios mío! ¿Quién era este hombre, este pozo de seducción maliciosa? ¿Qué había hecho con mi recatado Chris?

—Pues, me alegro, porque te presento a tu futuro marido, el que no te dejará aburrirte tanto como para que tengas que buscar a otra persona. Porque definitivamente eres la mujer que más quiero en este mundo.

—Joder, Chris...

Las cosas románticas que decía Christopher en los momentos más íntimos me dejaban alucinada. Desarrollar un arte seductor es esencial para conquistar, y en eso, él era un maestro. Me mostraba un lado suyo más espontáneo, más impulsivo.

Esto me hacía reflexionar. Si él podía ser más impulsivo para agradar y disfrutar juntos, yo también podría ser más considerada con sus emociones. Entendí que, en esta relación, ambos debíamos ceder un poco. No solo para evitar roces, sino para crecer como pareja y construir algo más sólido y bonito. Y menos tóxico.

Cuando finalmente llegamos a casa de mi hermano, con varios litros de helado en manos, yo olía a sudor, metal y suciedad; todo eso unido a un chisporroteo nervioso de energía estática que era prácticamente la firma que dejó Christopher en todo mi cuerpo. Había pasado un par de horas y aun estaba intentando recuperarme de lo que fue probablemente uno de los polvos más intensos de los últimos largos, pero muy largos tiempos. Y esto que Christopher ya era intenso todos los días.

Me disculpé con todos y le pedí a mi hermano que me dejara subir a usar los baños para darme una ducha rápida. Aproveché para cambiarme de ropa para la comida. Cuando bajé, me encontré con Rita y Manu charlando muy juntos, sus labios casi rozándose, y me quedé pensando que entre ellos dos había algo más que amistad.

Chris apareció detrás de mí y me besó en el cuello, provocándome un escalofrío.

—¿Qué tanto miras?

—Esos dos. Hay algo entre ellos.

Chris se rio cerca de mi oreja, abrazándome por los hombros.

—¿Tú crees?

—Sé que algo pasa entre ellos. Ya lo verás.

—Bueno, el tiempo lo dirá. No te metas, que te conozco.

Me giré y lo abracé por el cuello.

—Qué gracioso, como si yo fuera una celestina. Solo quiero lo mejor para ellos.

—Por eso, deja que las cosas fluyan.

—¿Eso fue lo que hiciste conmigo?

—Definitivamente.

—Pudo haberte salido mal —dije en tono burlón.

—Y salió. Pero menos mal que sabes quién manda y al final hiciste lo correcto.

Lo empujé juguetonamente.

—Cariño, no te pongas agresiva, sabes que eso no va conmigo. Siempre te trato bien.

—A veces —fruncí el ceño.

Me abrazó de nuevo y me apretó contra su cuerpo.

—Y cuando no lo haga, me cortas y me lo dices, como hoy. Lo siento por esta mañana, fui un completo idiota, lo reconozco.

—Estamos avanzando —sonreí burlonamente—, pero no eres el único que tiene su momento de estupidez. Eso también lo reconozco.

—Vamos a tener un matrimonio de lo más entretenido, tú y yo.

—Prométemelo —afirmé.

—Prometo lo que quieras. Te prometo todo, absolutamente todo.

Le di un beso lleno de pasión, emoción y amor.

Él se rio y aprovechó que lo solté para ir a ayudar a mi hermano y a su novio con la barbacoa.

Epílogo

Es surrealista cómo vuela el tiempo. Por fin, llegó el día de la boda. Nos decantamos por organizarlo todo en la nueva finca de Chris y Óscar, que ahora también se dedicaba a los eventos, y era un espectáculo verlo. En solo un año, transformaron ese lugar en un destino turístico de renombre, cosechando recomendaciones y éxitos sin cesar. Yo no podía estar más feliz, viendo el brillo en los ojos de Chris al ver su sueño hecho realidad, y aún más al ver cómo él y mi hermano habían formado una familia y una sociedad tan respetuosa y entrañable. Era la perfección hecha realidad.

Durante este último año, ambos hemos trabajado incansablemente. Yo, al frente de la cafetería, logré implementar varios cambios y mejoras, ajustando horarios y las tareas del personal, y además contratando una asistente para la señora Rocío, que insistía en seguir trabajando a pesar de nuestras sugerencias de que bien podría jubilarse. Pero ella, movida por su amor a la labor y, sospecho, por echarme una mano, no lo hizo. Y yo adoraba tenerla cerca. Que mi suegra fuera mi jefa no parecería atractivo para muchos, pero yo encontré en ella a una familia, una segunda madre y amiga. La señora Rocío se había ganado mi corazón en todos los sentidos, igual que su hijo.

Anoche decidí quedarme directamente en la finca, para arreglarme, sacar las fotos y demás. Mientras, Chris pasó la noche en nuestra casa, haciendo lo mismo. Mi hermano Jules y su novio se quedaron con él, al igual que la señora Rocío. Conmigo estaban mis amigos y el resto de mi familia.

Las Bodegas ofrecían un escenario perfecto para nuestra boda, gracias a su entorno idílico en plena naturaleza y su arquitectura moderna y elegante. Además, disponían de espacios amplios y versátiles, ideales para adaptarse a las necesidades de cada invitado, desde la ceremonia al aire libre hasta la cena en el corazón de la bodega. El catering, en manos de un chef de renombre, se centraba en productos frescos y de calidad, incluyendo opciones vegetarianas y para celíacos. Todo acompañado de los mejores vinos, frutos de la primera cosecha de ese año, ya que nos íbamos a casar en finales de noviembre, tras las vendimias. Sin duda, prometía ser una experiencia única e inolvidable. Al menos eso esperaba. Hacía un día estupendo, nada de frío, sino más bien un frescor bastante agradable y un sol radiante que calentaba lo justo. Yo, por mi parte, estaba sudando bastante, sobre todo con el vestido de novia puesto. Era impresionante y muy bonito, pero a la vez pesado y caluroso.

Ya estaba peinada, maquillada, vestida y, sinceramente, un poco harta de tantas fotos, cuando me di cuenta de que faltaba menos de media hora para la ceremonia.

—¿Ya ha llegado Chris? —le pregunté a mi madre, que aparentaba calma, pero la notaba tan nerviosa como yo.

—No lo sé, cariño. Deja que le pregunte a tu padre, que está abajo.

Bastante sorprendida estaba que mis padres se estuvieran llevando bien, por mí. Hablaban tan amistosamente que era digno de verse. Eso sí, resultaba que mi padre y la influencer del café ya no estaban juntos. En el fondo creo que mi madre no soporta verlo con nadie. Y mi padre, para variar, le hace el favor de cumplir su cometido.

Mientras tanto, yo me paseaba de un lado a otro de la habitación donde me habían vestido, intentando calmar los nervios.

Los cinco minutos que tardó mi madre en subir casi me llevan a destrozar toda la manicura perfecta que llevaba. Rita entró en la habitación de la mano de Manu. Llevaban ya un año y medio juntos y estaban locamente enamorados, y yo no podía estar más contenta por ellos. Era como un sueño hecho realidad ver a mis dos mejores amigos convertidos en pareja. No cabía en mí de felicidad al ver lo feliz que Manu era con ella y ese brillo especial en sus ojos. Por otro lado, Rita, mi amiga, por fin estaba asentando cabeza y ya hacía planes serios en esa relación, lo que me dejaba muy tranquila. Todo parecía ir viento en popa.

—Jolines, mi madre dijo que subía enseguida y aún no está aquí. —Me impacientaba cada vez más.

Vi a Manu lanzarle una mirada cómplice a Rita y sonreír.

—Tranquila, enseguida estará aquí —me tranquilizó Rita.

—No puedo dejar de decir lo guapa que estás, estoy alucinando. Casi me parece que me he equivocado de chica —bromeó Manu con su tono de siempre.

Rita le respondió con un codazo y un “¡Ehh!” bastante sonoro. No pude evitar reírme, lo que me ayudó a calmarme por unos segundos.

—Gracias, tontorrón. Tú siempre me ves con buenos ojos. Y ya que estamos, ¿habéis visto a mi hermano? ¿Sabéis si Chris ya ha llegado? Voy a llamarlo si no me decís nada pronto.

Los nervios y la angustia de la expectación eran insoportables.

En ese momento, mi madre entró en la habitación, anunciando con alivio:

—Ya han llegado, ya están aquí.

Sentí como si mi corazón fuera a saltar fuera del pecho. Era una sensación extraña, como si no conociera al novio, como si fuera la primera vez que iba a ver a mi prometido. No lo entendía. Estaba histérica.

—Vale, vale, perfecto, genial. —No dejaba de frotarme las manos sudorosas contra el vestido.

—¡Para ya, que lo vas a manchar! —exclamó mi madre, dándome un manotazo en una mano.

Retiré la mano con cierto recelo, pero mis manos parecían tener vida propia, sin saber dónde colocarse ni qué hacer. Me movía por la habitación con aspavientos y gestos sin sentido, fruto de los nervios.

No podía estar más ansiosa, sentía el corazón en la boca y creía que en cualquier momento me iba a desmayar. Se habían concentrado demasiadas cosas y emociones en un corto espacio de tiempo.

—Deberías comer algo antes de bajar, tienes cara de quien va a tener un patatús en un momento —sugirió Manu.

—No tengo hambre, no quiero nada —respondí.

—No, no, tienes que comer algo. Manu, por favor, tráele alguna cosita —pidió Rita, y Manu asintió con la cabeza.

—Manu —le llamé mientras se encaminaba hacia la puerta. Se giró y me sonrió—, por favor, si ves a Chris o a mi hermano, avísame.

Él asintió.

—Tranquila... tu novio no va a huir. Probablemente esté pensando lo mismo que tú. Yo lo estaría —dijo, y se marchó.

Me quedé mirando la puerta, reflexionando sobre sus palabras. ¿Estaría Chris pensando que yo podría huir? ¿Cómo estaría él? ¿Nervioso? No me habían dejado llamarlo en las últimas

veinticuatro horas. Y aunque revisé mil veces el teléfono, Chris tampoco me había enviado ningún mensaje.

Sentí la mano de Rita en mi brazo y, al girarme, vi sus ojos clavados en los míos. No me había dado cuenta de que estaba a punto de llorar.

—Vamos, Alba, ¿qué te pasa? Es normal estar nerviosa, pero tranquila, en nada ya estaréis casados para siempre —dijo Rita.

Tragué saliva y asentí, sacudiendo la cabeza con una sonrisa, intentando alejar esos pensamientos atropellados que solo me ponían más nerviosa.

Manu me trajo algunos mini sándwiches y un té que, con dificultad, logré tragar. Sentía como si una bola se formara en mi garganta con cada sorbo. Me levanté, dejando atrás la animada charla de mi madre, Rita y Manu, para lavarme los dientes y reaplicar el labial coral pálido que había elegido. Al mirarme en el espejo, una ligera náusea por los nervios me invadió. Tenía que calmarme. Así que suspiré profundamente un par de veces.

Al volver a la habitación, ya estaba algo más tranquila. Tomé mi móvil para mirar la hora y vi un mensaje de Chris. Lo abrí de inmediato:

“Necesito hablar contigo antes de la ceremonia. Baja a la bodega interior. Te espero.”

Sentí el estómago caérseme a los pies. La sensación agri dulce que me invadió al leerlo fue totalmente inesperada. No entendía por qué me pedía vernos antes de la boda, más aun sabiendo que, según la tradición, eso no era buen augurio. Debía ser algo serio para querer encontrarse conmigo antes de casarnos. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, dejándome una mala vibración que casi me hace llorar.

Temblando de pies a cabeza, decidí enfrentarme a esto sola.

—Chicos, voy a bajar un momento, necesito hacer algo. Ahora vuelvo.

—Pero, Alba, ¿a dónde te vas ahora? —preguntó mi madre, frunciendo el ceño—. La ceremonia está a punto de comenzar.

—No vayas a desaparecer ahora —comentó Manu, y ese comentario no me dio buenas vibras.

Sonreí forzosamente.

—Tranquilos, solo voy a buscar algo que olvidé. Id bajando vosotros y nos encontramos allí. Ya sabemos cómo va todo, lo hemos ensayado mil veces. Mamá, dile a papá que me recorra en la entrada del salón.

—Okey.

Me giré y comencé a caminar rápidamente hacia la bodega, sujetando con cuidado mi enorme vestido para no pisarlo. Lo bueno era que la falda era amplia y voluminosa, al estilo princesa, y aunque tenía muchas capas, no era tan ajustada como para impedirme caminar. Sin embargo, llevaba una estructura debajo para darle forma, lo que convertía el caminar rápido en un verdadero reto. Así que avanzaba a la mayor velocidad posible, con el corazón en un puño. Casi me asfixiaba con mi propia respiración acelerada y el aire que intentaba capturar al moverme.

Al llegar a la enorme y pesada puerta de la bodega interior, empujé con tanta fuerza que se abrió completamente hacia atrás, a pesar de ser un monstruo de madera maciza y contundente de casi diez centímetros de grosor.

Lo encontré apoyado en un enorme barril de madera de casi tres metros. Al sentir su mirada clavada en la mía, casi juraría que estuve a punto de desmayarme. Chris estaba vestido con un elegante traje de pantalón, camisa y chaqueta típicos de boda, en un gris oscuro muy bonito, casi

plateado. Lucía increíblemente atractivo y guapo. No sé cómo no tuve que ir a buscar mi corazón a la finca de al lado, dada la velocidad a la que latía en mi pecho.

Chris, con las manos en los bolsillos en su tan característica postura, se acercó hacia mí, manteniendo una seriedad inusual. Su mirada intensa y la ausencia de cualquier expresión facial no hacían más que aumentar mi inquietud. Tragué saliva, intentando esbozar una sonrisa que apenas logré dibujar.

Se detuvo a un metro de distancia frente a mí, intensificando mi ansiedad de manera abrumadora. Nuestras miradas se cruzaron y no sabía qué decir. Fue Chris quien rompió el silencio.

—Siempre supe que estarías guapa, pero ¡no me imaginaba que estarías tan preciosa! —dijo, bajando la mirada a lo largo de mi vestido de manera pausada, observando cada detalle antes de volver a encontrarse con mis ojos.

—No deberíamos vernos antes de la ceremonia —conseguí decir con voz temblorosa.

—No, no deberíamos —respondió él, volviendo a clavar su mirada en la mía.

Mientras me mordía el labio, intentaba controlar mis emociones y organizar mis pensamientos para hablar, pero mi voz se negaba a cooperar. Sentía profundamente que algo no iba bien.

Él sacó una mano de su bolsillo, sosteniendo su móvil, y tras tocar la pantalla, me lo extendió. Lo miré, buscando alguna explicación en sus ojos, pero él permanecía en silencio. Tomé el móvil con manos temblorosas y, lentamente, miré la pantalla. Había un chat abierto de un número desconocido, y el mensaje decía:

“Ya me enteré de que os casáis mañana. Enhorabuena, Christopher. Espero que hagas a Alba feliz. Porque una mujer como ella no merece un gilipollas como tú, pero ya que la has ganado, disfrútala como se merece. Yo lo haría por ti encantado. Una pena que ella no tuvo tiempo de ver lo que se perdió. Y tú, mira a ver si no trabajas tanto en tus miles de proyectos millonarios, que desde ya te felicito, y ves a casa más veces a estar con tu futura mujer. Porque las noches que no pases con ella, cualquiera te la puede robar. Así que, ¡ojo!, no te descuides. Felicidades. Óscar”.

Casi se me cae el teléfono de las manos, no tanto por la sorpresa de recibir un mensaje de Óscar después de tanto tiempo, sino por la audacia de sus palabras a Chris. Sabía que Óscar había dejado la cafetería Starlucks del barrio para abrir nuevas sucursales en Italia, donde había estado viviendo desde entonces. No había vuelto a hablar con él, ni siquiera sabía que se comunicaba con Chris.

—¿Cómo supo de nuestra boda? —conseguí decir, con la voz seca y apagada.

No pude levantar la mirada del móvil.

—Probablemente vio las notas de prensa que anunciaban nuestra boda en la finca —respondió Chris.

—Ah, claro —asentí rápidamente, aún en shock.

—Alba...

El sonido de mi nombre resonando por la bodega tenía un tono tan lleno de tristeza que, involuntariamente, cerré los ojos. Temía no poder sostener la mirada que esperaba de Chris al abrirlos. Pero lo hice, y mis temores se confirmaron. La calma y seriedad de Chris me revolvían el estómago. Si bien era su actitud habitual, en ese momento la percibía diferente.

—Chris... —balbuceé, sin entender por qué mis ojos se inundaban de lágrimas. No habíamos dicho nada aún. Le entregué su móvil que guardó en su bolsillo.

—Desde ayer no paro de pensar en algunas cosas que necesito aclarar contigo antes de empezar un nuevo ciclo juntos.

Al escucharlo, me invadió una sensación de alivio mezclada con inquietud. Aún había esperanza, quería aclarar cosas, pero no mencionó cancelar la boda, lo que más temía.

—Claro, dime —conseguí articular apenas en un susurro.

—Llevamos casi dos años juntos, y ayer me di cuenta de que nunca te hice algunas preguntas que ahora me parecen esenciales, sobre todo después de lo que acabas de leer.

—Chris..., por favor. Óscar es un idiota y lo sabes...

—Alba, déjame terminar —me interrumpió con tal calma que tragué mis palabras al instante, limitándome a asentir avergonzada.

—Esto no tiene que ver con Óscar, ni con su envidia hacia mí, que, de hecho, es lo único que me satisface —dijo, esbozando por primera vez una leve sonrisa. Mis ojos se abrieron un poco más, llenos de esperanza—. Ojalá se muera de celos y angustia por haber perdido a mi chica, como yo lo pasé. Y eso que no deseo mal a nadie. Pero, siendo él un don nadie, pues eso.

Una risa ahogada escapó de mis labios mientras bajaba la mirada. Ahí estaba de nuevo el Chris de siempre, directo y sin rodeos.

—Lo que realmente me preocupa eres tú. Me inquieta haber sido tan insensato y ausente, como bien señala ese tipo, al no cuestionarme si eres feliz con nuestra situación. Me pregunto si las horas que dedico al trabajo son algo que tú puedas soportar realmente. He estado tan absorto y entusiasmado con todo el proyecto que nunca me detuve a pensar si esto era lo que tú soñabas vivir. Y..., me he dado cuenta de que nunca hemos tomado un momento para hablar sobre nuestro futuro.

¿*Nuestro futuro*? Ahí estaba yo, vestida de novia, y en ese preciso momento nuestro futuro debería ser simplemente casarnos. Pero en cambio, nos encontrábamos encerrados en una bodega, enfrentando crisis existenciales que ni siquiera sabía que teníamos. Me asustó darme cuenta de que quizás yo también las tenía, sin haberlo pensado ni notado que a Chris le causaban tanta incertidumbre. Vivíamos juntos desde hace tiempo, y lo que Chris estaba insinuando es que, en el fondo, no nos conocíamos del todo. Y, sin embargo, estábamos a punto de comprometernos en un contrato posiblemente de por vida.

—¿De verdad quieres saberlo? —le dije, con el ceño fruncido y confusión—. No he parado para pensar, Chris. No he pensado en el futuro porque he estado ocupada viviendo el presente. ¿No debería ser así? Ahora que lo mencionas, entiendo que hay cosas que te preocupan y quizás a mí también, pero... ¡Oh!

Las lágrimas inundaron mis ojos y traté de mirar al techo para contenerlas, pero el nudo en mi garganta solo aumentó mi angustia y las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas.

—Amor... —Chris soltó mi mano y sujetó mi rostro entre las suyas, limpiándome las lágrimas—. Vas a arruinar tu precioso maquillaje. Esos ojos de gata que tanto me gustan. Y me vuelven loco.

Una risa mezclada con sollozos escapó de mis labios. Su intento de hacerme reír funcionó y conseguí controlarme para no arruinar el maquillaje por completo.

—Chris, entiendo que te haya impactado lo que dijo Óscar, pero ¿y si logramos lo imposible y demostramos que se ha equivocado en todo? ¿Y si puedo ayudarte a hacer realidad tu sueño? ¿Y si puedo tener...

—Lo único que quiero es tener la certeza de que serás feliz conmigo. Que esto que estamos a punto de hacer aquí —señaló su ropa y luego la mía—, es realmente lo que deseas y que te hace feliz.

Comprendí que la respuesta que necesitaba para esa pregunta era incluso más importante que mi “sí” frente a un juez.

—Sí, quiero. Te quiero, Chris. Soy muy feliz contigo. Sé que tenemos nuestras cosas y que a menudo vamos a ciegas, y que el tiempo es escaso para todo lo que aún quiero vivir contigo, pero... soy feliz. Y quiero seguir siéndolo. Contigo. Si tú lo quieres...

—¿Quieres tener hijos algún día? —Chris me interrumpió, sus ojos brillando de emoción.

—Sí, creo que sí. No lo he pensado mucho. ¿Sería un problema para ti?

—Si quieres tener hijos ahora, con gusto te los doy. Si los quieres para ayer, encuentro la manera de retroceder en el tiempo. Y si los quieres para mañana, buscaré tiempo para estar presente y ser padre. Pero quiero que sepas que, hasta conocerte, yo no quería ser padre. Pero me has cambiado la vida.

Abrí los ojos, sorprendida por todas estas revelaciones.

—Tener un hijo para contentar a tu pareja cuando las cosas no van bien no suele ser buena idea. Y menos aun cuando es algo que tú no quieres, Christopher. Jamás te pediría eso.

—Y yo nunca te impediría ser madre si eso es lo que deseas. Mi padre fue un pésimo padre y marido, y yo no quiero seguir su camino. No quería repetir sus errores. Pero contigo... siento que quiero todo, y una vida parece insuficiente para todo el amor que te tengo y todo lo que deseo vivir a tu lado. Dame tu tiempo, Alba.

Se acercó a mí y acarició mis mejillas con sus dedos, provocando un escalofrío reconfortante. Ansiaba ese contacto, sentir que él estaba allí, que seguía siendo mi Chris. Necesitaba ese tacto, sentir su piel, así que agarré su mano y la mantuve fuertemente unida a la mía. Recordaba cómo su familia había sufrido por su padre y la gran responsabilidad que Chris había asumido desde joven. Siempre había querido aliviar esa carga que a veces lo obsesionaba. Pero en ese momento también comprendí que su manera de ser se debía a que nunca había tenido un faro que lo guiara a un puerto seguro. Yo quería ser ese faro para él, ese refugio seguro.

—Te doy más que eso, te daré el tiempo que me queda de vida. Chris, hazme feliz. Cásate conmigo.

Él me miró y esbozó una media sonrisa, mordiéndose ligeramente el labio inferior.

—Si me pides matrimonio a pocos minutos de subir al altar, no puedo decirte que no...

Extendió su sonrisa con un brillo intenso, y me lancé a su cuello para abrazarlo con todas mis fuerzas. Él me acogió en sus brazos, amparando mis miedos y emociones.

El beso que compartimos fue el más profundo, intenso y apasionado de todos estos años. Si el amor tiene una forma, sin duda se manifestaba en ese beso. Con él, sellamos nuestros sentimientos, y todo lo que vino después, la hermosa ceremonia que nos unió en matrimonio no fue sino la continuación de lo que ya habíamos sellado en esa bodega: un pacto de amor. Allí, en ese lugar mágico, desnudamos nuestras almas y, más tarde, en nuestra cama de nupcias, unimos nuestros cuerpos. Ante nuestros amigos y familiares, reafirmamos nuestros votos. Y en medio de todo esto, comprendí que nunca había sido reacia al amor. No temía amar ni sentir. Simplemente no había encontrado antes a la persona que me mostraría cuán especial es amar. Los compromisos nacen cuando dos personas están dispuestas a enfrentar juntas sus miedos. El amor por uno mismo se magnifica cuando alguien te toma de la mano y lo recibe con cariño. Compartir la vida con alguien, por muy diferente que sea su rutina diaria, se convierte en algo maravilloso si esa persona te quiere, te ama y te respeta. Y yo no podía sentirme más afortunada.

La brisa cálida de la mañana acariciaba nuestros rostros mientras nos cogíamos de la mano sentados en la terraza de la cafetería, con la puesta de sol tiñendo el cielo de tonos dorados y

rosados. Habían pasado varios años desde aquellos tiempos de confusión y malentendidos, pero nuestro amor había resistido todas las pruebas.

Habíamos construido una vida juntos, llena de risas, aventuras y complicidad. Chris ya no se sentía inseguro cuando otros chicos se acercaban a mí, porque sabía que yo solo tenía ojos para él. Yo, por mi parte, había aprendido a valorar la seriedad y la responsabilidad de Chris, sin perder su chispa y espontaneidad.

Ese día especial, nos encontrábamos en la cafetería donde nos habíamos conocido, el lugar donde todo comenzó. Miré a Chris con una sonrisa traviesa.

—Recuerdas cuando me dijiste que íbamos a tener un matrimonio muy entretenido, ¿verdad? Chris me miró con cariño y asintió.

—Lo recuerdo perfectamente. Y no me equivocaba en absoluto.

Alba sacó algo de su bolsillo y se lo entregó a Chris. Era una cajita de cartón rectangular.

—Prometimos muchas cosas aquel día, pero hay una que aún no hemos cumplido.

Chris abrió la caja y encontró algo que hizo con que sus ojos se iluminaran.

—Alba, ¿estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

Asentí emocionada.

—Chris, después de todos estos años, de todos los momentos buenos y malos que hemos compartido, de todas las risas y lágrimas, quiero que sigamos juntos por el resto de nuestras vidas. Y más ahora que la familia crecerá.

Las lágrimas de felicidad llenaron los ojos de Chris mientras se levantó de su silla y se arrodilló a mi lado. Toda la gente que estaba sentada en la terraza nos miraba curiosos, pero eso no impidió a Chris de me abrazar la cintura y poner su cabeza entre mis pechos, apoyado y emocionado.

—Claro que sí, Alba. Siempre he querido pasar el resto de mi vida contigo. Y acabas de añadir la máxima felicidad a mi vida. Como te quiero... es decir... como os quiero.

Me dio un beso en mi tripa y me abrazó con fuerza, sabiendo que su historia de amor estaba lejos de terminar. Mientras el sol se ponía en el horizonte, sellamos nuestra nueva etapa con un beso apasionado y el susurro de un futuro lleno de aventuras, risas y amor y bebés.

El fin... o más bien, el comienzo de una nueva y emocionante etapa en nuestra alocada vida. Alocada, sí. Pero yo no podía dejar de sentirme la mujer más afortunada del mundo con mi Cristofito. Y quizás ahora con dos... o tres... iguales.

FIN

Libros de este autor

[Sigue sin mí](#)

Una segunda oportunidad en el amor

Isabel y sus cicatrices

Tras años de refugiarse en los estudios y ocultar las cicatrices de un pasado doloroso, Isabel lleva una vida apacible junto a sus tres incondicionales amigas: las gemelas Sofía y Miriam, y su fiel aliada, Alicia.

El inesperado reencuentro

Pero todo cambia cuando el destino entrelaza nuevamente su camino con el de Aaron, el chico que le rompió el corazón en su juventud y alimentó sus inseguridades. Ahora, el reencuentro trae consigo un torbellino de sentimientos enfrentados: rencor, nostalgia, desconfianza y una pasión que se niega a desaparecer.

El dilema del corazón

En esta encrucijada de emociones, ¿puede el amor verdadero superar las heridas del pasado? Isabel deberá enfrentar no solo a Aaron y sus propios demonios internos, sino también a la ardua tarea de aprender a amarse a sí misma.

Una historia de redención

Una trama donde el perdón, la autoaceptación y la redención tejen una historia intensa y cautivadora. ¡Sumérgete en una montaña rusa de emociones y descubre si el amor tiene el poder de curar las heridas más profundas!

Libros de este autor

Corazones Flechados : Retteling Cupid Story

Un Retelling Divinamente Cómico

¿Qué pasaría si la historia de amor que conoces de Cupido no fuese la verdadera? En el corazón de esta comedia romántica fantástica, Valentina y Aquileo se embarcan en un romance divinamente enredado.

Un giro cósmico al mito

Cuando Valentina y Aquileo cruzan sus caminos, no tienen idea de que son marionetas en manos de fuerzas más grandes. El supramundo se divierte mientras los dioses y seres míticos deciden jugar con sus destinos. Pero lo que comienza como un juego, rápidamente se convierte en una serie de eventos hilarantes, desafiantes y profundamente conmovedores.

Un Coro de Narradores Celestiales

Con voces que van desde el mismo Cupido hasta personajes inesperados del supramundo, cada capítulo ofrece una perspectiva fresca y humorística de una historia de amor que se siente tan antigua como el tiempo y, sin embargo, sorprendentemente original.

Sumérgete en "Corazones Flechados: Retelling la historia de Cupido" y déjate llevar por una montaña rusa de emociones, risas y amor verdadero.

Libros de este autor

[Vacaciones con mi jefe: Imagina que te vas de vacaciones con tu odioso jefe](#)

Imagina un paraíso en el Caribe, dos rivales en constante disputa, y un amor tan inesperado como apasionante.

Paola García, una joven madrileña de 26 años, brillante y ambiciosa, ve su vida laboral zarandeada por un vendaval de emociones. Trabaja bajo las órdenes de Alexander Ruiz, un jefe argentino tan arrogante como seductor, convirtiendo cada día en la oficina en un desafío continuo. Sin embargo, un viaje de trabajo al Caribe está a punto de cambiarlo todo, transformando la tensión en una atracción imposible de ignorar. ¿Qué sucederá cuando la realidad les reclame de vuelta? En esta isla, lo que ocurre en el Caribe definitivamente no se queda en el Caribe...

Para todos los seguidores fervientes de historias con CEOs, magnates, millonarios, y tramas que evolucionan de la rivalidad al amor, enemigos a amantes más apasionado, y para aquellos que se deleitan con los romances new adult: esta novela contemporánea con toques de humor promete ser una joya en vuestra colección. Una historia que cautiva desde el inicio y que os mantendrá atrapados hasta la última página, con sus diálogos chispeantes, equívocos lingüísticos y una trama que anhela un desenlace feliz. Ideal para aquellos que buscan una historia que entremezcla diversión, pasión y ternura, aderezada con un toque de erotismo.

Lo que dicen los lectores:

"Una lectura adictiva y tremendamente divertida."

"Engancha desde el primer párrafo."

"Un carrusel de risas garantizado con su mezcla de idiomas y situaciones cómicas."

"Un libro que eleva la temperatura y provoca carcajadas a partes iguales."

¡Haz las maletas, incluye este libro y déjate llevar por una aventura que caldeará tus sentimientos y te arrancará más de una sonrisa!

Este libro, una obra completa y autoconclusiva.

¡gracias por leerme!